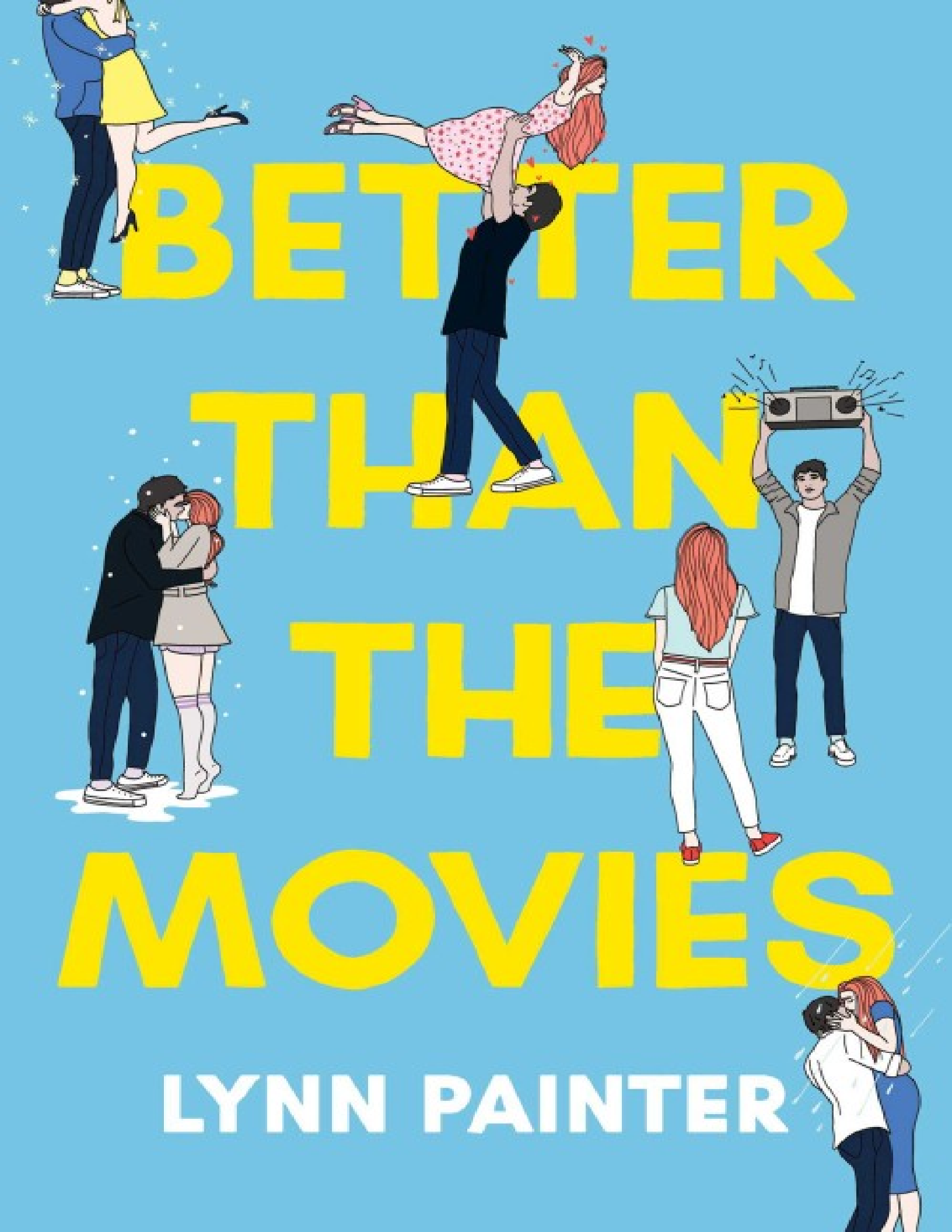


The background is a solid light blue. Scattered throughout are several cartoon-style illustrations of romantic movie tropes. In the top left, a man in a blue jacket and black pants is lifting a woman in a yellow dress. In the top center, a man in a black t-shirt is lifting a woman in a pink polka-dot dress. In the middle left, a man in a black jacket is kissing a woman in a grey dress. In the middle right, a man in a grey jacket is holding a boombox above his head, with musical notes emanating from it. In the bottom right, a man in a white shirt is kissing a woman in a blue dress. In the center, a woman with long red hair is seen from behind, wearing a light blue shirt and white pants. The title text is in large, bold, yellow capital letters, and the author's name is in white capital letters at the bottom.

BETTER THAN THE MOVIES

LYNN PAINTER

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno.

Es una traducción hecha por fans y para fans.

Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo.

No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando a sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.

Sinopsis

Liz Buxbaum siempre supo que Wes Bennett no era material para novios. Uno pensaría que su vecino de al lado sería un candidato a príncipe para sus fantasías de comedia romántica, pero Wes solo ha demostrado ser un dolor en el trasero, desde que eran pequeños. Wes fue el niño que puso una rana en su Casa de Ensueño de Barbie, el monstruo que escondió la cabeza cortada de un gnomo del césped en su pequeño intercambio de libros caseros del vecindario.

Diez años después desde la Gran Decapitación del Gnomo, es el último año de Liz, una época destinada a estar llena de hitos perfectos para cualquier pantalla grande, y necesita la ayuda de Wes. Verás, Michael, el enamorado de Liz desde siempre, acaba de mudarse de vuelta a la ciudad y (horriblemente, molesto) se está llevando bien con Wes. Lo que significa que si Liz quiere que Michael finalmente se fije en ella y, con suerte, sea su cita para el baile de graduación, necesita a Wes. Él accede.

Pero mientras Liz y Wes planean conseguirle a Liz su momento mágico de graduación, se sorprende al descubrir que en realidad le gusta estar cerca de Wes. Y a medida que continúan acercándose, debe reexaminar todo lo que creía saber sobre el amor, y repensar su propia percepción de cómo debería ser realmente sus *Felices Para Siempre*.

Índice

Sinopsis

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Epílogo

BANDA SONORA DE WES Y LIZ

Sobre la autora

Créditos

Notas

Para mi increíble madre, que siempre ha sido mi mayor admiradora, mi crítica más dura y la única responsable de mi desconfianza hacia esos imbéciles de la industria del calzado. Gracias por dejarme leer debajo de las sábanas cuando debería haber estado durmiendo.

Y para mi amado papá, que vio la portada pero nunca llegó a leer el libro. Le habría encantado la escena de Stella y recordado el ketchup.

QEPD, Jerry Painter (17/5/39–18/5/20)

—L. P.



Prólogo

«Solo soy una chica, parada frente a un chico,
pidiéndole que la ame».

Notting Hill

Mi madre me enseñó la regla de oro de las citas antes de que llegara a segundo grado.

A la madura edad de siete años, me colé en su habitación después de tener una pesadilla. (Un grillo del tamaño de una casa puede no dar miedo, pero cuando habla con voz de robot y sabe tu segundo nombre, es aterrador.) *Bridget Jones's Diary* estaba reproduciéndose en el televisor cuadrado encima de la cómoda, y había visto una buena parte de la película antes de que me notara al pie de su cama. En ese momento, era demasiado tarde para rescatarme del contenido tan no apto para primer grado, de modo que me acurrucó a su lado y vimos el final feliz juntas.

Pero mi cerebro de primer grado simplemente no podía entender. ¿Por qué Bridget renunciaría al más lindo, al encantador, por la persona que era el equivalente a un enorme muermo? ¿Cómo eso tenía sentido?

Sí, había perdido completamente el punto de la película y me había enamorado perdidamente del playboy. Y hasta el día de hoy, aún puedo escuchar la voz de mi mamá y oler la vainilla de su perfume mientras jugaba con mi cabello y me aclaraba las cosas.

—El encanto y la intriga solo pueden llevarte hasta cierto punto, Libby Loo. Esas cosas siempre desaparecen, por eso nunca, nunca eliges al chico malo.

Después de eso, compartimos cientos de momentos similares, explorando la vida juntas a través de películas románticas. Era nuestra *cosa*. Comíamos bocadillos, nos recostábamos en las almohadas y nos emborrachábamos de su colección de finales felices infundidos con besos como otras personas veían maratones de telerrealidad basura.

Lo cual, en retrospectiva, es probablemente la razón por la que he estado esperando el romance perfecto desde que tuve la edad suficiente para deletrear la palabra «amor».

Y cuando murió, mi madre me legó su creencia inquebrantable en el Felices Para Siempre. Mi herencia fue el conocimiento de que el amor siempre está en el aire, siempre es una posibilidad y siempre vale la pena.

El Señor Correcto, la versión amable y confiable, podría estar esperando a la vuelta de la siguiente esquina.

Por eso siempre estaba lista.

Solo era cuestión de tiempo antes de que eso finalmente sucediera para mí.

1

«*Nadie encuentra a su alma gemela cuando tiene diez años. Quiero decir, ¿dónde está la diversión en eso, verdad?*»

Sweet Home Alabama

El día comenzó como cualquier día normal.

El Señor Fitzpervert dejó una bola de pelo en mi pantufla, me quemé el lóbulo de la oreja con la plancha y cuando abrí la puerta para irme a la escuela, atrapé a mi némesis de al lado sospechosamente tirado sobre el capó de mi auto.

—¡Oye! —Deslicé mis lentes de sol por mi nariz, cerré la puerta principal detrás de mí y corrí en su dirección, cuidando no rayar mis lindos zapatos nuevos planos con flores mientras básicamente corría *hacia* él—. Bájate de mi auto.

Wes saltó y levantó las manos en la pose universal de *soy inocente*, a pesar de que su sonrisa lo hacía parecer todo lo contrario. Además, lo conocía desde el jardín de infantes; el chico nunca había sido inocente ni un día en su vida.

—¿Qué hay en tu mano?

—Nada. —Puso la mano en cuestión detrás de su espalda. A pesar de que se había vuelto alto, varonil y un poco sexy desde la escuela primaria, Wes seguía siendo el mismo niño inmaduro que quemó «accidentalmente» el rosal de mi mamá con un petardo.

—Eres tan paranoica —dijo.

Me detuve frente a él y lo miré a la cara. Wes tenía uno de esos rostros de niño travieso, el tipo de rostro en la que sus ojos oscuros, rodeados de pestañas gruesas de kilómetros de largo (porque la vida no era justa) decían mucho, incluso cuando su boca no decía nada.

Una ceja levantada me dijo lo ridícula que pensaba que era. Por nuestros muchos encuentros menos que agradables, sabía que el entrecerrar los ojos significaba que me estaba evaluando y que estábamos a punto de hablar sobre la molestia más reciente que me había traído. Y cuando tenía los ojos brillantes como ahora, sus ojos marrones prácticamente resplandeciendo con picardía, supe que estaba jodida. Porque el Wes travieso siempre ganaba.

Le di un golpe en el pecho.

—¿Qué le hiciste a mi auto?

—No le hice nada *a* tu auto, per se.

—¿Per se?

—¡Vaya! Cuida tu boca sucia, Buxbaum.

Puse los ojos en blanco, lo que hizo que *su* boca se deslizara en una sonrisa maliciosa antes de decir:

—Esto ha sido divertido y, por cierto, me encantan tus zapatos de abuelita, pero tengo que irme.

—Wes...

Se dio la vuelta y se alejó de mí como si no hubiera estado hablando. Simplemente... caminó hacia su casa con esa forma relajada y demasiado confiada suya. Cuando llegó al porche, abrió la puerta mosquitera y me gritó por encima del hombro:

—¡Que tengas un buen día, Liz!

Bueno, eso no podía ser bueno.

Porque no había manera de que él quisiera legítimamente que tuviera un buen día. Miré hacia abajo a mi auto, preocupada por abrir la puerta.

Verás, Wes Bennett y yo éramos enemigos en una guerra sin restricciones por el único lugar de estacionamiento disponible en nuestro extremo de la calle. Por lo general, él ganaba, pero solo porque era un tramposo asqueroso. Pensaba que era divertido reservarse el lugar para sí dejando cosas en el espacio que yo no era lo suficientemente fuerte para

mover. Una mesa de picnic de hierro, un motor de camión, ruedas de camión monstruosas. Ya entiendes.

(Aunque sus travesuras llamaron la atención de la página de Facebook del vecindario, mi papá era miembro del grupo, y los viejos chismosos echaban espumarajos de rabia en sus teclados por las plagas en el paisaje del vecindario, ni una sola persona le había dicho nada o hizo que se detuviera. ¿Cómo eso era justo?)

Pero por una vez fui yo quien subió a la ola de la victoria, porque ayer tuve la idea brillante de llamar a la ciudad después de que él decidiera dejar su auto en El Lugar durante tres días seguidos. Omaha tenía una ordenanza de veinticuatro horas, así que el bueno de Wesley se había ganado una pequeña multa de estacionamiento.

No voy a mentir, hice un pequeño baile feliz en mi cocina cuando vi que el oficial deslizaba esa boleta debajo del limpiaparabrisas de Wes.

Revisé las cuatro ruedas antes de subirme a mi auto y abrocharme el cinturón de seguridad. Escuché a Wes reír, y cuando me incliné para mirarlo por la ventana del pasajero, la puerta principal se cerró de golpe.

Entonces, vi lo que había encontrado tan divertido.

La multa de estacionamiento ahora estaba en *mi* auto, pegada en medio del parabrisas con una cinta de embalaje transparente que era imposible de ver. Capas y capas de lo que parecía ser cinta de embalaje comercial.

Salí del auto y traté de hacer palanca en una esquina con la uña, pero todos los bordes estaban sólidamente aplastados.

Qué estúpido.

Cuando finalmente llegué a la escuela después de raspar mi parabrisas con una hoja de afeitar y tomar una respiración profunda para recuperar mi zen, entré al edificio con la banda sonora de *Bridget Jones's Diary* sonando

a través de mis auriculares. Había visto la película la noche anterior, por enésima vez en mi vida, pero esta vez la banda sonora acababa de hablarme. Mark Darcy diciendo «*Oh, sí, ellos lo hacen*» lo hacen mientras Bridget era besada, por supuesto, tan digno de desmayo como el fuego del infierno, pero no habría sido tan digno de *Oh, Dios* si no fuera por «*Someone Like You*» de Van Morrison sonando en el fondo.

Sí, tengo una fascinación a nivel nerd con las bandas sonoras de películas.

Esa canción sonó cuando pasé por los comunes y me abrí paso entre la multitud de estudiantes obstruyendo los pasillos. Lo que más me gusta de la música: cuando la escuchas lo suficientemente fuerte a través de unos auriculares buenos (y tenía *los mejores*) que suavizaba los bordes del mundo. La voz de Van Morrison hacía que nadar río arriba en el pasillo concurrido pareciera la escena de una película, a diferencia del dolor real que era en realidad.

Me dirigí al baño del segundo piso, donde me encontraba con Jocelyn todas las mañanas. Mi mejor amiga siempre se quedaba dormida, de modo que rara vez había un día en que no estuviera luchando por ponerse el delineador de ojos antes de que sonara la campana.

—Liz, me *encanta* ese vestido. —Joss me lanzó una mirada de soslayo a medida que se limpiaba cada ojo con un bastoncillo de algodón mientras caminábamos hacia el baño. Sacó un tubo de rímel y comenzó a deslizar el aplicador sobre sus pestañas—. Las flores son tan tú.

—¡Gracias! —Me acerqué al espejo y me di la vuelta para asegurarme de que el vestido vintage de línea A no estuviera atrapado en mi ropa interior o algo igualmente vergonzoso. Dos porristas rodeadas por una nube blanca estaban vapeando detrás de nosotras, y les dediqué una sonrisa con la boca cerrada.

—¿Intentas vestirme como las protagonistas de tus películas, o es una coincidencia? —preguntó Joss.

—No digas «tus películas» como si fuera adicta al porno o algo así.

—Sabes a lo que me refiero —dijo mientras separaba sus pestañas con un imperdible.

Sabía exactamente lo que quería decir. Veía las amadas comedias románticas de mi mamá prácticamente todas las noches, usando su colección de DVD que heredé cuando murió. Me sentía más cerca de mi madre cuando las miraba; se sentía como si una parte pequeña de ella estuviera allí, mirando a mi lado. Probablemente porque las habíamos visto juntas. Muchas. Veces.

Pero Jocelyn no sabía nada de eso. Crecimos en la misma calle, pero no nos hicimos *buenas* amigas hasta el segundo año, así que, aunque sabía que mi mamá había muerto cuando estaba en quinto grado, en realidad nunca habíamos hablado de eso. Siempre había asumido que estaba obsesionada con el amor porque era irremediablemente romántica. Nunca la corregí.

—Oye, ¿le preguntaste a tu papá sobre el picnic de último año? —Joss me miró en el espejo y supe que iba a molestarlo. Honestamente, me sorprendió que no fuera lo primero que me preguntara cuando entré.

—Anoche no estuvo en casa hasta después de irme a la cama. —Era la verdad, pero podría haberle preguntado a Helena, si en realidad hubiera querido discutirlo—. Hoy hablaré con él.

—Claro que lo harás. —Cerró el rímel y lo metió en su bolsa de maquillaje.

—Lo haré. Lo prometo.

—Vamos. —Jocelyn metió su bolsa de maquillaje en su bolso y tomó su café—. No puedo volver a llegar tarde a Literatura o me castigarán, y le dije a Kate que dejaría chicle junto a su casillero en el camino.

Ajusté el bolso de mensajero en mi hombro y vislumbré mi rostro en el espejo.

—Espera... olvidé el pintalabios.

—No tenemos tiempo para pintalabios.

—Siempre hay tiempo para el pintalabios. —Abrí la cremallera del bolsillo lateral y saqué mi nuevo favorito: Retrograde Red. Quería verme bien en la remota posibilidad (muy improbable) de que mi McDreamy estuviera en el edificio—. Adelántate.

Se fue y froté el color sobre mis labios. *Mucho mejor*. Volví a meter el pintalabios en mi bolso, me puse los auriculares y salí del baño, pulsé *reproducir* y dejé que el resto de la banda sonora de *Bridget Jones* envolviera mi psique.

Cuando llegué a Literatura Inglesa, caminé hacia el fondo del salón y me senté en el escritorio entre Joss y Laney Morgan, deslizando mis auriculares hasta mi cuello.

—¿Qué pusiste para el número ocho? —Jocelyn estaba escribiendo rápido a medida que hablaba conmigo, terminando su tarea—. Olvidé la lectura, así que no tengo idea de por qué las camisas de Gatsby hicieron llorar a Daisy.

Saqué mi hoja de trabajo y dejé que Joss copiara mi respuesta, pero mis ojos se movieron hacia Laney. Si fueran encuestados, todos en el planeta estarían unánimemente de acuerdo en que la chica era hermosa; era un hecho indiscutible. Tenía una de esas narices que eran tan adorables que su existencia seguramente había creado la necesidad de la palabra «respingona». Sus ojos eran enormes como los de una princesa Disney, y su cabello rubio siempre estaba brillante y suave, y parecía que pertenecía a un comercial de champú. Lástima que su alma era exactamente lo contrario de su apariencia física.

Me desagradaba mucho.

En el primer día de jardín de infantes, gritó *Ewww* cuando me sangró la nariz, señalándome la cara hasta que toda la clase me miró boquiabierta con disgusto. En tercer grado, le había dicho a Dave Addleman que mi cuaderno estaba lleno de notas de amor sobre él. (Tenía razón, pero *ese no era el punto*). Laney le había chismorreado, y en lugar de ser dulce o encantador como las películas me habían hecho creer que él sería, David me había llamado «bicho raro». Y en quinto grado, no mucho después de que mamá muriera y me obligaran a sentarme con Laney en el comedor por los

asientos asignados, todos los días mientras comía mi almuerzo caliente apenas comestible, ella abría la cremallera de su lonchera rosa pastel y asombraba a toda la mesa con las delicias que su madre había hecho solo para ella.

Sándwiches cortados en formas adorables, galletas caseras, brownies con chispas; había sido un tesoro oculto de obras maestras culinarias para niños, cada una preparada con más amor que la anterior.

Pero las notas eran lo que me había destruido.

No hubo un solo día en que su almuerzo no incluyera una nota escrita a mano por su madre. Eran unas cartas graciosas que Laney solía leer en voz alta a sus amigas, con dibujos tontos en los márgenes, y si permitía que mis ojos fisgones se desviaran hasta el fondo, donde decía «Con amor, mamá» en cursiva rizada con corazones garabateados a su alrededor, me ponía tan triste que ni siquiera podía comer.

Hasta el día de hoy, todos pensaban que Laney era genial, bonita e inteligente, pero yo sabía la verdad. Podría fingir ser amable, pero desde que tengo memoria, me había dado miradas malhumoradas y raras. Como *cada vez* que la chica me miraba, era como si tuviera algo en el rostro y no podía decidir si estaba asqueada o divertida. Se estaba pudriendo bajo toda esa belleza, y algún día el resto del mundo vería lo que yo veía.

—¿Chicle? —Laney tendió un paquete de doble menta con sus cejas perfectamente arqueadas levantadas.

—No, gracias —murmuré, y dirigí mi atención al frente del salón cuando la señora Adams entró y pidió la tarea. Pasamos nuestros papeles y ella empezó a hablar de cosas literarias. Todos comenzaron a tomar notas en sus computadoras portátiles proporcionadas por la escuela, y Colton Sparks me hizo un gesto con la barbilla desde su escritorio en la esquina.

Sonreí y miré mi computadora. Colton era agradable. Hablé con él durante dos semanas completas a principios de año, pero resultó ser *meh*. Lo que en realidad resumía todo mi historial colectivo de citas: *meh*.

Dos semanas, esa era la duración promedio de mis relaciones, si es que se les puede llamar así.

Así es como solía ser: veía a un chico lindo, soñaba despierta con él durante semanas y lo construía totalmente en mi mente para que fuera mi única alma gemela. Las cosas habituales previas a la relación en la escuela secundaria siempre comenzaban con la mayor de las esperanzas. Pero al cabo de dos semanas, incluso antes de que estuviéramos cerca de ser oficiales, casi siempre me golpeaba con el Asco. La sentencia de muerte para todas las relaciones florecientes.

Definición del Asco: término de citas que se refiere a un sentimiento repentino de vergüenza que uno siente cuando tiene un contacto romántico con alguien y casi inmediatamente se desanima.

Joss dijo que yo siempre estaba mirando, pero nunca comprando. Y terminó teniendo razón. Pero mi propensión a las relaciones breves de dos semanas realmente interfería con el potencial del baile de graduación. Quería ir con alguien que me dejara sin aliento y me acelerara el corazón, pero ¿quién quedaba en la escuela que aún no había considerado?

Quiero decir, técnicamente, tenía una cita para el baile de graduación; iría con Joss. Es solo que... ir al baile de graduación con mi mejor amiga se sentía como un fracaso. Sabía que nos lo pasaríamos bien, íbamos a cenar de antemano con Kate y Cassidy, las más divertidas de nuestro pequeño grupo de amigas, pero se suponía que el baile de graduación era el pináculo del romance en la escuela secundaria. Se suponía que iban a ser promociones de cartulina, ramilletes a juego, asombro mudo por la forma en que te ves con tu vestido y besos dulces debajo de la bola de discoteca cursi.

Andrew McCarthy y Molly Ringwald son una especie de mierda de *Pretty in Pink*.

No se trataba de amigos cenando en Cheesecake Factory antes de dirigirse a la escuela secundaria para una conversación incómoda mientras las parejas se dirigían a la infame pared donde todos se enrollaban.

Sabía que Jocelyn no lo entendería. Pensaba que el baile de graduación no era gran cosa, solo un baile de la escuela secundaria para el que te vestías, y me encontraría completamente ridícula si admitía estar

decepcionada. Ya estaba enfadada por el hecho de que seguía cancelándole para la compra de vestidos, pero nunca tenía ganas de ir.

En absoluto.

Mi teléfono vibró.

Joss: *Tengo un chisme GRANDE.*

La miré, pero parecía estar escuchando a la señora Adams. Miré a la profesora antes de responder: *Escúpelo.*

Joss: *Para tu información, lo recibí a través de un mensaje de texto de Kate.*

Yo: *Entonces, puede que no sea cierto. Entiendo.*

Sonó el timbre, así que agarré mis cosas y las metí en mi bolso. Jocelyn y yo comenzamos a caminar hacia nuestros casilleros, y ella dijo:

—Antes de que te lo diga, tienes que prometerme que no vas a ponerte nerviosa antes de escuchar todo.

—Oh, Dios mío. —Mi estómago se estresó y pregunté—: ¿Qué está pasando?

Doblamos por el ala oeste, y antes de que tuviera la oportunidad de siquiera mirarla, lo vi caminando hacia mí.

¿Michael Young?

Me detuve por completo.

—Yyyyy... ahí está mi chisme —dijo Joss, pero no estaba escuchando.

La gente se apartó de mí y me rodeó a medida que permanecía allí de pie y miraba fijamente. Se veía igual, solo que más alto, más ancho y atractivo (si eso era siquiera una posibilidad). Mi enamoramiento de la infancia se movía en cámara lenta, con pajaritos azules cantando y revoloteando alrededor de su cabeza mientras su cabello dorado soplaba con una brisa radiante.

Creo que mi corazón podría haberse detenido.

Michael había vivido en la calle cuando éramos pequeños, y lo había sido todo para mí. Lo había amado desde que podía recordar. Siempre había sido increíble al siguiente nivel. Inteligente, sofisticado y... no sé... *más soñador* que cualquier otro chico. Pasaba el rato con los niños del vecindario (Wes, los niños Potter en la esquina, Jocelyn y yo), haciendo las cosas típicas del vecindario: jugar a las escondidas, a las atrapadas, al fútbol americano, al «timbra y escapa», etc. Pero mientras Wes y los Potter habían disfrutado cosas como echarme barro en el cabello porque me hacía gritar, Michael había estado haciendo cosas como identificar hojas, leer libros gruesos y *no uniéndose* a su tortura.

Mi cerebro registró «*Someone Like You*» y la canción comenzó desde el principio.

He estado buscando mucho tiempo,

A alguien exactamente como tú.

Llevaba pantalones caqui y una bonita camisa negra, el tipo de atuendo que demostraba que sabía que se veía bien, pero que tampoco dedicaba demasiado tiempo a la moda. Su cabello era espeso y rubio, y tenía el mismo estilo que su ropa, intencionalmente casual. Me pregunté a qué olería.

Su cabello, no su ropa.

Debe haber sentido a la acosadora en medio del pasillo, porque la cámara lenta se detuvo, los pájaros desaparecieron y me miró directamente.

—¿Liz?

Estaba tan feliz de haberme tomado el tiempo de aplicar lápiz labial. Claramente, el cosmos había sabido que Michael aparecería ante mí ese día, por lo que había hecho todo lo que estaba a su alcance para hacerme presentable.

—Chica, relájate —dijo Joss entre dientes, pero no pude evitar la sonrisa que se abrió paso en toda mi cara cuando dije—: ¿Michael Young?

Escuché a Joss murmurar «Aquí vamos», pero no me importó.

Michael se acercó y me envolvió en un abrazo, y dejé que mis manos se deslizaran alrededor de sus hombros. *¡Oh, Dios mío, oh, Dios mío!* Mi estómago se volvió loco cuando sentí sus dedos en mi espalda, y me di cuenta de que muy bien podríamos estar teniendo nuestro lindo encuentro de película.

Oh. Dios. Mío.

Estaba vestida para eso; él estaba hermoso. ¿Acaso este momento podía ser más perfecto? Hice contacto visual con Joss, que sacudía la cabeza lentamente, pero no importó.

Michael estaba de vuelta.

Olía bien, tan, *tan* bien, y quería catalogar cada pequeño detalle del momento. La suave sensación desgastada de su camisa bajo mis palmas, la amplitud de sus hombros, la piel dorada de su cuello, a escasos centímetros de mi rostro mientras lo abrazaba.

¿Estaba mal cerrar los ojos y respirar hondo?

—*Uf*. —Alguien chocó con nosotros, duro, destrozando el abrazo. Me empujaron y luego me alejaron de Michael, y cuando me di la vuelta, vi quién era.

—¡Wes! —dije, irritada porque había arruinado nuestro momento, pero aún tan increíblemente feliz que de todos modos le sonreí. Era incapaz de *no* sonreír—. En realidad, deberías mirar por dónde vas.

Sus cejas se juntaron.

—Ah, ¿sí...?

Me estaba mirando, probablemente preguntándose por qué sonreía en lugar de enloquecer por el incidente de la cinta de embalaje. Parecía alguien esperando el chiste, y su confusión elevó mi felicidad a un nivel aún más alto. Me reí y dije:

—Sí, grandísimo idiota. De hecho, podrías lastimar a alguien. Amigo.

Entrecerró los ojos y habló más lento.

—Lo siento, estaba hablando con Carson y haciendo lo extremadamente difícil de caminar hacia atrás. Pero basta de mí. ¿Qué tal tu viaje a la escuela?

Sabía que quería escuchar todos los detalles, como cuánto tiempo me había llevado quitar la cinta o el hecho de que me había roto dos uñas recién cortadas, pero no estaba dispuesta a darle esa satisfacción.

—De hecho, en serio genial, gracias por preguntar.

—Wesley. —Michael hizo un apretón de manos de hermano con Wes ¿cuándo tuvieron tiempo de coreografiar ese pequeño toque de adorabilidad?) y dijo—: Tenías razón sobre la profesora de biología.

—Es porque te sentaste a mi lado. Ella me oooooodia. —Wes sonrió y comenzó a hablar, pero ignoré eso y observé a Michael hablar, reír y ser tan dulcemente encantador como recordaba.

Solo que ahora tenía un acento ligeramente sureño.

Michael Young tenía un acento sutil que me hizo querer escribir personalmente una nota de agradecimiento al gran estado de Texas por hacerlo aún más atractivo de lo que ya había sido. Crucé los brazos y prácticamente me derretí en un charco mientras disfrutaba de la vista.

Jocelyn, de quien podría haber olvidado que existía en presencia de esta Michael¹ tan encantadora, me dio un codazo y susurró:

—Cálmate. Estás babeando sobre ti misma.

Puse los ojos en blanco, y la ignoré.

—¡Oye! Escucha. —Wes subió su bolso y señaló a Michael—. ¿Recuerdas a Ryan Clark?

—Por supuesto. —Michael sonrió y parecía un pasante del Congreso—. Primera base, ¿verdad?

—Exactamente. —Wes bajó la voz—. Ryno tiene una fiesta mañana en casa de su papá... definitivamente deberías venir.

Intenté mantener mi expresión neutral a medida que escuchaba a Wes pedirle a *mi* Michael que fuera a su fiesta. Quiero decir, Wes *pasaba* el rato

con los chicos que Michael solía conocer, pero, aun así. ¿De repente eran mejores amigos o algo así?

Eso no sería bueno para mí. No podía ser.

Porque a Wes Bennett le gustaba meterse conmigo, siempre lo había hecho. En la escuela primaria, Wes fue el tipo que puso una rana en mi Casa de Ensueño de Barbie y la cabeza cortada de un gnomo de césped decapitado en mi pequeña biblioteca casera. En la escuela secundaria, fue el tipo que pensó que era divertido fingir que no me veía cuando estaba acostada afuera, y luego regaba los arbustos de su madre, rociando la manguera «accidentalmente» sobre mí hasta que gritaba.

Y ahora, en la escuela secundaria, era el tipo que se había propuesto acosarme todos los días en El Lugar. Me había armado de valor desde que éramos niños, así que técnicamente ahora era la chica que gritaba por encima de la valla cuando sus amigos deportistas se emborrachaban y estaban tan alborotados que podía escucharlos por encima de mi música. Pero aun así.

—Suenan bien —dijo Michael asintiendo, y me pregunté cómo se vería con un sombrero de vaquero y una camisa de franela. Tal vez un par de shitkickers, aunque técnicamente no sabía qué diferenciaba a un shitkicker de una bota vaquera normal.

Tendría que buscarlo en Google más tarde.

—Te enviaré un mensaje de texto con los detalles. Me tengo que ir, si llego tarde a mi próxima clase, seguro que tengo detención. —Se dio la vuelta y comenzó a trotar en la otra dirección con un grito de—: Hasta luego, muchachos.

Michael observó la desaparición de Wes antes de mirarme y decir arrastrando las palabras:

—Se fue de aquí tan rápido que no pude preguntar. ¿Es de vestimenta informal?

—¿Qué? ¿La fiesta? —Como si tuviera alguna idea de lo que usaban para sus fiestas de suspensorios—. ¿Probablemente?

—Le preguntaré a Wesley.

—Genial. —Trabajé para darle mi mejor sonrisa, a pesar de que me estaba muriendo por el hecho de que Wes había jodido mi lindo encuentro de película.

—Yo también tengo que correr —dijo, pero agregó—: Aunque, no puedo esperar para ponerme al día.

¡Entonces, llévame contigo a la fiesta!, grité internamente.

—¿Joss? —Michael miró más allá de mí y se quedó boquiabierto—. ¿Eres tú?

Ella puso los ojos en blanco.

—Te tomó bastante tiempo.

Jocelyn siempre había estado más cerca de los chicos del vecindario, jugando al fútbol con Wes y Michael mientras yo hacía volteretas horribles por el parque e inventaba canciones. Desde entonces, se había convertido en esta humana alta y monstruosamente atractiva. Hoy sus trenzas estaban todas recogidas en una coleta, pero en lugar de verse desordenadas como cuando yo usaba una coleta, resaltaba sus pómulos.

Sonó el timbre de advertencia y señaló al altavoz.

—Ese soy yo. Nos vemos luego.

Nos vemos.

Se fue hacia el otro lado, y Jocelyn y yo comenzamos a caminar. Le dije:

—No puedo creer que Wes no nos haya invitado a la fiesta.

Me miró de soslayo.

—¿Sabes siquiera quién es Ryno?

—No, pero eso no viene al caso. Invitó a Michael justo en frente de nosotras. Es una cortesía común que también nos invite a nosotras.

—Pero odias a Wes.

—¿Y?

—Entonces, ¿por qué querías que te invitara a algún lugar?

Suspiré.

—Su rudeza simplemente me molesta.

—Bueno, yo, por mi parte, me alegro de que no lo haya hecho, porque no quiero ir a ninguna fiesta que tengan esos tipos. He estado en lo de Ryno, y se trata de cervezas, licor y ese tipo de cosas inmaduras que nunca he hecho.

Joss solía pasar el rato con los chicos populares antes de dejar el voleibol, por lo que «fiestó» un poco antes de que nos hiciéramos amigas.

—Pero...

—Escucha. —Jocelyn dejó de caminar y me agarró del brazo para que también dejara de caminar—. Eso es lo que iba a decirte. Kate dijo que ahora Michael vive junto a Laney y han estado hablando durante un par de semanas.

—¿Laney? ¿Laney *Morgan*? —Nooo. No podía ser cierto. No-no-no-no, por favor, Dios, no—. Pero acaba de llegar...

—Aparentemente se mudó hace un mes, pero estaba terminando las clases en línea en su otra escuela. Se rumorea que Laney y él son casi oficiales.

No Laney. Se me hizo un nudo en el estómago al imaginar su naricita perfecta. Sabía que era irracional, pero la idea de Laney y Michael era casi demasiado para mí. Esa chica siempre conseguía todo lo que yo quería. Maldita sea, no podía tenerlo.

El pensamiento de ellos, juntos, me hizo un nudo en la garganta. Hizo que me doliera el corazón.

Me aplastaría.

Porque no solo era todo lo que soñaba, sino que él y yo teníamos historia. El tipo de historia maravillosa e importante que involucraba beber de las mangueras del jardín y atrapar luciérnagas. Pensé en la última vez

que había visto a Michael. Había sido en su casa. Su familia había tenido una comida al aire libre para despedirse de todos los vecinos y yo había ido con mis padres. Mi mamá había hecho sus famosas barras de cheesecake, y Michael nos recibió en la puerta y nos ofreció bebidas como si fuera un adulto.

Mi mamá lo había llamado la cosa más adorable que jamás hubiera visto.

Todos los niños del vecindario jugaron a la pelota en la calle durante horas esa noche, y los adultos incluso se unieron a nosotros para un juego. En un momento, mi mamá estaba chocando los cinco con Michael después de robar el objetivo con su vestido floral y sandalias de cuña. Ese momento quedó grabado en mis recuerdos como una fotografía amarillenta en un álbum antiguo.

No creo que Michael tuviera ni idea de lo locamente enamorada que había estado de él. Se mudaron un mes antes de que mi mamá muriera, rompiendo la punta de mi corazón que pronto estaría destrozado.

Jocelyn me miró como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—Michael Young no es tu tipo de «correr a la estación del tren». ¿Entendido?

Pero podía serlo.

—Bueno, técnicamente aún no son oficiales, así que...

Comenzamos a caminar de nuevo, esquivando cuerpos mientras nos dirigíamos a su casillero. Probablemente íbamos a llegar tarde debido a nuestra reunión improvisada en el pasillo con Michael, pero valdría la pena.

—En serio. No seas esa chica. —Me dio su ceño maternal—. Eso de allí con Michael no fue tu lindo encuentro de película.

—Pero. —Ni siquiera quería decirlo porque no quería que lo derribara. Aun así, casi chilló cuando dije—: ¿Y si lo fuera?

—Dios mío. Supe, al momento en que escuché que había regresado, que ibas a perder el control. —Sus cejas bajaron, al igual que las comisuras

de sus labios cuando se detuvo frente al casillero y abrió la cerradura—. Ya ni siquiera conoces al chico, Liz.

Aún podía escuchar su voz profunda diciendo *nos vemos*, y mi estómago se hundió.

—Sé todo lo que necesito saber.

Suspiró y sacó su bolso.

—¿Hay algo que pueda decir para disuadirte?

Incliné la cabeza.

—Um... ¿tal vez, odia a los gatos?

Levantó un dedo.

—Así es... lo olvidé. Odia los gatos.

—No es cierto. —Sonreí y suspiré, recordando—. Solía tener estos dos gatos irritables que *adoraba*. Deberías haber visto la forma en que trataba a esos bebés.

—Ew.

—Lo que sea, enemiga de los felinos. —Me sentía viva, zumbando con la emoción de las posibilidades románticas a medida que me apoyaba contra el casillero cerrado de al lado—. Michael Young está libre hasta que escuche una proclamación oficial.

—No puedo hablar contigo cuando estás así.

—¿Feliz? ¿Emocionada? ¿Esperanzada? —Quería saltar por el pasillo cantando «*Paper Rings*».

—Delirante. —Jocelyn miró su teléfono por un minuto y luego me miró—. Oye, mi mamá dijo que si quieres puede llevarnos a comprar vestidos mañana por la noche.

Mi mente se puso en blanco. Tenía que decir algo.

—Creo que tengo que trabajar.

Entrecerró los ojos.

—Cada vez que lo menciono, tienes que trabajar. ¿No *quieres* conseguir un vestido?

—Claro. Sí. —Forcé las comisuras de mi boca—. Por supuesto.

Pero la verdad es que no lo hacía.

La emoción del vestido era su capacidad para inspirar romance, para dejar sin palabras a la cita. Si ese factor no estaba en juego, el vestido de graduación era solo un desperdicio de tela demasiado caro.

Además de eso, estaba el hecho escandaloso de que comprar vestidos con la mamá de Jocelyn solo era un gran recordatorio de que *mi* mamá no estaba allí para unirse a nosotras, lo que hacía que fuera una salida muy poco atractiva. Mi mamá no estaría allí para tomar fotografías y llorar mientras su bebé asistía al último baile de su infancia, y nada hacía que eso impactara tanto como ver a la mamá de Joss hacer esas cosas por ella.

Para ser honesta, no había estado emocionalmente preparada para el vacío que parecía acompañar mi último año, los muchos recordatorios de la ausencia de mamá. Fotografías para estudiantes de último año, bailes, solicitudes para la universidad, baile de graduación, la graduación; mientras todos los que conocía se entusiasmaban con los puntos de referencia de la escuela secundaria, yo tenía dolores de cabeza por estrés porque nada se sentía como había planeado que se sintiera.

Todo se sentía... solitario.

Porque a pesar de que las actividades de la secundaria eran divertidas, sin mi madre carecían de sentimentalismo. Papá intentaba involucrarse, en realidad lo hacía, pero no era un tipo emocional, por lo que siempre sentía que él era el fotógrafo oficial mientras atravesaba solo los aspectos más destacados.

Mientras tanto, Joss no entendía por qué no quería darle tanta importancia a cada hito del último año como ella. Había estado enojada conmigo durante tres días cuando me salté el viaje de vacaciones de primavera a la playa, pero se sintió más como un examen que temía que como un buen momento real, y simplemente no pude.

Sin embargo. Encontrar un final feliz de comedia romántica que a mi madre le hubiera encantado, eso podría cambiar todos los malos sentimientos en buenos, ¿no?

Le sonreí a Jocelyn.

—Te enviaré un mensaje de texto después de revisar mi horario.

2

«Una amiga mujer. Esto es increíble. Puede que seas la primera mujer atractiva con la que no he querido acostarme en toda mi vida».

When Harry Met Sally

Michael estaba de vuelta.

Apoyé los pies en la mesa de la cocina y hundí la cuchara en el recipiente de helado, aún extasiada por el vértigo. Ni en mis sueños más locos hubiera imaginado el regreso de Michael Young.

No pensé que lo volvería a ver.

Después de que se mudó, soñé durante años con su regreso. Solía imaginarme que estaba dando un paseo en uno de esos gloriosamente fríos días de otoño que susurraban a invierno, el aire olía a nieve. Estaría usando mi atuendo favorito, que cambiaba con cada imaginación, por supuesto, porque esta fantasía comenzó en la escuela primaria, y cuando doblaba la esquina al final de la cuadra, allí estaba él, caminando hacia mí. Creo que incluso hubo carreras románticas involucradas. Quiero decir, ¿por qué no habría?

También hubo no menos de cien entradas con el corazón roto en mis diarios de infancia sobre su salida de mi vida. Los encontré hace unos años cuando estábamos limpiando el garaje, y las entradas fueron sorprendentemente oscuras para una niña pequeña.

Probablemente porque su ausencia en mi vida coincidió muy de cerca con la muerte de mi madre.

Eventualmente acepté que ninguno de ellos regresaría.

Pero ahora él había regresado.

Y fue como recuperar un pedacito de felicidad.

No tenía ninguna clase con él, de modo que el destino no pudo intervenir juntándonos, lo queapestaba mucho. Quiero decir, ¿cuáles eran las probabilidades de que no tuviéramos ocasiones de interacción forzada? Joss tenía una clase con él, y claramente también Wes. ¿Por qué yo no? ¿Cómo se suponía que iba a mostrarle que estábamos destinados a ir al baile de graduación y enamorarnos y vivir felices para siempre si nunca lo veía? Tararé a Anna of the North en mis auriculares, la canción sexy del jacuzzi de *To All the Boys I've Loved Before*, y miré la lluvia por la ventana.

Lo único a mi favor era que, era una especie de experta en el amor.

No tenía un título y no había tomado ninguna clase, pero había visto miles de horas de comedias románticas en mi vida. Y no solo había mirado. Las analicé con la agudeza observacional de un psicólogo clínico.

No solo eso, sino que el amor estaba en mis genes. Mi madre había sido una guionista que había producido *muchas* comedias románticas geniales para la pantalla chica. Mi papá estaba cien por ciento seguro de que ella habría sido la próxima Nora Ephron si hubiera tenido un poco más de tiempo.

Así que, aunque no tenía experiencia práctica, entre mi conocimiento heredado y mi investigación extensa, sabía mucho del amor. Y todo lo que sabía me hacía estar segura de que para que Michael y yo sucediéramos, tendría que estar en la fiesta de Ryno.

Lo cual no iba a ser fácil, porque no solo no tenía idea de quién era Ryno, sino que no tenía ningún interés en asistir a una fiesta llena de axilas sudorosas de deportistas y alientoapestoso a cerveza de los populares.

Pero necesitaba volver a familiarizarme con Michael antes de que una rubia horrible *que permanecerá en el anonimato* se me adelantara, así que tendría que encontrar una manera de hacer que funcionara.

Un relámpago cruzó el cielo e iluminó el gran auto de Wes, todo acurrucado contra la acera frente a mi casa, la lluvia rebotando con fuerza en el capó. Ese imbécil había estado justo detrás de mí todo el camino a casa desde la escuela, y cuando me acerqué para estacionar *correctamente* en paralelo, se deslizó directamente hacia El Lugar.

¿Qué clase de monstruo estacionaba en picada en un lugar de la calle?

Mientras tocaba la bocina y le gritaba a través del aguacero torrencial, me saludó con la mano y corrió dentro de su casa. Terminé teniendo que estacionar a la vuelta de la esquina, frente al dúplex de la señora Scarapelli, y mi cabello y mi vestido estuvieron empapados cuando entré por la puerta principal.

Ni siquiera preguntes por los zapatos nuevos.

Lamí la cuchara y deseé que Michael viviera al lado en lugar de Wes.

Entonces, me golpeó.

—Santo cielo.

Wes era mi entrada. Wes, quien en primer lugar había invitado a Michael a la fiesta, obviamente asistiría. ¿Y si pudiera hacerme entrar?

Aunque... él no hacía cosas para ayudarme. Como, nunca. La alegría de Wes se derivaba de la tortura, no de la generosidad. Entonces, ¿cómo podría convencerlo? ¿Qué podría darle? Necesitaba pensar en algo, algo tangible, que hiciera que me ayudara y mantuviera la boca cerrada al mismo tiempo.

Saqué otra cucharada de helado y me la puse en la boca. Miré fijamente por la ventana.

Esto era una obviedad.

—Bueno, bueno. —Wes estaba dentro de su casa, detrás de la puerta de malla, mirándome bajo la lluvia con una sonrisa en su rostro—. ¿A qué debo este honor?

—Déjame entrar. Necesito hablar.

—No sé, ¿vas a hacerme daño si te dejas entrar?

—Vamos —dije con los dientes apretados mientras la lluvia torrencial golpeaba mi cabeza—. Me estoy empapando.

—Lo sé, y lo siento, pero tengo mucho miedo de que me vayas a dar un puñetazo por robar El Lugar si te dejas entrar. —Abrió un poco la puerta, lo suficiente para mostrarme lo cálido y seco que se veía con jeans y camiseta, y dijo—: Liz, a veces das un poco de miedo.

—¡Wes! —La mamá de Wes se acercó por detrás y se horrorizó cuando me vio de pie bajo la lluvia—. Por el amor de Dios, ábrele la puerta a la pobre chica.

—Pero creo que está aquí para matarme. —Lo dijo como un niño pequeño asustado, y me di cuenta de que su madre estaba intentando no sonreír.

—Entra, Liz. —La mamá de Wes me agarró del brazo y me empujó suavemente a través del umbral hasta donde hacía calor y olía a sábanas en la secadora—. Mi hijo es una molestia y lo siente.

—No, no lo siento.

—Dime lo que hizo y te ayudaré a castigarlo.

Me quité el cabello mojado del rostro, lo miré directamente y le dije a su mamá:

—Me robó el lugar cuando estaba intentando estacionar en paralelo.

—Oh, Dios mío, ¿me delataste con mi mamá? —Wes cerró la puerta principal y nos siguió a su madre y a mí al interior—. Bueno, si estamos chismeando al azar; mamá, probablemente debería decirte que Liz fue quien llamó a la policía por mi auto cuando tuve neumonía.

—Espera, ¿qué? —Me detuve y me di la vuelta—. ¿Cuándo estuviste enfermo?

—Bueno, ¿cuándo llamaste? —Se llevó ambas manos al corazón, tosió fingidamente y dijo—: Estaba demasiado enfermo para mover mi auto.

—Detente. —No sabía si estaba jugando conmigo o no, pero sospechaba que no, y me sentía como un monstruo porque por mucho que amaba vencerlo, no me gustaba la idea de que estuviera enfermo—. ¿Estuviste gravemente enfermo?

Sus ojos oscuros recorrieron mi rostro y dijo:

—¿En serio te importaría?

—Ya basta, pequeños mocosos. —Su mamá nos hizo un gesto para que la siguiéramos a la sala de estar—. Siéntense en el sofá, coman unas galletas y supérense.

Dejó un plato de galletas con chispas de chocolate en la mesita de café, trajo un galón de leche y dos vasos, me arrojó una toalla, le recordó a Wes que tenía que recoger a su hermana a las seis y media, y luego nos dejó solos.

La mujer era una fuerza.

—Ohh. —*Kate & Leopold* estaba reproduciéndose en uno de esos canales de televisión retro que solo ven los viejos, y me froté la toalla en el cabello mientras el personaje de Meg Ryan intentaba evadir el encanto de un Hugh Jackman muy británico—. Amo esta película.

—Por supuesto que sí. —Me dio una sonrisa que me hizo sentir incómoda, como si supiera cosas de mí que no sabía que él sabía, y se inclinó y agarró una galleta—. Entonces, ¿de qué quieres hablar conmigo?

Mis mejillas se calentaron, principalmente porque estaba muerta de miedo de que se burlara de mí, y le contara a Michael, cuando le dijera lo que quería. Me senté en el sofá, puse la toalla a mi lado y dije:

—Está bien. Aquí está la cosa. Necesito tu ayuda.

Comenzó a sonreír de inmediato. Levanté una mano y dije:

—No. Escucha. Sé que no eres de los que ayudan por la bondad de su corazón, así que, tengo una propuesta para ti.

—Ay. Como si fuera una especie de mercenario o algo así. Eso duele.

—No, no lo hace.

Cedió con un encogimiento de hombros.

—No, de hecho, no lo hace.

—Está bien. —Me tomó mucho autocontrol no poner los ojos en blanco—. Pero antes de decirte en *qué* quiero que me ayudes, quiero repasar los términos del trato.

Se cruzó de brazos (¿cuándo se le había ensanchado tanto el pecho?) e inclinó la cabeza.

—Sigue.

—De acuerdo. —Respiré hondo y me metí el cabello detrás de las orejas—. En primer lugar, tienes que jurar guardar el secreto. Si le cuentas a *alguien* de nuestro trato, es nulo y no recibes el pago. Segundo, si aceptas el trato, tienes que ayudarme de verdad. No puedes simplemente hacer un poco, y luego dejarme tirada.

Hice una pausa, y él me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Bien? ¿Cuál es el pago?

—El pago será acceso indiscutible las veinticuatro/siete al lugar de estacionamiento mientras dure nuestro trato.

—Vaya. —Se acercó y se dejó caer en la silla frente a mí—. ¿Me darás EL lugar de estacionamiento?

No quería hacerlo, pero también sabía lo mucho que lo deseaba Wes. Él y su papá siempre estaban jugueteando con su auto viejo, principalmente porque nunca arrancaba, y sus cajas de herramientas parecían tremendamente pesadas cada vez que yo conseguía El Lugar y tenían que arrastrarlas hasta el final de la calle para ponerlo en marcha.

—Así es.

Su sonrisa se extendió aún más.

—Cuenta conmigo. Voy a hacerlo. Soy tu chico.

—Aún no puedes decir eso, ni siquiera sabes cuál es el trato.

—No importa. Voy a hacer lo que sea necesario.

—¿Y si quiero que corras desnudo por la cafetería durante el almuerzo?

—Hecho.

Agarré la manta que estaba doblada sobre el brazo del sofá y la envolví alrededor de mis hombros.

—¿Y si quiero que hagas volteretas desnudas por la cafetería durante el almuerzo mientras cantas toda la banda sonora de *Hamilton*?

—Lo tienes. Me encanta «*My Shot*».

—¿En serio? —Eso me hizo sonreír, aunque no estaba acostumbrada a sonreírle a Wes—. ¿Pero puedes siquiera hacer una voltereta lateral?

—Sí.

—Pruébalo.

—Eres tan exigente. —Se puso de pie, empujó la mesita de café con el pie e hizo la voltereta más horrible que jamás hubiera visto. Sus piernas estaban dobladas y no giraron sobre su cabeza en absoluto, pero terminó el aterrizaje con los brazos extendidos sobre la cabeza y una sonrisa confiada antes de dejarse caer de nuevo en su silla—. Ahora dime.

Solté la risa que estaba intentando contener e inspeccioné su rostro. Estaba buscando honestidad, algún tipo de indicio de que podía confiar en él, pero me desvié por lo oscuros que eran sus ojos y la forma en que flexionaba la mandíbula. Pensé en la época en séptimo grado cuando me dio seis dólares para que dejara de llorar.

Helena y papá se acababan de casar y habían decidido remodelar el nivel principal de la casa. En preparación, Helena había limpiado los armarios y cajones y donado todas las cosas viejas. Incluyendo la colección de DVD de mi madre.

Cuando tuve un colapso emocional y papá le explicó la situación a Helena, ella se sintió muy mal. Se disculpó una y otra vez mientras yo sollozaba. Pero todo en lo que pude concentrarme fueron sus palabras a mi padre:

—Simplemente no pensé que nadie viera esas películas cursis.

Había sido una niña ingeniosa, aún lo era, como lo demostraba estar en la casa de Wes en ese preciso momento, y solo me tomó una llamada telefónica averiguar dónde habían terminado las películas. Me escabullí, le mentí a papá y le dije que iba a casa de Jocelyn, y monté mi bicicleta todo el camino hasta la tienda de segunda mano. Tenía cada centavo de mi dinero de niñera en mi bolsillo delantero, pero cuando llegué allí, no fue suficiente.

—Niña, vamos a vender esto como una colección, no puedes comprarlas individualmente.

Miré la etiqueta del precio, y sin importar cuántas veces lo conté, me faltaban seis dólares. El idiota en la tienda fue inflexible, y lloré todo el camino a casa en mi bicicleta rosa chillón. Sentí como si estuviera perdiendo otra vez a mi madre.

Cuando estaba casi en casa, vi a Wes rebotando una pelota de baloncesto en la entrada de su casa. Me miró con su rostro habitual, medio sonriendo como si supiera algún secreto sobre mí, pero luego dejó de driblear.

—Oye. —Arrojó la pelota al césped de su patio delantero y caminó hacia mí—. ¿Qué ocurre?

Recuerdo que no quería decírselo porque sabía que pensaría que era ridículo, pero había algo en sus ojos que me hizo derrumbarme de nuevo. Lloré como un bebé mientras le contaba lo sucedido, pero en lugar de reírse de mí, me escuchó. Permaneció en silencio durante todo mi colapso, y una vez que dejé de hablar y comencé a tener hipo con pequeños sollozos vergonzosos, se inclinó hacia adelante y secó mis lágrimas con sus pulgares.

—Liz, no llores. —Parecía triste cuando lo dijo, como si él también quisiera llorar. Luego dijo—: Espera aquí.

Me mostró el dedo de *un segundo* antes de girar y entrar corriendo a su casa. Me quedé allí, exhausta por el llanto y conmovida por su amabilidad, y cuando salió por la puerta principal, me dio un billete de diez dólares. Recuerdo que lo miré y pensé que tenía los ojos marrones más

amables, pero mis pensamientos deben haberse reflejado en mi rostro porque inmediatamente me frunció el ceño y dijo:

—Esto solo es para que te calles porque no puedo soportar escucharte gritar por otro minuto. Y quiero mi cambio.

Mi mente me llevó de vuelta a la sala familiar de Wes. Michael. El Lugar. Necesitar la ayuda de Wes.

Mis ojos recorrieron su rostro. Sí, sus ojos marrones aún se veían exactamente iguales.

—Está bien. —Agarré una galleta y le di un mordisco—. Pero juro por todo lo sagrado que contrataré a un asesino a sueldo si hablas de esto.

—Te creo. Ahora escúpelo.

Tenía que mirar algo más que su rostro. Fui con mi regazo, mirando la textura suave de mis leggings cuando dije:

—Está bien. Aquí está la cosa. Michael está de vuelta en la ciudad, y esperaba, ya sabes, *ponerme en contacto con él*. Éramos cercanos antes de que se mudara, y quiero recuperar eso otra vez.

—¿Y puedo ayudar con eso cómo, exactamente?

Mantuve los ojos bajos, siguiendo la costura de mis pantalones con mi dedo índice.

—Bueno, no tengo ninguna clase con él, así que no hay forma de que pueda hablarle de forma natural. Pero tú y Michael ya son amigos. Pasan el rato. Lo invitaste a una fiesta. —Me atreví a mirarlo cuando dije—: *Tienes la conexión que quiero*.

Arrojó el resto de su galleta a la boca, la masticó y se sacudió las manos en las rodillas de los pantalones.

—Déjame entenderlo. Aún estás ilusionada con Young y quieres que te lleve a la fiesta de Ryno para que le gustes.

Consideré negarlo, pero en su lugar dije:

—Básicamente.

Su mandíbula se flexionó.

—Escuché que está un poco interesado en Laney.

Uf, no. Dejando a un lado mi propia inversión personal en la situación, Laney Morgan estaba totalmente mal para Michael. De hecho, empujarlo para que se enamore de mí sería hacerle un favor simplemente salvándolo de eso. Le dije:

—No te preocupes por eso.

Una ceja se levantó.

—Qué positivamente escandaloso de tu parte, Elizabeth.

—Cállate.

Sonrió.

—No puedes pensar que solo apareciendo en una fiesta hará que se fije en ti. Habrá un montón de gente allí.

—Solo necesito unos minutos.

—Bastante segura, ¿verdad?

—Lo soy. —Ya había escrito un guion—. Tengo un plan.

—¿Y es...?

Metí las piernas debajo de mí.

—Como te estoy diciendo.

—No. —Se levantó, se acercó al sofá y se dejó caer a mi lado—. Tu plan apesta.

Envolví la manta con más fuerza alrededor de mis hombros.

—¿Cómo puedes saber eso si no conoces mi plan?

—Porque te conozco desde que tenías cinco, Liz. Estoy seguro de que tu plan implica una reunión artificial, un cuaderno completo de ideas tontas, y alguien cabalgando hacia la puesta del sol.

Estuvo cerca, pero le dije:

—Estás muy equivocado.

—Apuesto.

Suspiré.

—¿Entonces...? —Todo lo que necesitaba era que El Lugar fuera un atractivo más fuerte que la determinación de Wes de antagonizarme.

Wes se cruzó de brazos y pareció complacido consigo mismo.

—¿Entonces...?

—Oh, Dios mío, me estás torturando a propósito. ¿Vas a ayudarme o no?

Se rascó la barbilla.

—Simplemente no sé si El Lugar vale la pena.

—¿Vale la pena qué? ¿Permitirme estar en tu presencia por unas horas? —Metí un rizo mojado detrás de mi oreja—. Apenas sabrás que estoy allí.

—¿Y si *estoy* intentando enrollarme con alguien? —La mirada en su rostro fue tan espeluznante que sonreí sin poder evitarlo—. Tu presencia podría alterar mi *mojo*.

—Créeme, ni siquiera me notarás. Estaré demasiado ocupada haciendo que Michael se enamore locamente de mí como para siquiera tocar tu *mojo*.

—Ew. Deja de hablar de tocar mi *mojo*, perversa.

Puse los ojos en blanco y me giré hacia él.

—¿Vas a aceptar, o qué?

Él sonrió y subió sus pies sobre la mesita de café.

—Me *encanta* verte dar el paseo de la vergüenza desde casa de la señora Scarapelli. Es como mi nuevo pasatiempo favorito. Así que, supongo que te arrastraré a la fiesta.

—¡Sí! —Apenas me abstuve de bombear un puño en señal de victoria.

—Relájate. —Wes se inclinó hacia adelante, agarró el control remoto, y subió el volumen del televisor antes de mirarme como si oliera mal—. Espera, ¿esta película? ¿Te encanta esta película?

—Sé que es una premisa extraña, pero te juro que es genial.

—La he visto. Esta película es basura, ¿estás bromeando?

—No es basura. Se trata de encontrar a alguien tan adecuado para ti que estás dispuesto a dejarlo todo y atravesar *siglos* por esa persona. Ella abandona su vida literalmente y se muda a 1876. Quiero decir, ese es un amor poderoso. —Miré la televisión y mi cerebro comenzó a citar junto con la película—. ¿Estás seguro de que has visto *esta* película?

—Estoy segurísimo. —Sacudió la cabeza y observó cómo Stuart le rogaba a la enfermera que lo dejara salir del hospital—. Esta película es una basura predecible llena de tropos, infundida con aspartame.

—Por supuesto. —¿Por qué esperaría que Wes me sorprendiera?—. *Por supuesto* que Wes Bennett es un snob de las comedias románticas. No esperaría menos.

—No soy un *snob de las comedias románticas*, sea lo que sea eso, sino un espectador exigente que espera más que una trama predecible con personajes de relleno.

—Oh, por favor. —Puse mis pies en la mesita de café—. ¿Los edificios explotando y las persecuciones a alta velocidad no son predecibles?

—Estás asumiendo que me gustan las películas de acción.

—¿No es así?

—Oh, lo hago. —Arrojó el control remoto sobre la mesita y tomó su vaso—. Pero no deberías asumir.

—Pero tenía razón.

—Lo que sea. —Bebió lo último de su leche y dejó su vaso—. En pocas palabras, las películas para chicas son ridículamente poco realistas. Como, «Ah, estos dos son tan diferentes y se odian tanto, pero... espera. Después de todo ¿son tan diferentes?»

—De enemigos a amantes. Es un tropo clásico.

—Oh, Dios mío, crees que es increíble. —Entrecerró los ojos, se inclinó y me dio unas palmaditas en la cabeza—. Pobre y confundida pequeña amante del amor. Dime que no crees que esta película está remotamente conectada con la realidad de ninguna manera.

Golpeé su mano lejos de mi cabeza.

—Sí, porque creo en los viajes en el tiempo.

—Eso no. —Hizo un gesto hacia la televisión—. El viaje en el tiempo es probablemente la parte más realista. Estoy hablando de las comedias románticas en general. Las relaciones nunca, *nunca*, jamás funcionan así.

—Sí, lo hacen.

Sus cejas se elevaron.

—¿*Lo hacen?* Corrígeme si me equivoco, pero no pareció que funcionara así con Jeremiah Green o Tad Miranda.

Estaba un poco desconcertada por su conocimiento de mi historia romántica (o la falta de ella), pero supuse que era inevitable cuando estábamos en el mismo grado en la misma escuela.

—Bueno, sí *pueden*. —Me aparté el cabello aún húmedo del rostro y no me sorprendió que Wes pensara como lo hacía. Nunca había oído hablar de él estando en una relación seria con ninguna chica, nunca, por lo que probablemente era seguro asumir que era el clásico atleta del tipo mujeriego—. Está ahí fuera, incluso si las personas cínicas y hastiadas como tú también son, um... *cínicas* para creerlo.

—Dijiste «cínico» dos veces.

Suspiro.

Sonrió ante mi irritación.

—¿Entonces crees que dos enemigos, en el mundo real, pueden superar mágicamente sus diferencias y enamorarse locamente?

—Sí, lo hago.

—¿Y crees que conspirar, planificar y engañar no es gran cosa si se hace para despertar algún tipo de amor verdadero?

Me mordí el labio. ¿Eso era lo que estaba haciendo? ¿Engañar? El pensamiento formó un nudo pequeño en mi estómago, pero lo ignoré. Eso no era lo que estaba pasando aquí.

—Lo estás haciendo sonar ridículo a propósito —dije.

—Oh, no, simplemente es ridículo.

—Tú eres ridículo. —Me di cuenta de que estaba apretando los dientes, y relajé la mandíbula. De todos modos, ¿a quién le importaba lo que Wes pensara del amor?

Sonrió un poco y dijo:

—¿Has pensado en el hecho de que si tus pequeñas nociones de amor son válidas, entonces Michael en realidad *no* es el chico para ti?

No; él *era* el chico para mí. Tenía que serlo. Aun así, pregunté:

—¿Qué quieres decir?

—En este punto, Michael y tú no están enojados el uno con el otro, así que está condenado. Todas las comedias románticas tienen dos personas que al principio no se soportan, pero al final se las arreglan para terminar follando.

—Asqueroso.

—En serio. *You've Got Mail. The Ugly Truth. Um... When Harry Met Sally, 10 Things I Hate About You, Sweet Home Alabam...*

—En primer lugar, *Sweet Home Alabama* es un tropo de segunda oportunidad en el amor, idiota.

—Aah, mi error.

—En segundo lugar, eres un poco impresionante con tu conocimiento de las comedias románticas, Bennett. ¿Estás seguro de que no eres un admirador secreto?

Me dio una mirada.

—Seguro.

De hecho, *estaba* un poco impresionada; me encantaba *The Ugly Truth*.

—No se lo diré a nadie si te gustan en secreto las películas románticas.

—Cállate. —Se rio entre dientes y sacudió la cabeza lentamente—. Entonces, ¿qué tropo funciona para ti y Michael? ¿El tropo lo-seguiste-como-un-cachorrito-pero-ahora-ve-al-cachorro-como-una-novia-potencial-a pesar-de-que-ya-tiene-una-novia-potencial?

—Eres un *odioso* detestable del amor. —Fue todo lo que pude pensar en devolverle, porque, de repente, Wes tenía la extraña habilidad de hacerme reír. Incluso mientras se burlaba de mí, tuve que obligarme a no ceder a otra risita.

Pero teníamos un trato, así que intercambiamos números para que pudiera enviarme un mensaje de texto después de hablar con Michael, y decidimos que me recogería para la fiesta a las siete en punto del día siguiente.

Mientras caminaba de regreso a mi casa bajo la lluvia, no podía creer que él hubiera accedido. No estaba segura de ir a ningún lado con Wes, pero una chica hacía lo que tenía que hacer en nombre del amor verdadero.

No era fanática de correr bajo la lluvia o en la oscuridad, por lo que hacer ambas cosas al mismo tiempo fue condenadamente terrible. Helena había hecho espaguetis cuando llegué a casa de Wes, así que tuve que sentarme para una cena familiar a gran escala, completa con una

conversación sobre *¿Cómo estuvo tu día?*, antes de que pudiera huir. Mi papá intentó convencerme de usar la caminadora nueva que había comprado el día anterior, ya que estaba lloviendo afuera, pero esa no era una opción para mí.

Mi carrera diaria no tenía nada que ver con el ejercicio.

Apreté la cuerda de mi capucha, bajé la cabeza y golpeé la acera, mis Brooks desgastados salpicando agua sobre mis mallas con cada paso. Hacía frío y era miserable, y aceleré el paso cuando doblé la esquina al final de la calle y pude ver el cementerio a través del aguacero.

No disminuí la velocidad hasta que atravesé las puertas, subí por la familiar carretera asfaltada de un solo carril, y solo pasé el olmo torcido; luego corrí quince pasos más hacia la izquierda.

—Mamá, este clima apesta —dije a medida que me detenía junto a la lápida de mi madre, poniendo mis manos en mis caderas y aspirando aire mientras intentaba frenar mi jadeo—. En serio.

Me puse en cuclillas junto a ella, pasando mi mano sobre el mármol resbaladizo. Normalmente me sentaba en el césped, pero estaba demasiado húmedo para eso. La lluvia torrencial hacía parecer aún más oscuro de lo normal el cementerio sombreado, pero conocía el lugar de memoria, así que no me molestó.

De una manera extraña, este era mi lugar feliz.

—Así que, Michael está de vuelta, estoy segura de que lo viste, y se ve tan perfecto como siempre. Mañana voy a verlo de nuevo. —Me imaginé su rostro, como siempre lo hacía cuando estaba aquí, y dije—: Este te emocionaría. —Incluso si tenía que acudir a Wes en busca de ayuda. Mamá siempre había pensado que Wes era dulce, pero que jugaba demasiado rudo.

—Simplemente se siente como cosa del destino, la forma en que prácticamente se dejó caer en mi regazo justo después de que estaba escuchando «*Someone Like You*». Quiero decir, ¿qué es más fatídico que eso? ¿*Tu* canción favorita, de nuestra película favorita, y *nuestro* lindo exvecino favorito solo pasa? Siento que estás escribiendo este Felices Para Siempre desde tu lugar...

Me detuve e hice un gesto hacia el cielo.

—Allá arriba, en alguna parte.

Incluso la lluvia fría no pudo evitar que me emocionara mientras describía su acento sureño para mi mamá. Me agaché junto a su nombre cincelado y divagué, como hacía todos los días, hasta que sonó la alarma de mi teléfono. Este ritual se había convertido en una especie de diario oral a lo largo de los años, excepto que no estaba grabándolo, y nadie escuchaba. Bueno, excepto que, esperaba que mamá lo hiciera.

Era hora de regresar.

Me puse de pie y palmeé su lápida.

—Nos vemos mañana. Te amo.

Tomé una respiración profunda antes de girar y trotar colina abajo. La lluvia seguía cayendo con fuerza, pero la memoria muscular hizo que fuera más fácil mantenerse en el camino.

Y cuando pasé corriendo por la casa de Wes y me dirigí a mi camino de entrada, me di cuenta de que estaba más emocionada de lo que había estado en mucho tiempo.

—Liz.

Levanté la vista de mi tarea de literatura para ver a Joss escalando mi ventana, con Kate y Cassidy siguiéndola detrás. Descubrimos hace años que si te subías al techo de mi vieja casa de juegos en el patio trasero, estabas lo suficientemente alto como para abrir la ventana del dormitorio y entrar.

—Hola, chicas. —Estiré la espalda y me di la vuelta en la silla de mi escritorio, sorprendida de verlas—. ¿Qué tal?

—Acabamos de terminar con una reunión de planificación para la broma del último año, pero aún no queremos irnos a casa porque mi papá dijo que podía quedarme fuera hasta las nueve, y solo son las ocho y

cuarenta. —Cassidy, cuyos padres eran perversamente estrictos, se dejó caer en mi cama y Kate la siguió, mientras que Joss sentó su trasero en el asiento de mi ventana y dijo—: Así que, nos esconderemos aquí por veinte minutos más.

Me preparé para la presión de su parte sobre la broma de último año.

—Básicamente, eran como treinta personas metidas en Burger King, gritando en voz alta ideas de cosas que creen que son divertidas. —Joss soltó una risita y dijo—: Tyler Beck cree que deberíamos soltar unas veinte mil Pelotas de Goma en los pasillos, y conoce a un tipo que puede ayudarnos.

—Juro por Dios que convenció a todo el grupo de que era la idea ganadora. Hasta que dijo que necesitaría dinero real —dijo Kate riendo.

—Los del último año somos divertidos, pero jodidamente tacaños. —Cassidy se recostó en mi cama y dijo—: Personalmente, me gustó la idea de Joey Lee de decir al diablo y hacer algo horrible, como voltear todos los estantes de la biblioteca o inundar la escuela. Dijo que era «irónicamente divertido porque es terriblemente *poco* divertido» y que «nunca sería olvidado».

—Eso es definitivamente cierto —dije, sacando mi coleta y hundiendo mis manos en mi cabello. No quería mirar a Joss porque sentía que con una mirada sabría que había estado intrigando con Wes, así que mantuve mis ojos en Cass.

—Liz, deberías haber estado allí —dijo Joss, y me preparé para lo que venía a continuación. Tal vez, ¿un sermón sobre cómo solo éramos de último año una vez? Era muy buena en eso. *Solo hazlo, Liz. Solo seremos estudiantes de último año de secundaria por unos meses más.*

Pero cuando la miré, sonrió y dijo:

—Todos estaban hablando de ideas, y entonces Conner Abel dijo: «Una vez llenaron de tenedores el patio de mi casa».

Mi boca se abrió.

—¡Cállate!

—¿Verdad? —chilló Kate.

El año pasado, cuando estaba enamorada de Conner, pensamos que sería divertido llenar de tenedores su patio delantero un sábado por la noche cuando no pasaba nada y todas estábamos durmiendo en mi casa. Sí, fue una tontería, pero estábamos en primer año, no sabíamos nada. Pero en medio de la broma de medianoche, su padre salió para dejar que el perro hiciera sus necesidades. Echamos a correr hacia el patio del vecino, pero no antes de que el perro lograra clavar los dientes en los pantalones del pijama de Joss, exponiendo su ropa interior para que todos la vieran.

Joss se carcajeó y dijo:

—Fue divertido porque, ya sabes, pronunció las palabras extrañas «llenaron de tenedores el patio de mi casa».

—No puedo creer que haya dicho eso —me reí.

Negó con la cabeza y agregó:

—Pero también fue divertido porque alguien le preguntó de qué demonios estaba hablando, y escucha esto. Él dijo, y cito: «Un grupo de chicas clavaron tenedores por todo mi jardín el año pasado, y luego una nos mostró su trasero mientras huía. Amigos, no estoy jodiendo».

—¡*Cállate!* —Morí de risa entonces, apoyándome en el recuerdo de aquellos buenos tiempos. Fueron puros, en cierto modo, sin tocar por mis problemas estresantes de último año que habían manchado los recuerdos que habíamos estado haciendo este año—. ¿Te mató no tomar el crédito por ello?

Ella asintió, se puso de pie y se acercó a mi armario.

—Muchísimo, pero sabía que si confesaba quedaríamos como unas acosadoras obsesionadas.

Observé mientras hojeaba mis vestidos, y luego preguntó:

—¿Dónde está el vestido rojo a cuadros?

—Es tela escocesa, y está del otro lado. —Señalé y dije—: Con las camisas casuales.

—Conocía el diseño, pero me lo habría imaginado con los vestidos.

—Demasiado casual.

—Por supuesto. —Miró en el otro perchero, encontró el vestido, lo sacó de la percha y se lo colgó del brazo—. Entonces, ¿qué hiciste esta noche? ¿Solo deberes?

Parpadeé, atrapada por los faros, pero Cass y Kate ni siquiera estaban prestando atención, y Joss estaba mirando el vestido. Me aclaré la garganta y murmuré un rápido:

—Más o menos. Oye, ¿sabes cuánto de *Gatsby* se supone que vamos a leer mañana?

Cass dijo:

—Chicas, tenemos que irnos —dijo Cass al mismo tiempo que Joss dijo—: El resto.

—Gracias —logré decir, a medida que mis amigas se dirigían a la ventana y salían por el mismo camino por el que habían venido.

Joss estaba a punto de pasar la pierna cuando dijo:

—Por cierto, tu cabello se ve súper bonito así. ¿Lo rizaste?

Pensé en la sala de estar de Wes y en lo empapado que estaba mi cabello cuando llegué.

—No. Yo, um, solo terminé atrapada en la lluvia después de la escuela.

Ella sonrió.

—Deberías tener la misma suerte todos los días, ¿verdad?

—Sí. —Imaginé la voltereta lateral de Wes y quise poner los ojos en blanco—. Seguro.

3

«—*Llegas tarde.*
—*Estás impresionante.*
—*Estás perdonado*».

Pretty Woman

Eran las siete y cuarto y Wes aún no había aparecido.

—Tal vez deberías caminar hasta allí. —Papá levantó la vista de su libro y miró directamente mis uñas golpeteando nerviosamente—. Quiero decir, es Wes.

—Traducción —dijo Helena, dándome una sonrisa—. Tu golpeteo lo está distrayendo y cree que tu cita es capaz de olvidarte por completo.

—Esto no es una cita.

Papá ignoró mi comentario, dejó su libro sobre la mesa a su lado, y le sonrió a Helena.

—En realidad, su golpeteo me está distrayendo, y Wes Bennett es capaz de cualquier cosa.

Mi papá y Helena comenzaron a hacer sus bromas divertidas en el sofá de dos plazas, y tuve que luchar para contener los ojos en blanco. Helena era increíble, me recordaba a una Lorelai Gilmore rubia, pero ella y papá a veces eran demasiado para soportar.

La había conocido en un ascensor atascado, de verdad, exactamente un año después de la muerte de mi madre. Habían pasado dos horas en confinamiento forzado entre los pisos octavo y noveno del edificio First National en el centro, y habían sido inseparables desde entonces.

Era el epítome de la ironía que hubieran tenido el máximo encuentro de película y parecían *hechos* el uno para el otro, porque ella era el polo

opuesto de mi madre. Mi madre había sido dulce, paciente y adorable, como una versión moderna de Doris Day. Le encantaban los vestidos, el pan casero y las flores recién cortadas de su jardín; todo eso era parte de lo que mi padre se había enamorado perdidamente.

Él había dicho que ella era encantadora.

Helena, por otro lado, era sarcástica y hermosa. Llevaba jeans y camiseta, pedía comida para llevar, no le gustan las comedias románticas, pero mi padre se enamoró de ella al momento en que el ascensor de gran altura dejó de funcionar.

En un instante, perdí a mi compañero de duelo y gané a una mujer que no se parecía en nada a la madre por la que lloraba todas las noches.

Eso había sido mucho para la Liz de once años.

Revisé mi teléfono: no había ningún mensaje de Wes. Tenía quince, no, *diecisiete* minutos de retraso, y aún no había enviado un solo mensaje de *disculpa, llego tarde*.

¿Por qué me había molestado en estar lista a tiempo? Probablemente se había olvidado por completo de mí y ya estaba en la fiesta con una cerveza en la mano. Me envió un mensaje de texto anoche para decirme que Michael estaba feliz de saber que iría a la fiesta, y me mató no hacer todas las preguntas pertinentes.

¿Dijo algo de mí?

Dime sus palabras exactas.

En última instancia, me abstuve porque Wes solo usaría eso en mi contra.

Mi teléfono vibró y lo saqué de mi bolsillo.

Jocelyn: *¿Qué estás haciendo?*

Lo devolví sin responder mientras la culpa se retorció en mi estómago. Normalmente le contaba todo, pero sabía que no aprobaría que fuera a la fiesta. *¿Sabes siquiera quién es Ryno? Michael Young NO es tu*

tipo de correr a la estación del tren. Al momento en que dijo eso, supe que no tenía idea de lo mucho que me importaba esto.

Solo iría a la fiesta, y le enviaría un mensaje de texto cuando llegara a casa.

—¿Estarás en casa a medianoche? —preguntó papá.

—Sí.

—Ni un segundo después, ¿entendido? —Papá parecía más serio que de costumbre y agregó—: Nada bueno sucede después de la medianoche.

—Lo sé, lo sé. —Decía esas palabras cada vez que salía—. Te llamaré si...

—No, no lo harás. —Mi siempre relajado padre sacudió la cabeza y me señaló—. Simplemente harás que sea una prioridad *no* llegar tarde. ¿Entendido?

—Cariño, relájate; ella lo entiende. —Helena y yo intercambiamos miradas de comprensión antes de que ella señalara la ventana y comenzara a hablarle sobre la hierba. Papá solo estaba tenso cuando llegaba el toque de queda, y solo era por la muerte de mi madre. Lo que más le gustaba decir si alguna vez me atrevía a presionar era que *si tu madre no hubiera salido a medianoche, ese conductor ebrio no podría haberla atropellado.*

Y tenía razón. Y estaba exaltado. Así que, casi siempre me callo al respecto.

Seguí golpeando la mesa auxiliar con mis uñas, sacudiendo mis piernas cruzadas mientras los nervios se asentaban. No estaba nerviosa por Michael; estaba emocionada por esa parte. Lo que me ponía nerviosa era ir a una fiesta con los populares. No conocía a nadie además de Wes, y mi torpe yo sabía aún menos sobre cómo actuar en una fiesta de barriles.

Porque nunca había estado en una fiesta de barriles.

Era más una chica discreta. En un viernes típico por la noche, Joss, Kate, Cassidy y yo íbamos al cine o pasábamos el rato en la librería o tal vez iríamos a Applebee's a comprar aperitivos baratos. De vez en cuando íbamos de compras y terminábamos en Denny's o Scooter's Coffee.

Y me gustaba mi vida predecible. La entendía, controlaba y tenía sentido para mí. En mi cabeza, mi vida era una comedia romántica y la vivía como un personaje tipo Meg Ryan. Vestidos lindos, buenos amigos y la aparición eventual de un chico que me encontraría encantadora. Las fiestas de barriles no jugaban ningún papel en eso. Pertenecían a un tipo de vida de *Supercool*², ¿verdad?

—¿Y los padres están en casa?

Puse los ojos en blanco y el Señor Fitzpervert saltó a mi regazo.

—Sí, papá, los padres están en casa.

Spoiler: no estaban en casa.

Pero papá y Helena eran padres súper tranquilos. Confiaban en mí, principalmente porque rara vez salía y nunca me metía en problemas, de modo que no sentían la necesidad de llamarme para ver cómo estaba cuando estaba fuera de casa. Así que sí, me sentí un poco culpable por mentir, pero como no planeaba hacer nada que no aprobaran (excepto en el mejor de los casos, Michael y yo besándonos en el porche trasero bajo un cielo despejado con «*Ocean Eyes*» de Billie Eilish en un altavoz de fondo y sus manos acunando mi rostro mientras mi pie derecho se alzaba en el momento justo como en las películas), mi culpa solo fue una fracción de lo que podría haber sido.

Rasqué detrás de la oreja de Fitzpervert, lo que lo hizo ronronear y morderme la mano.

Era un idiota.

Actualmente lucía la corbata de moño a cuadros que compré en DapperTabby.com, de modo que se veía elegante de cierta forma quiero-asesinarte-pero-como-demasiado-para-realmente-moverme. La corbata *acentuaba* su reciente aumento de peso, así que no estaba enojada porque hubiera arremetido.

Lo entiendo.

Lo dejé en el suelo y me acerqué a la ventana, y allí estaba Wes, como si mis pensamientos lo hubieran convocado. Bajó de un salto los escalones

de su porche vistiendo jeans y una sudadera con capucha, y procedió a caminar por nuestro patio delantero.

—Ya está aquí. Adiós, chicos. —Tomé mi bolso y me acerqué a la puerta.

—Que lo pases bien, cariño.

—¿Tienes dinero para un teléfono público? —preguntó Helena.

Miré a Helena con los ojos entrecerrados, quien se encogió de hombros y agregó:

—Quiero decir, nunca se sabe. Podrías entrar en toda una máquina del tiempo, una cosa de *Back to the Future* y necesitar un teléfono público para llegar a casa, y ¿qué harías entonces?

Puse los ojos en blanco entonces.

—Sí, um, definitivamente tengo suficiente dinero para volver a esta década en caso de que encontremos un agujero en el continuo espacio-tiempo. Gracias.

Ella asintió y puso sus pies sobre el regazo de papá.

—De nada. Ahora lárgate, pequeña.

Abrí la puerta principal antes de que Wes pudiera llamar, y la cerré rápidamente detrás de mí. Lo que resultó en que casi nos chocamos. Se detuvo justo a tiempo, luciendo un poco sorprendido.

—Hola —dije.

—Hola. —Miró a mi alrededor y dijo—: ¿No tengo que entrar para un sermón paterno?

No pude responder por un segundo porque fue un poco discordante ver a Wes parado en mi porche al anochecer, oliendo ligeramente a colonia varonil almizclada y luciendo recién duchado. Había estado en la puerta de al lado toda mi vida, pero era surrealista que nuestras vidas paralelas en realidad se cruzaran.

—Nah —dije a medida que metía las llaves en mi bolso y comenzaba a caminar hacia su auto, que estaba, por supuesto, en El Lugar—. Saben que esto no es una cita.

Solo le tomó dos pasos, y me alcanzó.

—Pero, ¿y si quisiera declarar mis intenciones a tu padre?

—¿Tus intenciones? —Me detuve junto a su auto—. ¿Quieres decir de cómo pretendes irritarme durante varias horas seguidas esta noche?

Presionó desbloquear y me abrió la puerta.

—En realidad, me refería a la forma en que tengo la intención de cancelar la fiesta por completo para usar tu cuerpo como escudo humano en el campo de paintball.

—Ni siquiera bromees con manchar este vestido de pintura neón.

Cerró la puerta, rodeó el auto y se puso al volante.

—Sí, ¿qué hay con el vestido? Pensé que usarías algo normal para una fiesta.

—Esto es normal. —Me abroché el cinturón de seguridad y bajé la visera para comprobar mi maquillaje. Como si Wes supiera algo de moda. Estaba enamorada de mi vestido jersey color mostaza y sus botones de flores.

Arrancó el motor y lo puso en marcha.

—Tal vez para ti. Te garantizo que serás la única persona donde Ryno que lleve un vestido.

—Lo que hará que Michael se fije en mí. —Busqué en mi bolsillo, porque por supuesto mi vestido tenía bolsillos, y abrí el tubo de pintalabios que estaba dentro. Me temblaban las manos y respiré hondo, intentando calmarme. Sin embargo, fue difícil cuando en cuestión de minutos estaba cara a cara con el chico con el que había soñado despierta durante más de la mitad de mi vida.

Respira profundo.

—Sí, eso es definitivamente cierto. —Se apartó del bordillo y añadió con voz de vaquero—: *Hola, vaquero. ¿Quién es la potranca del vestido que está bloqueando mi vista de las chicas calientes?*

—Oh, vamos. Michael no habla así. —Medio reí y medio resoplé sin poder evitarlo, lo que arruinó la aplicación del pintalabios mientras miraba en el espejo del visor—. Habla como el chico inteligente y carismático que es.

—Como si siquiera lo supieras. —Giró a la derecha en Teal Street, y su pie se hundió pesado en el pedal del acelerador—. La última vez que nos reunimos, era un estudiante de cuarto grado.

—Quinto. —Volví a tapar el pintalabios—. Y solo lo sé.

—Oh, solo lo sabes. —Hizo un ruidito que fue el equivalente a llamarme niña—. Por lo que sabes, ha pasado los últimos años torturando a bebés ardillas.

—Por lo que *tú* sabes —dije, subiendo la visera y estirándome para encender su radio—, ha pasado los últimos años *alimentando con biberón* a bebés ardillas huérfanos.

—Bueno, si me preguntas, eso no es menos alarmante.

Puse los ojos en blanco y cambié la estación, levemente irritada porque él también pensaba que era ridícula. No entendían cuán predestinada estaba su reaparición, así que simplemente iba a ignorar su negatividad.

Me encantaba Jay-Z, pero me estaba sintiendo como la de antes con mi vestido de jersey, así que me alejé del rap hasta que encontré una emisora que ponía una canción súper vieja de Selena Gomez. Eso me valió otro ruidito de desaprobación antes de que Wes volviera a cambiarla a «PSA».

—Oye, me gustaba esa canción.

—¿Te gusta una canción sobre Selena Gomez sedienta por Justin Bieber?

Observé su rostro sonriente.

—Eres realmente repugnante.

—Tú eres la que le gusta esa canción realmente repugnante.

Si mamá tenía razón sobre toda la regla de que tus ojos se quedarán así, pasar tiempo con Wes me iba a dejar con una discapacidad visual por el resto de mi vida.

—¿No vas a llamar?

Wes se detuvo con la mano en el pomo de la puerta principal y me miró como si fuera de otro planeta.

—¿Por qué lo haría?

—¿Porque no es tu casa?

—Pero es la de Ryan; he estado aquí ciento de veces. —Empujó la puerta principal—. Y vamos a una fiesta en el sótano, no a una cata de vinos en el comedor formal. El mayordomo no necesita anunciar nuestra llegada *esta vez*.

—Lo sé, tarado.

Sonrió y me hizo un gesto para que fuera delante de él.

Entré en el vestíbulo elegante, con mármol en el suelo y un candelabro de cristal en el techo, y todo estaba en silencio. Muy silencioso. Mi estómago estaba lleno de mariposas y en cierto modo quería irme a casa, a pesar de saber que Michael probablemente ya estaba aquí.

—Libby, relájate.

Wes me estaba mirando como si supiera lo nerviosa que estaba, y el tono de su voz me dijo que en realidad estaba intentando hacerme sentir mejor. Sin embargo, eso parecía una exageración, cuando probablemente solo estaba pensando en lo divertido que era que yo fuera una ratoncita tan nerda.

—Nadie me llama «Libby». —Mamá sí, pero como ya no estaba, no podía contarla, ¿verdad?

—Aw, entonces ya tengo un apodo perfecto para ti.

—No. Lo odio. —No siempre lo había hecho, pero ahora sí.

—Oh, no lo haces. —Empujó mi brazo con su codo—. Y puedes llamarme «Wessy» si quieres.

No podía *no* reírme de eso; era tan ridículo.

—No querré hacer eso, como en, nunca.

Se acercó a una puerta y la abrió, y los ruidos llegaron desde la parte inferior de las escaleras.

—¿Lista para la fiesta?

Para nada.

—Oye, no me abandones hasta que encuentre a Michael, ¿de acuerdo?

—Lláname «Wessy», y no lo haré en absoluto.

Resoplé.

—Bien. Si te deshaces de mí, Wessy, te apuñalaré con el grifo del barril.

—Mi pequeña Libby es tan salvaje.

—¿Dónde está?

Wes me miró mientras permanecíamos cerca del barril.

—Solo hemos estado aquí diez minutos, relájate. Estará aquí en alguna parte.

Apreté mi vaso rojo entre mis manos y miré alrededor. «*Up All Night*» de Mac Miller sería la elección perfecta si una cámara tuviera que salir y capturar la energía de la fiesta. Porque había *mucha* gente en ese sótano sin terminar, gritando, riendo y bebiendo cerveza tibia. Un grupo pequeño se sentaba alrededor de una mesa en la esquina jugando a Presidents and Assholes, que parecía ser un juego que involucraba cartas, beber y gritar esporádicamente: «¡Ooh-wee nena!»

Pero nada de eso me importaba. Solo quería ver a Michael. Quería mi gran momento de reencuentro perfecto con él, nuestro momento de ciclo de la infancia completado, y todo lo demás solo era ruido de fondo.

—Tal vez deberías relajarte y tratar de divertirte. —Wes sacó su teléfono de su bolsillo delantero, revisó los mensajes y luego lo volvió a guardar—. Sabes cómo hacer eso, ¿no?

—Por supuesto —respondí, tomando un sorbo de la cerveza y tratando de no parecer que la encontraba tan repugnante como en realidad lo hacía. Pero a decir verdad, no tenía idea de cómo divertirme en una fiesta como esa; él tenía razón.

Sin embargo, Wes encaja.

Desde el momento en que bajamos las escaleras, su nombre había sido gritado no menos de diez veces. Toda nuestra clase de secundaria parecía adorar a mi vecino molesto. Extraño, ¿verdad? Lo que era aún más extraño era que, hasta el momento, no se había convertido en el cabeza hueca que imaginé que sería en una situación de fiesta.

No me había dejado sola, no había bebido cerveza de cabeza sobre el barril y no había hablado de senos y/o traseros con sus amigos frente a mí. Quiero decir, había dejado de beber cerveza y estaba bebiendo agua porque tenía que conducir, por Dios. ¿Quién *era* este tipo? El tipo que supuse que era se habría emborrachado con cerveza *mientras* conducía.

Los amigos del vecindario eran así. Crecías con ellos, corriendo por las aceras calientes y gritándose unos a otros a través del césped recién cortado, pero una vez que crecían, se convertían en conocidos nacidos de la proximidad con nada más que un nivel superficial de conocimiento básico.

Sabía que él estacionaba como un idiota, jugaba un deporte de pelota (¿tal vez, béisbol?) y siempre se reía y era escandaloso cuando lo veía en la escuela. Estoy segura de que él sabía aún menos de mí.

—¡Wesley! —chilló una rubia bonita y le dio un gran abrazo. Me miró por encima del hombro de ella cuando casi saltó sobre él, y puse los ojos en blanco, lo que lo hizo reír. La rubia se apartó y dijo—: ¿Por qué tardaste tanto? Te he estado buscando por todas partes.

—Tuve que recoger a Liz. —Hizo un gesto hacia mí, pero ella ni siquiera se dio la vuelta.

La chica se paró, como a tres centímetros de él, cuando dijo:

—Te ves muy sexy esta noche.

¿Así era cómo el escalón superior de mi género conseguía novios en mi escuela? Si es así, nunca tendría una oportunidad con Michael porque era una gran admiradora del espacio personal. De hecho, sentí un poco de lástima por Wes cuando tragó pesado y dio el más mínimo paso hacia atrás.

—Uh, gracias, Ash —le dijo.

—Probablemente no debería decirte eso. —En cierto modo, estaba gritando por encima del ruido, pero Wes aun así se vio incómodo, como si estuvieran solos en una habitación oscura y la puerta estuviera cerrada—. Pero qué diablos, ¿verdad?

No se movió desde lo más profundo del espacio de Wes, así que le di un golpecito en el hombro. Supongo que, era un amigo de la infancia, de modo que probablemente era mi deber como vecina salvarlo al menos una vez.

Se dio la vuelta y sonrió.

—Hola.

—Hola. —Sonreí y toqué su brazo—. Escucha.

Me incliné y acerqué mi boca a su oreja, y quise reírme cuando vi que la ceja de Wes se levantó en signo de interrogación.

—No se lo digas a nadie, pero Wes y yo somos como... ya sabes... —le dije.

—¿Están juntos? —Sus ojos se entrecerraron con confusión y luego sonrió. Asintió lentamente—. No tenía idea, ¡lo siento mucho!

—Shh. —La chica era escandalosa—. No te preocupes, en absoluto, solo lo mantenemos en secreto.

—Quiero decir, iba detrás de él. —Se hizo un gesto con ambos dedos índices y se rio—. ¡No quise saltar sobre tu hombre!

Sacudí la cabeza y quise esa máquina del tiempo que Helena había mencionado, a medida que todo encajaba en su lugar. Ella, *Ash*, era Ashley Sparks. Dios mío. No solo era ruidosa, sino que era súper popular y una chismosa terrible. Cada persona en este edificio pensaría que Wes y yo estábamos *juntos* en unos diez minutos. La hice callar y dije:

—Shh... no es gran cosa. Aún no es mi hombre, así que...

—Chica, lo será. —Me dio un empujón con el hombro y le sonrió a Wes—. Ve a atraparlo.

—Oh, Dios mío —murmuré—: Shh. Uh, está bien.

Se alejó y cerré los ojos con fuerza, sin querer mirarlo.

—¿Acabas de decirle que...?

Abrí mis ojos.

—Sí.

Dobló las rodillas de modo que su rostro estuviera a la altura de la mía, y sus ojos se entrecerraron cuando dijo:

—¿Por qué harías eso?

Tragué con fuerza y miré mi cerveza.

—Bueno, estaba intentando salvarte, um, de sus garras apasionadas.

Empezó a reír. Duro. Levanté los ojos a su rostro, y no pude evitar unirme, porque tenía una de esas risas. Infantil, feliz, traviesa y plena; era

contagiosa. Y en realidad, *era* ridículo que hubiera intentado salvar el metro ochenta y seis de Wes de la chica sexy que claramente quería estar con él. Tenía lágrimas en los ojos cuando logramos controlarnos.

—Hola a todos. —Michael se acercó a Wes y dijo algo sobre la cerveza, pero mi corazón comenzó a latir tan rápido que desmayarse se convirtió en una posibilidad clara y no escuché nada de lo que dijo. El ruido de la fiesta se atenuó hasta convertirse en un murmullo zumbante mientras apretaba los dedos alrededor de mi vaso rojo y lo devoraba con la vista. Era todo lo que recordaba, pero mejor. Su sonrisa era la misma arma poderosa que me hacía sentir tanto mareada como si pudiera entrar en combustión espontáneamente, todo al mismo tiempo.

Wes y Michael siguieron hablando, pero no escuché ninguna de sus palabras cuando levanté mi vaso a mis labios, deseando tanto tener audífonos conmigo. Porque «*How Would You Feel*» de Ed Sheeran definitivamente debería haber estado sonando mientras mis ojos se paseaban por su cabello espeso, sus ojos bonitos y esos dientes perfectos que estaban al descubierto a medida que le sonreía a Wes.

Nota personal: crear la banda sonora de Michael y Liz después de llegar a casa.

—Liz, ¿cómo has estado? —Volvió su atención hacia mí, y mis entrañas se derritieron por completo cuando sonrió—. Te ves exactamente igual. Te habría reconocido en cualquier parte.

Mi voz no funcionaría por un segundo y mi rostro estaba en llamas, pero entonces logré susurrar la palabra:

—Igual.

—Entonces, ¿dónde trabajas?

—¿Qué?

Hizo un gesto hacia mi vestido.

—¿Tu uniforme...?

—Ah. —Oh, no. Pensó que mi vestido adorable, aquel que se suponía que me haría destacar entre la multitud solo *para él*, era un uniforme de

camarera.

Mátenme, ahora.

Miré a Wes, y él me dio una mirada de *Vamos a ver cómo vas a salir de esta.*

—Mi uniforme. Sí. Um, yo, uh, a veces tengo algunas horas en la cafetería —tartamudeé.

—¿Qué cafetería?

—La, eh, *La Cafetería.*

El rostro de Wes se desplegó en una gran sonrisa.

—Me encanta *La Cafetería.*

Se formaron gotas de sudor en la punta de mi nariz mientras mentía.

—Casi nunca trabajo allí.

Michael inclinó un poco la cabeza.

—¿Dónde exactamente...?

—Young, ojalá te hubieras mudado a tu antigua casa —interrumpió Wes—. Porque podríamos renovar por completo nuestro último juego épico de las escondidas.

Hice una nota mental para agradecerle a Wes más tarde por el cambio de tema.

Michael sonrió y tomó un sorbo de su vaso rojo.

—¿Te imaginas?

—Prefiero no hacerlo. —Le sonreí e ignoré la risa de Wes—. Cuando nuestros juegos de las escondidas se volvían «épicos», generalmente significaba que Wes y los gemelos me estaban aterrorizando.

—¿Cuántas veces crees que me escabullí y te advertí? —Los ojos de Michael recorrieron mi rostro como si estuviera reconciliando la vieja y la nueva yo—. Te salvé de tantos bichos y ranas en tu camisa.

—Los gemelos solían cabrearse mucho cuando la ayudabas —dijo Wes.

Michael se encogió de hombros y volvió su atención a Wes.

—Simplemente no podía dejar que le hicieran eso a Liz.

Ed Sheeran estaba de vuelta en mi cabeza a medida que veía a Michael reír con Wes. Los tres retrocedimos unos años a nuestra infancia feliz, y se sintió tan bien.

¿Cómo te sentirías,

Si te dijera que te amo?

—Cada vez que veo una película cursi en la televisión, pienso en la Pequeña Liz.

Solo que, cuando lo dijo, Michael logró que la palabra «pequeña» sonara sexy. Como *Peeequaña*, aunque sonó como un ranchero somnoliento cuando lo dijo, a diferencia de alguien que hace referencia a la rapera más nueva de la escena, Peque Liz.

Levantó su vaso y terminó lo último de su cerveza.

—¿Recuerdas que siempre miraba *Bridget Jones's Diary* y se enojaba tanto si nos burlábamos de eso? —Nunca supieron que era porque esa película había sido la favorita de mi madre.

—¿Tenemos que repasar el pasado? —Empujé mi cabello detrás de mi oreja y traté de dirigirlos a un tema que mostraría a Michael lo interesante que era ahora—. He oído...

—¿Puedes traerme una cerveza? —Ashley estaba de regreso, sosteniendo su vaso hacia Michael y sonriéndome como si fuéramos mejores amigas—. Soy terrible con el barril y siempre termino con demasiada espuma.

Ugh, ella lo dijo de *esa* manera. Ya sabes cuál.

Michael sonrió, pero no sonó coqueto cuando dijo:

—Claro.

Nos dio la espalda y agarró el grifo mientras ella volvía su atención a Wes.

—Bennett, ¿vas a ir al baile de graduación?

Wes me miró y levantó una ceja, sonriendo.

—Aún no lo he decidido.

—Sigue soñando —murmuré, haciéndolo reír a medida que Ashley continuaba, ajena a nuestro intercambio.

—Un montón de nosotros vamos en grupo. —Ahora estaba arrastrando las palabras bastante pesado. Empecé a preguntarme si deberíamos encontrar a sus amigos—. Ustedes dos deberían venir. Vamos a conseguir una limusina y todo.

Miré a Michael, pero parecía haber pasado por alto el comentario, gracias a Dios.

Wes se inclinó más hacia ella y dijo:

—Ash, ¿tuvieron un pequeño calentamiento antes de la fiesta?

Ash se rio y asintió.

—En lo de Benny, su mamá no estaba.

—Ya veo. ¿Qué tal un poco de agua? —Wes le agarró una botella de la hielera junto al barril y le dedicó una sonrisa linda que me di cuenta de que nunca me había dado a mí. Ni una sola vez. Solo recibía sonrisas burlonas, sonrisas sarcásticas y ceños fruncidos de mi vecino—. Bueno, me encanta una buena limusina, así que tendré que pensar en el baile de graduación.

Michael se dio la vuelta.

—¿Cuándo es el baile de graduación?

Todo se detuvo para mí cuando Wes tomó la cerveza que Michael le había servido a Ashley y la dejó a un lado. Ella ni siquiera se dio cuenta.

—En dos semanas —dijo Wes.

Fue totalmente a cámara lenta. *Eeeennn. Dooossss. Seeemmmaaannnaaasss.*

—Es tan extraño cambiar de escuela dos meses antes de la graduación. Se supone que el baile de graduación es realmente importante, pero ni siquiera conozco a ninguna chica aquí excepto a Laney —le dijo Michael a Wes.

¡Me conoces! ¡Llévame a mí, mi hermoso Michael, no a la malvada e insípida Laney! Tendría que explicarle el cambio de planes a Joss, pero podría hacerle entender si el chico de mis sueños daba un paso al frente.

Michael nos hizo un gesto a Wes y a mí y preguntó:

—¿Ustedes van a ir?

—¿Nosotros? —Mi voz salió aguda, y moví una mano salvajemente entre Wes y yo mientras hacía una mueca exagerada, agradecida de que Ashley hubiera desaparecido entre la multitud—. ¿Wes y yo? Dios mío, no. ¿Estás bromeando?

—Sí. —Wes negó con la cabeza e hizo ese gesto cortante con su mano—. No vamos a ningún lado juntos. Créeme. No iría ni a la gasolinera con esta.

—Bueno, no te invitaría ni a la gasolinera, así que puedes cerrar tu boca —dije con una sonrisa, seguido de un gran puñetazo falso en el brazo—. Créeme.

Michael nos miró como si fuéramos graciosos.

—Ah. Creí haber oído que estaban juntos.

—Sí, bueno, escuchaste mal —dije, horrorizada al darme cuenta de que yo era quien había iniciado el rumor. Sobre mí.

Dios. ¿Y qué tan rápida *era* la chismosa Ash? Honestamente, me habría impresionado si no hubiera estado tan preocupada de que ella lo arruinara todo.

—Amigo, estás totalmente equivocado. —Wes me alborotó el cabello y dijo—: No me interesa la Pequeña Liz.

Le di una palmada en la mano.

—Nop.

—Ah. —Michael asintió lentamente en consideración y luego me miró—. Dos semanas, ¿eh?

Dooossss. Seeemmmaaannnaaasss. ¿Eeeeehhhhhh?

Se me puso la piel de gallina en los brazos cuando Sheeran flotó de regreso a mi cabeza.

—Entonces, díganme qué ha pasado desde que me mudé. —Aparentemente, Michael había terminado de pensar que Wes y yo éramos una cosa y también terminó de marearme con las palabras «baile de graduación» en mi presencia—. ¿Ustedes siguen pasando el rato? ¿Qué hay de los gemelos y Jocelyn?

Wes y yo nos miramos antes de que me hiciera cargo, principalmente porque no quería que dijera algo vergonzoso o desagradable de mí.

—Wes y yo nos vemos el tiempo suficiente para pelear por el lugar de estacionamiento frente a nuestras casas, pero eso es todo. Y Joss de hecho ahora es mi mejor amiga, lo que incluso a mí me resulta difícil de creer.

Él sonrió ante eso, y tenía el tipo de sonrisa que te hacía sentir como si hubieras hecho algo bien. Un millón de terminaciones nerviosas felices zumbaron dentro de mi cuerpo, y quise disfrutar de esa sonrisa y hacer que nunca desapareciera.

Ashley reapareció y le dijo algo a Wes, lo que hizo que nos diera la espalda para hablar con ella, lo cual estaba bien para mí, porque nos dejó a Michael y a mí en una conversación uno a uno.

—Por otro lado, los gemelos ahora asisten a Horizon High. Los enviaron a la escuela alternativa después de que terminaron en el reformatorio por robar un auto.

—¿Qué? —La boca de Michael se abrió, pero sus ojos siguieron sonriendo—. Su mamá era súper religiosa, ¿no?

—Sí. —Tomé un sorbo de la cerveza caliente que tenía e hice lo mejor que pude para no vomitar—. Aún da clases de catolicismo todos los miércoles por la noche en St. Patrick, pero tiene que usar una letra escarlata en su suéter de mezclilla.

—Escandaloso. —Inclinó su cabeza más cerca—. Esto es salvaje, aún no puedo creer que seas tú. La Pequeña Liz, toda adulta.

—Lo sé. ¿Y quién habría pensado que regresaría Michael de la cuadra? —Mis mejillas se calentaron cuando también me incliné más cerca para que pudiera oírme por encima del ruido de la fiesta. Mi corazón latía con fuerza mientras repasaba las palabras, como lo había estado haciendo durante las últimas horas, una y otra vez en mi cabeza. El reloj estaba corriendo, así que necesitaba saltar con ambos pies. Le dije—: No sé si lo sabías, pero cuando éramos pequeños, estaba muy enamorada de ti.

Sus labios se deslizaron en una sonrisa deslumbrante.

—Bueno, seré honesto. En cierto modo...

No sé si Michael terminó su oración o no, porque justo cuando estaba teniendo un pequeño aneurisma de placer ante las posibilidades de la siguiente oración, escuché un ruido. Como el tipo de gorgoteo que hace una manguera de jardín cuando la enciendes, pero el agua aún no ha salido del tubo. Miré en la dirección del sonido, y Ashley abrió la boca ampliamente y arrojó un vómito marrón espeso por todo mi frente, desde mi cuello hasta mi vestido y mis rodillas desnudas y expuestas.

Oh. Dios. Mío.

¡OHDIOSMÍO! Miré hacia abajo, viendo que estaba *cubierta* por los restos licuados del estómago de Ashley. Era cálido y espeso y salpicaba mi atuendo, empapando tanto la parte superior de mi vestido que se pegaba a mi piel. En mi visión periférica pude ver que había mechones húmedos en el lado derecho de mi cabello, cerca de mi oreja, pero no podía concentrarme en eso porque podía sentir un rastro de vómito caliente corriendo por mi pierna.

Corriendo por mi pierna.

No estoy segura si hice un sonido o si solo me veía victimizada mientras estaba parada allí con los brazos extendidos, pero Wes entregó rápidamente a la rubia vomitona a una de las chicas que estaban cerca, y luego estuvo a mi lado.

—Liz, tengo ropa limpia en mi maletero. Vamos a llevarte al baño, y puedes limpiarte mientras corro a mi auto y las busco.

Ni siquiera podía formular palabras. Solo asentí y dejé que me agarrara del codo y me guiara a través de la multitud boquiabierta, que parecía pensar que mi situación era repugnante e hilarante, y subimos las escaleras. Estaba luchando contra mi reflejo nauseoso y tratando de no inhalar ese olor horrible a medida que moría de mortificación.

No solo era un hazmerreír vomitado, sino que Michael había sido testigo de toda la terrible experiencia.

Hablando de lo contrario a un encuentro de película.

En serio, iba a morir de vergüenza. Con seguridad. De hecho, era una cosa. Mi muerte era inminente.

Cuando llegamos a la parte superior de las escaleras, Wes me llevó a un baño que estaba justo al lado de la cocina. Encendió la luz, me llevó adentro y dobló las rodillas para estar a mi nivel. Me miró al rostro de modo que no pudiera ver nada más que él y dijo:

—Quítate esta ropa y límpiate, vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

Aún no podía formular palabras, así que asentí.

Michael apareció en lo alto de las escaleras, mirándome con su nariz perfecta arrugada como si él también quisiera vomitar, pero de una manera compasiva.

—Al menos llevabas tu uniforme y no tu propia ropa —comentó.

Ahora yo quería vomitar, y desaparecer, así que solo dije:

—Sí.

—¿Hay algo que pueda hacer? —Parecía mareado de solo verme, pero aun así me dio una sonrisa dulce y dijo en una especie de consuelo

cargado de acento sureño—: ¿Necesitas que te traiga algo?

Traer. Uff.

Negué con la cabeza pero sentí, oh Dios mío, algo húmedo pegado a mi cuello. Apreté los dientes y dije:

—No, pero gracias.

Cerré la puerta y giré la cerradura. Miré alrededor y maldije a quienquiera que haya construido esta casa por no proporcionar una ducha en ese baño de invitados en particular.

—¡Tienes que estar *bromeando*!

Eché un vistazo al lavamanos. Y me disculpé con Ryno, quienquiera que fuera, por lo que estaba a punto de hacerle a su baño.

Primero, me arranqué toda la ropa que tenía puesta, incluyendo mi ropa interior, y la dejé caer en un montón repugnante sobre el suelo de mármol blanco. Luego, abrí el grifo y comencé a empujar partes del cuerpo bajo el chorro de agua caliente. Pierna izquierda, pierna derecha. Brazo izquierdo, brazo derecho. Tuve que retorcerme casi del todo hacia atrás para enjuagar mi cuello y torso, rociando agua por todo el tocador y el piso, antes de hundir mi cabeza directamente bajo el agua.

Qué gran idea, Liz, ir a una fiesta de cerveza con Wes.

Terrible juicio.

Podía ver los trozos ralentizando el desagüe del lavabo mientras me frotaba el cabello con una barra de jabón, así que debí tener cuidado de mantener la cabeza levantada lo suficiente para evitar volver a contaminar mi cabello con el lavabo.

Me enderecé y humedecí una de las toallas de invitados y la unté con otra elegante barra de jabón antes de darme un baño de esponja improvisado en todo el cuerpo.

Me vi fugazmente en el espejo salpicado de agua, restregándome salvajemente desnuda en el baño de un extraño mientras soltaba pequeños gemidos de disgusto, y mi cerebro agregaba la siguiente pista al álbum.

«*Hello Operator*» de los White Stripes.

Las palabras no se ajustaban particularmente a mi situación excepcionalmente horrible, pero los riffs de guitarra a medida que me frotaba de forma maníaca y desnuda habrían sido perfectos.

—¿Liz? —Wes estaba en la puerta del baño—. ¿Quieres que pase la bolsa por la puerta, o debería dejarla aquí en el piso y volver abajo?

—Si pudieras dejarla, sería genial. —El baño lujoso era como una casa de diversiones, con grandes espejos por todos lados, así que no había forma de que abriera la puerta con Wes afuera. Seguro que terminaría mostrándole mis partes—. Gracias.

—No hay problema. —Se aclaró la garganta—. Todos están abajo, así que si solo sacas la mano por la puerta y deslizas la bolsa, nadie verá nada.

—Bien.

—Hay una bolsa hermética en el bolsillo lateral en la que puedes poner tu ropa sucia. Y tengo tu bolso abajo, ¿lo necesitas?

—No. —Había olvidado por completo que incluso tenía un bolso—. Um, gracias. Por todo, Wes.

Estaba siendo muy poco Wesley al ser tan amable conmigo. O al menos lo que había *pensado* que era poco Wesley. Supongo que la realidad era que tal vez ya no sabía quién era él. Quiero decir, desde que llegamos a la fiesta, de hecho, había sido... maravilloso.

—No hay problema. Entonces, voy a bajar. —Escuché un crujido afuera de la puerta, y luego se quedó en silencio. Me cubrí la parte delantera con otra toalla de invitados (por cierto, no cubría lo suficiente) antes de ponerme en cuclillas, abrir la puerta y meter la mano por la abertura.

Hice contacto inmediatamente con la bolsa de cuerdas de nailon, gracias a Dios. La arrastré al baño, luego cerré y eché llave a la puerta. Tenía que apurarme y cambiarme si quería tener otro minuto a solas con Michael antes de que Laney apareciera y arruinara todo. Habíamos estado teniendo un momento de película total antes de que Rubiecita me bañara

con sus alimentos regurgitados, y no había forma de que dejara ir ese momento.

Saqué la ropa de la bolsa.

Oh, caramba, Wes.

No sé qué esperaba que tuviera en el maletero de su auto, pero iba a parecer una tonta con su ropa deportiva. Me puse los pantalones de chándal grises y me los subí, pero me quedaban enormes. Tuve que enrollar la cinturilla hacia abajo dos veces para no tropezarme con la parte inferior, y aun así sufría un destino probable de que se me cayeran los pantalones, ya que un tirón pequeño enviaría a esos bebés hasta mis tobillos.

Pasé la sudadera de EMERSON BÉISBOL sobre mi cabeza mojada, de nuevo, enorme, pero olía a suavizante de telas y se sentía como una manta, así que tal vez me gustó un poco demasiado.

Una risita horrorizada se me escapó cuando vi mi reflejo: un malvavisco gris en un conjunto de lana suave, esponjosa e inmensa. Mis Mary Janes de color beige con tacones cuadrados se verían increíbles con el atuendo, especialmente porque también estaban salpicadas de vómito marrón.

Suspiré y saqué mi cabello de la capucha de la sudadera. Iba a tener que enviarle un mensaje de texto a Wes diciéndole que teníamos que irnos y que lo encontraría en el auto. Odiaba dejar a Michael y nuestro potencial Gran Momento, pero me veía demasiado ridícula para quedarme.

Solo que... ¿dónde? *Nooooooooo.*

Mi teléfono estaba en mi bolso. Mi teléfono estaba en mi bolso, que estaba abajo con Wes y Michael, sin mencionar al resto de los fiesteros. Mordí mis labios y respiré por la nariz.

¿Estaba en un programa de cámara oculta?

Respiré hondo y abrí la puerta de los escalones del sótano. Me deshice de la sudadera con capucha de Wes, optando en su lugar por anudar la parte de atrás de una camiseta enorme que encontré arrugada en el fondo de su bolso. Como lucir sofisticadamente adorable ya no estaba en las cartas para mí, probé la vibra fresca, informal, de me veo linda con la ropa inmensa de mi novio.

Probablemente se parecía más a la vibra de una estudiante de secundaria en la ropa de segunda mano de su hermano, pero como no tenía opciones, preferí ser optimista. No tenía mucho tiempo antes del baile de graduación, así que iba a tener que aguantar y hacer que Michael se enamorara de mí, maldita sea.

Las escaleras se sintieron frías y polvorientas bajo mis pies descalzos, y tan pronto como llegué al piso lleno de gente, busqué a Wes, desesperada por salir de allí antes de que alguien me notara. Algo de AC/DC sonaba a todo volumen, pero no lo suficientemente fuerte como para que las palabras se escucharan por encima de los sonidos de la fiesta.

—¡Chica Vómito! —Algún tipo con aspecto de oso vistiendo una camiseta de los Lakers demasiado ajustada me sonrió—. ¡Regresaste!

¿Por qué? ¿Por qué, en el nombre de Dios, yo sería «Chica Vómito»? Ashley debería haber sido la «Chica Vómito», maldita sea.

Miré alrededor del tipo y vi a Wes. Mi bolso colgaba de su codo mientras hablaba con Michael junto al barril, y me obligué a ignorar todas las miradas que estaba recibiendo como la recién coronada Chica Vómito y agité mi mano en su dirección.

Casi al instante, su mirada se encontró con la mía. Sus ojos se sumergieron rápidamente en mi combinación de holgado chándal y camiseta, y luego sus cejas cayeron antes de caminar hacia mí y sacar las llaves de su bolsillo.

—¿Supongo que quieres irte?

—Sí. —Volví la mirada hacia Michael, que había seguido a Wes, y pasé nerviosamente una mano por mi cabello húmedo. Pero sus ojos estaban mirando directamente a mi ombligo, no a mi cabello. *Oh, Dios.* Los

enormes pantalones de chándal colgaban tan bajo de mis caderas que acababa de exponer *gran* parte de mi estómago a toda la fiesta. Tiré hacia abajo de la parte inferior de la camisa, pero ya era demasiado tarde.

Me dio una sonrisa que me hizo papilla por dentro y dijo:

—Me gusta mucho tu tatuaje.

Oh Dios, vio el tatuaje.

Al menos lo había dicho de una manera totalmente no cachonda.

—Ah. Gracias. —Resistí el impulso de tirar de mi camiseta nuevamente mientras esperaba desesperadamente que no estuviera siendo sarcástico.

Wes me lanzó una mirada de irritación, su mandíbula flexionándose.

—¿Lista?

Antes de que pudiera responder, Wes tomó un puñado de mi cinturilla y la envolvió alrededor de su mano, tirando de ella más arriba de modo que mi vientre estuviera completamente cubierto.

—La ropa de Liz se está cayendo, así que es hora de que nos vayamos.

Me congelé cuando sentí la mano de Wes en mi piel. Lo miré a la cara a medida que él me miraba, y me sentí... desequilibrada. No estaba segura si era en respuesta a su toque o a su repentina protección cavernícola.

Tampoco estaba segura de por qué no me estaba molestando.

Permanecí atada a la mano izquierda de Wes mientras él y Michael compartían un apretón de manos de despedida, intercambiando palabras que no pude escuchar por el ruido. Una vez que se separaron, Michael me dio un pequeño saludo con su vaso rojo y una sonrisa dulce antes de darse la vuelta y alejarse.

—Adiós —susurré por lo bajo, viéndolo desaparecer entre los fiesteros.

—Vamos, Buxbaum. —Wes se colgó el bolso al hombro, me pasó el puñado de pantalones, y me condujo escaleras arriba—. Vamos a llevarte a casa antes de que le muestres todo a alguien más.

4

«No eres tan malo como pensé que eras».

10 Things I Hate About You

—¿Entonces? —Miré por el parabrisas mientras se alejaba de la casa, donde los autos se alineaban a ambos lados de la calle. Se me ocurrió en ese momento que Wes y sus amigos vivían totalmente la vida de *Supercool*—. ¿Dijo algo sobre mí cuando me estaba cambiando?

—De hecho, lo hizo. —Encendió la luz intermitente y dobló en la esquina—. Y probablemente te va a enojar.

—Oh, Dios. —Miré el perfil de Wes y esperé las terribles noticias—. ¿Qué?

Aceleró y cambió de carril.

—Está muy claro que aún piensa en ti como la Pequeña Liz.

—¿Qué significa eso?

Su boca se curvó un poco, pero mantuvo los ojos en la carretera.

—Oh, vamos.

—En serio. ¿Qué? ¿Como si aún pensara que estoy en la primaria?

Sonrió con una sonrisa de «no debería estar sonriendo» y dijo:

—Como si aún pensara que eres una pequeña bicho raro.

—Oh, Dios mío, ¿estás bromeando? —Observé su sonrisa y quise golpearlo—. ¿Por qué pensaría que soy un bicho raro *ahora*? Estaba siendo jodidamente encantadora hasta que tu novia me vomitó.

—No es eso. —Se tambaleó en su sonrisa y me lanzó una mirada rápida—. Es solo que asume que eres la misma persona que solías ser, porque no ha estado aquí.

—No era una *pequeña bicho raro*.

Su sonrisa estaba de vuelta.

—Oh, vamos, Buxbaum.

Pensé en los viejos tiempos en el vecindario.

—No lo era.

—Sí, lo eras. Inventabas canciones *constantemente*, sobre todo. Canciones terribles que ni siquiera rimaban.

—Era creativa. —Cierto, era menos atlética y más dramática que el resto de ellos, pero no era *rara*—. Y ese era mi tema musical.

—Mentías sobre novios todo el tiempo.

Eso era cierto.

—No sabes que no eran reales.

—¿El Príncipe Harry?

Uf, me había olvidado de eso.

—Podría haber sido mi novio; no había forma de saberlo con certeza.

Se rio entre dientes y apretó más el acelerador.

—Y las obras, Liz. ¿Recuerdas todas las obras de teatro? Eras un espectáculo de Broadway de una sola mujer todos los malditos días de la semana.

Vaya, también había olvidado por completo las obras de teatro. Me *encantaba* crear obras de teatro y hacer que todo el vecindario las representara. Y sí, podría haber sido la instigadora, pero el resto de ellos siempre habían seguido el juego, así que también tenían que haberlo disfrutado.

—El teatro es una vocación noble, y si eran demasiado incultos para reconocerlo, entonces lo siento por ustedes.

Su risa se convirtió en carcajada.

—Le suplicaste a Michael que fuera el Romeo para tu Julieta, y cuando no lo hizo, te subiste a un árbol y fingiste llorar durante una hora.

—¡Y me arrojaste bellotas, intentando derribarme!

—Creo que el punto aquí es que, te ve diferente a otras chicas debido a tu historia.

Lo miré y me pregunté, santo cielos, ¿*había sido* un poco rara?

—Entonces, ¿siempre seré un bicho raro para él y no hay nada que pueda hacer al respecto?

Se aclaró la garganta.

—Bueno, tal vez no. Pero...

Parecía culpable y dije:

—Wes, ¿qué hiciste?

—Yo no hice nada, Buxbaum, tú lo hiciste. —Se detuvo en un semáforo en rojo y me miró a los ojos—. Michael y yo estábamos diciendo lo malo que fue que te vomitaran, y él hizo un comentario sobre tu uniforme feo.

Mis mejillas se calentaron al recordar mi atuendo hermoso que ahora estaba arruinado.

—¿Y?

—Y fue algo sobre, cómo era clásico que Liz usara un uniforme de camarera en una fiesta y cómo no has cambiado ni un poco.

Suspiré y miré por la ventana, de repente sintiéndome desesperanzada de alguna vez tener una oportunidad con Michael.

—Genial.

—Le dije que ahora eres completamente diferente.

Miré a través del asiento delantero oscurecido.

—¿Lo hiciste?

—Sí. Le dije que ahora cantas menos, y eres considerada una *chica sexy* en la escuela.

Mi corazón de bicho raro se sintió cálido.

—¿Soy considerada una chica sexy?

—Probablemente. Quiero decir, no eres fea, así que es posible. No sé.
—Wes mantuvo los ojos en la carretera y sonó irritado—. No tengo el hábito de hablar de ti a menos que sea en el contexto de «Adivina lo que hizo la boba de mi vecina», así que en realidad no tengo idea. Solo estaba intentando cambiar su impresión de ti.

Puse los ojos en blanco y me sentí ridículamente desanimada de que se inventara eso.

—Pero aquí está tu problema. —Encendió la luz intermitente y redujo la velocidad cuando nos acercamos a un semáforo en amarillo—. Como estaba haciendo todo lo posible para convencerlo de que ya no eres un poco rara, entendió mal y dijo: «Así que TE gusta Liz. Lo sabía».

—Oh, no.

¡Mierda, mierda, mierda!

—Oh, sí. —Me miró después de detenerse en el semáforo en rojo—. Piensa que nos gustamos.

—¡No! —Dejé caer mi cabeza en el reposacabezas e imaginé el rostro de Michael mientras sonreía y nos miraba a Wes y a mí. Pensó que me gustaba Wes, y era completamente mi culpa. Por Dios, *había* iniciado el rumor—. Nunca me invitará al baile de graduación si cree que te gusto.

—Probablemente no.

—Ugh.

Parpadeé rápido, sin querer ponerme emocional, pero no pude evitarlo mientras seguía imaginando su rostro. Se suponía que era mi destino, maldita sea, y ahora Laney lo tendría en sus garras antes de que yo recibiera mi beso de «pie levantado».

Y me vomitaron por nada.

—Aunque dijo algo sobre ti cuando nos íbamos, si eso te hace sentir mejor.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Qué dijo?

Aceleró a la vuelta de la esquina y pisó a fondo.

—Todo lo que dijo fue «no puedo creer que la Pequeña Liz tenga un tatuaje» cuando le dije que nos íbamos.

Jadeé.

—Bueno, ¿cómo lo dijo?

Me miró.

—¿En serio?

—Solo digo, ¿lo dijo como si estuviera disgustado, o como... como si pensara que tal vez era algo genial?

Mantuvo la vista en la carretera y dijo:

—Definitivamente no estaba disgustado.

—Bueno, al menos está eso.

Miré por la ventana y observé cómo se acercaban las luces de nuestro vecindario. *¿Qué voy a hacer?* Si fuera otro tipo, podría haberme dado por vencida y llamar al proyectil de vómito una señal cósmica.

Pero este era Michael Young. No podía rendirme.

Honestamente, la idea hizo que mi corazón se sintiera un poco apretado.

Tenía que *haber* una manera.

Me pasé los dientes por el labio inferior y reflexioné. Quiero decir, *técnicamente*, independientemente del rumor auto infligido sobre Wes y yo, Michael *había* parecido coquetear cuando miró mi tatuaje. No era mucho, pero era algo, ¿verdad? Demostraba que *era* posible cambiar sus presunciones de «bicho raro».

Solo necesitaba una oportunidad para hacerle ver *todas* las cosas sobre mí que habían cambiado.

Sentí que la esperanza volvía a burbujear. Quiero decir, no me llevaría mucho tiempo abrirle los ojos si podía pasar un rato con él, ¿verdad?

Tiempo y quizás algo de ayuda.

Mmm.

—Buxbaum, estás muy callada. Me aterroriza un poco lo que estás pensando.

—Wesley. —Me volví hacia él en mi asiento. Con mi sonrisa más ganadora, dije—: Amigo. Tengo la MEJOR idea.

—Que Dios me ayude. —Detuvo su auto en El Lugar, sacó las llaves de la ignición y dijo con una media sonrisa—: ¿Cuál es tu idea terrible?

—Bueno —comencé, mirando mis manos y sin moverme para salir del auto—. Escúchame antes de decir que no.

—¿Otra vez con esto? Me estás asustando.

—Shh. —Respiré profundo y dije—: ¿Y si dejamos que la gente piense que estamos saliendo, pero solo por una semana?

Mis mejillas se calentaron a medida que esperaba que se burlara de mí. Entrecerró los ojos y me miró durante un segundo largo antes de decir:

—¿Qué resolvería eso exactamente?

—Aún estoy resolviendo esto, así que ten paciencia conmigo. Pero si fingiéramos estar enamorados durante una semana, eso podría ayudar a Michael a ver que ya no soy la Pequeña Liz. Ya piensa que estamos saliendo. ¿Por qué no usar eso para demostrarle que soy una opción romántica perfectamente viable?

Tamborileó con sus dedos largos sobre el volante.

—¿Por qué esto es tan importante para ti?

Parpadeé y me froté la ceja con el dedo índice. ¿Cómo se suponía que iba a responder a esa pregunta? ¿Cómo podía decirle que estaba segura de que el universo me había devuelto a Michael?

Odiaba que mi voz sonara espesa cuando dije:

—Honestamente, no tengo idea, de verdad. Solo sé que por alguna razón en realidad lo es. ¿Suena tonto?

Observó por el parabrisas frente a él con una mirada inusualmente seria en su rostro. Después de unos segundos, me pregunté si tal vez no me había escuchado, pero luego dijo:

—Lo que es tonto es que, no lo es.

—¿En serio?

—En serio. —Se aclaró la garganta y se giró para mirarme, su sonrisa de Wes de vuelta—. Ahora, ¿qué gano si hago esto? Además de la alegría de emparejarte con el tipo con el que quieres follar, por supuesto.

—Asqueroso. —Me aclaré la garganta y me alegré de que volviera a ser el sabelotodo que conocía. El Wes introspectivo y comprensivo era demasiado para soportar—. Puedes tener El Lugar por otra semana más —respondí.

—Eso no parece suficiente. Quiero decir, ¿vas a esperar que te invite a salir de nuevo?

—Bueno, sí, eso ayudaría.

Me puse el cabello detrás de las orejas y estaba hiperconsciente de lo silencioso que estaba en su auto.

Wes se cruzó de brazos a medida que su boca se deslizaba en una sonrisa petulante de satisfacción.

—Lo tengo. Tengo un plan brillante.

—Lo dudo.

—Shhh. —Se estiró y puso toda su palma, que olía a jabón, sobre mi rostro por un segundo antes de relajarse en el asiento del conductor—. Pretenderé que estoy intentando conseguir algo contigo, aunque no estés tan interesada en mí.

—¿Bien...?

—Además de eso, intentaré activamente ayudarte a conseguir a Michael. Alabando tus muchas virtudes ante él.

Aunque sabía que tenía que haber una trampa, fue divertido ver a Wes meterse en la idea.

—¿Qué ganas con eso? —pregunté.

—Si consigues que te invite al baile de graduación como resultado de mi ayuda, obtendré El Lugar para siempre.

Alcancé la manija de la puerta.

—¿*Para siempre*? De ninguna manera.

—No estás escuchando. Estoy hablando de brindarte mi experiencia para lograr que te invite al baile de graduación. Nuestro arreglo actual solo era para que te dejara ir a una fiesta. De lo que estoy hablando sería de que te daría información interna, trabajaría en Michael por ti, te daría pistas útiles, consejos de moda, etcétera.

—¿Consejos de moda? —resoplé.

—Así es, consejos de moda. Etcétera. Por ejemplo, si vas a una fiesta y quieres que Michael piense que eres sexy, vístete de esa manera en lugar de una Doris Day vestida de camarera.

—Para tu información, una Doris Day vestida de camarera suena como una estética excelente, pero honestamente, no puedo superar el hecho de que sabes quién es Doris Day.

—¿Qué? A mi abuela le gusta *Pillow Talk*.

Amaba esa película. Tal vez aún había esperanza para Wes.

—También le gustan las patas de cerdo en escabeche e intentar escapar de su casa de retiro.

Ah. Allí estaba.

Dio vueltas a sus llaves alrededor de su dedo.

—¿Entonces...? ¿Estás dentro?

Tomé una respiración profunda. Si podía ayudarme con Michael, le daría El Lugar, junto con la luna y las estrellas, y posiblemente un riñón. Inhalé y dije:

—Estoy dentro.

—Buena chica. —Salió del auto, cerró la puerta de un portazo y lo rodeó a mi lado justo cuando estaba cerrando la mía. Se inclinó un poco y murmuró—: Por cierto, me va a encantar mi Lugar para Siempre.

Puse los ojos en blanco. El chico era incorregible.

—Wes, no tienes que acompañarme a la puerta.

De todos modos tomó la bolsa de mi mano.

—Vamos, no todos los días un hombre tiene la oportunidad de llevar la bolsa de una chica llena de ropa vomitada a la puerta por ella.

—Cierto. —Eso me hizo sonreír hasta el punto de reírme—. Aunque, espero poder encargarme de sostener mis pantalones sin tu ayuda.

—Dudo que puedas, salvé literalmente tu trasero en la fiesta.

Caminó a mi lado hasta mi casa y pude oler su colonia. Olía bien y fresco, y un ejecutivo de publicidad probablemente diría que tenía «notas de pino», pero casi me tropiezo cuando me di cuenta de que lo reconocí como suyo. Ese era el olor de Wes, así de simple. Entonces... ¿cuándo había ocurrido *ese* conocimiento? Debo haberlo notado inconscientemente durante nuestros enfrentamientos al estacionar, o tal vez lo había estado usando desde la pubertad.

Pero cuando llegamos al porche y me entregó la bolsa, lo miré a la cara y me invadió la sensación de que estaba despertando de un sueño o algo así. Porque, ¿de qué otra manera tenía sentido que acababa de salir de una fiesta en la mansión de uno de los populares y ahora Wes Bennett estaba en mi porche, y no estábamos discutiendo?

Pero la parte más surrealista, por mucho, fue que no necesariamente se sentía mal. Se sentía como el comienzo de algo.

—Gracias por la ropa y... bueno, todo. Eres mucho más genial de lo que esperaba —dije.

—Por supuesto que lo soy. —Entonces me dedicó una sonrisa, una sonrisa que era diferente de todas las demás que me había dado. Era una

sonrisa agradable, genuina como la que había usado con sus amigos en la fiesta. No me importaba que me mirara así. Dijo—: No olvides lavar tu uniforme sucio antes de tu próximo turno. Me imagino que *La Cafetería* probablemente se enorgullece de la apariencia de sus empleados.

Le devolví la sonrisa.

—Te mataré si alguna vez lo cuentas.

—Libby, mis labios están sellados.

A la mañana siguiente en el trabajo, me sentía positiva con toda la salida mientras la repetía en mi mente. Quiero decir, sí, me vomitaron, el Señor Correcto pensó que mi vestido adorable era un uniforme de trabajo, y oh, sí, también pensó que aún era un «bicho raro» (esperaba que ese fuera el término personal de Wes y no el que salió de los labios de Michael en referencia a mí), pero esos fueron los únicos aspectos negativos.

Sí, tenía una naturaleza optimista escandalosamente irreal.

Michael también parecía bastante interesado en asistir al baile de graduación, así que aún tenía una oportunidad. Especialmente con Wes ayudando a iluminar a la no-rara Liz que-una-vez-fue-una-oruga-pero-ahora-es-una-mariposa-hermosa.

—¿Jeff? —dije el nombre en voz alta, y un cliente de cabello plateado con tirantes y zapatillas rojas a juego caminó en mi dirección con dos libros en la mano.

Se detuvo en el mostrador y tendió su boleto de reclamo. Lo agarré y dije:

—Podemos darle veinticuatro dólares por sus discos.

Sus cejas peludas se juntaron como dos orugas, y sus labios se aplanaron.

—¿Veinticuatro dólares? Sé con certeza que el álbum de Humperdinck vale al menos eso por sí solo.

—Probablemente tenga razón —comencé, deseando desesperadamente poner los ojos en blanco. Los tipos de discos antiguos eran los peores. Siempre sabían cuánto valían sus LP para otros tipos de discos antiguos, y discutían constantemente conmigo cuando les ofrecía la mitad de lo que realmente podíamos venderlos—. Pero en esta tienda, solo podremos obtener una fracción de eso. Sin duda, puedes conservarlo, si crees que puedes venderlo por más en línea.

Me miró fijamente sin decir una palabra. Simplemente se quedó allí y me miró fijamente, como si su mirada poderosa fuera a hacerme encoger y empezar a arrojarle dinero. Llevaba tres años trabajando en Dick's Used Books y podía ver a una persona que entraba en la tienda y saber si iba a intentar regatear o no.

Le devolví la mirada, con una sonrisa, por supuesto, y esperé a que se cansara de sus juegos de Hombre Grande. Pasaron veinte segundos completos antes de que finalmente dijera:

—No necesito dos copias. Supongo que aceptaré tu oferta.

Sí, sabía que lo harías.

Estaba facturando a su crédito cuando sonó la campana de la puerta principal.

—Buenos días —dije, sin levantar la vista de la caja registradora.

—¿Puedes decirme dónde están tus libros de pedos?

Levanté la vista, y allí estaba Wes, luciendo tan serio como un ataque al corazón, y el Viejo Jeff giró su mirada en dirección a Wes.

—¿Disculpa? —Tuve que distorsionar mi rostro para no reírme. No iba a sonreír ante su niñería. Al menos, no delante de un cliente.

Wes vestía pantalones cortos de baloncesto y una sudadera con capucha que decía SEGURO QUE NO TODOS ESTÁN LUCHANDO KUNG FU, su cabello oscuro sobresaliendo al frente como si se hubiera duchado y frotado su mano sobre él en lugar de usar un cepillo. No estaba

segura de cuándo se había vuelto tan alto, delgado y fuerte, pero, sinceramente, se veía bien.

Si te gustaban los tipos como Wes.

—¿Hola? Tus libros de *pedos*. —Lo dijo con gran impaciencia, como si fuera la que actuaba de manera extraña por solo mirarlo—. Señora, necesito un poco de alivio. ¿Dónde están los libros sobre emergencias gastrointestinales?

Le entregué al Viejo Jeff su dinero y el recibo.

—Muchas gracias, que tenga un gran día.

Murmuró y puso el dinero en su billetera antes de salir de la tienda. Miré a Wes y negué con la cabeza.

—¿Qué rayos te pasa?

Se encogió de hombros.

—¿Soy divertido?

—No, no creo que sea eso. ¿Por qué estás aquí?

—Porque me gustan los libros y... —Se dio la vuelta y miró la tienda detrás de él—. Discos.

—¿En serio? ¿Cuál es tu disco favorito?

Señaló el álbum que acababa de comprarle al Viejo Jeff.

—Ese. Engelbert Humperdinck.

—En serio.

—Sí. Nadie rapea como Dink. Podría escuchar a ese Engelbert, o, como me gusta llamarlo, Gran E, escupir rimas todo el día.

—En serio, ¿por qué estás aquí?

Se acercó al mostrador.

—Necesitaba hablar contigo, y tu madrastra dijo que estabas aquí.

Madrastra. Sería normal para mí pensar en Helena de esa forma, y llamarla así, pero por alguna razón, nunca podía. Eran «mi papá y Helena» o «la esposa de papá». Había vivido con ella durante años, pero para mí aún solo era Helena.

—¿Qué pasa?

—Michael me envió esta mañana un mensaje de texto.

—¿Lo hizo? —Mi boca se abrió de par en par y dejé escapar un chillido que debería haberme avergonzado, pero no lo hacía porque solo era Wes. Aplaudí minúsculamente y dije—: ¿Qué dijo? ¿Me mencionó? ¿Qué dijo?

Sonrió y sacudió la cabeza hacia mí como si fuera una niña que había consumido demasiada azúcar.

—Bueno, esta noche un grupo de nosotros vamos al juego.

—¿Esto sería un juego de *pelota*? —Puse la pistola de precios en tres dólares y comencé a etiquetar los libros de liquidación. Le había dicho a Joss que esta noche iríamos a comprar vestidos, principalmente porque necesitaba crear una apertura para mencionar la fiesta antes de que se enterara del incidente del vómito en la escuela el lunes. Si podía apaciguarla con el vestido, tal vez no me molestaría demasiado por la fiesta.

—Baloncesto, tarada.

—¿Cómo podría saber eso?

—¿Porque es la temporada de baloncesto y estamos en las eliminatorias...?

Simplemente me encogí de hombros y seguí etiquetando, lo que lo hizo sonreír.

—*De todos modos*, Michael, yo y algunos de los chicos iremos, y pensé que podría ser una forma casual de pasar el rato sin que otras chicas te roben el protagonismo.

Dejé de etiquetar.

—¿En serio acabas de insinuar que soy invisible si hay otras chicas en la ecuación?

—No. Dios, eres estirada. Yo...

—No, no lo soy.

—¿No lo eres?

Dejé la pistola y puse mis manos en mis caderas.

—No, definitivamente no lo soy.

Un lado de su boca se deslizó hacia arriba.

—Estás usando un vestido en una tienda de libros de segunda mano, tu planificador está terriblemente organizado, y cada una de tus etiquetas de precio están perfectamente rectas. Es-ti-ra-da.

Lo miré con los ojos entrecerrados mientras cerraba mi agenda elaboradamente codificada por colores y etiquetada.

—Esto es una falda y un suéter, no un vestido.

Adoraba condenadamente mi falda escocesa a cuadros, mi cárdigan con volantes y mis Mary Janes de charol casi nuevos, nunca vomitados.

—La misma cosa. Cuando todos los demás usan jeans, tú estás en falda.

Puse mis ojos en blanco.

—Solo porque me gustan los vestidos y sea organizada no significa que sea estirada.

—Claro que no.

Tomé la pistola y comencé a etiquetar más rápido, irritada porque parecía menospreciar todo lo que era.

—Bueno, termina de hablarme del baloncesto antes de que te lastime.

—Eso es prácticamente todo. Si viajas con nosotros, tendrás tiempo para demostrar lo genial que eres de camino al partido.

Me detuve con las etiquetas nuevamente y me imaginé a Michael y a mí, perdidos en sonrisas y una conversación profunda en la parte trasera de un auto íntimo.

—Una pequeña sesión uno a uno con la genialidad de Liz, ¿eh?

—Dios nos ayude a todos.

Pasé un dedo por la parte superior de la pistola y le pregunté:

—Eso no sería raro, ¿tu invitándome?

Hizo un encogimiento de hombros de «no es la gran cosa».

—No. Es súper relajado.

—Entonces, eh, sí. —Me enderecé y bajé la pistola una vez más, emocionada por esta oportunidad inesperada—. Totalmente. Cuenta conmigo.

—Sin embargo, aquí está la cosa, Liz. —Sacó un juego de llaves de su bolsillo y las giró alrededor de su dedo—. No te enojas conmigo por decir esto, pero me gustaría ayudarte con tu atuendo.

—¿Disculpa? —Incliné la cabeza y no podía creer que *él* me hubiera dicho eso a *mí*—. Creo que lo tengo, pero gracias.

—En serio, tienes que escucharme.

—Si se trata de moda, en serio que no. Sin ofender.

—Algo ofendido, pero esto no se trata de eso. Se trata del hecho de que nadie se va a creer la idea de que simplemente estás viendo casualmente algunas canastas si llevas un vestido con volantes y zapatos con flores.

Soplé el flequillo fuera de mis ojos.

—Bennett, tengo un par de jeans, sabes.

—Me dejas totalmente sorprendido. —Puso sus palmas sobre el escritorio y se apoyó en sus brazos. Su rostro estaba más cerca, y me distrajeran las pecas súper claras que nunca había notado y la forma en que sus pestañas no solo eran largas, sino también perfectamente rizadas—.

Pero apuesto a que ni siquiera son normales. Como... mmm, probablemente sean esos jeans modernos de talle raro, ¿verdad? ¿O jeans con pliegues planchados en ellos y dobladillo en la parte inferior?

—Nop.

—Bueno —dijo, suspirando como si esto fuera importante—, creo que si hablas en serio sobre todo el asunto de Michael, necesitas expandir tu armario.

—¿Estás bromeando con esto, sudadera de kung fu?

Sonrió como si acabara de elogiar su atuendo, y se pasó una mano por las letras de su camisa.

—Escúchame. Sé lo que usan las chicas de nuestra escuela. Chicas como Laney Morgan; sí, ¿la recuerdas?

Como si pudiera olvidarla. Buena piel, buenos seguidores en Instagram, buen historial de citas y una madre cariñosa. Envidiable e inolvidable.

—Liz, ¿estás apretando los dientes?

Solté el apretón y dije:

—No. Continúa con tus divagaciones.

—Si quieres conseguir a tu hombre, debes dejar de ser terca y dejar que te ayude.

—Simplemente no creo que seas capaz.

—¿De entrenarte para ganar o elegir tu ropa?

—Sin duda la ropa. —Me agaché y agarré una pila de libros del estante inferior del carrito. La duda se deslizó mientras hablaba como si estuviéramos *planeando* algo oficialmente. ¿Qué estaba haciendo? ¿Intentar vivir mi propia versión personal de *She's All That*?

Sin embargo, para ser honesta, la parte de mí que amaba las comedias románticas sobre cambios de imagen estaba un poco intrigada.

Pero me gustaba como era. Me gustaba mi ropa.

No era un bicho raro, y no necesitaba la ayuda de Wes en moda.

—Escucha. —Agarró un pedazo de papel del mostrador y dijo—: ¿Qué tal si paseamos por el centro comercial y señalo las cosas que se ven geniales? Estarás conmigo, así que no tienes que conseguir nada que no te guste. Pero no te haría daño lucir como una estudiante de secundaria real cuando estás intentando encantar a tu amor perdido hace mucho tiempo, ¿verdad? Nada salvaje o vulgar, solo algo que no te haga ver como una bibliotecaria.

Claramente estaba perdiendo la cabeza, porque de repente parecía que tal vez no era una mala idea ir con Wes y ver qué pensaba que debería usar. No estaba dispuesta a cambiar mi apariencia por un chico, al diablo con ese pensamiento para siempre, pero si él podía señalarme un atuendo que me gustara y pensara que me hacía lucir menos estirada, eso no sería algo malo, ¿verdad?

—Estoy sin un centavo en este momento, así que no puedo darme el lujo de ir por una chica *rica* y sexy. ¿Hay alguna forma de lograr un look moderadamente atractivo de chica-con-un-presupuesto?

Entonces, me dio una sonrisa a toda velocidad, la sonrisa de alguien que acaba de vencer a otra persona.

—Buxbaum, confía en mí, te tengo.

Tan pronto como se fue, le envié un mensaje de texto a Joss.

Yo: *Ugh, parece que tengo que trabajar un doble turno. ¿Podemos ir mañana a la tienda de vestidos? LO SIENTO MUCHO.*

Me sentí como una basura de amiga. Sabía que tenía que dejar de apartarla y simplemente hacer lo del vestido de una vez, pero me estaba costando mucho obligarme a dar un paso al frente.

Tal vez mañana.

5

«Solo porque le gustan las mismas porquerías raras que a ti, no significa que sea tu alma gemela».

500 Days of Summer

—Wes, ¿en serio? —Miré alrededor de la tienda y no pude quitarme la culpa. Una cosa era dejar de ir de compras con tu mejor amiga para hacer otra actividad, ¿pero dejar de ir de compras con tu mejor amiga para ir de compras con otra persona? Se sentía como cruzar una gran línea antigua—. Eres ridículo.

Tomó una túnica roja de un estante de exhibición y la arrojó al carrito.

—Ridículamente inteligente. Ahora solo tienes que ir al probador una vez.

Miré el carrito repleto y me pregunté si sabía que solo podías llevar seis artículos a la vez. Sin embargo, no dije nada porque el hombre estaba en una misión. Me recogió en la librería cuando terminó mi turno, aceleró las dos cuadas hasta el centro comercial, y casi me sacaba el brazo de la articulación cada vez que no podía seguir su ritmo rápido.

Al parecer, Wes odiaba ir de compras.

Estábamos en Devlish, la tienda de franquicias de moda en todo el mundo que generalmente evitaba. Me interesaba comprar ropa vintage en línea o buscar en tiendas de segunda mano las piezas perfectas antiguas; Devlish no era mi estilo. Wes me había preguntado mi talla cuando entramos en la tienda de tres niveles, y desde entonces había estado arrojando artículos al carrito como si estuviera en una especie de programa de juegos de compras rápidas.

Finalmente habíamos hecho una pausa en medio de un pasillo, entre los vestidos formales reveladores con lentejuelas y el atuendo falso de

negocios. Wes revisó el contenido de nuestro carrito, levantó algunos artículos para reconsiderarlos, asintió o sacudió la cabeza pensativamente.

—Creo que probablemente tengamos suficiente —dijo finalmente.

Intenté no sonar sarcástica cuando dije:

—Probablemente.

Me señaló con el dedo y dijo:

—Pero te conozco lo suficiente como para saber que esta es mi única oportunidad.

—Claro. —Había arrojado jeans, camisetas, algunas blusas súper lindas, algunas blusas no tan lindas; el chico definitivamente estaba cubriendo todas sus bases—. Pero ¿por qué tanto blanco?

Empujó el carrito hacia un estante enorme de camisas dobladas y dijo:

—Las personas con cabello rojo se ven bien en blanco. ¿No deberías saber eso?

Simplemente lo seguí, intentando no sonreír ante su confianza en sus propias creencias sobre la moda.

—Me perdí ese comunicado.

Agarró un puñado de camisas y las agregó a nuestra pila.

—Blanco y verde, amigo. Esos son tus colores adecuados.

No pude evitar la risa. *Amigo*.

—Anotado.

Dejó de hacer compras maníacas por un segundo y me sonrió, sus ojos cálidos mientras viajaban por mi cara. Me recordó la mirada que Rhett le dirigió a Scarlett en *Gone with the Wind* cuando intentó atarle el gorro nuevo. Era una mirada que admitía que no sabía nada de lo que estaba haciendo, y que sabía que parecía tonto.

Pero no le importaba porque se estaba divirtiendo.

Era extraño, pero una parte de mí pensó que ese podría ser el caso de Wes. No es que le gustara, pero sentía que disfrutaba de nuestra pelea verbal. Honestamente, también lo hacía, cuando no estaba diciendo cosas que me hicieran querer estrangularlo.

Extendió la mano y agarró una camisa de franela a cuadros de un perchero. Eso no iba a funcionar para la primavera, pero no dije nada. Me puse el cabello detrás de las orejas y lo dejé terminar. No escapó a mi atención que nuestro viaje de compras de cambio de imagen fue *exactamente* como lo había imaginado, pero fue más *The Ugly Truth* que *She's All That*. Me recordó tanto a Mike llevando a Abby de compras que fue casi divertido, solo que Wes no era el protagonista y yo no me estaba enamorando de él.

—¿Crees que deberíamos ir al probador? —preguntó.

—Oh, alabado sea el Señor, finalmente has terminado. Sí.

Corrió hacia el probador, apoyando su gran cuerpo en el carrito, y me impresionó un poco su concentración. No había echado un vistazo a nadie desde que llegamos a la tienda, y había *muchas* chicas en ese lugar. Chicas a la moda que eran justo su tipo.

Pero él estaba concentrado en las compras.

—¿Liz?

Alcé la vista y, mierda, allí estaba Joss, saliendo de un vestidor. ¿JOSS? *Mierda, mierda, mierda*, ¿cuáles eran las probabilidades? ¿Cuáles eran las jodidas probabilidades? No había ningún lugar donde esconderse, ningún lugar donde esconder a Wes, mientras me miraba con confusión en su rostro.

—Pensé que estabas trabajando. —Se acercó y miró a Wes antes de decir—: Turno doble, ¿verdad?

Mierda. Sentí que me habían atrapado engañando, y quería desaparecer.

Pero al mismo tiempo, la miré y comprendí que prefería ir de compras sin sentido con Wes que ir de compras con ella.

Porque no había vínculos con Wes, ni conexiones con nada doloroso. La compra de vestidos para el baile de graduación, por otro lado, estaba cubierta de ataduras melancólicas que me hacía sentir un mundo de cosas que no quería sentir.

Primero, estaba el hecho de que al ver a Joss y su mamá comprar vestidos juntas, me concentraba mucho en el hecho de que mi mamá no estaba allí para comprar vestidos conmigo. Luego, el evento *para* el que los comprábamos me hacía pensar en la realidad de que mi madre no estaría allí la noche del baile de graduación para ayudarme a prepararme o tomar demasiadas fotos.

Y luego, por supuesto, estaba el vestido en sí. Mi madre había estado enamorada de la ropa formal, y probarse vestidos con ella habría sido un desfile de moda de proporciones épicas, completo con catálogos caseros y combinaciones de joyas.

—Salí temprano. —Era una persona horrible. Vi su mirada en el carrito repleto y dije—: Y cuando llegué a casa, el auto de Wes estaba averiado, así que me preguntó si podía llevarlo al centro comercial. Está comprando un regalo para su mamá.

¿Qué estaba pasando? Era alarmante la forma en que las mentiras salían de mi boca.

—Sé hablar, Buxbaum. Cristo. —Me miró y luego sacudió la cabeza hacia Joss a medida que mi corazón se aceleraba. Le preguntó—: ¿Tienes alguna idea sobre qué regalarle a mi mamá para su cumpleaños? Liz ha llenado todo un carrito de ropa, y no estoy convencido.

—Confiaría en ella si fuera tú. —Joss se puso la camisa que sostenía en el brazo y dijo—: Nadie es tan bueno con los regalos como Liz.

—¿Estás segura? —Me miró de soslayo—. Porque lleva una falda escocesa, Joss.

Empezó a reírse, y sentí que podría estar bien.

—Tiene esa cosa del estilo interesante, pero es por elección. Estás bien —le dijo a Wes.

—Si tú lo dices.

Ajustó la camisa que colgaba de su brazo y dijo:

—Llámame más tarde, Liz. Quiero hacer lo del vestido mañana, y te juro por Dios que me voy a molestar de verdad si me vuelves a ignorar.

—No lo haré.

—¿Lo prometes?

Me sentí lo suficientemente agradecida de que no estuviera enojada por mi viaje de compras con Wes que realmente lo decía en serio.

—Lo prometo.

Se despidió y se dirigió a la caja registradora, y al momento en que estuvo fuera del alcance del oído, Wes dijo:

—Tu nariz *definitivamente* está más larga que la de Pinocho.

—Cállate.

—Pensé que eran mejores amigas.

—Lo somos. —Puse los ojos en blanco y le hice un gesto para que empujara el carrito hacia los probadores—. Es complicado.

Se quedó quieto y dijo:

—¿Cómo?

—¿Qué? —Quise empujarlo y poner en marcha físicamente ese gran cuerpo, ya que aún no se movía.

—¿Cómo es complicado? —Parecía genuinamente interesado. ¿En serio podría ser que a Wes le importara?

Suspiré y gemí un poco, pasando una mano por mi cabello. Una parte de mí quería contarle todo, pero Wes no entendería mi dolor más de lo que lo haría Joss.

—No sé. A veces me guardo cosas y eso genera tensión.

Wes inclinó la cabeza.

—¿Está todo bien? Quiero decir, ¿estás bien...?

Su rostro estaba, no sé, ¿dulcemente preocupado? Era un poco desconcertante lo sincero que parecía, y algo muy dentro de mí no lo odió. Agité una mano y dije:

—Estará bien. Y gracias por seguirme la corriente.

—Te tengo, Buxbaum. —Me miró por un minuto, como si estuviera esperando más, pero luego me guiñó un ojo y se apoyó en el carrito—. Ahora estás en mi equipo.

—Dios me ayude.

Finalmente llevó el carrito al área de probadores y procedió a dejarse caer en una de las sillas de espera, estiró las piernas frente a él y cruzó los brazos.

—¿Qué estás haciendo?

Sus ojos se entrecerraron una fracción.

—Sentándome.

—Pero ¿por qué? No voy a probarme esto para ti.

—Oh, vamos, Liz. Si soy el responsable de transformarte, necesito...

—Oh, Dios mío, *no* me estás transformando. ¿Hablas en serio con eso? —A veces era más que exasperante—. Estoy teniendo en cuenta tu opinión, pero no soy patética y no necesito que Wes *Broseph* Bennett me transforme.

Me miró con ojos risueños.

—Creo que Michael tenía razón en eso de eres muy estirada.

—Eres imposible. Por favor, ve a otro lugar.

—¿Cómo vas a saber cómo se ven si no estoy aquí?

—Tengo ojos.

—Ojos que aprobaron un uniforme de camarera para una fiesta, ¿recuerdas?

—Ese era un vestido adorable.

—Discutible. ¿Y el uso del tiempo pasado significa que no era salvable?

—No, había vómito en los bolsillos. Me despedí anoche de él.

Sonrió ante eso y sus ojos oscuros se arrugaron en las esquinas.

—Bueno, lo siento. Era un vestido feo, pero no merecía morir así.

Puse los ojos en blanco, y la encargada del probador salió por la parte de atrás.

—¿Cuántas?

—Un par —murmuró Wes al mismo tiempo que dije—: ¿Cuántas puedo llevar a la vez?

—Ocho.

—¿Solo ocho? —La voz de Wes sonó fuerte en el probador diminuto—. Vamos, eso va a llevar una eternidad.

Lo ignoré y llevé ocho prendas a un probador. La tercera blusa que me probé, una prenda holgada de lana blanca que caía de un hombro de una manera que se vería adorable con una camiseta sin mangas debajo, fue realmente linda. La combiné con jeans desteñidos que tenían rasgaduras por todos lados, y me alegré de que Wes lo sugiriera.

Se las había arreglado para encontrarme algo a la moda que me gustara; no podía creerlo.

Justo cuando me estaba cambiando a un suéter verde esmeralda, lo escuché decir:

—¿Puedes cambiarte un poco más rápido? Me estoy quedando dormido aquí.

—¿No tienes algunas compras que hacer mientras me esperas? Creo que vi rebajas en la sección de disfraces horribles para deportistas en la parte de atrás.

—Auch. —Silbó—. Eres tan mala.

—Dame dos minutos y listo.

—¿En serio? —Pareció sorprendido.

—En serio.

—Pero solo llevas las primeras ocho piezas.

Me quité el suéter y me volví a poner la camisa, deslizándome mis pies en mis zapatos mientras me alisaba el cabello en el espejo.

—Conseguí lo que necesitaba, así que no hay razón para seguir adelante.

Pareció dudar cuando salí, como si no confiara en mi respuesta, pero cuando llegamos a la caja, pareció aprobar los artículos que había seleccionado.

—Aún no puedo creer que estoy siguiendo tus consejos de moda. Siento que esto es una especie de tocar el fondo. —Le entregué mi tarjeta de débito al cajero y miré la pequeña pila de ropa en el mostrador.

Señalé la caja de zapatos que estaba justo al lado de mi ropa.

—Esos no son míos.

—Tengo muy buen gusto. Soy como tu propio hado padrino personal. —Wes señaló los zapatos—. Y esos son mi contribución.

—¿Qué?

Apoyó un brazo en el mostrador y le dio al cajero una sonrisa que decía: *¿Ves con lo que estoy lidiando?*

—Libby, sé que no tienes Chucks, y definitivamente necesitas algunos.

—Me compraste zapatos.

—No zapatos. Chuck Taylors.

Miré su sonrisa divertida y no tenía idea de cómo reaccionar, así que extendí la mano y abrí la caja.

Wes Bennett me había comprado zapatos.

Ningún chico me había comprado nunca nada, pero allí estaba Wes, el vecino antagónico, gastando su propio dinero porque pensaba que yo necesitaba Chucks. Toqué la lona blanca.

—¿Cuándo tuviste tiempo para hacer eso?

—Cuando estabas en el probador. —Se veía dulce cuando me sonrió y dijo—: Le pedí a Claire que se encargara de eso.

—¿Quién es Claire?

—La encargada del probador. Presta atención.

El cajero me entregó el recibo y mi bolsa, y aún estaba buscando a tientas cómo reaccionar. Fue dulce, considerado y *tan* impropio de Wes.

—Mmm, gracias por los zapatos. Yo...

—Deja de hablar, Buxbaum. —Sonrió lo suficientemente grande como para que sus ojos se entrecerraran—. Es vergonzoso.

Salimos de la tienda y, antes de llegar a la salida del centro comercial, le hice entrar conmigo en Ava Sun, mi tienda favorita. Era como el estilo de Kate Spade en un presupuesto T.J. Maxx, en su mayoría vestidos, faldas y accesorios delicados.

—Santo cielo, es como una versión gigante de tu armario.

Sabía que lo decía en serio como algo malo, pero mientras me dirigía hacia los estantes de rebajas en la parte de atrás, dije:

—Gracias.

—Me refiero a que esto se siente como una pesadilla.

Lo ignoré y comencé a hojear los estantes.

—Como una verdadera pesadilla. Monstruos, duendes y horribles vestidos de flores.

—Shhh. Estoy intentando comprar.

Encontré un estante de ofertas y comencé a rebuscar mientras él se apoyaba contra la pared y miraba su teléfono. Una parte de mí se preguntó

si sus bromas incesantes eran su forma de coquetear. Quiero decir, de otro tipo definitivamente lo sería, pero este era Wes. Siempre se había burlado de mí y me había atormentado, entonces, ¿por qué lo tomaría de manera diferente a como lo había hecho en el pasado?

Era su forma de ser.

—Vaya. Ese vestido es tan Liz Buxbaum.

—¿Mmm? —Levanté la vista y estaba señalando un maniquí.

—Ese vestido. Es tan tú.

Seguí su punto hasta el maniquí y quedé totalmente desconcertada. Porque para aclarar, no estaba señalando a cualquier maniquí. Estaba señalando *mi* maniquí, el que llevaba *mi* vestido tubo de cuadritos, el vestido del que me enamoré instantáneamente cuando llegó hace dos semanas.

El que había visto en línea no menos de veinte veces desde entonces.

Era caro, así que me estaba obligando a esperar hasta que pudiera pedirle a papá que me lo comprara para mi cumpleaños, pero había algo en el hecho de que Wes lo viera y pensara que era «yo» que era... algo. Me hizo feliz.

—De hecho, me encanta ese vestido.

—¿Ves? Soy increíblemente intuitivo para ser un hado padrino.

Reajusté la correa de mi bolso en mi hombro y dije:

—Vámonos antes de que vomite sobre *tu* uniforme.

Tan pronto como subí a su auto, mi teléfono vibró. Era una notificación de que acababa de salir el nuevo álbum de Insipid Creation. Debo haber hecho un pequeño sonido de emoción, porque Wes dijo:

—¿Qué?

—Nada. Acabo de ver que el álbum que pedí por adelantado se envía hoy.

—¿Envío, abuela? —Puso su llave en la ignición y dijo—: ¿No reproduces música como los jóvenes?

Cerré mi puerta bruscamente.

—Por supuesto que sí, pero algunas cosas están destinadas a reproducirse en vinilo.

Me miró a medida que arrancaba el auto, y me abroché el cinturón de seguridad.

—¿Siempre te ha gustado tanto la música? Quiero decir, creo que te veo con los auriculares puestos la mayoría de las veces.

—Básicamente. —Metí mi teléfono en mi bolso y miré por la ventana—. Mamá me puso en clases de piano cuando tenía cuatro años, y me enamoré de eso, luego solía jugar este juego conmigo en el que creábamos bandas sonoras para todo.

—¿En serio? —Wes miró por encima del hombro antes de salir en reversa del lugar de estacionamiento.

—Síp. Pasábamos horas y horas seleccionando las canciones perfectas para acompañar cualquier evento que estuviéramos sonorizando.

Me di cuenta mientras lo decía en voz alta al interior de su auto que nunca le había dicho eso a nadie. Era un recuerdo que solo nos pertenecía a nosotras, y siempre me pareció terriblemente triste que fuera la única en el planeta que lo supiera.

Supongo que, hasta ahora.

Sonreí, pero soné como una rana cuando dije:

—Hice una para el campamento de verano, para las vacaciones de Navidad, para el curso de natación de seis semanas que odié y nunca aprobé; cualquier cosa y todo era digno de una banda sonora.

Wes apartó la mirada del camino el tiempo suficiente para mirarme, y luego fue como si sintiera que no quería hablar más de mi mamá.

—¡Entonces, eso es lo que era! —Su boca se deslizó hacia arriba en una sonrisa—. Hiciste una banda sonora para ti y Michael.

—¿Qué? —Giré un poco en mi asiento y supe que mis mejillas estuvieron instantáneamente rojas—. ¿De qué estás hablando?

¿Cómo, en el nombre de Dios, sabía eso?

—Relájate, Señorita Amor, tu secreto está a salvo conmigo.

—No tengo idea de lo que...

—Vi el papel. —Wes parecía que estaba intentando no reírse mientras todo su rostro sonreía—. Vi el papel, así que no tiene sentido negarlo. Estaba puesto en tu agenda esta mañana y decía «Banda sonora de M&L». Oh, Dios mío, Buxbaum, eso es terriblemente adorable.

Me reí a pesar de que estaba mortificada.

—Cállate, Wes.

—¿Qué canciones hay en ella?

—En serio.

—En serio, quiero saber. ¿Son puras canciones para montar al vaquero, como Ginuwine y Nine Inch Nails, o son románticas y cursis? ¿Taylor Swift estaba en la lista?

—¿Desde cuándo la música de Nine Inch Nails sirve para acostarse con alguien?

—Soy el que hace las preguntas.

Solo suspiré y miré por la ventana.

—Bueno, ¿podemos hacer una banda sonora?

—Te odio.

—Oh, vamos —dijo.

—¿No tienes mejores cosas que hacer que *esto*? —Hice un gesto entre los dos, bromeando, pero también interesada en su respuesta. ¿Todo esto era por El Lugar, o tal vez era un poco sobre mí?—. ¿En serio?

—Por supuesto, pero vendería a mi propia abuela por El Lugar. *Esto* —dijo, imitando mi gesto—, se trata de acercar el auto de Wessy a Wessy.

Y ahí estaba mi respuesta.

—Qué apodo *tan* repugnante.

Mantuve mi mirada fija en el parabrisas, pero pude escuchar la sonrisa en su voz cuando dijo:

—Volvamos a la banda sonora de W&L. ¿Qué deberíamos incluir?

—Eres un tarado.

—No estoy familiarizado con esa cancioncilla, pero tú eres la audiófila aquí, no yo. De hecho, estaba pensando en algo más parecido al tema romántico de *Titanic*.

—Si estuviéramos haciendo una banda sonora —dije, señalando su rostro—, y no lo estamos haciendo, sería todo sobre la guerra del lugar para estacionar.

—Ah, sí, la guerra del lugar para estacionar. —Encendió la luz intermitente y se detuvo en el semáforo en rojo—. ¿Qué canción acompañaría esa batalla gloriosa?

—*Titanic* no.

—Está bien, ¿entonces...?

—Mmm. —Cerré los ojos y pensé, sin importarme que estuviera siendo sarcástico. Esto era lo que más me gustaba hacer en todo el mundo—. Primero tenemos que decidir si queremos que la canción sea un acompañamiento de la escena, o si queremos que sea una yuxtaposición.

No respondió, y cuando abrí los ojos, me estaba observando. Tragó pesado y dijo:

—Yuxtaposición, por supuesto.

—Está bien. —Lo ignoré y seguí adelante—. Entonces, si estamos pensando en el día en que forraste mi parabrisas con cinta como un total sinvergüenza, seleccionaría algo que te celebrara. Ya sabes, porque fuiste notablemente indigno de celebración.

—¿«*Isn't She Lovely*» de Stevie Wonder? —sugirió.

—Ooh, esa me gusta. —Tarareé el primer compás antes de decir—: O The Rose Pigeons, tienen una canción llamada «*He's So Pretty, It Hurts My Eyes*» y cataloga lo dulce y asombroso que es un tipo. Así que, esa es totalmente la yuxtaposición de ti en la guerra del lugar para estacionar, ¿verdad?

—Hice lo que tenía que hacer. Todo es justo en el amor y el estacionamiento.

Cuando se detuvo frente a la librería para que pudiera tomar mi auto, le di las gracias y agarré mis bolsas. Dijo que le enviaría un mensaje de texto a Michael y le mencionaría que iría, y también dijo que diría algunas palabras buenas sobre mí. Quise ayudarlo a crear los adjetivos perfectos, pero me mordí la lengua. Salí de su auto, y justo cuando estaba a punto de dar un portazo, me dijo:

—Tal vez deberías alisarte el cabello esta noche.

—Lo siento... sonó como si me hubieras dicho cómo debo peinarme. —Sabía que estaba intentando ayudarme a ganar a Michael, pero ¿se daba cuenta de que me hacía sentir como una mierda total cuando actuaba como si mi estilo fuera una broma? Era cien por ciento buena con mis elecciones de moda, me vestía para mí y solo para mí, pero aun así no se sentía bien saber que a él no le gustaba cómo me veía.

Mi cabello estaba en una trenza en ese momento, y aunque no era particularmente genial, tampoco era como si tuviera el cabello hasta los tobillos que nunca había visto un cepillo.

—Ya que eso no puede ser correcto, ¿qué dijiste en realidad?

Levantó una mano.

—Eso salió mal. Todo lo que quise decir es que, en lugar de simplemente cambiarte de ropa, deberías darle a Michael el tratamiento completo de chica sexy. Aún piensa en ti como la Pequeña Liz, pero si apareces como el tipo de chica con la que ha salido desde que se mudó, podría ser un buen comienzo.

Aún no me gustaba, pero tenía razón.

—Entonces, ¿cuál es el plan para más tarde?

—Te recogeré alrededor de las cinco.

—Está bien.

—Ponte las Chucks.

—No eres mi jefe. —Lo dije con un puchero infantil burlón, pero aún estaba confundida sobre por qué me había comprado los zapatos. Todo lo demás que él había seleccionado a mano para mi guardarropa de «nueva Liz», lo había pagado yo. Entonces, ¿por qué se había tomado la molestia de pagarlos mientras me había estado cambiando? ¿Por qué había pagado en absoluto por ellos?

Juntó sus grandes manos como si rezara.

—¿Puedes *por favor* usar las Chucks?

—Ya veremos.

6

«Cuando estoy cerca de ti, siento que estoy drogado. No es que me drogue. A menos que consumas drogas, en cuyo caso, las uso todo el tiempo. Todas ellas».

Scott Pilgrim vs. the World

A las cuatro cuarenta y cinco, me até las Chucks, las cuales, tenía que admitirlo, se veían muy lindas con todo mi conjunto deportivo, y bajé las escaleras. Eran cómodas, y algo en ellas me hizo ablandarme un poco, pero no iba a perder ni un minuto intentando averiguarlo.

Papá había llevado a mi abuelo al campo de prácticas, así que la casa estaba tranquila. Helena andaba por algún lado, pero no estaba segura de dónde.

Sonó el timbre, y no podía creerlo. ¿Wes llegó temprano?

Me acerqué a la puerta, pero cuando la abrí, era Jocelyn, no Wes.

—Vaya. Hola. —Estoy segura de que mi rostro mostró totalmente mi sorpresa al verla a ella en lugar de a Wes, y me esforcé por no parecer conmocionada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Su boca se abrió por un segundo, y me miró de arriba abajo.

—Oh, Dios mío, ¿quién te hizo esto?

Miré hacia abajo a mi ropa.

—Em...

—Quiero besarlos con la lengua, ¡te ves increíble!

Entró por la puerta principal, y mi mente estaba corriendo a toda marcha a medida que cerraba la puerta detrás de ella. Aún no le había contado de la fiesta, el juego, Michael o Wes o cualquiera de las cosas

cuestionables que estaba haciendo con mi vida personal. Y Wes iba a estar allí en cualquier momento.

Mierda.

—¿Compraste esto cuando estabas con Wes? —Aún estaba sonriendo, así que no estaba enojada conmigo.

Aún.

—Sí, de hecho, encontré un par de cosas bonitas. —Mis mejillas estaban calientes y sentí que la culpa estaba en todo mi rostro. Era una pésima amiga—. Imagínate.

—Oh, hola, Joss. —Helena salió de la cocina luciendo mucho más genial que yo en jeans y una camiseta de hockey—. Me pareció oír la puerta. ¿Quieres un refresco o algo así?

Dios, Wes estaría allí en cualquier momento con su gran bocaza. *¡Sin refrescos!*

—No, gracias, solo tengo un segundo. Voy en camino a buscar a mi hermanita del fútbol, pero Liz no responde a mis mensajes de texto, así que tuve que pasar por aquí.

Mierda.

Helena sonrió y dijo:

—Es la peor, ¿cierto?

Jocelyn le sonrió a Helena, pero también me niveló con una mirada.

—Muy cierto.

—Yo, um, también estoy a punto de irme. —Tragué pesado y esperé poder sacarla de allí rápidamente—. En cinco minutos.

—¿Adónde vas?

Helena había hecho la pregunta, pero ambas se quedaron allí, mirándome mientras intentaba pensar en algo.

—Um, Wes, el de al lado, va a ir al partido de baloncesto y él, um, me preguntó si quería ir. Quiero decir, es algo casual, sin importancia, simplemente estaba aburrida y sonaba menos aburrido, ¿saben? No quiero ir, pero dije que lo haría. Así que.

Las cejas de Jocelyn se dispararon.

—Vas a un partido de baloncesto —dijo como si acabara de declararme un triceratops—. Con Wes. Bennett.

Helena cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿No llamaste al oficial de tránsito hace unos días?

—No, yo, um, dije que *casi* lo hacía. —Escupí una horrible risa falsa y me encogí de hombros—. Sí, honestamente, no tengo idea de por qué dije que iría con él.

Sabía exactamente por qué.

—¿Bennett también te hizo comprar esas zapatillas deportivas? —Jocelyn estaba mirando mis zapatos—. Porque *odias* esos zapatos.

Eso era cierto. Siempre había pensado que las zapatillas altas Converse eran feas y carecían por completo de soporte para el arco. Ahora tenía una afinidad extraña por ellas que me hizo cuestionar mi propia fortaleza mental.

—Estaban en liquidación, así que dije: «¿Qué demonios?» —De nuevo con la risa terrible—. ¿Por qué no comprar unas Chucks, verdad?

Jocelyn sacudió un poco la cabeza, como si no tuviera idea de lo que estaba presenciando.

Lo mismo, chica. Lo mismo.

—Bueno, persona que solía conocer, solo pasé porque mi mamá necesita saber qué día iremos a comprar vestidos la próxima semana.

Irónicamente, después de que finalmente acepté ir de compras con ella, su madre tuvo que reprogramar para un día diferente. Al principio me sentí aliviada de posponerlo por más tiempo, pero ahora sentía que el universo solo quería torturarme. En este punto, solo esperaba que me

metieran un vestido en el armario para poder dejar de escuchar la frase «comprar vestidos».

—Ooh, me encanta comprar vestidos. —Helena inclinó la cabeza y agregó—: Rara vez los uso porque sentarme como una dama apestosa, pero cada primavera quiero estantes y estantes de vestidos florales.

—Vamos a comprar el vestido de la fiesta de graduación. —Jocelyn aún estaba mirando mi ropa cuando dijo—: Liz y yo iremos juntas, y mi mamá dijo que puede llevarnos a buscar vestidos.

—Ah. —Helena parpadeó y me miró por un segundo, y me sentí como un monstruo. Mencionó varias veces que pensaba que debería ir al baile de graduación porque me arrepentiría si no lo hacía, y también mencionó varias veces que podía llevarme a comprar vestidos y que podríamos «pasar todo un día en eso».

Había pensado que sería *muy* divertido.

Pero eso había sido, como, hace un mes, y en cierto modo lo había olvidado.

Más o menos.

Mis sentimientos en cuanto a Helena haciendo las cosas que mi madre debería haber estado allí para hacer conmigo eran engañosos, y la mayoría de las veces simplemente los evitaba hasta que desaparecían.

O hasta que pasaba esto.

—Bueno, estoy segura de que será estupendo. —Sus ojos estaban tristes, pero dijo—: Simplemente no consigan algo demasiado revelador, ¿de acuerdo, chicas?

Jocelyn sonrió.

—Haremos nuestro mejor esfuerzo, pero sin promesas.

Sonó el timbre, tenía que ser Wes esta vez, ¿no?, y sentí náuseas cuando sus ojos se posaron en mí.

Me metí entre ellas y di un paso hacia la puerta.

—Probablemente sea Wes.

Envolví mis dedos alrededor del pomo de la puerta y me preparé. ¿Cuáles eran las probabilidades de que Wes mantuviera la boca cerrada y no me echara encima a Jocelyn y Helena hablando de nuestra confabulación?

Abrí la puerta. Y traté de comunicar la situación solo con mis ojos. Esperaba que estuvieran diciendo: *No empeores esto*, pero es probable que solo me viera nerviosa.

—Hola —dije.

Wes estaba sonriendo, pero cuando me miró, su sonrisa se transformó en algo extraño, como la sonrisa de alguien que acaba de descubrir algo. Se deslizó hacia arriba en una sonrisa amplia, y dijo:

—Eres un buen oyente.

Cerré la puerta bruscamente.

—¿Eh? —Joss frunció los labios y Helena frunció el ceño—. ¿Cuál es el plan aquí?

Suspirando, abrí la puerta nuevamente y levanté una mano.

—No hables. En serio. ¿Puedes simplemente no decir una palabra hasta que estemos en tu auto? ¿O tal vez, nunca?

—Hola, Wes. —Helena le dio un saludo pequeño con la mano—. ¿Supongo que encontraste a Liz esta mañana?

Me lanzó una mirada que equivalía a sacarme la lengua y sonrió a Helena.

—Lo hice, gracias. No creo que Liz apreciara mi presencia en su lugar de trabajo, pero igual fui ahí.

Jocelyn inclinó la cabeza.

—Entonces, ¿fuiste a su trabajo para pedirle que te acompañara al juego esta noche?

—Lo hice.

Una observación casual: Wes se había convertido en un tipo bastante atractivo. Quiero decir, no me atraía personalmente, pero la camiseta descolorida que llevaba puesta mostraba unos bíceps muy bien definidos. Combina esos músculos con su sonrisa traviesa y sus ojos oscuros de párpados pesados, y estaba bastante bien.

Simplemente no es mi tipo. En absoluto.

—¿Liz? —Joss me dirigió una mirada cargada—. ¿Puedo verte en el baño por un minuto?

De ninguna manera.

—En realidad, tenemos que irnos, de verdad, pero estoy segura...

—Te esperaré. —Wes entró por completo en el vestíbulo y giró las llaves alrededor de su dedo—. Tomate tú tiempo.

Jocelyn me agarró del codo y arrastró todo el camino hasta el baño pequeño que estaba justo pasando la cocina. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de nosotras, dijo:

—Pensé que el auto de Wes estaba muerto esta mañana.

—¿Qué?

Suspiró.

—Me dijiste que necesitaba que lo llevaran al centro comercial porque su auto estaba averiado. Pero Helena acaba de decir que condujo hasta Dick's para encontrarte.

Mierda, ¿Helena dijo eso? ¿Estaba tan distraída con Wes que los desconecté por completo? *Mierdaaaa*. Me aclaré la garganta y dije:

—No, su auto murió *en* Dick's.

—Eso no es lo que me dijiste en el centro comercial.

¿Cómo se suponía que iba a recordar lo que le decía a alguien más? Mentir no solo era algo desagradable, sino que también era difícil de controlar.

—Sí, lo es.

Suspiró.

—Lo que sea. La conclusión es que estás a punto de tener una cita con Wes Bennett, niña.

—En realidad, es más...

—No. —Sacudió su cabeza—. Para ser alguien súper enamoradiza y esas mierdas, eres bastante despistada. Ahora escúchame. Wes vino a tu casa esta mañana, y cuando no estabas aquí, condujo todo el camino hasta tu trabajo para pedirte que fueras al juego con él cuando sabe que no tienes ni idea de deportes.

Oh no... *no, no, no*. Se estaba haciendo una idea equivocada, y si escuchó el rumor que yo en realidad, ya sabes, comencé en la fiesta y aún no había tenido las agallas para contárselo, estaba jodida.

—Oye...

—Sabes que es la verdad. Y luego fingió necesitar tu ayuda para comprar. Esta es una *cita*, Liz. Una cita.

Quería decirle lo que estaba pasando en realidad, pero era una cobarde. Sabía que ella actuaría como si fuera la acosadora obsesionada de Michael, y simplemente no podía escucharlo. De todos modos, me gustó más la descripción de Wes; Michael era mi amor perdido hace mucho tiempo.

—No es una cita, pero estoy de acuerdo en que tiene potencial para una cita —dije.

Finalmente, algo que no era una mentira. *Tenía* potencial para una cita. Simplemente no con respecto a Wes.

—Entonces, ¿quieres eso?

Si me refería a cierto chico de una manera que se malinterpretaba fácilmente, bueno, eso no era *mi* culpa, ¿o sí? Me encogí de hombros y dije:

—No lo sé. Quiero decir, a veces es hermoso y divertido, ¿sabes?

—Bueno, sí, por supuesto que lo sé, todos aman a Wes. Solo pensé que *tú* lo odiabas.

¿Eso era una cosa? ¿Todos amaban a Wes? Quiero decir, parecía que los asistentes a la fiesta lo adoraban, pero no se me había ocurrido que iba más allá de su círculo social. Vivía junto a él, íbamos a la misma escuela. ¿Era posible que fuera amado universalmente sin que yo lo supiera?

—Ah, lo hago. Pero a veces es divertido odiarlo. Así que —dije.

Eso la hizo reír y abrir la puerta.

—No lo entiendo, y vamos a tener que hablar mañana sobre este nuevo aspecto tuyo, pero solo quería asegurarme de que no estuvieras engañando a nuestro chico Wesley.

Cuando volvimos a la puerta principal, Helena estaba haciendo reír a Wes mientras compartía su opinión sobre el reality show de citas que había tenido su final la noche anterior.

—Quiero decir, la mujer en realidad dijo las palabras «Quiero un hombre que ponga pétalos de flores en mi cama todas las noches si cree que me hace feliz». Si eso no es una bandera roja, no sé qué es.

—Porque ¿quién querría eso, verdad? —Wes le dedicó a Helena una de sus mejores sonrisas—. Alguien tiene que limpiar esas cosas.

—Gracias, Wes. —Helena levantó el brazo en agradecimiento por su conmiseración—. Y de todos modos, ¿no tendrías que barrer los pétalos de la cama antes de subir a ella? Quiero decir, nadie necesita pétalos de flores pegados a sus partes, ¿verdad?

—Sé que yo no —dijo Wes.

Joss perdió los estribos, y Wes se estaba riendo; quiero decir, *fue* bastante divertido. Pero Helena no entendió deliberadamente el punto de la declaración romántica. Sí, tal vez era un poco cursi, pero había algo que alabar a una persona haciendo un gran gesto como ese.

Mi mamá lo habría entendido.

—Buxbaum, ¿estás lista para irnos? —Wes volvió su atención hacia mí, y mi rostro se calentó cuando sus ojos recorrieron mi cabello y mi ropa. *Odiaba* la forma en que mi tez siempre le mostraba al mundo lo que estaba

sintiendo, y deseé desesperadamente que hubiera una manera de bajar el calor en mis mejillas.

Por desgracia, no tuve tanta suerte.

—Definitivamente *pareces* lista para algunas canastas —dijo con una ceja levantada—, pero aún no estoy seguro de que puedas lograrlo.

—Mi voto es un no. —Jocelyn se inclinó y bajó la voz—. ¿Te importaría hacer una apuesta, Bennett?

—Ustedes son divertidísimos. Ja, ja, ja, Liz no sabe nada de deportes. —Abrí la puerta principal—. Bueno, iré a ver al equipo torcerse algunos tobillos. ¿Vienes o no, Wes?

—Es *romper* algunos tobillos. —Le dio a Jocelyn y Helena una mirada escéptica que hizo que ambas se rieran cuando dijo—: Y estoy justo detrás de ti.

—No olvides que tu papá y yo iremos al cine esta noche y no regresaremos hasta tarde —dijo Helena.

—Seguro. —Cerré la puerta detrás de nosotros, estresada por lo que sea que Joss estaba pensando ahora, y le dije a Wes—: Dios, necesitas bajarle al encanto, ¿de acuerdo?

Sus cejas se levantaron.

—¿Disculpa?

—Tuve que dejar que Joss pensara que podrías gustarme, así que cálmate. Esas dos son tu público objetivo; se adaptan totalmente a tu vibra de chico travieso. —Lo fulminé con la mirada y lo señalé mientras nos acercábamos a su auto—. Así que, por el amor de Dios, bájalo, o van a estar encima de mí para que salga *de verdad* contigo.

Me abrió la puerta y apoyó los brazos en la parte superior de la ventana mientras yo entraba.

—Eso sería lo peor, ¿verdad?

—Absolutamente lo peor. —Cerró la puerta de golpe, y me abroché el cinturón de seguridad a medida que rodeaba el auto. Se subió y encendió el

motor, y no pude evitar notar que olía muy, muy bien. No podía dejar de inhalar.

—¿Eso es jabón o desodorante?

Su gran mano aterrizó en la palanca de cambios, y sus cejas se arrugaron cuando me miró.

—¿Disculpa?

—Hueles muy bien, pero no es tu olor habitual.

No puso el auto en marcha, sino que simplemente me miró.

—¿Mi olor habitual?

—No actúes como si fuera rara. Tu colonia normal es como a pino, pero esta noche hueles más... no sé... picante. —La imagen de él sin camisa y poniéndose desodorante apareció en mi cabeza, y me aclaré la garganta, despidiéndola.

Su voz sonó profunda y algo retumbante cuando soltó una risita gutural.

—Mierda, Liz Buxbaum conoce mi olor.

—¿Sabes qué? Olvídalo. —Me alegré de que hubiera puesto el auto en marcha y se alejara de la acera, porque si me miraba, estaba segura de que mis mejillas estaban rojas—. Hueles a culo.

Eso lo hizo deslizarse en una carcajada completa.

—Picante, trasero de pino, querrás decir.

—Gracioso. —Encendí su radio con la esperanza de cambiar de tema.

Pareció funcionar porque dijo:

—No puedo creer que realmente estés usando la ropa. —Encendió la luz intermitente y redujo la velocidad hacia la esquina—. Esperaba verte con un vestido de abuela cuando apareciera.

—Gasté dinero en ellas, por supuesto que voy a usarla.

Miró directamente a mi atuendo antes de volver a mirar la carretera.

¿Qué demonios? Jugué con uno de los hilos de mis jeans destrozados y me pregunté qué pensaría. No es que tuviera sedienta por un cumplido de Wes Bennett, porque no lo estaba, pero no podías mirar directamente el atuendo de alguien y no comentar sobre dicho atuendo, ¿verdad?

Era totalmente desconcertante. ¿No se veía bien?

Rasqué los jirones entrecruzados y dije:

—Supongo que te debo un gracias. No por intentar *transformarme*, idiota, pero...

—Aún no lo has superado, por lo que veo.

—Porque me gusta este atuendo. Nunca lo habría notado en el estante, pero me gusta.

—¿Ves? Soy bueno.

—No. —Me incliné hacia adelante y comencé a buscar estaciones de radio—. Esos son todos los cumplidos que recibirás hoy de mí. A menos que quieras que vomite como tu amiga la rubiecita.

—No, gracias.

Eché un vistazo a su asiento trasero vacío.

—¿Dónde están «los chicos»?

—Están en la casa de Adam. Todos vamos a viajar en su minivan, y él está conduciendo.

Así como así, mi estómago era una bola de nervios. No conocía a sus amigos, así que ya era bastante estresante, pero la idea de sentarme en la parte trasera de una minivan con Michael despertó todas mis preocupaciones.

Porque deseaba, tanto, que viera que ya no era la Pequeña Liz.

—Todos son súper tranquilos, así que no te preocupes. —Fue como si leyera mi mente, pero antes de que pudiera pensarlo demasiado, dijo—: Ooh, me gusta esa canción.

—A mí también. —Dejé de buscar, sorprendida de que Wes y yo estuviéramos de acuerdo en algo. Era «*Paradise*» de Bazzi, que era bastante antigua y pegadiza. Pero era una de esas canciones que simplemente tenía un sentimiento, como si junto con las notas, también recibieras una buena dosis de sol de verano que besaba tus hombros mientras caminabas por el centro al anochecer.

Su teléfono vibró en ese momento, y ambos miramos hacia donde estaba en el portavasos. La parte superior del pequeño cuadro de notificación decía «Michael Young».

—Parece que tu chico está enviando mensajes de texto.

—¡Oh, Dios mío! —Me imaginé la cara de Michael, y mi corazón se aceleró.

—Revísalo. No envió mensajes de texto y conduzco.

—Qué responsable eres —dije mientras tomaba su iPhone. Sujetarlo me pareció extrañamente personal, como si tuviera en mis manos el libro de su vida social. Me pregunté quién estaba guardado en sus favoritos, a quién enviaba mensajes de texto con regularidad y, Dios me ayude, qué imágenes yacerían en su galería de fotos.

—La verdad es que no. Solo odio la muerte y la prisión.

—Es comprensible, aunque debo decirte que me fascina que alguien sea tan despreocupado al dejar su teléfono en manos de otra persona.

—No tengo secretos —dijo, y me pregunté si eso era cierto.

—Código de acceso, por favor. —La foto de su pantalla de bloqueo era una foto de su perro, Otis, que era bastante adorable. Había tenido ese viejo golden retriever desde que tenía uso de razón.

—Cero-cinco-cero-cuatro-dos-uno.

—Gracias. —Abrí sus mensajes y miré lo que Michael había enviado.

Michael: *Entonces, ¿convenciste a Liz para que viniera?*

—¡Santo cielo! ¡Preguntó si voy a ir! —Bajé el volumen de la radio y le dije a Wes—: ¿Eso significa que espera que sí?

—Ya que me está escribiendo a *mí* —murmuró, mirándome de reojo y apretando la mandíbula—, voy a decir que no.

—Puede que sí. —No me gustó esa respuesta—. No lo sabes.

—Parece que solo está haciendo un recuento, Liz. —Me miró y señaló su teléfono—. ¿Quieres contestarle?

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Inhalé.

—Um, está bien. Uh...

—Eres patética. —Wes giró por una calle arbolada—. Creo que una respuesta clara sería: «Sí», ¿no crees?

Dije las palabras en voz alta mientras enviaba el mensaje.

—Sí. Ya casi llegamos.

Enviar.

Estaba a punto de dejar el teléfono en el portavasos de Wes cuando sonó en mis manos.

Michael: *Estupendo. Hablaré bien de ti.*

Wes (yo): *Genial, amigo. Miré a Wes y añadí: Además, me encanta tu cabello. Tienes que decirme qué producto utilizas en él.*

Me mordí el labio para contener la sonrisa.

Michael: *Estás bromeando, ¿verdad?*

Volví a mirar a Wes antes de añadir rápidamente: *Muy en serio. Eres mi héroe capilar. Nos vemos dentro de un rato.*

Puse el teléfono en el portavasos y le dediqué a Wes una sonrisa de oreja a oreja cuando se detuvo frente a una casa y miró hacia mí.

—Aquí es —dijo mientras estacionaba, sus ojos dirigiéndose a mi cabello antes de volver a mi cara—. ¿Lista?

—Como un ataque al corazón.

—Sabes que eso no está bien, ¿verdad?

—Sí. —A veces olvidaba que no todo el mundo estaba en mi cabeza—. Me gustan las metáforas mezcladas.

El lado de su boca se encorvó.

—Qué rebelde eres, Elizabeth.

Puse los ojos en blanco y salí de su auto.

Ni siquiera subimos a la puerta principal. Seguí a Wes mientras rodeaba la casa y abría la puerta de la valla.

Pero se detuvo antes de entrar en el patio, haciéndome chocar con su espalda.

—Dios, Wes. —Me sentí ridículamente incómoda a medida que embestía mis pechos contra su espalda—. ¿Qué estás haciendo?

Se dio la vuelta y me miró, con una sonrisa diminuta en los labios. Había algo en su sonrisa, la forma en que no solo mostraba unos dientes perfectos, sino que también hacía que sus ojos oscuros lucieran divertidos y centelleantes, que hacía imposible no devolverle la sonrisa.

—Solo quiero recordarte que Michael cree que estoy intentando conquistarte. Así que, si él no parece interesado en ti, no te lo tomes como algo personal. Es un buen tipo, así que probablemente va a mantener su distancia hasta que sepa que no somos nada. ¿Genial?

No sabía si era la brisa ligera o el hecho de que estuviera tan cerca, pero su colonia masculina (o desodorante, nunca había respondido a mi pregunta) seguía encontrando mi nariz y haciéndola realmente feliz. Volví a inhalar y me acomodé el cabello detrás de las orejas.

—¿Intentas tranquilizarme?

Sus ojos se entrecerraron como si quisiera sonreír, pero en su lugar sacudió la cabeza.

—Dios, no. Estás sola, emocionalmente hablando. Solo estoy en esto por el Lugar para Siempre.

La sonrisa se apoderó de mis labios, lo quisiera o no.

—Está bien, de acuerdo.

Me despeinó el cabello como si fuera una niña pequeña, el muy pendejo, y luego empezó a caminar hacia el garaje sin barreras de la parte de atrás. Su repentina presencia física me había resultado extraña y familiar a la vez, y tardé un minuto en recuperarme del todo. Pude ver a tres personas de pie junto a la primera puerta, y me peiné rápidamente con los dedos mientras lo seguía, con el pulso acelerado a medida que los nervios de no conocer a esta gente se disparaban a través de mí.

Respiré hondo y allí estaba Michael, hablando y apoyado en una furgoneta plateada y oxidada, con unos jeans y una chaqueta de lana negra que hacían resaltar sus ojos azules como los de un bebé. *Tan, tan bonito.*

—No te pongas nerviosa. —Wes lo dijo por el costado de su boca y me dio un empujón con el hombro antes de lanzarse inmediatamente a las presentaciones—. Estos son Noah, Adam, y ya conoces a Michael.

—Hola —dije, mi cara ardiendo mientras todos me miraban. Era terrible con los nombres, pero los apodos ayudarían. Me aprendí de memoria Cara Sonriente (Noah), Camisa Hawaiana (Adam) y Señor Correcto con el Culo Perfecto (Michael, por supuesto). Todos fueron bastante amables. Camisa Hawaiana dijo que me recordaba de la secundaria porque habíamos tenido el mismo profesor, y luego él y Noah comenzaron a discutir lo genial que había sido la señora Brand en la lectura de séptimo grado.

Todo fue muy soso y poco interesante, así que los ignoré y traté de mirar a todas partes menos a Michael. Lo intenté y fracasé. Sin importar lo que le dijera a mi cerebro, mis ojos lo buscaron continuamente y se dieron un paseo por todo su rostro apuesto.

Wes estuvo totalmente pendiente de mí, y cuando hizo contacto visual, negó con la cabeza.

Lo que me hizo sacarle la lengua.

Cara Sonriente ladeó la cabeza (definitivamente vio la lengua), pero Wes me salvó diciendo:

—¿Nos vamos o qué?

Subimos todos al minivan, y justo cuando iba a tomar un asiento en la fila central, Wes me empujó hacia la parte de atrás y murmuró:

—Confía en mí.

Me rodeó y se sentó en el lugar de la ventanilla izquierda, lo que me dejó el asiento libre justo entre él y Michael. Miré a Wes cuando me senté, y él me hizo un gesto de: *Tú puedes*, con la ceja, que hizo que mi nariz se calentara mientras Adam arrancaba la minivan y salía del callejón.

Wes empezó a hablar con los chicos de delante, inclinándose hacia delante para hablar por encima de la segunda fila, *dándonos* a Michael y a mí un poco de privacidad. Me aclaré la garganta y fui muy consciente de lo cerca que tenía su pierna de la mía. *¿Qué digo?* Mi mente estaba completamente en blanco, enviando una línea de electrocardiograma sólidamente plana mientras mi boca dejaba de funcionar.

Hora de muerte: 5:05.

En todas las veces que había imaginado nuestros mágicos primeros momentos, nunca había considerado que estaría mirando mis rodillas torpemente, totalmente muda, esperando que lo que oliera a moho en el auto no fuera de alguna manera yo, a medida que una canción terrible de Florida Georgia Line resonaba en los altavoces detrás de nuestras cabezas.

Michael miraba su teléfono, y sabía que se me estaba acabando el tiempo. *Di algo inteligente, Liz.* Abrí la boca y estuve a punto de decir algo sobre la fiesta, pero la volví a cerrar cuando me di cuenta de que recordarle el incidente del vómito, y evocar la imagen de la chica vomitando sobre mí frente a él, era una idea terrible.

¡Oh, Dios mío, di algo, perdedora!

Y entonces:

—Liz.

Mis ojos saltaron hacia su cara, pero mirarlo hizo que mi estómago hiciera cosas salvajes, y bajé los ojos a la cremallera de su chaqueta para calmar mis nervios. Aunque me ardía la cara y estaba bastante segura de que tenía pequeñas gotas de sudor en la punta de la nariz, intenté hacerme la despreocupada y burlona diciendo:

—Michael.

Él sonrió.

—¿Puedo decirte algo?

Oh, Dios.

¿Qué iba a decir? ¿Qué posiblemente podría decir cuando solo llevaba unos días de vuelta? Me preparé para que me confesara que mi perfume le daba náuseas o que me salía algo asqueroso de la nariz.

—Por supuesto.

Sus ojos subieron a mi cabello durante un segundo diminuto antes de volver a posarse en mis ojos y dijo:

—Ahora sí que te pareces mucho a tu madre.

¿Era posible sentir que tu propio corazón se detenía? Probablemente no, pero se me encogió el pecho cuando imaginé el rostro de mi madre y me di cuenta de que Michael también recordaba su rostro. Aún podía imaginársela. Tuve que parpadear rápidamente para mantener la compostura, porque en toda mi vida, ese era el cumplido más importante que había recibido. Mi voz sonó tosca y pellizcada cuando dije:

—¿Lo crees?

—En serio, lo creo. —Me sonrió, pero pareció un poco inseguro, dudoso en la forma en que la gente siempre parecía cuando se preguntaba si había cometido un error al mencionar la existencia de mi madre—. Siento lo de, mm... lo de...

—Gracias, Michael. —Crucé las piernas y me puse de cara a él. La verdad es que, me gustaba hablar de mi madre. Sacarla a relucir en una conversación casual, lanzar palabras sobre ella al universo, era como mantener un trozo de ella aquí conmigo, aunque ya se hubiera ido hace mucho tiempo—. Siempre le gustaste. Es decir, probablemente porque eras la única persona que no se escondía bajo su baño para pájaros ni pisoteaba sus margaritas durante el escondite, pero eso cuenta.

Sus ojos azules me absorbieron a medida que sonreía y emitía una risa profunda increíblemente agradable.

—Lo acepto. ¿De eso se trata tu tatuaje? ¿Las margaritas de tu madre?

Mi corazón se detuvo en ese momento, y todo lo que pude hacer fue asentir mientras lágrimas de felicidad brotaban en las esquinas de mis ojos. Volví la cabeza hacia otro lado, parpadeando rápidamente un par de veces. Había visto mi tatuaje y, sin ninguna explicación, lo había *entendido*. Puede que no supiera que a mi madre le encantaba la frase de *You've Got Mail* sobre las margaritas siendo las flores más amistosas, pero las flores le habían hecho pensar en ella. Wes me miró, y sus cejas se fruncieron cuando iba a hablar, pero solo negué con la cabeza. Por alguna razón, la minivan empezó a reducir la velocidad a pesar de que solo llevábamos unos minutos en la carretera.

—¿Por qué nos detenemos? —llamó Wes a Adam.

—Esta es la casa de Laney.

Mi cabeza giró hacia la izquierda, y justo más allá de la cara de Wes pude ver a Laney a través de la ventana, saliendo de una gran casa blanca de estilo colonial. Bajó los escalones con su traje de baile, un leotardo negro brillante que habría iluminado mis defectos, pero que se quedaba vacío en los suyos, y me sentí mareada al verla abrir la puerta corredera de la minivan.

Por eso había un asiento libre.

Mi momento con Michael y los recuerdos felices de mi madre desaparecieron cuando Laney entró en la minivan y cerró la puerta tras ella.

¿Michael la había invitado? ¿Quería que me moviera para que ella se sentara en mi lugar? ¿Era su cita? ¿Y yo era la de Wes?

—Muchas gracias por volver por mí. —Se sentó en el asiento frente a Michael, y su perfume sutil llegó hasta donde yo estaba sentada, un recordatorio olfativo de que era increíble hasta el más mínimo detalle. Nos miró y me dijo—: Ah, hola, Liz, no sabía que ibas a venir. Habría supuesto que no te gustaban los deportes.

Forcé una sonrisa, pero no sentí que mis labios estuvieran completamente extendidos, ya que hervía por dentro. Por supuesto que tenía razón, pero ¿por qué supondría eso de mí? ¿Porque no llevaba una tonta chaqueta deportiva? Y estaba bastante segura de que no era casualidad que lo señalara delante de Michael. Intenté sonar despreocupada por segunda vez esa noche cuando dije:

—Y aun así, aquí estoy.

Y maldita sea, me había hecho olvidar mirar y ver cómo era la casa de Michael.

Miró hacia delante y dijo a los chicos de delante:

—Bueno, no había forma de que estuviera lista para cuando Michael se fuera, pero en mi defensa, él tampoco tuvo que maquillarse para el escenario y meterse en un disfraz.

Todo el mundo se rio, por supuesto, mientras Laney se lanzaba a una diatriba simpática sobre lo que suponía *prepararse para bailar*.

—No tenía ni idea de que iba a venir —dijo Wes, sorprendiéndome. Su boca estaba tan cerca de mi oído que me estremecí literalmente—. Lo juro.

Independientemente de lo que dijera Wes sobre el Lugar para Siempre, en ese momento no pude evitar pensar que también me estaba ayudando porque era genuinamente amable. Las palabras de Joss resonaron en mi cabeza. *Todos aman a Wes*.

Empezaba a ver por qué.

Me incliné más hacia él para que pudiera oírme cuando murmuré:

—Pero, tenías razón en cuanto a lo de robar el protagonismo. Ahora soy realmente invisible.

Me dio una expresión de *No, para nada*, pero ni siquiera iba a intentar convencerme de lo contrario. Laney se había dado la vuelta en su asiento y estaba comentando detalladamente acerca de la competición directo a Michael, y una ligera sensación de malestar se instaló en mi estómago. ¿Cómo puede ser esto justo? La chica iba muy maquillada, llevaba un traje de gata deslumbrante y un moño ridículamente enorme en la parte superior de la cabeza. Debería parecer la Reina de los Payasos.

Pero se veía *bonita*.

Y lo peor es que, era increíblemente encantadora. De alguna manera se las arreglaba para enterrar su alma rancia y lograr que fuera un ser humano genuinamente encantador.

Era brujería, eso era.

No había forma de competir con un espectáculo de perfección unipersonal, así que me rendí y saqué mi teléfono para leer. Había empezado un libro muy bueno esa mañana, así que lo retomé donde lo había dejado e intenté perderme en la alegría de Helen Hoang.

Joss me envió un mensaje de texto un minuto después.

Joss: *Hola. ¿Fuiste a la fiesta de Ryno?*

Mierda. Mi estómago se hundió a medida que escribía: *Wes me invitó al último minuto y fue una auténtica pesadilla. Iba a contártelo antes, pero Helena me interrumpió.*

Joss: *¿Qué rayos? Siempre te invito a mis cosas.*

Yo: *Lo pensé, pero dijiste que las fiestas de Ryno eran una mierda inmadura, así que sabía que no querías ir.*

Joss: *Es que me parece raro que no me hayas dicho que ibas a ir. De repente te has puesto muy rara.*

Levanté la vista de mi teléfono, buscando excusas, pero todo lo que obtuve fue la impresión de que Laney estaba lavando el cerebro a todos los

chicos para que se unieran a su culto de adorabilidad. Nada que me salvara del hecho de que estaba siendo una amiga de mierda.

Yo: *Solo intentaba rescatarte de un momento totalmente terrible.*

Joss: *Lo que sea. Ahora tengo que ir a trabajar.*

Suspiré, diciéndome que la compensaría de alguna manera, y volví a leer. Pero solo había leído unos tres párrafos cuando Wes dijo:

—¿Te importa si leo por encima de tu hombro? Me aburro.

Lo miré de reojo.

—Esto no te gustaría. Créeme.

—¿Quieres callarte para que pueda leer?

Mi boca quiso sonreír, pero me aclaré la garganta y dije:

—Lo siento.

Intenté volver al libro, pero ahora era hiperconsciente de que él también estaba leyendo cada párrafo del coqueto libro sexy. Seguí desplazándome, pero las palabras ahora eran diferentes, dando vueltas unas sobre otras con un contexto nuevo cuando los personajes principales empezaban a tener una conversación ligeramente sexual.

Apagué el teléfono cuando entraron juntos en un dormitorio.

—Tienes las mejillas tan rojas —dijo en voz baja, en una profunda voz rica con risitas contenidas—. ¿Por qué dejaste de leer?

Tosí una carcajada y me enfrenté a él; sus ojos oscuros luciendo traviosos a medida que me dedicaba una sonrisa de complicidad.

—Es que está demasiado agitado para leer aquí —dije.

—Ah, sí. —Me asintió lentamente mientras sus labios se deslizaban en una sonrisa completa—. Seguro son los baches lo que te han hecho dejar de leer.

—Podría marearme y vomitarte encima si no tienes cuidado.

—Oh, Liz. —Laney se inclinó a través del espacio entre los dos asientos y dijo—: Me enteré de eso, de que Ash vomitó sobre ti. Eso es tan terrible. Ella se siente *taaaan* mal.

Mi sonrisa se esfumó cuando se puso una mano sobre el corazón y me dio un puchero empático. ¿Estaba sacando el tema a propósito para hacerme quedar mal? Me encogí de hombros y dije:

—¿Qué es una fiesta si no te vomitan encima?

Oí a Michael reírse a mi lado y sentí que había ganado ese punto. Laney volvió a la carga con su charla incesante, así que me puse los auriculares para que el sonido de Wicked Faces ahogara sus tonterías. Antes de darle a reproducir, hice una pausa para ofrecerle a Wes uno de los auriculares. Lo aceptó, y escuchamos en silencio hasta que dimos la vuelta al estacionamiento de la escuela.

Mientras Adam estacionaba el auto, Laney dijo por fin algo que me hizo feliz. Abrió la puerta corrediza de la minivan y dijo:

—Gracias de nuevo por el viaje, Adam. Tengo que ir a buscar al equipo. Y no te olvides... voy a tomar el autobús de vuelta.

Eso significaba que tendría todo el partido de baloncesto para hablar con Michael, sin la distracción de temer el viaje a casa. Nadie veía el partido en las funciones deportivas, ¿verdad?

Wes me devolvió el auricular, pero cuando intenté llamar su atención para comunicarle en silencio lo emocionada que estaba por la buena noticia, estaba demasiado ocupado enviando mensajes de texto a alguien como para darse cuenta.

Resulta que los partidos de baloncesto del instituto son increíblemente ruidosos.

Me senté entre Michael y Wes, y los demás se sentaron en la fila de enfrente. La banda musical estaba a nuestra izquierda, y parecían estar

lentos de un entusiasmo ensordecedor. No pararon de tocar canciones que hicieron imposible conversar. Parecía que la esperanza de hacer que Michael viera mi verdadero yo iba a tener que esperar hasta después del partido.

Sin embargo, no me importó, porque me gustó el ambiente del gimnasio. El lugar rebotaba de energía, como si cada una de las personas de ese gimnasio estuviera a punto de explotar con su entusiasmo incontrolable. El equipo estaba calentando, y parecía que algo grande estaba a punto de suceder.

Los balones rebotaban, los estudiantes subían los escalones de las gradas en busca de sus amigos, los minutos corrían en el marcador gigante y las animadoras bailaban al ritmo de la banda. Miré a Laney para ver si cometía errores, pero por supuesto no hubo ninguno. Realizó cada movimiento coreografiado como si lo hubiera creado ella misma, su sonrisa nunca vacilando a medida que daba patadas, giraba y animaba al unísono con las otras chicas.

Decepcionante.

Miré a Michael, pero por suerte estaba hablando con el chico de al lado.

Wes me dio un empujón con el hombro.

—¿Te estás divirtiendo? —Me lo gritó al oído—. ¿En absoluto?

Me reí en su oído.

—La banda va por su tercera interpretación de «*Uptown Funk*», así que en realidad siento que se está alistando para ser una noche especial.

Eso le hizo sonreír. Se inclinó más, pero su rostro permaneció fijo en la cancha de baloncesto.

—Muy bien, Buxbaum, hagámoslo interesante. Si ese tipo de ahí —dijo, señalando al número 51 de nuestro equipo—, supera al número veintitrés del otro equipo, ganas cincuenta dólares.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Sin preguntas. ¿Quieres cincuenta o no?

—Eh, por supuesto. —Después de todo, me faltaban cincuenta dólares para EL vestido—. ¿Pero y si no lo hace?

—Entonces, lavas mi auto.

Me imaginé su auto.

—Tu auto parecía bastante limpio. ¿Cuál es la trampa?

—No hay trampa. —Se encogió de hombros, cruzó sus brazos largos y dijo—: Es decir, puede que mañana vaya o no vaya a Springfield por carretera, pero no lo llamaría trampa.

—Eres un tramposo. —Miré su cara burlona mientras la banda empezaba a tocar «*Hit Me with Your Best Shot*» y le dije—: Pero está bien. ¿Cómo se llama el cincuenta y uno?

—Matt Kirk.

Vi cómo el número 51 realizó un tiro desde detrás de la línea blanca y me giré para sonreír a Wes. Pero él no estaba mirando la cancha. Me miraba a mí, de hecho, sonriendo de una manera que hizo a mi estómago hacer un revoloteo pequeño. Parpadeé y volví a mirar a la cancha, esperando que él no se diera cuenta de lo que sea que fuese ese desliz pequeño. Entonces, sonó el timbre y afortunadamente me sacó de cualquier lugar extraño en el que estuviera ese momento.

—No tenía ni idea de que a todos ustedes les gustara tanto el baloncesto. —Michael parecía un poco impresionado por mi afición mientras pasábamos por delante del puesto de comida y por el pasillo, siguiendo a Wes, Noah y Adam.

Le debía a Wes un agradecimiento enorme por la apuesta de cincuenta dólares, porque no solo había hecho que me metiera en el juego de baloncesto hasta el punto de olvidarme de Laney y de todo lo demás en el

mundo, sino que aparentemente había aumentado mi valor a los ojos de Michael.

—Bueno, um, son los playoffs. —Sabía que Wes sonreiría si me escuchaba usar sus palabras. Era el descanso y estábamos a punto de colarnos en el gimnasio de prácticas de Lincoln de modo que pudiéramos jugar un rato por ahí hasta que se reanudara el partido. Por «pudiéramos» me refería a todos menos a mí.

—¿Supongo que eres muy buena amiga de Matt?

—¿Quién?

Pareció confundido, aunque siguió sonriendo.

—¿El número cincuenta y uno? Estuviste siguiendo todas sus jugadas. *Duh.*

—Ah, sí. Matt. Somos... amigos.

¿Amigos? ¿En serio? ¡Di algo genial por una vez en tu vida! Algo que te eleve más allá de la Pequeña Liz. Me aclaré la garganta y añadí:

—Salimos un tiempo, pero al final decidimos que estamos mejor como amigos.

Sí, mentir definitivamente lo hace mejor.

Para ser honesta, ya no sabía qué estaba haciendo con tantas mentiras. Siempre me había considerado una persona bastante sincera, pero ahora le había mentado a Joss, a Helena y a Michael. ¿Cuándo iba a dejar de hacerlo?

Wes era el único al que no le había mentado últimamente, y eso era porque no estaba intentando complacerlo o impresionarlo. Él *sabía* el desastre que era, así que no tenía sentido.

—Sí, lo entiendo. —El hombro de Michael chocó con el mío de una manera casual pero, estaba noventa y nueve por ciento segura, intencionada. Estaba bastante segura de que mi mentira innecesaria me había hecho ganar un punto. Dijo—: He tenido novias así.

—Vamos. —Noah mantenía abierta una puerta y nos hacía un gesto para que nos diéramos prisa—. Entren antes de que alguien nos vea.

Lo seguimos por la puerta y entramos en el gimnasio de prácticas. Adam encontró una pelota junto al bebedero de la esquina mientras los otros chicos decidían los equipos.

—Buxbaum, ¿juegas? —Wes me miró como si debiera decir que sí, pero sabía que mi nivel de habilidad no me ayudaría.

—Miraré, pero gracias. —Saqué los auriculares del bolsillo delantero, siempre llevaba al menos tres pares encima para cualquier momento, antes de darle clic a mi música. Me desplomé en el suelo y me senté en forma entrecruzada a medida que me ponía los auriculares y miraba a los chicos jugar.

Y así como así, estaban todos en su juego de medio tiempo. Wes y Noah eran un equipo; Michael y Adam eran el otro. Noah no paraba de hablar y su discusión verbal con Michael y Adam me hizo reír porque era brutal, arrogante e hilarante.

Michael hizo algunos tiros, pero fue eclipsado por Wes, que parecía muy, muy bueno en el baloncesto.

Esto iba a ser divertido.

Nunca había creado una banda sonora para un evento deportivo, y mis listas de reproducción para correr no contaban, pero siempre pensé que había una magia específica en ellas. Quiero decir, ¿la banda sonora de *Remember the Titans*? Ridícula como una piedra. El director había conseguido una obra maestra que dejaba las canciones cambiadas para siempre para cada persona que había visto la película.

¿Quién podía escuchar «*Ain't No Mountain High Enough*» sin imaginarse a Blue cantando en el vestuario después de aquella práctica de pesadilla en el campo de entrenamiento? Y «*Fire and Rain*» de James Taylor reencarnó por completo en esa película. No podía recordar lo que había imaginado al escuchar esa canción antes de ver la película, pero durante el resto de mi vida siempre iba a imaginar el accidente de auto que dejó a Bertier paralizado.

Observé a Noah ir por la cancha. Rebotaba el balón con la confianza de quien sabe que no le van a robar la pelota. Inspirada, busqué algo ruidoso, porque el partido que estaba viendo era todo ruido. Era una cacofonía de voces, gruñidos, chirridos de zapatillas y rebotes.

Puse «*Sabotage*» de los Beastie Boys. No era original, pero era la perfección. Seguí subiendo el volumen mientras Ad Rock ponía el telón de fondo perfecto para este enfrentamiento sudoroso. Noah sonrió mientras esquivaba a Adam y justo después de la primera serie de empujones, dio un paso atrás y soltó un tiro que se elevó en el aire antes de entrar en la canasta. Sin tocar el aro.

Así que e-e-e-escuchen porque no puedes decir nada.

Michael pasó el balón a Adam, que era rápido y corrió hacia la esquina, pero Wes ya estaba allí con las manos levantadas. Adam se la pasó a Michael, que dribló por debajo de la canasta y la metió, como si fuera fácil.

Escuchen todos, es un sabotaje...

Adam pasó el balón justo en el coro central de la canción, y estaba vibrando, viviendo de la manera que solo sentía cuando conseguía la combinación *exacta*. Si la vida fuera una película, esta canción estaba hecha para este momento.

La música lo hacía todo mejor.

Cuando Noah encestó un triple para ganar el partido, me senté y grité. Solo que, estaba animando mi propia pequeña victoria, no la de ellos.

Todo el mundo se relajó al instante una vez terminado el partido, hablando y lanzando despreocupadamente a la canasta. Puse a tocar «*Feelin' Alright*» de Joe Cocker mientras observaba la deportividad que había frente a mí. Noah discutía, en voz alta, con Adam mientras ambos se reían, y Wes hacía algún terrible movimiento de baile junto a ellos, también riendo.

Había algo dulce en la forma en que pasaban de enemigos a amigos, de rivales deportivos a simples adolescentes, al momento en que el silbato metafórico daba por terminado el partido.

—¿De qué te ríes?

Me sobresalté y mi mano voló hasta mi corazón antes de arrancar los auriculares de mis oídos.

Giré la cabeza en un ángulo incómodo para ver a Michael de pie a mi lado y mirándome al rostro.

—¡Me asustaste!

—Lo siento. —Me dedicó una sonrisa pequeña, y mi estómago dio un vuelco completo. Su cabello rubio estaba sudado en los flecos exteriores, pero era como si el sudor funcionara como un gel y mantuviera todas las partes puntiagudas en su sitio. Sus ojos eran cálidos cuando dijo—: Parecías tan feliz, sentada ahí con los auriculares puestos. No debí haberte molestado.

—Ah, está bien. —Me acomodé el cabello detrás de las orejas y dije —: Yo, um, solo me encanta...

Solo el Señor sabe que no me gustaban los deportes, así que agité las manos, haciendo un gesto alrededor del gimnasio, esperando que eso fuera suficiente y me salvara de otra mentira.

—¿Quieres practicar tu tiro? —Me sonrió y me di cuenta de que realmente *tenía* un cabello estupendo. De hecho, podría ser un héroe del cabello si eso fuera algo real.

—Soy terriblemente descoordinada —dije, y vislumbré a Wes en mi visión periférica. Cometí el error de girar la cabeza en su dirección, y él me dio un doble pulgar hacia arriba con una sonrisa cursi y una sacudida de cejas.

Oh, por Dios.

Michael dribló y dijo:

—No puedes ser tan mala.

Le devolví la atención y le dije:

—Sí que puedo.

—Vamos. —Dejó de driblar y me tendió una mano para levantarme—. Te ayudaré en tu tiro.

Le agarré la mano, y el calor se disparó por cada una de mis moléculas a medida que me ponía de pie. Lo seguí mientras driblaba hacia el aro abierto y en cuanto nos acercamos, dejó volar un tiro que entró. Atrapé el rebote y me dijo:

—Vamos a ver tu tiro.

En ese momento me di cuenta de que podíamos estar a punto de tener un momento de película. Le sonreí y le dije:

—Aquí vamos.

Por sí sola, «Paradise» de Bazzi comenzó en mi cabeza.

Esta mierda se siente como los viernes por la noche,

Esta mierda me hace sentir viva...

Solté, y vi como mi ruda pelota aérea falló magistralmente. La pelota voló a muchos, MUCHOS metros de distancia y a un lado de la canasta. Cuando empecé a reírme, Michael se limitó a sonreírme y la expresión de su rostro fue tan encantadora que, me dieron ganas de escribir un poema.

—¿Te estás mordiendo el interior de las mejillas para no reírte? —dijo en su lugar.

Entrecerró los ojos.

—¿Puedes ver eso?

—Lo veo todo, joven Michael.

Me lanzó una mirada adorablemente juguetona y dijo:

—En realidad es «Michael Young».

—Ah, sí —dijo—. Es cierto.

—Bueno. —Recuperó la pelota y la hizo rebotar entre sus piernas, dedicándome una media sonrisa que me hizo sentir un poco mareada—. Si puedes verlo todo, probablemente puedes ver que Wesley siente algo por ti.

La canción se detuvo como un disco rayado.

—Pft... ¿quééé? No. —Me quedé inmóvil. Aunque sabía que este era el ángulo en el que estábamos jugando, me imaginé a Wes el día en que había arrastrado el parachoques de un viejo camión oxidado hasta El Lugar solo para que yo no pudiera estacionar ahí. Si Michael supiera la mitad de eso.

—Liz, te lo digo. —Me pasó la pelota, y de hecho, la atrapé—. El chico me lo dijo.

Uf. De repente la mentira no era tan fácil de manejar como había pensado. ¿Wes ya había hablado con él? De nuevo, ¿qué se suponía que tenía que decir? Reboté la pelota, enfocándome en no dejar que se saliera de control.

—Ah. Um. Me *gusta* Wes, pero solo como amigo.

—Deberías reconsiderarlo... es un tipo realmente bueno.

Le sonreí, intentando no sonreír como una tonta enamorada mientras él estaba ahí mirando como el chico del póster de todo lo que siempre había querido.

—Wes *no* es «un tipo realmente bueno», Michael, vamos. Es... —Dejé de driblar—. Wes es divertido e imprevisible y el alma de la fiesta. Tiene cualidades buenas, pero no es bueno.

Pero mientras lo decía, ya no lo *sentía*. Siempre había pensado así de él, pero cada vez tenía más claro que, o bien había cambiado, o bien yo había estado equivocada todo el tiempo.

Michael asintió con un asentimiento breve como para reconocer mi punto.

—Aun así.

Levanté la pelota para lanzarla, pero Michael vino detrás de mí y me movió las manos para que sostuviera la pelota de otra manera. Sentí como si las yemas de sus dedos quemaran cada una de las hendiduras de mi piel, y me costó recordar cómo usar siquiera mis extremidades. Sus manos bronceadas se extendieron en torno a mis dedos pálidos y al astillado

esmalte turquesa, y a pesar de esa imagen de algún modo romántica, aún conseguí soltar el balón y enviarlo realmente a través del aro.

—¿Le has enseñado eso, Young? —Me aparté de la canasta, y allí estaba Wes, caminando junto a Michael—. Porque es jodidamente seguro que antes no sabía hacerlo.

Recogí el balón.

—¿Cómo lo sabes?

—Buxbaum, lo sé todo.

Puse los ojos en blanco y driblé en la otra dirección.

—Puede que le haya dado algunos consejos, pero ese tiro fue todo de la Pequeña Liz —oí decir a Michael. Me estremecí—. Y por cierto, sobre mi cabello.

Dejé de driblar y miré por encima del hombro. Las cejas de Wes estaban fruncidas, como si estuviera confundido e interesado al mismo tiempo en escuchar lo que estaba a punto de suceder. Michael se tocó la parte delantera del cabello y dijo:

—Uso pomada de peinado Ieate en la parte delantera, para que se mantenga pero no parezca rígido, y luego solo pongo un poco de gel en los lados.

—Ya veo. —Las comisuras de la boca de Wes parecían querer sonreír, pero podía decir que no estaba seguro si Michael estaba hablando en serio de su cabello o se estaba haciendo el listillo.

—Sinceramente, tu cabello a lo mejor haría lo mismo, si te lo dejaras crecer y te hicieras un buen corte.

Casi me reí cuando vi el cambio en el rostro de Wes al darse cuenta de que Michael hablaba muy en serio.

—¿De verdad lo crees? —dijo Wes.

—Por supuesto. —Michael le dio a Wes una palmadita en el hombro, esbozó una sonrisa adorable, y dijo—: Puedes ser tu propio héroe del cabello.

Oh-oh.

—Um, ¿Michael? —Tenía que intervenir y callarlo.

—¿Sí?

Rayos, tenía que decir algo.

—Eh, ¿has pensado en el baile de graduación? ¿Si vas a ir con alguien? Tal vez una amiga o lo que sea. —Oh, por el amor de Nora Ephron, eso parecía demasiado atrevido. Me aclaré la garganta y añadí—: Y tú, Wes, ¿vas a ir? Parece que mucha gente se va a saltarlo este año. He oído.

Los ojos de Michael se posaron en mí, como si me hubiera considerado para el puesto, y me sentí electrizante.

—Aún estoy... —empezó.

En ese mismo segundo, oí a Noah gritar:

—¡Cuidado!

Lo que ocurrió medio segundo antes de que una pelota de baloncesto se estrellara contra mi rostro y me dejara noqueada sobre mi trasero.

—Lo siento *mucho*.

Intenté mirar a Noah, pero no podía verlo a través de la camiseta que me cubría la nariz y por la forma en que mi cabeza estaba inclinada hacia atrás. Lo único que podía ver era la camiseta y el techo.

—Deja de disculparte. Está bien.

No estaba bien. Quiero decir, lo *estaba* en el sentido de que no estaba enfadada con Noah. Al parecer había estado tonteando y había intentado pasarle violentamente el balón hacia el pecho de Adam, que no se había enterado y se había apartado en el momento *más* inoportuno.

Las cosas habían ido tan bien con Michael justo antes de que ese balón se estrellara contra mi nariz. En un momento, habíamos tenido un momento potencialmente cinematográfico, y al siguiente, había sangre brotando de mi rostro.

Y no podía ser solo un sangrado ligero por la nariz. Nop. No para mí, no delante de Michael Young. Al momento en que la pelota golpeó, fue como si se hubiera abierto un grifo. Wes se quitó la camiseta, me la puso contra la nariz, y me ayudó a sentarme mientras Michael se ponía en cuclillas a mi lado, preguntando si estaba bien, con ojos preocupados.

Mi nueva camisa blanca estaba *cubierta* de sangre, y mis jeans también estaban bastante salpicados. Me alegré de no tener un espejo; estaba segura de que me moriría de vergüenza si pudiera verme. Nadie en el mundo se había visto atractivo con sangre saliendo de un orificio.

Nadie.

Y mientras me sentaba allí sangrando, no pude evitar preguntarme si el universo me estaba enviando un mensaje. Quiero decir, era más optimista que la mayoría y creía de todo corazón en el destino, pero mentiría si dijera que las banderas rojas no estaban a punto de levantarse.

Porque tanto el vómito como la sangre habían ocurrido justo cuando estaba teniendo momentos con Michael. Ambas veces, había sentido como si estuviéramos conectando, y luego *BAAM*. Fluidos corporales.

—Buxbaum, ¿aún estás bien?

No podía ver el rostro de Wes, pero su voz profunda me hizo relajar. Probablemente porque lo conocía mejor que el resto. Se había arrojado al suelo a mi lado después de empujar su camiseta contra mi rostro, y su olor, combinado con su inesperado lado cariñoso, me mantuvo tranquila.

—Noah, le has roto el rostro a la chica.

—Jodido vago, si hubieras atrapado el pase la pobre Liz no estaría en la lista de trasplantes.

Empezaba a reconocer sus voces sin miramientos, porque no dejaban de hacer bromas.

—¿Cómo puedo atrapar algo que no sabía que venía? —dijo Adam.

—¿Cómo no puedes? —contrató Noah con un bufido—. Se llama instinto.

—¿*Existe* tal cosa como un trasplante de nariz? —Eso sonó como a Adam de nuevo—. Solo por curiosidad.

—Caray, pero qué buenas preguntas se hacen. —Michael sonó como si se riera y botara la pelota de baloncesto—. Porque eso es ciertamente relevante para esta situación.

No voy a mentir, era un poco alarmante cómo Michael estaba tan suelto y relajado mientras yo estaba prácticamente desangrándome.

—No puedo evitar ser un chico curioso —dijo Adam.

—Eres tan nerd. —Noah sonó como si también se estuviera riendo.

—Aún necesito una respuesta —dijo Adam.

—Creo que sí. —Mi voz sonó rara y apagada detrás de la camiseta—. Hubo una señora a la que un mono le arrancó todo el rostro, y le hicieron un trasplante facial.

—¿De verdad? —Adam sonó fascinado—. ¿Todo su rostro?

—Estoy bastante segura. —La charla trivial fue una distracción agradable para mi ansiedad por el potencial daño nasal. Quiero decir, ¿la gente que se rompía la nariz no terminaba con bultos enormes en ella? ¿Tenía la nariz rota?

Intenté apretarla, y me mató. *Mierda.*

El rostro de Wes apareció en mi línea de visión, algo que mirar además del techo del gimnasio.

—¿Estás bien?

Parecía realmente preocupado, y por alguna razón me sentí obligada a tranquilizarlo. Tomé a ciegas su mano y le di un apretón.

—Creo que está bien. En cuanto deje de sangrar, probablemente estaremos bien.

—Es mucho más dura que tú, Bennett —dijo Adam.

—No me digas, imbécil. —Wes ajustó un lado de la camiseta para que pudiera ver un poco mejor, y sentí su cálida mano grande apretar alrededor de la mía—. Estaría chillando.

—Igual —añadió Michael.

—Dios mío, ¿qué pasó? —Un adulto apareció en mi línea de visión, una mujer rubia con un severo corte bob, mirando con preocupación hacia mi rostro—. ¿Estás bien, cariño?

Le repetí lo que le había dicho a Wes, y me sugirió que intentara quitar la camiseta.

—Apuesto a que la mayor parte de la hemorragia paró —dijo con voz conocedora.

A medida que se tomaba un segundo para sermonear a los chicos sobre cómo no debían estar en el gimnasio de prácticas, me armé de valor para mover la camiseta. Aunque sabía que era realmente inmaduro, una parte de mí no quería hacerlo porque seguramente había manchas de sangre en mi rostro. Y ewwww, ¿verdad? No quería que Michael, ni nadie, me viera así.

Pero tomé aire y bajé la camiseta de Wes, mirando a todos.

Y... las expresiones en los rostros de los chicos *no* fueron buenas.

Michael tosió un poco y dijo:

—Bueno, parece que ya no sangra.

Miré a Wes. Tenía una falta de tacto perpetua, y sabía que sería honesto conmigo.

—¿Qué pasa?

Lo miré fijamente, esperando. Estaba sin camiseta, habiéndola donado a mi nariz ensangrentada, y me distraje momentáneamente con la vista de su pecho. Quiero decir, normalmente no me comía con los ojos el físico de nadie, pero mi vecino tenía un pecho muy definido.

—No te lo tomes a mal —dijo Adam, respondiendo antes que Wes y sacándome de mi regocijo de pectorales—, pero tu nariz se parece un poco a... la nariz de la Señora Cara de Papa.

—¡Santo cielo, eso es! —Noah asintió con énfasis—. El resto no, pero seguro que la nariz.

Michael ni siquiera ocultó su risa, pero al menos fue una cálida risa amistosa.

—Si que parece una nariz de papa. Y está sangrando de nuevo.

Tenía razón, sentí un goteo caliente en mi labio superior.

—¡Oh, Dios! —Volví a taparme la nariz.

—No, no es así; no los escuches. —Wes me levantó la barbilla con el pulgar y el índice, y sus ojos bajaron hasta mi nariz cubierta—. Tienes la nariz un poquito hinchada.

Noah murmuró:

—¿Un poquito? —Al mismo tiempo que la señora decía—: Probablemente deberías ir a Urgencias, querida. Solo para asegurarse de que no esté rota.

En serio, ¿Urgencias? ¿Qué hay de mi viaje a casa con Michael sin Laney de por medio?

—Um... —empecé.

Pero Wes interrumpió con:

—No, sin objeciones. Te llevaré a Urgencias, y podrás llamar a tus padres en el camino. ¿De acuerdo?

—Hombre, no trajiste auto. Y deja de ser tan mandón con la señorita —dijo Adam.

Me dolía la nariz, pero no pude evitar la sonrisa. Los amigos de Wes eran tan ridículos.

—No necesito que me lleven al hospital. Llamaré a mi padre.

—Pero Helena dijo que ella y tu padre estarían en el cine. —Wes parecía preocupado, lo que me hizo sentir un poco conmovida y confundida. *Lo que significaba que probablemente tenía una conmoción cerebral.* Buscó algo en su teléfono y dijo—: El hospital está literalmente al final de la calle.

—Ah, sí. —Tenía razón sobre mi padre y Helena, y probablemente también sobre el hospital.

—Estoy seguro de que pueden encontrarnos allí si los llamas. —Wes me dio la mano para ayudarme a levantarme—. ¿Crees que puedes pararte?

—Por supuesto. —Dejé que me pusiera de pie.

—Hombre, será mejor que te pongas una camiseta. —Adam hizo una mueca—. Pareces un perverso solo con los jeans, como un stripper menor de edad.

Apreté más la camiseta contra mi rostro mientras Wes tomaba su chaqueta del suelo y se la ponía sobre el pecho desnudo. Mis mejillas ardían, me sentía como si estuviera viendo algo indecente, y logré decir temblorosamente:

—Vamos, perverso.

Pero mientras salíamos del gimnasio, se me ocurrió que Wes me había donado su ropa ya dos veces. O bien estaba en un programa de cámara oculta y Wes me estaba gastando una broma, o en serio era el tipo más bueno del mundo.

—Héroe del cabello. Dios mío, no tengo palabras. —El rostro de Wes estaba serio a medida que bajaba conmigo los escalones a un lado de la escuela, pero había ese brillo travieso en sus ojos, aquel que nunca desaparecía—. Te crees muy graciosa, ¿no?

—Quiero decir, sí, creo que soy una persona bastante divertida. —Me agarré a la barandilla de metal y me pregunté cómo había acabado a solas

con Wes al final de la noche, en lugar de hacer magia con Michael. Me sorprendió un poco que no me sintiera más decepcionada, pero tal vez ese solo era el mecanismo de defensa de mi cuerpo para evitar que me muriera de vergüenza.

—¿Y si Michael le dice a todo el mundo que es mi héroe del cabello?

Me dolía sonreír, pero de todos modos lo hice. Wes estaba actuando como si mi nariz no acabara de explotar delante de mi flechazo de toda la vida, y lo amaba por eso. Estaba retomando la conversación en el mismo punto en el que nos habríamos dirigido si no fuera por mi accidente.

—No lo hará.

—Porque podría hacerlo mucho mejor. —Empezó a nombrar personas a medida que avanzábamos por la acera oscura—. Como, Todd Simon, ese tipo tiene un buen cabello. Y Barton Brown, podrías perderte en la melena reluciente de Barton. Esos tipos son dignos del heroísmo capilar. Son dignos de la adoración del cabello. ¿Pero Michael Young? Pa-té-ti-co.

—Sé realista, nunca podrías igualar a Barton Brown.

—*Definitivamente* podría igualar a Barton. Probablemente perdería la cabeza si le pidiera que fuera mi héroe capilar.

—Nunca se lo pedirías, Wes, y lo sabes. Está en otra liga del cabello.

—¿Por qué me lastimas así?

—Lo siento. —Intenté no mirar fijamente mientras caminábamos bajo una farola, pero me di cuenta cuando lo miré que su rostro siempre lucía divertido. Casi nunca parecía molesto o idiota, y no podía imaginármelo legítimamente enfadado—. Supongo que me estoy proyectando.

Me echó un vistazo y me dio una mueca de lástima con la boca cerrada firmemente.

—¿Cómo vas con la narizota?

—Ahora mismo no me duele. Excepto cuando la toco.

—Entonces, no la toques.

—¿De verdad?

Se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Parece lógico.

Me estaba hartando de sostener esa camiseta sobre mi nariz. Saqué mi teléfono y voltee la cámara para hacer un espejo, luego dejé de caminar y me quité la camiseta del rostro lentamente.

—Dios mío, soy la Señora Cara de Papa.

El puente de mi nariz estaba tan hinchado que toda la cosa parecía ancha. Era como si mi nariz se mezclara con el resto de mi cara.

La buena noticia: cuando incliné la cabeza hacia atrás, no parecía que hubiera más sangre esperando a caer.

Todo esto era asqueroso.

—Me he roto la nariz dos veces, y se curará rápido. —Puso su dedo en la pantalla de mi teléfono y desenfocó la cámara para que ya no pudiera verme—. Puede que parezcas un juguete infantil durante un día, pero después apenas se notará.

Miré su perfil en la oscuridad y no vi ninguna protuberancia o nudo en su nariz. Pero dije:

—Define «apenas».

Me ignoró y dijo:

—Llama a tu padre.

—Ah, sí. —Salí de la cámara y entré en el teléfono real—. Gracias.

Llamé a mi padre mientras Wes se detenía junto a mí en la acera, desplazándose en su teléfono, y después de contarle a mi padre lo que había sucedido y luego volver a contarle a Helena, dijeron que se dirigían al hospital y que nos encontrarían cuando llegaran.

—Por cierto, muchas gracias. —Me metí el teléfono en el bolsillo y pasé la camiseta asquerosa por la correa de mi cartera, y comenzamos a

caminar de nuevo. Intenté averiguar a cada paso lo que pasaba con la repentina amabilidad de Wes. Al parecer, el chico estaba empeñado en conseguir el puesto de estacionamiento—. No tenías que acompañarme.

Me dio un empujón con el hombro y bromeó:

—Con mi suerte, te desangrarías y entonces mi culpa no me permitiría disfrutar del Lugar para Siempre.

—Espera... ¿aún lo aceptarías, incluso después de haber participado en mi muerte prematura?

Intenté darle un puñetazo juguetón, pero atrapó mi puño con su mano enorme. Sonrió ante el ruidito que hice y me soltó.

—Bueno, *está justo ahí*, Buxbaum, ¿cómo no iba a hacerlo?

Nos detuvimos en un semáforo en rojo al llegar a la esquina, y él se volvió y me miró. Permanecimos en silencio por un momento, nuestras sonrisas apagándose poco a poco, y luego me preguntó con su grave voz rasposa.

—Entonces, ¿estabas avanzando con Young antes de que te golpearan?

No sé por qué, pero por un momento dudé en decírselo. Nos habíamos estado divirtiendo y no quería ponerme serio. Pero entonces me recordé que se trataba de Wes, mi compañero de equipo «vamos por Michael». ¿Por qué *no* se lo iba a decir?

—Sabes, creo que sí. Estaba siendo un poco coqueto antes de que te acercaras al otro lado de la cancha, y movió mi brazo *físicamente* para ayudarme a lanzar mejor.

—Dios mío, ¿te tocó? —Sus ojos se abrieron de par en par como si esto fuera algo realmente importante.

—Lo hizo. —Levanté la barbilla con orgullo.

—¿*Cómo* lo hizo? ¿Fue de una manera muy práctica y clínica, o...?

—Fue así. —Me acerqué y moví sus codos desde su posición a los lados hasta unos centímetros más arriba en el aire—. Solo que tal vez con

las yemas de los dedos y más ligerito.

—Mierda, Liz. —Sacudió un poco la cabeza y se quedó con la boca totalmente abierta—. Eso es enorme.

Mis labios se deslizaron hacia arriba en la sonrisa rara más radiante de la historia, a pesar de que envió una sacudida de dolor a través de mi nariz.

—¿Lo es?

—Dios mío, no. No lo es. —Wes se metió las manos en los bolsillos y me indicó que caminara, ya que el semáforo se había puesto en verde—. Eso fue sarcasmo. Creía que lo sabías hasta que dijiste «ligerito».

—Ah. —Me aclaré la garganta y dije—: Bueno, se *sintió* como algo.

—¿Como algo *más ligerito*?

Mientras se burlaba de mis palabras y mi obsesión por Michael, me di cuenta de que todo esto estaba mal. Wes era quien me acompañaba al hospital, y fue la camiseta de Wes la que detuvo el sangrado de mi cara.

¿No se suponía que fuera Michael?

Volvió a echarme un vistazo, con una expresión ilegible, mientras nos acercábamos a la entrada de Urgencias. Y justo antes de que se abrieran las puertas, dijo:

—En serio no pensarás que lo del toque ligero fue una cosa, ¿verdad?

—¿Cómo voy a saberlo? —Me estremecí con el frío y me pregunté por qué Wes parecía de repente un poco cínico—. Podría haberlo sido.

Dejó escapar un ruido que fue un cruce entre una exhalación y un gemido.

—¿Cómo es que eres tan mala leyendo señales?

—¿Qué...?

—Liz. —Mi padre salió por las puertas del hospital y se abalanzó sobre mí, con el rostro severo por la preocupación—. Estábamos literalmente en el teatro de enfrente. ¿Cómo está la nariz?

Atravesamos las puertas, y Helena, que esperaba junto al mostrador de facturación, miró a Wes y me dedicó una sonrisa divertida. Lo que inmediatamente me estresó por encima de todo. Lo último que quería era que mi padre se viera envuelto en la narrativa falsa de que Wes y yo éramos algo.

Wes fue amable con ellos y habló un poco, pero ni siquiera me miró de verdad el resto del tiempo. Cuando se marchó, dijo: «Hasta luego, Buxbaum», y se limitó a levantar el brazo en señal de saludo antes de desaparecer.

No sabía qué pensar. No podía estar *enfadado* conmigo, ¿verdad? ¿Por qué esa rareza? ¿Todo estaba en mi cabeza?

Le envié un mensaje de texto a Joss sobre mi nariz (omitiendo cualquier referencia a Michael, por supuesto) mientras esperábamos al doctor, porque sabía que ella apreciaría la historia ridícula. Su respuesta:

Joss: ¿¿Wes Bennett te llevó al hospital??

Yo: *Sí, pero vine con él al juego, así que no fue gran cosa.*

Me sentí bien al enviarle un mensaje sobre mi nariz, probablemente porque era territorio seguro. No tenía nada que ver con el último año, su obsesión, ni con mi plan de Michael.

Joss: ¿¿Y?? ¡OH DIOS! Creo que el señor Bennett está enamorado...

Demasiado para la seguridad. Sabía que era raro, pero mientras estaba sentada en la mesa de examen cubierta de papel, eché de menos a mi mejor amiga de antes del último año. Eché de menos ser tonta y odiosa y cien por ciento yo sin tener que esquivar conversaciones emocionales inoportunas.

Yo: *Cállate, tengo que irme.*

Joss: *¿El lunes sirve para ir a comprar el vestido ya que no hay clases?*

¿Ves? Echaba de menos poder escribir más de una frase antes de que el estrés y el conflicto entraran en nuestras conversaciones. Me sentí de lo peor, pero eso no me impidió escribirle:

Yo: *Creo que tengo que trabajar, DE VERDAD, no te enfades.*

Joss: *Cállate... me tengo que ir, perdedora.*

Uf. En realidad, necesitaba hacer lo de las compras antes de que sus sentimientos terminaran heridos. Joss era una persona fuerte con muchas opiniones, pero debajo de su terquedad era dulce y extremadamente sentimental.

Por eso *solíamos* llevarnos tan bien las dos.

Por fin llegó la doctora y, después de hurgar y pinchar mi bulto sensible, determinó que no estaba rota. Me dijo que en uno o dos días tendría un aspecto normal, así que solo tenía que darle un par de días al aspecto de Cara de Papa. Cuando llegamos a casa, eran las once y estaba agotada. Me duché y metí debajo de las sábanas, y ya estaba casi dormida cuando sonó mi teléfono.

Me di la vuelta y miré la pantalla. Era un mensaje de un número que no conocía.

Desconocido: *Hola, Liz, soy Michael. Solo quería saber cómo estabas.*

—Dios mío. —Busqué mis lentes a tientas y encendí la lámpara. ¡Oh, Dios mío! Me quedé mirando el teléfono. Michael Young estaba enviando un mensaje para ver si estaba bien. Mierda. Respiré entrecortadamente y traté de pensar en una respuesta que no me hiciera parecer una boba.

Yo: *Bueno, mi nariz de Señora Cara de Papa no está rota, así que todo está bien.*

Él: *Ja, ja, me alegro de oírlo. Wes me dijo que rechazaste todas las medicinas para el dolor en el hospital porque eres una chica ruda, así que supuse que así sería.*

Nota para mí: dar las gracias a Wes por eso. Sonreí y me puse boca abajo. Era como si pudiera oír su voz rica y pausada diciendo sus textos en voz alta. Me dieron ganas de revolcarme en la cama y patear los pies como cuando Julia Roberts enloqueció por los tres mil dólares en *Pretty Woman*.

Yo: *Por cierto, tiene razón en lo que respecta a mi rudeza.*

Él: *Mm, creo recordar a una niña que lloraba cuando se mojaba.*

Puse los ojos en blanco y deseé que olvidara a esa niña.

Yo: *Esa niña quedó atrás hace MUCHO tiempo. Créeme cuando te digo que no quieres meterte con la nueva Liz*

Él: *Ah, ¿sí?*

Oh Dios, ¿estaba coqueteando? ¿Michael Young estaba coqueteando conmigo? Estaba sonriendo radiante como la nerd que siempre había sido, mientras escribía.

Yo: *Definitivamente.*

Él: *Bueno, supongo que tendré que conocer a esta nueva Liz.*

Me morí. No sé cómo me las arreglé para enviar un mensaje de texto desde el más allá, pero estaba bien.

Yo: *Supongo que tendrás que hacerlo. Si crees que tienes los cocos para ello.*

Él: *¿Qué?*

Oh, cielos. ¿A qué estaba refiriéndose? ¿Los cocos? Era tan torpe escribiendo mensajes.

Yo: *Me refería a que tendrás que hacerlo, si crees que estás dispuesto a ello.*

Él: *Entendido.*

No quería arruinar la oportunidad de tener una conversación de texto con Michael, pero una vez más me quedé en blanco sobre qué hablar. La escuela, el baloncesto, la nariz... hmm.

Yo: *¿Y qué estás haciendo ahora mismo?*

Él: *Escribiéndote.*

Bueno, eso no fue de mucha ayuda.

Yo: *Suena emocionante.*

Él: *¿Qué?*

¿Era de verdad? ¿En serio era tan horrible en una charla por textos? Mierda.

Yo: *Nada. Comentario al azar: me muero de hambre. Envía comida. SOS.*

Él: *Tengo que ir a sacar mi pizza del horno porque la alarma de humo está a punto de sonar y despertar a mis padres, pero ponme en tus contactos. Te escribiré en algún momento.*

Me iba a desmayar.

Yo: *Cuenta con ello.*

Él: *Buenas noches, Liz.*

Dejé el teléfono lentamente en mi mesita de noche. Um... estaba bastante segura de que estaba emocionada. ¿Pero qué significaba? ¿Había vuelto al juego? No estaba segura, pero se había preocupado lo suficiente como para conseguir mi número, supongo que de Wes, y enviarme personalmente un mensaje de texto para saber cómo me sentía.

Así que, aunque había sido incómodo, seguía siendo una buena señal, ¿no?

El tema de amor que había escrito cuando tenía siete años volvió de repente a mi mente con toda su fuerza. *Liz y Mike, amor y querer, juntos para siempre en toda clase de tiempo.*

Después de bajar de mi montaña rusa emocional, me cansé de nuevo y mi nariz empezó a palpar.

Y empecé a preocuparme.

Porque no tenía ni idea de lo que había pasado con Wes en el hospital. En un momento habíamos estado caminando hacia allí, haciendo nuestra rutina habitual, y al siguiente parecía que estaba enfadado.

Y odiaba la idea de que estuviera enfadado conmigo, sobre todo después de haber sido tan amable desde el momento en que me había recogido aquella noche.

Tomé el teléfono de la mesita de noche y marqué su número, inexplicablemente nerviosa al oírlo sonar. Creía que iba a saltar el buzón de voz cuando contestó al quinto timbre.

—Hola, Libby Loo. —Wes sonaba cansado, o como si no hubiera usado su voz en un tiempo. Tenía esa cosa áspera a todo apogeo—. ¿Qué pasa?

Me subí las mantas por debajo de las axilas y pasé el dedo por las costuras del edredón.

—¿Hice algo en el hospital que te molestó?

—¿Qué? —Le oí aclararse la garganta antes de decir—: No.

—Porque parecías... um, ¿tenso? ¿Cuándo te fuiste? —Sonaba como una niña nerviosa de secundaria, y me puse de lado—. Solo lamento si dije algo que te molestara.

—Guau. —Pude oír la sonrisa en su voz—. No tenía ni idea de que te importara tanto hacerme feliz.

—De acuerdo, *deja* de hacer eso. —Me reí, lo que me hizo doler la nariz, y dije—: Solo quería asegurarme de que estamos bien.

—Estamos bien, Lib. —Su voz sonó profunda cuando dijo—: Lo prometo.

Me giré sobre mi otro lado, intentando ponerme cómoda.

—Por cierto, ¿le diste mi número a Michael?

—Sí, lo hice. Quería saber cómo estabas.

—¡Y lo hizo! —Volví a sonreír y a chillar un poco—. Me mandó un mensaje para ver cómo estaba.

—¿Y? ¿Cómo está la narizota?

—Está bien. —Rodé sobre mi espalda y miré hacia mi ventilador de techo—. Dolorida, pero viviré. Aún parezco un bicho raro, pero el médico dijo que la hinchazón bajará pronto.

—Eso es bueno. —Wes se aclaró la garganta y dijo—: Si te digo algo, tienes que prometerme que no me harás más de tres preguntas.

Oh, Dios. ¿Qué podría querer decir que no me permitiría interrogarlo?

—¿De qué estás hablando?

Suspiró, y pude oír un televisor de fondo.

—Buxbaum, solo prométemelo, y te juro que dormirás sonriendo.

No sabía por qué, pero algo en Wes al decir esas palabras hizo que se me revolviera el estómago. Tragué pesado.

—De acuerdo, lo prometo.

—Está bien. Cuando antes estábamos jugando al baloncesto, Michael mencionó tu aspecto.

—¿Qué dijo? —grité prácticamente mientras me sentaba en la cama—. ¿Qué dijo?

—No recuerdo sus palabras exactas...

—Vamos, Wes, tienes solo un trabajo y es...

—... pero esencialmente dijo que podía ver por qué eres tan popular.

Oh, Dios mío. Miré a Fitz, que estaba acurrucado en un rincón encima de una arrugada bolsa de compra de Barnes and Noble, y esperé que no fuera *todo* por mi aspecto.

—¿Qué dijo, exactamente?

—Ya te dije que no recuerdo sus palabras exactas, tontita. Pero el sentimiento general fue que lo entiende. Ya no eres la Pequeña Liz.

—Ah. —Volví a caer sobre mi espalda, en conflicto. Una parte pequeña de mí se sentía incómoda con eso. Como si, antes de alisarme el cabello y ponerme una ropa aburrida, ¿él no podía entender cómo Wes podría estar interesado en mí? Cuando tenía el aspecto que *me* gustaba, ¿le parecía inconcebible que Wes me encontrara atractiva? Eso me dolió.

Me imaginé a Michael y me dije que no debía preocuparme por ello. Lo importante era que se había fijado en mí.

—¿Lo dijo de una forma bonita, como «Ooh, hombre, ahora lo entiendo», o fue algo más directo?

—Estábamos jugando al baloncesto. Estaba jadeando y gruñendo.

—Eres terrible en esto.

—No, solo eres un bicho raro.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Miré hacia mi ventana, donde todo lo que podía ver en la oscuridad era el costado de su casa. Era un poco surrealista que estuviera hablando con Wes como si fuera un amigo, cuando siempre había sido mi némesis del barrio—. Hubo mucho tiempo cuando estabas caminando conmigo al hospital.

—Estaba distraído con tu rostro de Cara de Papa y la preocupación de que fueras a desmayarte por falta de sangre. —Se aclaró la garganta—. En cuanto la imagen de tu nariz gigantesca abandonó mi mente, recordé decírtelo.

Intenté imaginármelo al otro lado del teléfono. ¿Seguía completamente vestido, o llevaba un pijama adorable y estaba acurrucado con su perro?

—¿Dónde está tu habitación?

—¿Qué?

Me senté en la cama y crucé las piernas.

—Una curiosidad total al azar. Tu casa está frente a mi ventana, y acabo de darme cuenta de que nunca he subido al piso de arriba, así que no tengo ni idea de en qué lado está tu habitación.

—Aleja los binoculares porque mi habitación da a la parte de atrás. No tienes ninguna posibilidad de obtener un striptease.

—Sí, porque eso era lo que quería. —Mi mente evocó al instante la imagen de su cuerpo semidesnudo en el gimnasio de prácticas. Cuando se

había quitado la camiseta y yo casi me había tragado la lengua. Ya sabes, mientras también me desangraba.

—Y no estoy en mi habitación. Estoy en la sala, viendo la televisión.

Me levanté y me dirigí a mi ventana. Mi habitación era la única con una ventana en el costado de la casa, y cuando miré hacia abajo, pude ver la luz que brillaba en la ventana de su sala.

—Puedo ver tu luz.

—*Qué* mirona.

Eso me hizo sonreír.

—¿Qué estás viendo?

—Creo que la frase correcta es: «¿Qué llevas puesto?»

No pude dejar de sonreír, eso era tan increíblemente Wes. Era extraño que hablar con él fuera tan fácil, mucho más fácil que enviar mensajes de texto con Michael. No sabía si era porque conocía mejor a Wes, o porque Wes *me* conocía mejor a mí. Sabía que no era genial, siempre lo había sabido, así que tal vez por eso me sentía tan relajada.

No tenía que esforzarme.

—Quizás lo sería si me importara, pero en realidad tengo curiosidad por lo que estás viendo —dije.

—Adivina.

Me crucé de brazos y me apoyé en la pared, mirando hacia el lado de su casa donde había arbustos de flores moviéndose con la brisa bajo la ventana iluminada de su sala.

—Probablemente un juego de algún tipo. ¿Baloncesto?

—Equivocada.

—De acuerdo. ¿Es una película o un programa de televisión?

—Película.

—Hmm. —Agarré mi puf y la deslicé frente a la ventana. Sentí que tenía que mirar su casa. Me dejé caer y pregunté—: Entonces, necesito saber. ¿La seleccionaste tú, o simplemente pasaste por allí cuando cambiabas los canales?

—Cambiaba los canales.

—Hm. Eso complica las cosas. —El Señor Fitzpervert saltó a mi regazo y puso sus patas delanteras sobre mi pecho para que le rascara la cabeza. Aprobé la corbata de pajarita que Helena debe haber elegido para él, ya que esta mañana lo había dejado sin corbata cuando tenía prisa—. Um... ¿*Gone Girl*?

—No. Pero una suposición decente. Creo que Emily Ratajkowski estuvo brillante en esa película. Su escena con Affleck aún está incrustada en mi cerebro.

—Eres asqueroso.

Hubo risa en su voz cuando dijo:

—Solo estoy bromeando porque *sabía* que sabrías lo que quería decir. Mi pequeña Libby es tan fácil de irritar.

Ignoré su comentario, el chico era incorregible.

—Bueno, el libro fue increíble, incluso sin los activos de la señorita Ratajkowski.

—Concuerdo.

—De acuerdo. —Intenté pensar en qué haría que Wes se detuviera a mirar—. Um, ¿tal vez *The Hangover*?

—No.

—¿*American Pie*?

—Ni de lejos.

—¿En qué época —empecé, preguntándome si tal vez lo tenía totalmente equivocado—, se estrenó esta obra maestra del cine?

—Siento que estás asumiendo que solo me gustan las películas de tetas.

—Um. —Su suposición sobre mi suposición era correcta, pero ahora tenía dudas. Cuanto más conocía a Wes, más demostraba que mis ideas preconcebidas estaban equivocadas—. Sí, eso es más o menos lo que pensé.

—Estoy viendo *Miss Congeniality*.

—¿Qué? —Casi dejo caer el teléfono—. Pero, Bennett. Esa es una comedia romántica.

—Síp.

—¿Entonces...?

—Entonces, me detuve porque parecía gracioso.

—¿Y...?

—Y lo es.

—Me encanta esa película. ¿Qué canal?

—Treinta y tres. Espera, ¿tus padres también tienen cable?

—Sí. Papá tiene miedo de cortar el cable porque no está seguro de que vaya a ver todos los buenos combates de boxeo si nos pasamos al streaming. —Encendí el televisor y puse la película. Era el principio, donde el personaje de Sandra Bullock estaba comiendo un filete con Michael Caine en un restaurante—. La idea de perderlos aterroriza al hombre.

—Para papá es el fútbol. Está convencido de que todo lo que se puede ver en Hulu son películas y programas de la NBC.

Eso me hizo sonreír. El padre de Wes era un profesor universitario super nerd al que nunca habría catalogado como aficionado a nada atlético.

—¿Crees que nosotros también tendremos problemas con la tecnología cuando seamos viejos?

—Oh, seguro. Probablemente serás una de esas ancianas que ni siquiera tienen televisión. Todos los días serán iguales. Tocarás el piano,

beberás té y escucharás discos durante horas, y luego tomarás el autobús para ir al cine.

—Haces que envejecer suene increíble. Quiero esa vida ahora mismo.

—Entonces, ¿cantas cuando tocas?

—¿Qué?

—Siempre me lo he preguntado. Cuando tocas el piano, ¿cantas?

¿«Siempre» se lo había preguntado? ¿Eso significaba que lo había pensado a menudo? Cuando éramos niños y yo practicaba con las ventanas abiertas, solía aullar como si fuera un perro y le dolieran los oídos. Supongo que no me había dado cuenta de que él sabía que seguía tocando.

Hacía muchos años que no lo oía aullar.

—Depende de lo que esté tocando. —Parecía increíblemente personal, compartir esto con él, pero tampoco se sentía mal. Probablemente porque lo conocía desde hacía mucho tiempo. Miré el libro de piano que estaba sobre mi escritorio—. En realidad, no canto cuando hago escalas o calentamientos, y definitivamente no canto si estoy tocando algo muy difícil. Pero cuando toco para divertirme, cuidado.

—Dime una canción que te haga cantar —dijo entre risas.

—Umm... —Solté una risita. No pude evitarlo. Compartir cosas privadas sobre mí mientras estaba sentada en la oscuridad me hacía sentir... *algo*. De alguna manera.

Tal vez solo me sentía introspectiva, porque comprendí (de la nada) que mi vida durante los últimos días se había sentido diferente. De repente estaba viviendo este estereotipo de vida de instituto. Había ido a una fiesta con *alcohol*, y la noche siguiente me había metido en un auto con un montón de gente para ver un partido deportivo del instituto.

Y mi interés amoroso me había enviado un mensaje de texto.

No solo eso, sino que estaba hablando por teléfono con el chico de al lado como si fuera algo.

Esas cosas eran normales, pero no para mí.

Y era divertido. Todo ello. Incluso con el vómito y la nariz sangrando. Y me hizo preguntarme si me había perdido algo. La mayor parte del tiempo, prefería quedarme en casa y ver películas. Ese era mi lugar feliz. Joss tenía sus amigos de sóftbol con los que salía, y aunque siempre me invitaba, siempre elegía quedarme en casa con mis comedias románticas.

Pero ahora me estaba cuestionando esa decisión.

Wes me sacó de mis pensamientos.

—«Umm», no es una respuesta, tarada.

—Lo sé, lo sé, lo sé. —Me reí y admití—: En realidad, prácticamente me convierto en Adele cuando toco «*Someone Like You*».

—No es cierto. —Ahora se estaba riendo a carcajadas—. ¿De verdad? Esa es una canción para una gran voz.

—No lo sé. —Saqué la manta de mi cama, levanté a Fitz de mi regazo y nos envolví a los dos en ella—. Pero cuando no hay nadie en casa, se siente increíble destrozar totalmente los cristales con mi música.

—Pagaría dinero por escuchar eso.

Fitz me dio un maullido profundo y corrió por mi cuerpo, saltó de mi hombro y escapó de mi habitación.

—Nunca tendrás suficiente —le dije.

Hizo un comentario, pero no oí lo que fue porque me distraje con el hecho de que la luz de su sala se apagó. ¿Seguía en esa habitación? ¿Se estaba poniendo cómodo en el sofá? No parecía que estuviera caminando.

—¿Por qué apagaste la luz?

Me llevé la mano a la boca por costumbre, era una pregunta entrometida que me avergonzaba, pero luego recordé que solo era Wes. Podía decirle esas cosas sin filtro porque a él no le importaba. Wes Bennett sabía el desastre que era debajo de todo, y había un poco de alegría en saber que veía mi verdadero yo.

Libertad.

Nunca le preguntaría a Michael por qué había apagado la luz (si viviera al lado). Eso sería una movida totalmente espeluznante.

—*Sabía* que estabas mirando mis ventanas, Buxbaum. —Wes soltó una risa profunda que también me hizo reír—. Nunca habría imaginado que alguien tan estirada fuera tan perversa.

Me quedé mirando su ventana oscura.

—Que conste que, no soy tan estirada.

—Diré que has estado bastante tranquila con los desastres que te han ocurrido desde que empezaste a perseguir a Michael.

—Um... ¿gracias? Y no lo estoy «persiguiendo». Solo intento...

Parpadeé, ¿qué *estaba* intentando hacer exactamente? Michael era el tipo. Al igual que en el libro que estábamos leyendo en Literatura, *El Gran Gatsby*, él era la luz verde al otro lado de la bahía, el símbolo del sueño, el interés amoroso de hilo cohesionado que mi madre había escrito en todos sus guiones. Supongo que estaba intentando poner el final feliz en mi guion, por así decirlo.

—Solo necesito saber que el «Felices Para Siempre» existe de verdad —dije.

Se quedó callado durante un minuto, y luego dijo:

—Creo que tu gato está en mi jardín.

Agradecí el cambio de tema.

—No es Fitz. Nunca sale a la calle.

—Gato inteligente, mi perro probablemente lo usaría como juguete para masticar.

—Como si Fitzperverso se lo permitiría. —Volví a mirar por la ventana y traté de ver un gato, pero todo lo que pude ver fue un patio oscuro y las flores blancas de los arbustos de mi madre—. Entonces, ¿dónde estás? ¿Te has ido a la cama, o estás sentado en la oscuridad como un completo Patrick Bateman?

—Dios mío, estás tan obsesionada...

—¿Quieres callarte y decírmelo? —Me estaba riendo, con fuerza, e hizo que mi nariz palpitara un poco—. Necesito ir a la cama.

—Y no podrás dormir hasta que sepas dónde estoy. Te veo.

—Qué delirante. Solo olvídalo.

Me dolía literalmente el rostro de tanto sonreír, y de repente me pregunté cómo serían las cosas entre Wes y yo cuando nuestro trato terminara. ¿Volvería a pensar en mí solo como su vecina rara, solo fijándose en mí cuando le apeteciera meterse conmigo? ¿Volveríamos a ser simplemente compañeros de clase que no se agradaban fundamentalmente?

Pensar en eso hizo que se me revolviera el estómago.

Eso no me gustó.

Se rio y las luces parpadearon en su sala. Apagado, encendido, apagado, encendido.

—Aún estoy aquí, Liz. Solo te estoy tomando el pelo.

—Está bien, de acuerdo, buenas no...

—Tu turno.

—¿Qué?

—Enciende las luces. Es mi turno de saber dónde estás.

Era lo justo. Me incliné y encendí la lámpara de mi escritorio, preguntándome si iba a acercarse a la ventana para poder ver hasta mi habitación.

—Así que, esa es tu habitación, ¿eh?

Aparentemente sí.

—Lo es.

¿Podía verme? No lo creía, mi puf estaba bastante bajo, pero aun así me sentí expuesta.

—Guau. —Dejó escapar un silbido bajo—. No voy a mentir, hay algo en saber que ahí es donde duerme la Señora Cara de Papa. Quiero decir, maldita sea, ¿sabes?

Me incliné hacia adelante y saludé a la oscuridad.

—Maldita sea, en efecto. Buenas noches, idiota.

Me dio una profunda risa ronca, pero no dijo nada sobre el saludo.

—Buenas noches, Elizabeth.

En lugar de volver a la cama, me acerqué a mi cómoda y tomé el álbum de fotos rosa. Hablar de finales felices y contemplar los arbustos favoritos de mi madre me había dado la sensación de mamá.

Aunque, *últimamente*, todo me los provocaba.

Me pasé la siguiente hora mirando fotos de mi madre: las de su boda, las que me tenía en brazos cuando era un bebé, y las graciosas tomas sorpresa que a mi padre le gustaba hacer cuando ella no las esperaba.

Cuando llegué a las fotos de uno de los picnics del barrio, entrecerré los ojos y sonreí al ver la foto de grupo. Mi madre iba vestida con un vestido de cachemira y perlas, mientras que todos los demás parecían vagabundos sin zapatos. Tan característico de ella, ¿no?

Mis ojos se dirigieron a la primera fila, donde los niños, probablemente de siete años en ese momento, se parecían inquietantemente a los de ahora. No en apariencia, sino en expresión. Los gemelos miraban a la cámara con la boca abierta, claramente tramando algo. Michael sonreía como un pequeño modelo perfecto, y yo le sonreía radiante en lugar de mirar al fotógrafo. Joss esbozaba una sonrisita adorable y Wes (por supuesto) sacaba la lengua.

Algo en ese álbum de fotos me hizo sentir bien con el presente, pero estaba demasiado cansada para analizarlo. Además, me dolía la nariz Cara de Papa. Guardé las fotos, apagué la luz, conecté el teléfono y volví a la cama. Pero justo antes de dormirme, recibí un mensaje más.

Wes: *Asegúrate de añadir «Someone Like You» a la banda sonora de Wes y Liz.*

7

«Prefiero pelearme contigo que hacer el amor con cualquier otro».

The Wedding Date

—Buenos días, solecito.

Gruñí y fui directo a la cafetera Keurig. Adoraba a mi padre, pero ver su rostro sonriente y de ojos brillantes asomándose detrás del periódico en la mesa del desayuno era demasiado. Mis ojos no querían estar abiertos, y definitivamente no quería participar en una alegre conversación matutina después de haber estado despierta toda la noche con la nariz pulsante.

—¿Cómo está la narizota?

Sonreí, así le había dicho Wes, y pulsé el botón que calentaba el agua.

—Adolorida, pero sobreviviré.

—¿Hoy trabajas?

—Sí, soy la abridora de la suerte.

Cerró el periódico y empezó a doblarlo.

—¿Rellenaste el papeleo de la residencia que te envié a tu correo electrónico?

Mierda.

—Lo olvidé. Lo haré hoy.

—Tienes que dejar de posponerlo. Si eres lo suficientemente mayor para ir a la universidad en la otra punta del país, eres lo suficientemente mayor para rellenar unos cuantos formularios.

Suspiré.

—Entendido.

Archiva eso bajo «Otra Cosa que Liz Estaba Evitando». Me moría de ganas de irme a la universidad y empezar a estudiar en la UCLA. Incluso estaba deseando que llegaran los estudios propiamente dichos. Las clases de curación de música no parecerían un trabajo, ¿cierto? Pero cada vez que pensaba en *vivir* allí, se me formaba una enorme bola de terror en el estómago que no tenía nada que ver con California y todo que ver con el hecho de dejar el único lugar en el que había vivido con mi madre.

Y las pocas veces que me permití considerar la realidad de que, ya no podría simplemente ponerme las zapatillas de correr para ir a verla en el cementerio, mi visión se nubló instantáneamente con lágrimas y sentí que se me cerraba la garganta.

Así que, sí. Tenía algunos problemas que resolver allí.

Me lanzó una mirada de padre.

—Deja de procrastinar. El que madruga consigue el mejor dormitorio, Pequeña Liz.

—Oye. Hablando de eso. —Puse la capsula en la máquina y cerré la parte superior—. ¿Fui un pequeño bicho raro cuando era niña?

Arqueó una ceja.

—¿Puedes repetir eso?

Apreté el botón, y la Keurig empezó a zumbar.

—Wes dijo que en ese tiempo, era *un pequeño bicho raro*, y no lo recuerdo así. ¿Tiene razón?

El rostro de mi padre se dividió por una sonrisa amplia.

—¿No lo recuerdas así?

—Para nada. —Me quedé mirando el café mientras caía en mi taza—. Es decir, quizás no era asombrosa, pero...

—Definitivamente eras una niña extraña.

—¿Qué? —Miré su sonrisa y me debatí entre la risa y el enfado—. No lo era.

—Hiciste en nuestra terraza una capilla para bodas cuando tenías siete años, ¿lo recuerdas? Te pasaste *días* montándola con flores robadas del jardín de tu madre y sábanas blancas. Ataste una cuerda de latas de maíz vacías al cuello de Fitz.

—¿Y? Eso es una creatividad impresionante.

Se rio un poco cuando me uní a él en la mesa.

—Es cierto, esa parte fue tierna. La parte extraña fue cuando convenciste a ese chico que vivía en la esquina, Conner algo, para que fingiera casarse contigo. Dejó que le dieras órdenes sobre qué hacer hasta que le dijiste que era legal y que estaba casado contigo para siempre. Entonces intentó irse a su casa, pero lo derribaste al suelo y le dijiste que no podía irse hasta que te cargara por el «umbral» de la puerta.

—Una expectativa razonable para una novia.

—Lloró hasta que finalmente escuchamos sus lamentos a través de la puerta, Liz.

Soplé sobre mi café.

—Aún estoy esperando la parte rara.

—Rompieste tus lentes ovaladas negras durante la riña y aun así no lo dejaste levantarse.

—Debería haberse quedado quieto como un buen marido.

Empezó a reírse y yo también. Así que, tal vez sí *había* sido un poco extraña.

—Perdona, ¿trabajas aquí?

Puse los ojos en blanco medida que intentaba terminar de mover la última fila de libros de ficción de secundaria a la siguiente estantería. Había pasado una mañana entera en la caja registradora llena de *¿Qué le pasó a tu*

nariz?, así que había pasado a almacenar las novedades con la esperanza de evitar más contacto humano.

Me levanté de posición en cuclillas y me di la vuelta.

Y casi me tragué la lengua cuando vi a Michael.

—Oh, Dios mío, hola.

—Hola, Liz. —Su rostro mostró una gran sonrisa—. No sabía que trabajabas aquí.

—Sí. —Tenía *tantas* ganas de tapar mi nariz horrible y tal vez desaparecer. Él había sido anoche el instigador de nuestra conversación de texto, pero me sentía rara por lo incómodo que había sido.

—Estoy impresionado. —Sus manos se hundieron en los bolsillos y dijo—: ¿Dos trabajos y la escuela?

—¿Qué?

—No puedo creer que sirvas mesas y trabajes aquí, cuando yo ni siquiera tengo *un* trabajo en este momento.

Ugh... «*La*» *Cafetería*. Mis mentiras se estaban volviendo realmente difíciles de manejar.

—¿Qué puedo decir? Me gusta el dinero.

Sentí que se me cortaba la respiración al mirarlo. Llevaba una camisa a cuadros de botones: no de franela a cuadros informal, sino una camisa *bonita*. Y la combinó con unos pantalones perfectos y unos zapatos de cuero que parecían pertenecer a un barco elegante. Se veía hermoso y con clase, como alguien que podría ganar una discusión sin levantar la voz.

Me mordí el labio inferior e intenté no mirar su rostro perfecto.

—¿Hay algo que pueda ayudarte a encontrar?

Su sonrisa se convirtió en una mueca de autodesprecio y vergüenza.

—Estoy buscando un libro. Apareció como disponible en línea, pero no está en la sección.

—¿Qué libro?

Parecía que no quería decírmelo. Se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—Está bien, no te rías. Estoy buscando *The Other Miss Bridgerton*, de Julia Quinn.

Rodé los labios hacia adentro y ladeé la cabeza, intentando averiguar de qué historia se trataba. Había leído ese libro, es decir, había leído todas las novelas de los Bridgerton, pero los romances históricos eran leídos normalmente por mujeres.

—¿Por qué iba a reírme? Es un gran libro.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Estás siendo sarcástica?

—No, en absoluto. Me encanta todo lo que ha escrito Quinn.

Su boca se aflojó un poco en señal de alivio.

—Pero, me estás juzgando por leerlos porque soy un chico, ¿no?

Hmmm... veamos. ¿Un tipo que lee novelas románticas realmente buenas? ¿Alguien a quien no le importan las etiquetas y se pierde en libros sobre heroínas inteligentes y divertidas, y sobre hombres que aprecian su individualidad?

No hay juicio aquí. Quizás un poco de malicia, pero no un juicio.

Apoyé mi mano casualmente sobre mi nariz horrible y dije:

—En absoluto. Tengo algo de curiosidad por saber cómo los has empezado a leer, pero sinceramente creo que son de la calidad de Jane Austen.

Eso hizo que su boca se curvara en una mueca burlona.

—¿No crees que eso es tal vez una exageración?

—Michael, créeme, no quieres debatir esto conmigo. Tengo un turno de cuatro horas por delante y un amor obsesivo por los libros románticos.

No puedes ganar esto.

Soltó una risita que le llegó a los ojos, entrecerrándolos de la manera más cálida.

—Tomo nota. Y para que conste, todo empezó con una apuesta.

—Como todas las cosas buenas. —Antes de que la última palabra saliera de mis labios, una imagen del rostro de Wes apareció en mi cabeza. Llevaba todo el día repitiendo nuestra llamada telefónica, la gravilla de su voz mientras veíamos juntos *Miss Congeniality* desde dos casas distintas.

Michael volvió a reírse, y solo así regresé al presente y los dos sonreímos mutuamente estando junto a la sección de segunda mano de Judy Blume. Cruzó los brazos delante de su pecho y dijo:

—Una amiga me retó a leer *The Duke and I* hace algunos años. Apostó por la idea de que, si lo leía, me gustaría.

Me encantaba ese libro.

—¿Y eso fue todo?

—Eso fue todo. —Me muestra una sonrisa tímida y dijo—: Además, ¿qué hay más divertido que una historia que comienza con una relación falsa?

Cada fibra de mi ser quería reírse maníacamente de las palabras que acababa de pronunciar, pero asentí y dije:

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Sí *sabes* que tu mano no está haciendo nada para cubrir tu nariz, ¿cierto? Aún puedo verla.

Puse los ojos en blanco, lo que lo hizo sonreír. Dejé caer la mano y dije:

—Es que es tan atroz que no puedo evitar intentar taparla, ¿sabes?

—Lo entiendo, pero no se ve nada mal comparado con lo de anoche. Tal vez un poco hinchada, pero eso es todo.

—Gracias. Ya sabes, por mentirme. —Tenía un espejo, así que sus palabras solo sirvieron para confirmar que estaba siendo tan agradable como siempre. ¿Y ese acento? Oh, cariño. Le hice un gesto para que me siguiera. Sabía exactamente dónde encontrar el libro que buscaba, y estaba al otro lado de la tienda—. Creo que se *está* encogiendo, aunque sigue siendo parecida a la del Cara de Papa.

—Concuerdo.

—¿Y cómo están tus padres? —Miré por encima de mi hombro—. Ponme al día.

—Bueno, mis viejos están bien —comenzó, y me pregunté si sus padres seguían siendo súper serios. Tenía recuerdos borrosos de gafas gruesas y bocas fruncidas.

—¿Aún tienes gatos? —Me había *encantado* que le gustaran más los gatos que los perros. Había sido otra razón por la que siempre parecía más inteligente que el resto de los niños del barrio—. ¿Purrkins y el Señor Squishy?

—No puedo creer que recuerdes sus nombres. —Estaba sonriendo de nuevo, con un aspecto de felicidad que me hacía querer comerle la cara—. Squish vive ahora con mi abuela, pero Purrkins sigue residiendo con nosotros, atormentándonos a diario con su actitud gatuna de mierda.

—Su actitud gatuna. —Me detuve frente a la sección de letra grande—. Buen chico.

Mi mente se dirigió entonces a Wes, porque cuando anoche habíamos hablado por teléfono, me había preguntado si mi gato estaba afuera. Tardé una eternidad en quedarme dormida una vez que me metí en la cama, sobre todo por la sonrisa incesante que esbozaba al recordar nuestra conversación.

El sonido grave de su voz cuando dijo en tono de broma: «*Y no podrás dormir hasta que sepas dónde estoy. Te veo*».

—Hablando de Wes... —dijo Michael.

—¿Qué? No estaba —solté, parpadeando rápidamente mientras intentaba averiguar de qué demonios me había perdido, y qué palabras

había estado diciendo mientras me había desconectado.

Michael frunció el ceño a medida que me miraba con extrañeza y dijo:

—En realidad, creo que deberías darle una oportunidad.

Espera, ¿qué?

Michael ya había cumplido con su deber de compinche al mencionármelo en la cancha de baloncesto, ¿cierto? Claro, eran amigos, pero si tuviera algún pensamiento sobre mí que fuera más allá de la amistad, parecía que no estaría presionando tanto.

Pero *él* me había escrito, y *él* había sido el jugueteón. Entonces, ¿qué significaba todo esto? A estas alturas, necesitaba un tablón y un poco de cuerda. Al llegar a la sección de Quinn, dije:

—Una *oportunidad*. ¿En qué consiste exactamente una *oportunidad*?

Levantó la mano y sacó el libro de la estantería.

—Solo tienes que conocerlo.

—Ya lo conozco.

—El de *ahora*, no el de las *escondidas*. —Abrió el libro y hojeó las páginas—. Vaya, estas palabras son muy grandes.

—Lo siento, solo tenemos en stock la edición de letra grande.

—De todos modos —continuó, mirándome a los ojos lo suficiente como para que me pusiera nerviosa—. Liz, le gustas. Sinceramente, solo llevo unos días aquí, y no consigo que deje de hablar de ti.

¿Qué decía exactamente Wes cuando yo no estaba? ¿Exageraba demasiado? Porque si lo hacía, el plan podría ser totalmente contraproducente.

—Ni siquiera me conoce de verdad; conoce a la de las *escondidas* —dije.

—Solo *inténtalo*, eso es todo lo que pido. Sal con él e *inténtalo*.

Lo miré y me mordí la comisura del labio.

—¿Me estás invitando a salir *por* él? —¿*Cómo* diablos Wes y yo íbamos a salir de esto?

Eso le hizo sonreír de nuevo.

—No, en absoluto. Pero voy a invitar a varios el miércoles por la noche a ver películas, ya que los del último año empiezan tarde el jueves, y deberías venir.

Tragué pesado y bromeé:

—Quieres decir juntos, ¿no?

Eso lo hizo sonreír.

—Solo comparte el auto con Wes. ¿Por favor?

Dios, todo esto estaba empezando a salirse de control. Ahora Michael estaba invitando a gente para que Wes pudiera hacer un movimiento. Pero Wes solo fingía que yo era increíble para mostrarle a Michael lo increíble que era. Me estaba saliendo todo mal, y este era mi propio plan. Necesitaba terminar con ello pronto.

—¿Y si, después de esto, me sigue gustando solo como amigo? Entonces, ¿qué? —pregunté.

—No hay mal que por bien no venga. —Sus ojos se movieron por mi rostro, y se sintió como un momento. Me pareció que me estaba viendo de verdad, o que estaba considerando algo sobre mí, y me pregunté qué tan mal se veía mi nariz.

—Bien —dije. Tal vez estaba dándole a su amigo una última oportunidad antes de que él hiciera algo. Dije—: Le daré una *oportunidad*.

—Sí. —Me sonrió y bombeó un poco el puño—. Ahora, si me disculpas, voy a llevarme mi novela romántica a casa y leerla disfrutando de un baño humeante y con burbujas.

Me reí.

—Ve a consentirte, cariño.

—Fue sencillamente adorable, Ma. —Me recosté contra la lápida y crucé los tobillos, inhalando el olor a hierba recién cortada. A veces, abril tardaba en llegar a Nebraska, con alguna tormenta de nieve tardía destruyendo la promesa de la primavera, pero este año no.

Los pájaros gorjeaban entre las hojas incipientes de los árboles altos del cementerio, el sol de la tarde era cálido (más o menos) y esa sensación primaveral de anticipación flotaba en el aire, junto con el olor de los cerezos florecientes.

—No solo estaba comprando un libro romántico que ningún hombre inseguro típico admitiría haber leído, sino que fue divertido y encantador y, entre tú y yo, coqueto con la mirada. Coqueto con sus ojos, y *seguro* que anoche fue coqueto con su texto. Creo que piensa... no sé, no quiero decir que piensa que soy genial, pero ¿tal vez divertida...? Sí, estoy bastante segura de que piensa que soy divertida.

Volví a imaginar su rostro sonriente, como por vigésima vez desde que había salido de la librería, y me dieron ganas de gritar con emoción.

—Juro por Dios que lo amarías tanto.

Claro que *lo* haría. Era maduro, educado, encantador e inteligente, el tipo de hombre que ella habría convertido en el héroe de cada uno de sus guiones. En todos los guiones que había escrito aparecía el chico sólido y fiable que conseguía su amor.

Por eso deseaba tanto que me invitara al baile. De alguna manera, ir al baile de graduación con alguien que ella había conocido, que *la* había conocido lo suficiente como para saber y recordar sus margaritas, parecía de vital importancia. Como si pudiera hacerlo sentir que ella estaba de alguna manera involucrada en mi último año.

Ridículo, ¿cierto?

Pero solo quería que el agujero del vacío en mi vida se redujera un poquito. ¿Era mucho pedir? Seguía esperando el «cierre» que debía sentir, pero empezaba a pensar que nunca llegaría.

El cerezo que había estado mirando se volvió borroso, y me tragué el ardor que sentí en la garganta.

—Papá y Helena no paran de preguntarme por el baile: si voy a ir, si necesito un vestido, y la cosa es que, no quiero que me ayuden con nada. Es egoísta y no se lo merecen, pero si no puedo *tenerte* haciendo esas cosas conmigo, no quiero a nadie más.

—¿Estás hablando sola?

Salté, golpeando mi cabeza contra la lápida de mamá, antes de girarme para ver a Wes. Estaba de pie, con ropa deportiva y la frente sudorosa de correr, y me puse la mano sobre el corazón acelerado y dije:

—Dios mío, ¿qué estás haciendo aquí?

Su boca cayó y sus cejas se fruncieron como si estuviera confundido.

—Vaya, lo siento. No quise asustarte.

Por alguna razón, estaba cabreada por su aparición. Sabía que debería sentirme avergonzada de que me hubiera pillado hablando con un trozo de mármol, o preocupada por lo que hubiera oído exactamente, pero lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que estuviera en este espacio. Este era *mi* espacio, el de mi madre y el mío, y él no debería estar allí.

Me puse de pie.

—Wes, ¿me seguiste hasta aquí? ¿Cuál es tu problema?

—Ah. —Su sonrisa desapareció y miró la tumba de mi madre, ahora que me había movido, podía ver su nombre, antes de decir—: Mierda. Ya estaba corriendo cuando te vi entrar aquí. Pensé que solo estabas tomando un atajo.

—Sí, bueno, no era eso, ¿de acuerdo? —Parpadeé rápidamente, intentando evitar que mis emociones se aceleraran en cualquiera que fuera la dirección que se dirigieran—. Probablemente sea mejor que no corras detrás de la gente sin que lo sepan. Esa sería probablemente tu mejor opción.

Tragó pesado.

—Liz, no lo sabía.

Puse los ojos en blanco y saqué los auriculares del bolsillo.

—Sí, bueno, ahora lo *sabes*. Sabes que la Pequeña Liz rara es la chica loca que no puede superar a su madre muerta. Impresionante.

—No. Escucha. —Se acercó y colocó sus manos en la parte superior de mis brazos, apretando suavemente mientras sus intensos ojos marrones se movían por todo mi rostro como si estuviera desesperado por convencerme—. Ahora voy a irme, y puedes quedarte. Olvida que siquiera me viste.

—Demasiado tarde. —Aspiré por la nariz y apreté los dientes, apartándome de él y sus manos—. Quédate si quieres, no me importa.

Me puse los auriculares en los oídos y comencé a reproducir la música. Puse a Foo Fighters en un volumen tan alto que no pude escuchar lo que Wes me estaba diciendo, me aparté de él y empecé a correr por el camino, aunque sabía que estaba gritando mi nombre.

Corrí a casa a un ritmo récord, intentando pensar en cosas mundanas como la tarea en un intento débil de apagar mis emociones. Tenía que escribir un trabajo en Literatura sobre el patriarcado y no podía decidir si debía utilizar «*El papel pintado amarillo*» o «*Historia de una hora*». Me gustaba más el segundo, pero el primero tenía más material.

Atravesé la puerta principal de golpe y casi había llegado a la seguridad de mi habitación cuando mi padre me llamó a gritos.

—¿Sí?

—Ven aquí un segundo.

Bajé por el pasillo hasta su habitación y empujé la puerta para abrirla, aun respirando con dificultad por el ejercicio.

—¿Sí?

Estaba sentado en la cama, leyendo un libro, con un episodio de *Friends* en la televisión como fondo. Ni siquiera apartó los ojos del libro de bolsillo cuando preguntó:

—Oye, ¿ya fuiste a comprar el vestido de graduación con Jocelyn?

—Aún no, su madre estaba ocupada y no me apetecía mucho por mi nariz.

—Ah, sí. Por cierto, ¿cómo te sientes?

Me encogí de hombros y pensé en lo mucho que me gustaba escuchar reposiciones de *Friends* en la habitación de mi padre. Él y mi madre habían visto ese programa en la cama tantas veces que se había convertido en una canción de cuna para mí, un sonido que evocaba las imágenes y los olores de mi infancia.

—Mejor, supongo.

—Me alegro de escucharlo. —Bajó el volumen del televisor a cero y finalmente me miró—. Escucha, ya que aún no han ido, quizás podrías ver si Helena quiere ir con ustedes. Sé que a ella le encantaría hacerlo, y estoy bastante seguro de que también pagará por tu vestido carísimo.

Oh, qué oportuno. No quería que viniera, y definitivamente no quería que pagara mi vestido. Sentí un salto ansioso en mis latidos e intenté decir:

—Creo que ella probablemente está demasiado...

—Vamos, Libby Loo. —Mi padre se quitó los lentes para leer—. En realidad, quiere hacer esto contigo. ¿Por qué es una petición tan difícil?

Tragué con fuerza.

—No lo es.

—¿De verdad? Porque la he oído mencionar dos o tres veces que estaría encantada de llevarte de compras, y sin embargo has hecho planes con otra persona.

—Me encargaré de ello. —¿Por qué él, y Helena, no podían dejarlo pasar? ¿Por qué tenían que agregar más presión a todo el asunto del baile? Parecía que todos querían que hiciera algo, múltiples algos, que yo no quería hacer.

Enarcó una ceja.

—¿La invitarás? ¿Y no decir algo como si fuera mi idea?

Se me hizo un nudo en la garganta, pero dije:

—Claro.

Pasó a hablar de otra cosa, pero no escuché nada. ¿Por qué tenía que ir a comprar mi vestido con Helena? Durante el resto de nuestra charla y todo el tiempo que duró mi ducha posterior, mi cerebro gritó argumentos hacia el gran desconocido. Me sentía asfixiada por la idea de que Helena ocupara el lugar de mi madre, el tipo de desesperación impotente que hacía que tus uñas dejaran pequeños surcos de medialuna en las palmas de tus manos. *No la quiero allí, ¿por qué me obligan? ¿Por qué sus deseos cuentan más que los míos?* Los argumentos bulleron en mi interior a medida que me lavaba los dientes y ordenaba mi ropa y para cuando apagué la luz y me metí en la cama, estaba agotada.

Y totalmente atormentada por la culpa de lo mal que me había portado con Wes en el cementerio. No había hecho nada malo, pero el hecho de verlo en ese lugar extrañamente sagrado me había hecho estallar. Supongo que era porque aquel era el único lugar donde aún la *sentía*. El resto del mundo, y mi vida, había avanzado, pero en ese lugar, nada había cambiado desde que ella había muerto.

Era patética.

Encendí el televisor y puse el DVD de *Two Weeks Notice*. Era otra película en la que Hugh Grant hacía de tonto, pero las bromas entre él y Sandra Bullock compensaban con creces ese hecho y lo hacían realmente perdonable. Me subí las mantas hasta la barbilla mientras el personaje de Sandra Bullock pedía demasiada comida china. Cuando busqué mi teléfono para conectarlo, me di cuenta de que había pasado por alto un mensaje.

De Wes.

Wes: *Lo siento. No sabía que tu madre estaba allí o no te habría seguido dentro. Sé que crees que soy un idiota, pero te prometo que nunca me entrometería en eso.*

Suspiré y me senté. Estaba muy avergonzada. ¿Cómo podría explicarlo? Nadie normal lo entendería.

Y espera, ¿creía que pensaba que era un idiota?

Yo: *Olvídalo. Soy quien debería disculparse porque no has hecho nada malo. Me sorprendiste en un mal momento y me asustaste, no es tu culpa.*

Wes: *No, lo entiendo. No era un padre, así que, sé que no es lo mismo, pero era cercano con mi abuela. Cada vez que vamos a MN, lo primero que hago es ir al cementerio para hablar con ella.*

Levanté la vista de mi teléfono y parpadeé. Luego escribí un mensaje de texto: *¿De verdad?*

Wes: *De verdad.*

Asentí en la oscuridad y parpadeé rápidamente a medida que mis pulgares volaban sobre las teclas.

Yo: *Empecé a «correr» como una forma de ir a hablar con ella sin tener que dar explicaciones.*

Wes: *No me digas, ¿por eso empezaste a correr?*

Pude oír a Fitz maullando en mi puerta, así que me levanté y fui a abrir.

Yo: *No en tiempo pasado: por eso es que corro.*

Wes: *Espera un segundo, ¿me estás diciendo que todos los días, cuando te veo salir y asumo que estás entrenando para llegar a las pruebas para los juegos olímpicos, en realidad solo corres hasta Oak Lawn para hablar con tu madre?*

El señor Fitzpervert me miró, maulló y se alejó. Ahora sí que era un idiota. Cerré la puerta.

Yo: *Bingo. Pero juro por Dios que te destriparé con un pelador de verduras si se lo cuentas a alguien.*

Wes: *Tu secreto está a salvo conmigo, Buxbaum.*

Me acerqué a la ventana.

Yo: *Tu casa se ve oscura: ¿estás en tu habitación?*

Wes: *¿Alguna vez dejas de espiarme, perversa? Y antes de que lo preguntes, llevo un pantalón entallado, una blusa de pirata y una boina negra.*

Me reí en la serenidad de mi habitación.

Yo: *No iba a preguntar, pero eso suena sexy.*

Wes: *Lo es. Tengo un golpe de calor aquí arriba.*

Miré al patio delantero, donde alguien había dejado un balón de fútbol junto a los arbustos de hortensias.

Wes: *Y la respuesta a tu pregunta es que estoy atrás, en el Área Secreta.*

El Área Secreta. Hacía años que no pensaba en ello. La casa de Wes tenía algunas tierras detrás de su valla que nunca había sido desarrollada. Así que, mientras el resto de las casas de esta calle daban a otros patios traseros, la de Wes tenía un pequeño bosque detrás.

En la escuela primaria, durante los días de máxima actividad del escondite, lo habíamos apodado el «Área Secreta». Era el lugar donde explorábamos, fingíamos, hacíamos fogatas no aprobadas... Había sido increíble. No había vuelto allí desde el verano anterior a la escuela secundaria.

Yo: *¿Por qué?*

Wes: *Ven a ver por qué.*

¿De verdad quería que fuera a pasar el rato? ¿Pasar el rato solos, de una manera que no tuviera nada que ver con Michael? Mi madre me había advertido que no saliera con chicos escurridizos, pero estaba bien ser amiga de ellos, ¿cierto? Envié un mensaje de texto: *Papá y Helena ya están durmiendo.*

Wes: *Pues escápate.*

Puse los ojos en blanco, tan típico.

Yo: *A diferencia de ti, nunca me he escapado. Me parece poco aconsejable.*

No podía, pero una parte de mí sintió que pudo oírlo reírse de mi respuesta. Al cabo de un minuto, mi teléfono sonó.

Wes: *«Poco aconsejable». Buxbaum, nunca dejas de hacerme reír.*

Yo: *Gracias.*

Wes: *No fue un cumplido. PERO. Estás viendo esto de la forma equivocada.*

Yo: *Ah, ¿sí? ¿Y cuál es la forma correcta?*

Wes: *Tú, una adolescente muy bien educada, simplemente quiere tomar un poco de aire fresco de primavera y mirar las estrellas durante un par de minutos. En lugar de despertar a tus padres, decides escabullirte tranquilamente durante unos minutos.*

Yo: *Eres un sociópata.*

Wes: *Te reto.*

Miré en dirección al vestíbulo cuando esas palabras: «te reto», me trajeron muchos recuerdos de Wes incitándome a hacer cosas que no debía, como subir al tejado de Brenda Buckholtz, y tocar el timbre para luego salir corriendo en la casa del señor Levine.

Antes de que pudiera responder, envió un mensaje de texto.

Wes: *Voy a apagar mi teléfono para no recibir tus excusas. Te veo en cinco minutos.*

8

«Me gustas mucho. Tal como eres».

Bridget Jones's Diary

No podía creer que lo estaba haciendo. Pasé por encima del suelo del pasillo que crujía y me arrastré en silencio hacia la puerta corredera de cristal del comedor. Era arriesgado, pero por alguna razón necesitaba hacer esto.

Quería pasar el rato con Wes.

Probablemente solo era que su comprensión de mi dolor me hizo sentir una camaradería con él. Siempre sentí que mis visitas con mi madre eran extrañas, pero también sentí que algo dentro de mí se rompería si tenía que parar.

Sin embargo, esa teoría sería puesta a pruebas en otoño, ¿no?

De todos modos, finalmente compartirlo con alguien se sintió casi como una liberación. No tenía sentido que él fuera el único, entre todas las personas, con quien compartirlo, pero estaba empezando a ir más allá de cuestionarlo.

También se sentía bien no estar peleando con Wes por una vez. Lo cual era raro, porque eso era lo nuestro: se metía conmigo y me enfadaba. Enjuagar y repetir, durante todas nuestras vidas. Pero ahora estaba descubriendo que era hilarante y agradable, y parecía más divertido que casi todos los demás que conocía.

Abrí la puerta lentamente, escuchando cualquier sonido proveniente del otro extremo de la casa mientras el Señor Fitzpervert serpenteaba entre mis pies enfundados en medias.

Salí al porche y cerré la puerta detrás de mí. Era una noche fría, con un cielo despejado y una luna brillante y alta que iluminaba la ciudad. Podía

ver sombras de luna por todas partes, que eran hermosas y espeluznantes al mismo tiempo.

Me deslicé por las escaleras, y una vez que llegué a la hierba fría, corrí por el patio trasero y me acerqué a la cerca de tela metálica que separaba nuestros patios. De repente, sentí que habían pasado solo días, no años, desde que salté esa cerca cuando era niña, y estuve sobre ella y en su jardín en segundos.

Las sombras eran espeluznantes, así que seguí trotando hasta la puerta trasera, olvidando cualquier apariencia de frialdad o compostura. Levanté el brazo, abrí la puerta y grité en voz baja:

—¿Wes?

—Aquí.

Apenas podía ver porque los árboles gruesos bloqueaban la luna, pero caminé en la dirección de su voz. Rodeé un arbusto floreciendo y un gran abeto, y allí estaba él.

—Oh, Dios mío, Wes. —Miré a mi alrededor, asombrada.

Había cientos de diminutas luces parpadeantes colgadas en un grupo de árboles que rodeaban cuatro sillas Adirondack de madera, en una de las cuales Wes estaba sentado. Una fogata rugiendo con llamas estaba en el centro de todo, y una cascada de rocas corría detrás de él. El espacio estaba tan repleto de follaje que se sentía como un lugar salvaje y escondido en lugar de un patio trasero suburbano.

—Esto es increíble. ¿Tu mamá hizo todo esto?

—No. —Se encogió de hombros y pareció incómodo. Wes Bennett se veía incómodo, quizás por primera vez, y estaba sentado allí con sus piernas largas estiradas frente a él y mirando hacia el cielo—. Este es mi lugar favorito, así que en realidad lo hice.

—Nop. —Me senté en la silla frente a él—. Tú no hiciste esto. De ningún modo.

—Pues sí, lo hice. —Mantuvo los ojos en alto y dijo—: Trabajé para una empresa de jardinería hace tres veranos, y todo por lo que cobramos

una fortuna a los clientes, lo haría yo mismo aquí. Muros de contención, cascadas, estanque; todo es simple y barato de hacer si sabes lo que estás haciendo.

¿Quién era este tipo?

Metiendo las piernas debajo de mí, me puse las mangas sobre los dedos y miré hacia el cielo. Estaba claro y había estrellas por todas partes. «*Bella Luna*», una canción muy antigua de Jason Mraz, era la más selecta de todos los números musicales para establecer el fondo de este oasis sorpresa a la luz de la luna.

Bella luna, mi hermosa, hermosa luna

Cómo me haces desmayar como ningún otro...

Detuve la música en mi cabeza y dije:

—Oye, hoy vi a Michael.

—Lo sé.

Entrecerré los ojos, intentando ver mejor su rostro en la oscuridad, buscando algún indicio. Sin embargo, siguió mirando al cielo.

—¿Te dijo?

—Lo hizo. —Miré el perfil de Wes. Sus labios apenas se movieron cuando dijo en voz baja—: Me envió un mensaje de texto. Dijo que se había encontrado contigo y, Liz... dijo que eras divertida.

—¿Lo hizo? —Quería aullar. Lo sabía—. ¿Qué dijo *exactamente*?

—Dijo: «Es bastante divertida». Y luego mencionó la reunión en su casa.

—Sí. Dije que te daría una oportunidad. —Miré al fuego. Divertida, había dicho que yo era divertida. Eso era bueno, ¿verdad? Supongo que eso significaba que mi mensaje torpe de los cocos no me había echado de la isla—. Pero a una parte de mí le preocupa que esté arruinando mis posibilidades con nuestra pequeña versión de citas falsas.

Eso trajo sus ojos de vuelta a mi cara.

—¿Quieres renunciar?

Me encogí de hombros y me pregunté qué estaba pensando. Porque, por más divertido que fuera esto, y a pesar del hecho de que estaba funcionando, ya estaba cansada con todas las mentiras.

—Siempre creo que sé lo que estoy haciendo, pero ¿y si tienes razón sobre mis terribles grandes planes? ¿Y si solo estoy arruinando nuestras vidas amorosas? —le dije.

Y poniendo en peligro mi amistad con Joss y también hundiéndome en una vida de deshonestidad habitual.

—Entonces, tendré que matarte. Las citas son mi todo.

—Sabelotodo. —Puse los ojos en blanco porque, para ser un chico popular, solo había oído hablar de él estando en algunas relaciones, ninguna de las cuales se había convertido en algo serio.

Me pasé los dientes por el labio inferior y dije:

—Tal vez deberías llevarme a casa de Michael, y luego deberíamos decidir que no somos compatibles. Y, no sé, ¿enviar un mensaje de texto grupal?

Parpadeé rápido y traté de averiguar por qué la idea de terminar con nuestro plan hizo que mi corazón latiera en mi cuello.

Entonces, me miró y me sorprendió lo suave que fue su sonrisa. Pareció casi dulce cuando dijo:

—No puedo creer que tu plan ridículo esté funcionando.

—¿Verdad?

Se rio un poco y yo también, y luego dijo:

—Por cierto, lamento mucho lo de antes.

Agité una mano.

—No hay problema.

—Te hice llorar. —Apartó la mirada, pero alcancé a ver su mandíbula apretada. Fue casi como si le importara que me hubiera molestado. Y, a la luz de la luna, sentí algo que nunca había sentido por Wes. Quería acercarme a él.

Tragué pesado y me controlé. ¿Qué era esta afluencia de afecto por Wes? Probablemente solo era consciente de lo mucho que me había divertido con él durante nuestro trato, y ahora casi había terminado.

Eso era todo.

Entonces, en lugar de seguir el instinto absurdo de acercarme, solo dije:

—Dios, eres tan arrogante, Bennett. Ya estaba llorando cuando apareciste. No todo se trata de ti, ¿sabes?

Pero en realidad fue ese momento, ese momento de llanto, el que forjó algún tipo de conexión entre Wes y yo.

Y fue una conexión buena.

Vi su manzana de Adán balancearse al tragar mientras miraba su silueta. Levantó los ojos hacia mí y dijo:

—¿Lo prometes?

—Puj. Sí. —Dios mío, me estaba matando con su preocupación. Me aclaré la garganta y volví a mirar al cielo—. Ahora estoy bien, así que olvida que alguna vez lo viste.

—Hecho.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos, ambos perdidos en el cielo estrellado, pero no fue incómodo. Por una vez en mi vida, no me sentí obligada a llenar el espacio vacío con charlas constantes.

—Sabes, aún puedo imaginarla perfectamente —dijo.

—¿Hm? —dije. Estaba confundida, y debí haberlo mostrado, porque agregó—: A tu mamá.

—¿En serio? —Me acurruqué más en la silla, envolví mis brazos alrededor de mis piernas e imaginé su rostro. Ni siquiera yo estaba segura de poder recordar sus rasgos exactos. Me rompió un poco el corazón.

—Por supuesto. —Su voz sonó cálida, como si estuviera conteniendo una sonrisa, y se crujió los nudillos cuando dijo—: Era tan... hmm... ¿cuál es la palabra? ¿Tal vez, cautivadora?

Sonreí.

—Encantadora.

—Eso es perfecto. —Me dio una sonrisa infantil y dijo—: Hubo un día en que, estaba corriendo frente a tu casa y me caí totalmente. *Destrocé* absolutamente mi rodilla en la acera. Tu mamá estaba afuera, podando sus rosas, así que intenté saltar y actuar como si nada. Ya sabes, porque tenía como ocho, y tu mamá era muy bonita.

Sonreí y recordé lo mucho que le encantaba cuidar su jardín.

—En lugar de tratarme como a un niño pequeño, cortó una de sus rosas y fingió lastimarse el dedo. Hizo todo un «ay» antes de decir: «Wesley, ¿te importaría ayudarme un minuto?» Ahora, imagínate, solo quería arrastrarme a un rincón y morir por mis horribles heridas de batalla. Pero si la señora Buxbaum me necesitaba, estaba jodidamente dispuesto a ayudarla.

Wes sonreía, y no podía hacer otra cosa que no fuera lo mismo. Hacía tanto tiempo que no escuchaba una historia nueva sobre mi madre que sus palabras fueron oxígeno y las estaba respirando con una desesperación de vida o muerte.

—Así que, me acerqué cojeando y la seguí dentro de tu casa, que, por cierto, siempre olía a vainilla.

Eran velas de vainilla, aún compraba el mismo aroma.

—De todos modos, me pidió que la ayudara a ponerse una tirita en el dedo como si no pudiera hacerlo ella misma o algo así. Me sentí como el héroe cuando ella siguió agradeciéndome y diciéndome lo grande que me estaba volviendo.

Ahora estaba sonriendo como una idiota.

—Y entonces, ella «notó» mi rodilla ensangrentada y dijo que debía haber estado tan preocupado por ayudarla que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba sangrando. Me limpió, me puso una tirita y me dio un Fudgesicle. Me hizo sentir como un maldito héroe por plantarme la cara en la acera.

Me reí y miré hacia el cielo, con el corazón pleno.

—Esa historia es tan mi mamá.

—Cada vez que veo un cardenal en tu jardín, creo que es ella.

Miré hacia su rostro ensombrecido y casi quise reír, porque nunca habría imaginado que Wes tuviera un pensamiento tan fantástico.

—¿En serio?

—Quiero decir, está todo eso de que los cardenales son...

—¿Gente muerta?

Arqueó las cejas hacia mí, estremeciéndose un poco.

—Estaba intentando decirlo un poco más delicadamente que eso, pero sí.

—No sé si me trago todo el asunto de los muertos que regresan como pájaros, pero es una idea buena. —Lo era. De lo más agradable. Pero siempre sentí que, si me permitía creer en esas nociones, nunca superaría su muerte porque seguramente habría pasado cada segundo de mi vida observando pájaros con lágrimas en los ojos.

—¿La extrañas mucho? —Se aclaró la garganta e hizo un sonido pequeño como si estuviera avergonzado por su propia pregunta—. Quiero decir, por supuesto que sí. Pero... ¿al menos ahora es un poco más fácil de lo que solía ser?

Me incliné hacia adelante y sostuve mis manos frente al fuego.

—La extraño mucho. Como, todo el tiempo. Pero últimamente se siente diferente. No sé...

Me detuve y miré las llamas. ¿Se preguntaba si era más fácil? Sentía que no podía responder esa pregunta porque me negaba a dejar que fuera más fácil. Pensaba mucho en ella, todos los días, y si comenzara a hacerlo menos, seguramente sería más fácil.

Pero cuanto más fácil se volviera, más desaparecería, ¿verdad?

Se rascó la mejilla y preguntó:

—Diferente ¿cómo?

—¿Quizás, peor? —Me encogí de hombros y observé el fondo del leño mientras se calentaba a casi una sombra de blanco. No estaba segura de cómo explicarlo, cuando ni siquiera lo entendía yo misma—. No sé. De hecho, es muy raro. Solo... supongo que se siente como si en realidad la estuviera perdiendo este año. Todos estos hitos están sucediendo, como el baile de graduación y las solicitudes para la universidad, y no está aquí para ellos. Así que, mi vida está cambiando y avanzando, y ella se está quedando atrás con mi infancia. ¿Tiene sentido?

—Mierda, Liz. —Wes se sentó un poco más erguido y se pasó las manos por la parte superior del cabello, despeinándolo mientras sus ojos serios se encontraban con los míos a la luz del fuego—. Eso tiene mucho sentido y también apesta.

—¿Estás mintiendo? —Entrecerré los ojos en la oscuridad, pero el parpadeo del fuego hizo difícil leer su expresión—. Porque sé que soy rara respecto a mi mamá.

—¿Cómo eso es raro? —La brisa levantó su cabello oscuro y lo alborotó un poco—. Tiene mucho sentido.

No sabía si era así o no, pero una ola de emoción se apoderó de mí y tuve que apretar los labios y parpadear rápido para contenerla. Había algo en su confirmación casual de mi cordura, mi *normalidad*, que curó una parte diminuta de mí.

Probablemente la parte que nunca había discutido de mi madre con nadie más que mi papá.

—Bueno, gracias, Bennett. —Sonreí y puse mis pies en el borde de la hoguera—. La otra cosa que me molesta es que Helena y papá siguen intentando incluir a Helena en cada una de estas cosas donde se supone que debe estar mi mamá. Me siento como la mala porque no quiero a Helena allí. No necesito un relleno.

—Eso es duro.

—¿Cierto?

—Pero al menos Helena es súper genial. Quiero decir, sería peor si tu madrastra fuera una pesadilla total, ¿no?

Me preguntaba eso todo el tiempo.

—Quizás. Pero a veces pienso que su genialidad lo hace más difícil. Nadie entendería por qué me siento así cuando alguien tan genial está justo aquí.

—Bueno, ¿no puedes incluirla y simplemente *no* reemplazar a tu madre? Me parece que aún puedes aferrarte a tus recuerdos, incluso si Helena está contigo. ¿Cierto?

—No es así de fácil. —Ojalá lo fuera, pero no creía que hubiera sitio para las dos. Si Helena iba conmigo a comprar vestidos y nos lo pasábamos estupendo, ese recuerdo quedaría grabado para siempre, y mi madre no tendría nada que ver con eso.

—¿Quieres un cigarro?

Eso detuvo mi línea de pensamiento.

—¿Qué?

Vi el movimiento ascendente de sus labios en la oscuridad antes de que dijera:

—Estaba a punto de disfrutar un cigarro de sabor aquí afuera antes de que aparecieras.

Eso me hizo reír, el inmaduro Wes disfrutando de una variedad de cigarros de gasolinera en su patio trasero como una especie de hombre adulto.

—Ooh, cuánta clase.

—No soy más que sofisticado. De hecho, tiene sabor a cereza.

—Oh, bueno, si es cereza, cuenta conmigo.

—¿En serio?

—No, en realidad no. —Puse los ojos en blanco ante su total Wes-sidad—. Simplemente no creo que apreciaría el palo de la muerte con sabor a cereza, pero gracias por la oferta.

—Sabía que esa sería tu respuesta.

—No, no lo sabías.

—Pensé que dirías «palo de cáncer», pero el resto lo hice bien.

Incliné la cabeza.

—¿Soy tan predecible?

Solo arqueó una ceja.

—Bien. —Extendí la palma de mi mano—. Dame uno de tus elegantes palitos repugnantes con sabor a cereza para que pueda prenderle fuego y aspirar su humo mortal en mis pulmones.

Levantó las cejas sorprendido.

—¿En serio?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no?

—Por cierto, deberías escribir un texto publicitario para la gente de los cigarros.

—¿Cómo sabes que no lo haré?

—Bueno, si lo hicieras, sabrías que no inhalas cigarros.

—Ah, ¿no?

—No.

—Entonces... ¿simplemente tomas una calada y la sostienes en tus mejillas como una ardilla hinchada?

—Definitivamente no lo haces. Simplemente inhalas menos que un cigarrillo.

—¿Eres como un fumador empedernido o algo así?

—No.

—Bueno, me parece que, si lo estás encendiendo aquí solo después de un largo día difícil, tal vez tengas un problema.

—Ven aquí. —Palmeó la silla a su lado.

—Eww, no. —Lo dije en broma, sintiéndome de alguna manera atrapada ya que antes había pensado en acercarme a él.

—Relájate, solo iba a encender tu palito desagradable por ti.

—Ah. —Me puse de pie y me moví a la silla a su lado—. Mi error.

—Esa es la primera vez que dices eso, ¿no?

—Creo que sí.

Se rio y abrió el paquete. No estaba segura de por qué estaba haciendo esto, especialmente con Wes Bennett, pero sabía que no estaba lista para entrar. Me estaba divirtiendo.

—¿Alguna vez has fumado?

—Sí.

—¿En serio? —Wes se puso uno de los cigarros en la boca y activó el encendedor.

—Fumé con Joss en una fiesta el verano pasado.

Sonrió y resopló cuando el cigarro se encendió.

—Me hubiera encantado ser testigo de eso. La pequeña Libby Loo, tosiendo a todo pulmón mientras Jocelyn probablemente se reía y hacía anillos de humo perfectos.

—No estás tan lejos. —Jocelyn era asquerosamente buena en todo. Nunca la había visto fracasar en nada. No en el pasado, y definitivamente no desde que nos hicimos amigas. Si fuera honesta, y nunca lo diría en voz alta, me molestaba muchísimo.

No que fuera buena en las cosas. Podía soportar eso. Era más bien que fuera buena en las cosas sin realmente intentarlo o preocuparse por ellas. Solo fluía por la vida, nunca pareciendo tropezar como yo lo hacía cada hora.

—Toma. —Me entregó el cigarro y encendió el otro. Lo tomé y me recliné en mi silla, estirando mis piernas casualmente y mirando las estrellas. Me pareció importante inclinarme hacia una actitud de fumadora.

Tomé una calada. La cereza era agradable, y la cosa no era tan desagradable como un cigarrillo, pero aún sabía a trasero.

Wes me observaba con una media sonrisa en su rostro, lo que me hizo decir, mientras el humo salía de mi boca:

—Seguro que se siente bien estar de vuelta en el país del sabor.

Empezó a carcajearse.

—Me encanta un buen cigarro —agregué.

Eso lo remató. Fue imposible no unirse a él mientras se reía con la cabeza echada hacia atrás. Cuando finalmente se detuvo, tomó una bocanada y dijo:

—Puedes apagarlo, Buxbaum.

—Oh, gracias a Dios. —Apagué el cigarro, presionándolo con cuidado contra el borde de la hoguera—. Aunque, fueron diez segundos súper relajantes. De hecho, me ayudó a calmarme.

—Ajá.

—Por cierto, escuché que Alex Benedetti está enamorada de ti. —Escuché eso en química, y mi respuesta inicial fue que podrían ser una buena pareja. Ambos eran atletas atractivos. Así que, seguramente estaban destinados a estar juntos, ¿verdad?

Me imaginé a Alex pasando el rato aquí con Wes en lugar de mí, y no me gustó. Comenzaba a anhelar nuestra camaradería extraña y, aunque estaba luchando por aceptarlo, pensaba que él era una persona buena.

Dio una calada a su cigarro, su rostro sin cambios.

—También escuché eso.

¿Y...?

—Es linda.

Bajó la cabeza.

—Sí, supongo. En realidad, no es mi tipo.

—¿Qué? ¿Por qué no? —Alex era una animadora deslumbrante con miles de amigos, el tipo de chica sobre la que supuse que los chicos como él tendían a babear. Además de eso, era genuinamente agradable y muy inteligente. Inteligente como, escuché-que-quería-ser-dentista.

—No sé. Alex es genial, pero... —Me miró y se encogió de hombros como si eso explicara todo.

Agarré la banda para el cabello de mi muñeca y tiré mi cabello hacia atrás. Sentí que le debía a Wes ya que había pasado tanto tiempo ayudándome con Michael. Sí, aún había una oportunidad de él ganando El Lugar, pero algo en el aire de la noche en el Área Secreta me hizo querer hacer algo bueno por él.

—Sé que la química juega un papel importante en la atracción, pero es preciosa. No puedo creer que no estés aprovechando esa oportunidad.

—Es preciosa. —Sacudió la ceniza de la punta de su cigarro y me dio el tipo de contacto visual que te obligaba a escuchar—. Pero, como, en serio ¿qué significa eso? A menos que mi objetivo sea solo sentarme y mirarla como alguien miraría un océano o una cadena montañosa, la belleza solo es una imagen.

Abrí los ojos totalmente y me tapé la boca con ambas manos.

—Oh, querido Señor, cuéntame más, Wesley.

—Cállate. —Me hizo una mueca con su mano libre y dijo—: Solo digo que me gusta una chica que pueda hacerme reír, eso es todo. Alguien con quien me divierta sin importar lo que estemos haciendo.

Me recosté en mi silla y crucé los brazos sobre mi pecho. Incliné la cabeza, fruncí el ceño y dije:

—No lo tomes a mal, pero eres diferente de lo que siempre pensé que eras.

Sus ojos brillaron con calidez cuando dijo:

—Estás sorprendida de que haya superado la fase de decapitación de gnomos, ¿no?

—Más o menos. —Me reí y negué con la cabeza—. Pero también pensé que aprovecharías la oportunidad de, um, «darle».

Eso lo hizo sonreír y mirarme con una de sus cejas oscuras levantadas.

—Eso es repugnante, Buxbaum.

—¿Cierto?

—¿Es la primera vez que dices esas palabras?

Solo me reí y asentí, lo que lo hizo reír a carcajadas.

Nos sentamos allí después de eso, hablando de nada, hasta que terminó su cigarro.

—¿Vas a fumar otro? —pregunté.

Arrojó la colilla al fuego y se puso de pie, agarrando un palo grande y jugando con la leña.

—¿Por qué, quieres uno?

—Dios no. —Me llevé el cabello a la nariz y dije—: Esas cosas hacen que mi cabello huela a basurero.

Apoyó el palo junto a la hoguera y recogió el balde que estaba detrás de su silla.

—De hecho, mañana tengo que levantarme temprano, así que probablemente debería apagar esto si estás lista para entrar.

Hubo algo en lo suave que era su rostro en ese momento, tranquilo y feliz, y lamido por el resplandor del fuego, que me hizo sentir afortunada de haber descubierto en quién se había convertido.

—Sí, estoy lista.

Sumergió el balde en el estanque y lo echó sobre el fuego, levantando una nube de humo. Mientras salíamos del Área Secreta y entrábamos en su patio trasero, dijo que me enviaría un mensaje de texto cuando Michael le dijera a qué hora sería la noche de películas.

Me fui a la cama sintiéndome feliz, aunque no estaba del todo segura sobre qué. O, mejor dicho, *quién*. Me quedé allí, un poco relajada, hasta que el olor a humo en mi cabello me volvió tan loca que, tuve que darme una ducha a medianoche y cambiar la funda de mi almohada.

Entonces me fui feliz a la cama.

9

«El amor es paciente, el amor es amable, el amor significa volverse loco lentamente».

27 Dresses

—Hola, pequeña. —Helena me miró desde la puerta que conducía a la cocina mientras practicaba piano en la sala de estar. Me gustaba tocar por la mañana, y me gustaba tocar con mi pijama elegante de flores y las zapatillas de seda a juego. Hacía que practicar se sintiera como un pasatiempo elegante, como si fuera un personaje antiguo de Austen perfeccionando una de las habilidades que me convertiría en *algo temible de contemplar*—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que te prepare una Pop-Tart o algo así?

—No, gracias. —Intenté seguir tocando mientras hablaba con ella, pero nunca había sido capaz de lograr esa habilidad en particular. Si practicara durante más de una hora o dos a la semana, como solía hacer mi madre, probablemente no parecería tan difícil. Ella había tocado todos los días, y se notaba—. Ya me comí un plátano.

—Entendido.

Se dio vuelta para regresar a la cocina y me obligué a hacerlo.

—Helena. Espera —llamé.

Inclinó la cabeza.

—¿Sí?

—Sé que es al último minuto —solté, preparándome para resistir los sentimientos a medida que extendía la invitación—, pero, em, Jocelyn acaba de enviarme un mensaje de texto y me dijo que su mamá nos puede llevar a comprar el vestido de graduación más tarde esta mañana, ya que hoy es día de capacitación docente. ¿Quieres venir?

Helena levantó la barbilla y frunció las cejas, metiéndose el cabello detrás de las orejas.

—Eso depende. ¿Por qué estás preguntando?

—Em, ¿porque pensé que querías venir...?

Su mirada me dijo que sabía que no era así.

—¿Tu padre te dijo que hicieras esto?

Una parte de mí tuvo ganas de ser honesta, pero en cambio dije:

—No, ¿se suponía que debía hacerlo o algo así?

Parpadeó y me miró por otro segundo, y luego su rostro se transformó en felicidad pura.

—Me *encantaría* ir, cariño. Ay, Dios mío. Creo que primero deberíamos ir a Starbucks, donde podemos adivinar los pedidos de café de las personas por su atuendo. Luego podemos hacer lo del vestido, y tal vez aterrizar en Eastman's para un almuerzo que incluya ese postre de lava caliente que supuestamente es para morirse. Aunque, dudo seriamente que cualquier comida sea *para morirse*. Quiero decir, estoy obsesionada con las barras de Caramello, pero ciertamente nunca daría mi vida por una.

Estaba siendo típicamente sarcástica y divagante, pero sentí que la había hecho muy, muy feliz.

—¿Qué tal un helado? —Extendí la mano derecha y toqué una melodía parecida a la de un camión de helados, feliz de habérselo pedido. Tal vez esto sería bueno para nosotras—. Eso podría considerarse para morirse.

—Ni siquiera es algo sólido. Si voy a morir por un alimento, no será uno que se encuentre en algún lugar entre dos estados químicos.

—Buen punto. —Dejé de tocar—. ¿Acaso discutiremos sobre tu amado pan de plátano?

—Tal vez es digno de robo criminal, pero no de muerte. Se lo robaría al propio presidente, pero tampoco daría mi vida solo por su esponjosidad deliciosa.

—Pero robarle al presidente, ¿no haría que el Servicio Secreto te matara y, por lo tanto, sería lo mismo?

—Bueno, por supuesto, no van a atraparme.

—Cierto, por supuesto.

Subí las escaleras y me preparé, y cuando terminé, Helena me estaba esperando en la sala de estar. Llevaba una chaqueta de cuero súper ruda que se veía perfecta con sus jeans, y una vez más me maravilló el hecho de que tuviera la edad de mi papá.

—¿Estás lista para hacer esto? Estoy pensando en comprar un vestido de broma solo para asustar a tu padre. Te conseguimos un vestido deslumbrante, pero también conseguimos un numerito pequeño y vulgar que le dé un infarto.

—¿De verdad quieres tener que cuidarlo hasta que recupere la salud después de su bypass triple?

—Buen punto. Es un bebé total cuando no se siente bien. —Agarró sus llaves y metió el teléfono en su bolsillo—. Solo le enviaré una foto por mensaje para darle un pequeño susto.

Seguí a Helena hasta el garaje y subí a su auto. Tenía un Challenger negro mate, que era un automóvil brutal que retumbaba tan fuerte que, no se podía escuchar la radio a menos que estuviera muy fuerte. Un tipo en la tienda de autopartes le preguntó una vez por eso, por qué quería conducir un automóvil que claramente estaba destinado a un varón y que probablemente tenía demasiada potencia para que ella lo manejara, y nunca olvidaré su respuesta.

—Ted, fue amor a primera vista. Estaba observando alrededor, vi a este tipo y perdí la cabeza por completo. Sé que es ruidoso y descarado, pero cada vez que lo veo, me siento un poco débil. Y cuando lo manejo, olvídale. Es rápido, salvaje y un poco rebelde, y puedo sentir sus gruñidos roncós por todo el cuerpo cuando piso el acelerador. Esa bestia me ha arruinado para siempre para todos los demás vehículos.

Ted de NAPA perdió la capacidad de hablar, mientras que Helena le sonreía como si no tuviera idea de lo que había hecho. Había ejercido su poder como una diosa y, a pesar de mis sentimientos complicados sobre ella y su lugar en mi vida, tenía un gran respeto por eso.

—Late de especias de calabaza.

—¿En serio? ¿Esa es tu suposición? —Puse los ojos en blanco y tomé un sorbo de mi frappuccino—. Es como si ni siquiera lo estuvieras intentando. *Piensa*, Helena, es abril. Starbucks ni siquiera ofrece esa bebida en abril.

—¿Crees que no lo sé? —Sus labios apenas se movieron a medida que observaba a la chica acercarse a la caja registradora. La ordenante en cuestión era joven, probablemente estudiante de primer año, y vestía como una modelo de Gap—. Es una bebé, así que no conoce las reglas. Solo sabe que su hermana mayor la dejó probar una vez, y fue increíble.

Me reí.

La chica abrió la boca y dijo:

—¿Podrías darme un café con leche de jengibre?

A lo que el barista respondió:

—Lo siento, pero esa es una bebida de temporada.

Miré a Helena con la boca abierta de par en par.

—¡Estuviste tan cerca!

—No es mi primer rodeo, niña. —Se encogió de hombros, y tomó un sorbo de su expreso—. Te toca a Bolso de Mensajero por allá, no me decepciones.

Miré al tipo con la bolsa de mensajero que estaba observando su teléfono. Su bolso era mantequilla total, cuero rico desgastado a la perfección en la forma en que solo se pueden ver los bolsos caros. Sus lentes de carey lo hacían lucir elegante pero también estiloso, y la correa de su reloj combinaba perfectamente con su cinturón y sus zapatos.

—Helado Americano Venti con leche de soya. —Me recliné en mi taburete y crucé los brazos—. Está abrazando la primavera al seleccionar una bebida fría, pero no puede dejar de lado la fuerte seriedad de la mordacidad del Americano.

—Eso es excelente, mi estudiante.

Bolso de Mensajero miró al barista y dijo:

—Sí, solo necesito un tostado helado negro.

—Ooh, tan cerca —murmuré, sacando mi teléfono del bolsillo de mi vestido y revisando los mensajes. No había ninguna razón para pensar que Wes me escribiría, pero después de pasar el rato anoche y habernos divertido tanto, parecía una posibilidad.

—¿Y me puede agregar un chorrito de soya, por favor?

—Bam. —Helena golpeó la mesa—. Eso está bastante cerca, Liz.

—Hoy estamos en llamas.

Ella asintió y dijo:

—Hablando de fuego, ¿qué pasa con Wes?

—¿Qué tiene que ver él con fuego?

Se encogió de hombros.

—Nada. Estoy demasiado impaciente para esperar una buena transición.

—Vaya. —Me aclaré la garganta y observé cómo Bolso de Mensajero tomaba su café y se unía a una mesa con otras tres Bolsas de Mensajero—. Em. En realidad, no «pasa» nada con Wes.

—¿Estás segura? Porque anoche pasaste al menos una hora afuera con él.

Mis ojos se dispararon hacia los de ella, pero en lugar de verse enojada, me dio una sonrisa de «*Te atrapé*».

—No te preocupes, fue puramente accidental que lo supiera. Estaba mirando por la ventana en el momento exacto en que cruzaste disparada por el patio de atrás como si tu trasero estuviera en llamas, y saltaste su cerca.

—¿Mi papá lo sabe?

—¿Por qué iba a despertarlo cuando solo estabas saliendo a mirar las estrellas?

Me encogí de hombros y me mordí mi sonrisa. Por mucho que no quería caer bajo el hechizo de es-tan-genial en el que parecían caer todos los que conocían a Helena, a veces ella de verdad *podía* ser increíblemente genial.

—No sé. Gracias por no decírselo. No fue nada, pero siento que sería un gran problema para él.

—Oh, definitivamente lo sería. —Levantó su taza y jugó con la tapa—. Sin embargo, él confía en ti. Ambos lo hacemos.

—Lo sé. —Crucé las piernas y tracé una de las ranuras de mis medias con el dedo—. Y para que conste, Wes y yo solo somos amigos. Me está ayudando con algo.

—¿Qué? —Balanceó su pierna hacia adelante y hacia atrás sobre el costado de su taburete—. Lo último que supe fue que, ustedes dos estaban peleando por el lugar de estacionamiento. Ahora, de repente, ¿son amigos y él está brindando asistencia útil? ¿Cómo demonios sucedió eso?

—Es un poco complicado.

—No esperaba menos. —Miró a través de la abertura de su tapa antes de hacer girar la taza—. Pero *tienes* que sentirte un poco atraída por Wes. Quiero decir, el chico no solo es atractivo y musculoso, sino que también es gracioso. Como, si yo fuera adolescente, definitivamente iría por él.

Antes de que tuviera la oportunidad de emitir un sonido, se interrumpió diciendo:

—Oh, Dios mío, por favor tacha eso del registro. Sueno como una de esas maestras que envía fotos de sus partes a sus alumnos. *Sabes* que no quise decir eso, ¿verdad?

Eso me hizo sonreír.

—Por supuesto.

—Encuentro a Wes adorable en la forma en que uno encuentra adorable a un cachorro con patas enormes.

—Tranquilízate. Lo sé.

—Oh, gracias a Dios.

—Y estoy de acuerdo. Hasta hace poco, en realidad no había notado a Wes. Pero ahora que he pasado tiempo con él, puedo ver perfectamente por qué una chica podría estar interesada en él.

—Sus hombros, ¿verdad? Son tremendamente anchos.

Entrecerré los ojos.

—¿Lo son?

—¿No te habías dado cuenta?

—En realidad, no. Pero ese no es el punto. Lo que *iba* a decir era que puedo ver cómo una chica se interesaría en él porque es bastante considerado para un... —¿Cómo clasificaría ahora a Wes? Mis etiquetas anteriores no parecían encajar—. Para Wes.

Lo imaginé en la fiesta de Ryno, salvándome de cierta humillación al sostener los pantalones que me había prestado. Santo Dios, Wes Bennett era un todo buen partido, ¿no? Escuchaba bien, hacía llamadas telefónicas a altas horas de la noche, construía hogueras hermosas que pertenecían a revistas de estilo de vida. Wes era bastante encantador.

—¿Pero tú no?

—No. —Sin importar lo que estuviera aprendiendo de Wes, cualquier relación real con él terminaría en un desastre seguro. Y, como si necesitara convencerme, así como así, quise decírselo. Todo—. Bueno, esto es lo que está sucediendo. Pero esto es ultra secreto, ¿de acuerdo? Como en, Jocelyn ni siquiera lo sabe.

—Oh, Dios mío, me encanta ser la que sabe. —Sonrió y se inclinó un poco más cerca—. Cuéntamelo todo, pequeña zorra astuta.

Y lo hice. Le hablé de Michael e hizo un gesto de que le palpitaba el corazón cuando se lo describí y su resurgimiento inesperado en mi vida.

(Aunque dejé fuera la conexión con mi madre). Le conté sobre el plan de Wes y mío, y ella se rio y me llamó un genio malvado.

Lloró lágrimas reales cuando describí que me vomitaron, y resopló *mientras* lloraba cuando agregué los detalles del accidente de la nariz con la pelota de baloncesto a la historia. Se estaba limpiando los ojos cuando dijo:

—Oh, Dios mío, es como si el destino estuviera haciendo todo lo posible para mantenerte alejada de él.

¿Qué? No era así, ¿verdad? Esas habían sido solo coincidencias desafortunadas.

—Cada vez que te acercas a tener un momento con Michael, parece que el universo lo rompe con una pelota en la cara o un vómito en la ropa. Creo que al universo le gusta más Wes.

Estoy bastante segura de que la miré como si tuviera una serpiente saliendo de su boca.

—No, no lo hace. Esas cosas fueron accidentes extraños. En todo caso, diría que la mala suerte sigue la estela de Wes. Que yo esté cerca de él es, probablemente, lo que le molesta al destino.

Sus cejas se elevaron.

—Oh, está bien, Liz. Lo que digas.

Al universo le gusta más Wes.

Mi cerebro estaba frito por esa única oración solitaria mientras íbamos hacia su auto y conducíamos al centro comercial. ¿Al universo le gustaba más Wes?

—Voy a vomitar. —Negué con la cabeza y observé cómo Jocelyn miraba su reflejo en el espejo. Llevaba un vestido naranja largo hasta el suelo, y se parecía más a alguien en la alfombra roja de los Oscar que a una estudiante de secundaria probándose un vestido de graduación—. ¿Acaso algo te queda mal?

La madre de Joss gruñó:

—Es para una adulta. Sácatelo.

Su madre era uno de esos padres amables pero intimidantes. Siempre había sido súper dulce conmigo, pero cuando estaba enojada con Joss, me *ponía* nerviosa. Era diminuta, apenas más de metro y medio, pero cada centímetro de ella estaba a cargo.

Era abogada, y siempre supuse que era increíble en su trabajo porque aún no había visto a Joss ganar una discusión con ella.

Jocelyn puso los ojos en blanco y murmuró algo acerca de sacudir a su madre hasta que el cabello de la mujer se le cayera del moño, lo que me hizo reír, pero también pensé en la forma en que Wes siempre estaba desordenándome el cabello. Era súper molesto, pero algo en eso siempre me hacía sonreír.

Me aclaré la garganta y fruncí el ceño, solo para asegurarme de que no estaba sonriendo espeluznantemente al vacío.

Eso podría arruinarlo todo.

Porque hasta ahora, Joss y yo nos estábamos divirtiendo como en un viaje de compras normal. Su irritación con mi reticencia a las actividades del último año y mi irritación con su insistencia aún no asomaban sus feas cabezas.

Estaba siendo genial y no quería que mis dramas de mentiras con chicos lo estropearan.

Estábamos en nuestra tercera tienda, e iba de la misma manera que había ido en cada parada. Yo me probaba un puñado de vestidos que eran más o menos, y cada vestido en el que Jocelyn se deslizaba se le veía increíble. Ella estaba teniendo dificultades para reducirlo a uno, y yo estaba teniendo dificultades para encontrar incluso uno.

—No es que me vea bien; es que me estoy probando vestidos grandiosos. —Jocelyn me miró en el espejo—. Tú, por otro lado, sigues probándote cosas florales retro que ni siquiera parecen vestidos de graduación. Sé que tienes toda tu onda romántica, pero pruébate un maldito vestido hasta el suelo que se considere un vestido de graduación, por Dios.

—Tiene razón, Liz. —Helena se estaba comiendo un perrito caliente que había comprado en el centro comercial mientras estaba sentada en una silla y nos miraba probarnos vestidos—. Solo toma una pila y comienza a rodar.

—Sal de tu zona de confort —dijo la madre de Jocelyn, dándome una sonrisa maternal y un asentimiento tranquilizador. Luego le ladró a Joss—: Ese es demasiado apretado y con demasiado escote. El siguiente.

Eché un vistazo a los bastidores y ya no tuve ganas de buscar más.

—Uff.

—Ven. Espera. —Jocelyn levantó un dedo—. Ve al probador y espérame. Voy a llevarte diez vestidos para que te los pruebes. Solo confía en mí.

—Pero tú no...

—Confía en mí.

Suspiré y caminé de regreso a los probadores, ya totalmente agotada con la compra de vestidos. Me dejé caer en el banco y sentí a mi teléfono vibrar cuando me senté. Lo saqué y vi un mensaje de Wes.

Wes: *¿Qué le pasó a tu auto?*

Al momento en que vi que el texto era de Wes, sentí... algo. Algo bueno e igualmente confuso que atribuí a estar relacionado con Michael. Podría haber estado enviando mensajes de texto sobre Michael, esa tenía que ser la razón de mi reacción.

Su pregunta me hizo reír porque, por supuesto, Wes se iba a dar cuenta. Mi padre, el hombre cuyo nombre estaba en el título, no se había dado cuenta del daño que le había hecho cuando había raspado el auto contra el costado del poste del autoservicio el día anterior, pero Wes Bennett sí.

Yo: *Mantén la boca cerrada si sabes lo que te conviene.*

Wes: *¿Me estás amenazando?*

Yo: *Solo si vuelves a tocar el tema de mi auto.*

Wes: *Así que... em... hace buen tiempo hoy, ¿eh? ¿Qué estás haciendo?*

Yo: *Compras de vestido de graduación. Es horrible.*

Wes: *¿Peor que ir de compras conmigo?*

Pensé en eso por un segundo.

Yo: *En realidad, sí. Al menos tenías prisa. Estas mujeres quieren prolongar las cosas, y yo quiero salir corriendo. Creo que podría arrastrarme fuera de este probador sin ser detectada...*

Wes: *¿Con quién vas a ir al baile de graduación? Pensé que el objetivo era Michael.*

Mi cerebro produjo una imagen de Wes con un esmoquin, y la despejé rápidamente. Michael era el objetivo.

—Está bien. —Jocelyn apareció en la puerta con un montón de vestidos—. Prométeme que te probarás todos estos. Incluso si no se ven como algo por lo que normalmente irías, solo sígueme la corriente y pruébatelos para nosotras. ¿Es un trato?

Dejé el teléfono en el banco.

—Es un trato.

Frunció las cejas.

—¿A quién le estabas escribiendo?

Le fruncí el ceño en respuesta.

—¿Por qué?

—¿En serio?

Me encogí de hombros y sentí como si me hubieran pillado mirando fotos obscenas.

—Wes, ¿de acuerdo? Me envió un mensaje de texto sobre la pintura en el costado de mi auto.

Jocelyn sabía sobre la pintura porque le envié un mensaje de texto cuando golpeé el poste, por lo que no la desconcertó esa revelación. Pero su rostro se iluminó y dijo:

—¿Tú y Wes ahora se envían mensajes?

—En realidad, no. —Me aclaré la garganta y traté de recordar lo que le había dicho antes de la salida de baloncesto—. Solo ha sido un par de veces y es totalmente casual.

—Sí, claro. Por cierto, no me estás engañando. —Colgó los vestidos en un gancho y se puso las manos en las caderas—. Aunque estás actuando tranquila, realmente te gusta Wes Bennett.

—No me gusta. —¡No me gustaba! Mis respuestas emocionales a Wes tenían que ver con su conexión con mi madre y el hecho de que éramos socios en el crimen.

Eso era todo.

—Oh, sí, te gusta. Has estado soñando despierta todo el día, cada vez que te probabas un vestido. —Entrecerró los ojos y dijo—: Oh, Dios mío, será mejor que no me abandones por Wes.

—Cállate. —Se me hizo un nudo en el estómago cuando me dio ese pequeño adelanto de lo infeliz que sería si Michael me invitara al baile de graduación—. No te voy a dejar por Wes.

Pero podría hacerlo por Michael. Dios, era una amiga terrible.

—Bueno, tienes a un chico en mente, y si no es el querido Wesley, entonces, ¿quién es?

Una parte de mí quería sincerarse y decírselo. ¿A quién le importaba si pensaba que mi plan era una mala idea? Quizás ya era tiempo.

Pero justo cuando ese pensamiento se estaba formando, escuché a Helena y la madre de Joss reírse junto al gran espejo. Parecían dos madres, esperando felizmente a sus hijas, y eso hizo que todas mis emociones jodidas regresaran rápidamente.

No. Simplemente no podía encontrar la fortaleza para un desacuerdo, no allí en el probador de los grandes almacenes Ralph. No sería tan malo duplicar lo de Wes, ¿verdad? Quiero decir, técnicamente él *había* sido el que había estado en mi mente todo el día. Estaba totalmente dentro del ámbito de la credibilidad que estuviera un poquito enamorada de Wes y que al final no funcionara, ¿verdad?

Me pasé una mano por el cabello.

—Aún estoy intentando resolverlo, ¿de acuerdo? Me divierto mucho cuando estoy con Wes, pero al mismo tiempo, no es mi tipo y...

—¿Qué quieres decir con que no es tu tipo? ¿Porque no es algún personaje que escribe poesía y sabe cuál es tu flor favorita?

Odiaba cuando hacía eso. Cuando me reducía a una niña tonta y enamorada.

—Ni siquiera importa porque solo estamos hablando, ¿de acuerdo? —dije.

—De acuerdo. —Me dedicó una sonrisa divertida, y la montaña rusa emocional en la que acababa de disfrutar de un paseo de tres minutos pasó desapercibida—. Sin embargo, mi dinero está en Bennett. Si alguien puede meterse y sacudir tus nociones románticas, es Wes.

Puse los ojos en blanco y recordé lo que Helena había dicho antes.

—Creo que estás haciendo que esto sea *más* de lo que es.

—Ya veremos. Ahora pruébate los vestidos.

Cerró la puerta detrás de ella, y empujé la cerradura. Antes de comenzar con los vestidos, agarré mi teléfono y respondí el mensaje anterior, sabiendo que mi respuesta era una mentira.

Yo: *Jocelyn y yo habíamos planeado ir juntas, pero estoy segura de que entenderá si alguien que me importa me lo pide.*

Simplemente ponerlo en el universo podría hacerlo realidad, ¿verdad?

Me puse el primer vestido, una cosa larga, roja y brillante que probablemente podría verse desde el espacio, y me reí de mi reflejo. Parecía

una concursante de belleza que había perdido su bolso de maquillaje y accesorios para el cabello. De los hombros para abajo: bien. De los hombros para arriba: no tanto.

Mi cabello rojo desentonaba totalmente con el vestido.

De todos modos, salí al espejo de tres caras y giré para mis fanáticas, quienes estuvieron de acuerdo.

—Pero el estilo es *mucho* mejor que los que te probaste antes. — Helena juntó las manos como si estuviera rezando—. Alabado sea Jesús, siento que nos estamos acercando.

Cuando regresé al probador, miré mi teléfono antes de cambiarme.

Wes: *¿Por qué no te gusta comprar vestidos? Ese parece tu atasco.*

Me desabroché el vestido y me lo quité mientras enviaba mensajes de texto.

Yo: *Mis preferencias no coinciden exactamente con las tendencias del baile de graduación, y a las personas con las que estoy no les importa.*

Wes: *Ah. Quieres flores, bolsillos y volantes de ancianita, y ellas quieren que te pongas algo sexy.*

¿Por qué su postura ante la mayoría de las cosas, incluso cuando se burlaba de mí, me hacía reír? Sonreí y estiré el brazo para agarrar el vestido negro. Era corto en el frente y largo por la parte de atrás, con la parte de arriba que se ataba detrás del cuello. Estaba a punto de ponérmelo cuando el teléfono vibró.

Wes: *Mujer, no te olvides de que tu color es el blanco.*

Está bien, eso me hizo reír en voz alta. Le eché un vistazo a los vestidos, y allí *había* uno blanco. Solté el negro y tomé ese. Y guau.

En realidad, era... asombroso.

Era sin tirantes, con un cuerpo simple de seda que se afinaba hacia un cinturón de cuentas blancas y una larga falda amplia. Era impresionante, en ese 75 por ciento del vestido era simple y poco llamativo, pero luego, a lo largo del ruedo aparecía un estallido de flores silvestres coloridas.

Me lo puse, conteniendo la respiración mientras deslizaba hacia arriba el cierre del costado. Y cuando miré mi reflejo...

Agarré el teléfono.

Yo: *Bennett, puedes que tengas razón. El único vestido que me ha gustado hasta ahora es blanco. ¿Qué rayos contigo acertándole a mi estilo?*

Me levanté el cabello y me giré hacia el costado para ver la parte de atrás. En realidad, era un vestido glorioso. Y cuando le pasé las manos por el costado, encontré bolsillos.

Wes: *¿Por qué dudas de mí?*

Yo: *Buen juicio. Experiencia.*

Wes: *Foto, por favor.*

—¿Qué? —me dije, y solté un resoplido nervioso incluso mientras pensaba en el mejor ángulo. Dios, ¿por qué estaba pensando en eso cuando se trataba de Wes pidiéndolo? Murmuré una corriente de obscenidades (*mierda, mierda, mierda*) antes de responder con:

Yo: *Em, ese es un gran no.*

Wes: *Está bien, envíame una foto de otra cosa solamente para que me sienta incluido.*

Busqué alrededor del probador algo gracioso para enviarle, y luego pensé: *¿qué diablos?* Tomé una foto del vestido en el espejo y se la envié por mensaje de texto.

¿En serio acababa de hacer eso? ¿De verdad acababa de enviarle a Wes Bennett una condenada selfi de un *vestido de graduación*? Santa mierda...

—¡Liz! ¿Tienes puesto un vestido? —gritó Jocelyn desde su lugar en la galería—. Tienes que dejarnos ver, porque, aunque no sean tu estilo, uno de esos *va a* funcionar, maldita sea.

Solté el teléfono y salí al gran espejo. Como si fuera el programa *Say Yes to the Dress* o algo así, cuando estuve frente a ellas, Jocelyn y Helena

jadearon y se cubrieron la boca con las manos. La mamá de Jocelyn solamente sonrió.

—Ese vestido fue hecho para ti. —Jocelyn se cruzó de brazos—. Por favor, no me digas que lo odias. No puedes.

—Te ves increíble. —Helena estaba de pie, sonriendo como si estuviera a punto de ponerse a llorar—. ¿Te gusta?

Me encogí de hombros.

—Tiene bolsillos. Y flores. Prácticamente *tengo* que comprármelo, ¿no?

Observé mi reflejo en el espejo y supe, simplemente supe, que mi madre habría amado ese vestido. Habría elegido ese vestido para mí. Cielos, habría usado ese vestido si hubiera tenido que vestirse formalmente. Quizás no pudiera estar ahí, comprándolo conmigo, pero encontrar ese vestido significaba algo, ¿no?

—Oh, Libby, no veo la hora de que tu papá te vea con ese vestido. —La cabeza de Helena estaba ladeada hacia el costado y sonreía, pero sus palabras fueron como un balde de agua fría, devolviéndome repentinamente al presente sin mamá. Porque lo que Helena había dicho era exactamente lo que mi madre habría dicho si hubiera estado aquí. De hecho, podía escuchar su voz cantarina diciendo esas palabras.

Pero Helena no era mi mamá, incluso si de repente me estuviera llamando *Libby* como si lo fuera.

Me crucé de brazos y necesité estar fuera de ese vestido EN SEGUIDA.

—Voy a cambiarme.

—¿No estás emocionada? —Me dedicó una emocionada mirada sabihonda y un falso puño en el aire que probablemente me hubiera hecho reír una hora antes—. Encontraste tu vestido.

—Seguro. —Observé cómo disminuyó su sonrisa, pero no podía detenerme. Una parte de mí creía que, si no me alejaba, ella iba a borrar el hecho de que mi madre hubiera existido. Pensé en todo el día que Helena

había planeado. Y simplemente quise estar sola—. Por cierto, no tengo hambre, así que, ¿podríamos ir directo a casa después de esto?

Helena echó un vistazo hacia Jocelyn y su madre, quienes afortunadamente estaban hablando entre ellas sin prestarnos atención, antes de decir:

—Seguro. Si eso es lo que quieres.

Después de cambiarme, en vez de unirme a las demás junto al espejo enorme, llevé el vestido hasta el mostrador y pagué antes de que Helena tuviera la oportunidad. Cuando me uní al grupo con el vestido ya en una bolsa y colgando de mi brazo, todas se vieron confundidas.

—¿Ya lo compraste? —Los ojos de Jocelyn estaban enormes a medida que se ponía la tira de su bolso cruzado sobre el hombro y murmuraba sarcásticamente—: Sí, eso no es para nada raro.

Levanté el vestido y fingí que todo estaba bien. Incluso sonreí.

—Como tenemos que volver a la última tienda y buscar el tuyo, pensé que aceleraría las cosas.

Me dedicó una mirada que me decía que sabía lo que tramaba.

—Bien pensado, Liz.

Una sensación incómoda nos sobrevoló a las cuatro mientras conversábamos falsamente felices y caminábamos hacia la salida. Jocelyn y su madre sabían qué pasaba, Helena sabía qué pasaba y también sabía que las otras sabían lo que pasaba, de modo que todas hicimos lo mejor posible para fingir que no había arruinado el día entero.

Al abrocharme en el auto, me puse los auriculares y puse rápidamente en cola una canción antes de que Helena pudiera mencionar lo que había sucedido.

Entonces, noté el mensaje en mi teléfono.

Wes: *Compra ese vestido. Te lo ruego.*

Mi estómago dio un vuelco. Podía escuchar esas palabras pronunciadas con su voz profunda. Aun así, era Wes. Seguramente no lo

decía de la manera que parecía.

Vacilé ante mi respuesta, mirando el teléfono en mi mano mientras visiones de Wes Bennett bailaban en mi cabeza. Empecé a escribir más de una respuesta «genial», pero luego cedí a mis necesidades patéticas.

Yo: *¿Te gusta?*

Las burbujas aparecieron como si estuviera escribiendo, pero desaparecieron después de unos minutos. Esperé, y finalmente aparecieron de nuevo.

Wes: *A Michael le encantará. Confía en mí.*

Empecé a responder, como, cinco veces a lo largo del día, pero al final no dije nada. Porque, ¿qué había que decir? Había estado siendo un poco absorbida por la actuación de Wes, tropezando con su encanto, pero su respuesta me recordó mi objetivo.

Yo. Michael.

El baile.

Bam.

10

«Pero sobre todo odio la forma en que no te odio. Ni siquiera cerca, ni siquiera un poco, ni siquiera en absoluto».

10 Things I Hate About You

Wes: *Mañana películas en casa de Michael. ¿Aún te apuntas?*

Levanté la vista de mi teléfono para asegurarme de que el profesor seguía sermoneando y no me miraba mientras rompía las reglas. Mi pie pateó accidentalmente la silla de Joss frente a mí mientras sostenía mi teléfono junto a mi regazo y enviaba un mensaje de texto: *Definitivamente.*

Wes: *Te recogeré a las 6 para que podamos comer por el camino.*

Levanté la vista por un segundo. Había estado repasando mis interacciones recientes con Wes en mi cabeza, y necesitaba reforzar nuestros límites. Todos nuestros momentos agradables de los últimos tiempos estaban enturbiando las aguas, y necesitaba mantener la calma y concentrarme en mi objetivo.

Lo último que quería era estropear todo por un coqueteo tonto malinterpretado.

Yo: *No es una cita, ¿verdad?*

Wes: *Ewww, Liz.*

Yo: *Solo comprobaba. No puedo permitir que te encariñes.*

Wes: *Aunque te cueste creerlo, no me cuesta nada luchar contra los sentimientos, lindo bichito raro.*

Eso me hizo soltar una carcajada pequeña.

—Oh, Dios mío.

Levanté la vista y Jocelyn estaba totalmente girada en su silla, mirándome con una sonrisa enorme en la cara.

—Le estás escribiendo, ¿verdad? —susurró.

Me aclaré la garganta.

—¿A quién?

—Ya sabes a quién. —Miró al profesor antes de volverse y decir—: Bennett.

Inhalé por la nariz antes de decir:

—Sí, pero solo nos tiramos bromas. Cosas totalmente platónicas.

—¿Cuándo vas a admitir que te gusta? No digo que sea amor o lo que sea que escribas en tu diario secreto, pero disfrutas genuinamente del chico.

—Disfrutas del chico. Nombre de banda... ponle así.

—Maldita seas. —Soltó una risita y se dio la vuelta. Otro punto para mí en el juego que habíamos estado jugando durante más de un año.

Miré la parte posterior de su cabeza mientras el ahora sentimiento familiar de culpa llenaba mi estómago. Es decir, técnicamente no estaba equivocada; *estaba* disfrutando de Wes. En plan de amigo, se estaba convirtiendo rápidamente en una de mis personas favoritas.

Pero me molestaba un poco no saber lo que iría a pasar después de mañana por la noche. ¿Seguiríamos siendo amigos una vez que todo esto llegara a su fin? ¿Tenía algún interés en eso?

Mi teléfono sonó en ese mismo instante. Como si supiera que estaba pensando en él.

Wes: *Si te interesa, esta noche hay lluvia de meteoritos. Y para que sepas, tengo cigarros de sabor.*

Apreté los labios en un intento de no sonreír, pero fue inútil.

Yo: *¿A quién le importan las lluvias de meteoritos? Si traes los cigarros de cereza, me apunto.*

Wes: *Eres una mierda. Nos vemos allí.*

—Simplemente lo estaba escondiendo entre tus libros nerds para que no me atraparan. No te estaba aterrorizando.

—No me lo creo. —Giré mi palo para que los malvaviscos giraran en el fuego—. En primer lugar, no tenías que decapitar en absoluto al querubín. En segundo lugar, pusiste pintura roja alrededor de la boca y los ojos y colocaste la cabeza para que mirara a cualquiera (es decir, a mí) que se atreviera a acceder a esa pequeña biblioteca gratuita.

—Olvidé la pintura. —Sonrió y puso sus grandes pies al costado de la hoguera—. Quizás hubo una intención *mínima* aterrorizante.

—¿Tú crees? —Retiré los malvaviscos del fuego y soplé sobre ellos antes de arrancar uno del palo—. El tiempo ha suavizado el recuerdo de tu antiguo yo. Crees, a no ser que estés fingiendo abiertamente, que simplemente fuiste un niño revoltoso sin ninguna mala voluntad hacia mí. Y eso es categóricamente falso.

Sus ojos siguieron el malvavisco blando que me metí en la boca. Mientras masticaba, me di cuenta de que me sentía completamente desinhibida ante él. En lugar de preocuparme por parecer una cerda, le dije a través de la boca llena de malvavisco:

—Admítelo.

Miró mi boca atiborrada durante unos segundos más. Entonces dijo:

—No haré tal cosa. Sin embargo, admitiré que era muy divertido meterse contigo. Y aún es así.

—Bueno, no lo disfruté entonces, pero ahora... ahora puedo contigo así que está bien.

—Por favor, deja de fanfarronear. —Tomó la bolsa de barritas Hershey, desenvolvió uno, y me lo arrojó—. No puedes, y nunca podrás, *conmigo*. Al menos, no cuando se trata de molestarme.

Tomé el chocolate y lo emparejé con el otro malvavisco entre dos galletas. Estaba sosteniendo el s'more más perfecto del mundo.

—¿Seguro que no quieres que te haga uno?

—No, gracias, pero tu estilo es impresionante.

—No es mi primera vez, dulzura. —Sonreí y di un gran bocado—. Mmm... está tan bueno.

Wes soltó su carcajada profunda y miró a las estrellas. No había sacado ningún cigarro desde que llegué, así que no estaba segura si ya no le apetecía o si se estaba conteniendo por cortesía hacia mí. Se había burlado de mi brazo lleno de provisiones para hacer s'more cuando llegué, pero también se había comido unas diez de mis barritas Hershey hasta el momento.

Escuché las primeras notas de «*Forrest Gump*» de Frank Ocean en el altavoz Bluetooth de Wes, y sonreí. Es una canción genial para sentarse bajo las estrellas. Tarareé la introducción y me sentí primaveral mientras la letra de la canción se deslizaba sobre mí como la luz de las estrellas.

Mis dedos y mis labios

Arden por los cigarrillos

—Buxbaum, ¿cuáles son tus planes para el próximo año? —Seguía mirando al cielo, y mis ojos se detuvieron un momento en su perfil. Aunque no era mi tipo, esa mandíbula fuerte, la manzana de Adán prominente y el cabello abundante formaban una imagen muy, muy bonita.

Ignoré el nudo en mi estómago ante la mención del próximo año.

—UCLA. ¿Y tú?

Eso hizo que me mirara como si estuviera loca.

—¿En serio?

—Um... ¿sí...?

—¿Por qué UCLA?

Ladeé la cabeza.

—¿Tienes algún problema con la UCLA?

Tenía una mirada extraña en su rostro.

—No. Para nada. Es que fue... realmente inesperado.

Entorné los ojos hacia él en la oscuridad.

—Estás actuando muy raro con esto.

—Lo siento. —Sus labios se deslizaron en una media sonrisa—. UCLA es una gran universidad. ¿Qué quieres estudiar? ¿Películas románticas irreales?

Puse los ojos en blanco mientras él esbozaba una sonrisa autosatisfecha.

—Te crees más gracioso de lo que eres de verdad.

—No lo creo. —Hizo un gesto con las manos para que continuara—. Por favor, dime tu plan de estudio.

Me aclaré la garganta. Odiaba arruinar el ambiente de la noche hablando de la universidad. Hablar del próximo año siempre me dejaba desolada porque sabía de primera mano lo rápido que cambiaba todo. La vida avanzaba con una velocidad ardiente que dejaba en el olvido todos los detalles bien impresos.

Una vez que me fuera, nada volvería a ser lo mismo. Mi padre, la casa, *sus* rosales, nuestras conversaciones diarias: todas esas cosas serían diferentes cuando volviera. Se desvanecerían en el pasado antes de que tuviera la oportunidad de darme cuenta, y no habría forma de recuperarlas.

Incluso Wes. Había estado allí desde el principio, viviendo su vida en paralelo a la mía, pero el año que viene sería diferente.

Por primera vez, no estaría a mi lado.

Me aclaré la garganta y dije:

—Musicología.

—Suena inventado.

—¿Verdad? —Sentía que tenía memorizada la verborrea del catálogo de la UCLA de tanto leerla—. Pero es legítimo y un programa muy, muy

bueno. Puedo especializarme en Industria Musical y obtener una certificación en Supervisión Musical.

—¿Qué trabajo consigues con eso después de la universidad?

—Quiero ser supervisora musical. —Normalmente cuando decía eso, me encontraban con una cara de fastidio y la monosílaba *¿Qué?* Pero Wes se quedó sentado, escuchando—. Básicamente significa que quiero recopilar música para bandas sonoras.

—Vaya. —Sacudió un poco la cabeza—. En primer lugar, no tenía ni idea de que eso existiera. Pero, en segundo lugar, ese es el trabajo perfecto para ti. Mierda, ya haces eso todo el tiempo.

—Sí. —Tomé otro bocado de mi s'more y lamí el malvavisco escurriendo en mis dedos—. Y no tienes ni idea; tengo las estanterías *llenas* de cuadernos de bandas sonoras. No puedo esperar a empezar.

—Maldición. —Me dirigió una mirada seria que sentí en mi vientre. Su voz sonó tan profunda en la oscuridad del Área Secreta que cualquier cosa que no fuera una tontería se sentía íntima—. Siempre has hecho lo tuyo, Liz, y es jodidamente genial.

¿Era raro que su cumplido me hiciera sentir calor desde la punta de los dedos de mis pies hasta mis ojos entornados? Todas las tensiones se alejaron con ese *jodidamente genial*.

—Gracias, Wes.

—Para ti es Wessy.

—Sí, no.

El momento se rompió, pero el calor bajo mi esternón permaneció, dejándome relajada y extremadamente feliz de divagar sin pensar.

—¿Y tú? ¿A qué universidad irá el héroe de todo el mundo?

—Ni idea. —Se inclinó hacia delante y movió el fuego con el palo del s'more—. El béisbol acaba de empezar, así que aún está en el aire.

—Ah, entonces ¿quieres jugar en la universidad?

—Sí, señora.

—¿Y eres lo suficientemente bueno...?

—Sí, Liz, soy lo suficientemente bueno. —Tosió una carcajada—. Bueno, espero.

—Por cierto, no lo digo como un insulto. Es que nunca he ido a un partido. ¿Qué eres, un bateador o algo así?

—Está bien... no vamos a hablar de béisbol hasta que no hayas visto un partido de verdad. Eso fue patético.

—Lo sé. —Subí las piernas a la silla y las rodeé con los brazos—. Entonces, ¿crees que te irás a estudiar lejos o te quedarás aquí?

—Lejos. —Miró hacia el fuego, y las sombras de las llamas bailaron en su cara—. Ya he recibido ofertas de universidades en Florida, Texas, Cali y Carolina del Sur, así que ¿por qué querría quedarme en Nebraska?

—Guau. —¿Qué tan bueno *era*? Y aunque yo planeaba irme, ¿por qué la idea de que Wes no estuviera aquí (para siempre en la casa de al lado) me causaba un pequeño dolor en el corazón? Estudié el fuego y le pregunté—: ¿La UNL no tiene un equipo de béisbol muy bueno?

—Sí, por cierto, no puedo creer que lo sepas. —Sonrió, pero no llegó a sus ojos y no apartó la mirada del fuego—. Simplemente estoy listo para dejar atrás Nebraska. En realidad, no hay nada aquí para mí, ¿sabes?

—No, no lo sé. —Desenvolví los brazos de las piernas y volví a poner los pies en el suelo, molesta por lo que acababa de decir—. *Odio* dejarlo atrás, pero mis sueños están todos en California o Nueva York.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás enfadada?

—No. —¿Quizás? Puse los ojos en blanco—. Quiero decir, haz lo tuyo. Simplemente no entiendo...

—¿Libby? —Mi cabeza se giró al oír la voz de mi padre. Allí estaba, de pie en el claro con sus pantalones de pijama y la camiseta de DINKER'S HAMBURGERS, mirándome como si estuviera bailando desnuda encima

del fuego—. En nombre de Dios, ¿qué haces aquí a las once y media de la noche en días de clases?

Pensé en el texto original de Wes antes de escabullirme.

—Salí para ver la lluvia de meteoritos, y luego Wes gritó por encima de la cerca para que me acercara.

—Aah... olvidé la lluvia de meteoritos. —Se acercó y se sentó en la silla vacía entre Wes y yo, dejándose caer en el cojín antes de frotar casualmente la parte superior de su cabello rizado—. ¿Cómo va?

Wes y yo nos miramos entonces, porque ninguno de los dos se había acordado realmente de la lluvia una vez que habíamos salido.

—Simplemente genial —dije.

—Pásame un malvavisco, ¿quieres, cariño? Hace años que no como un s'more.

El miércoles se alargó, sobre todo porque me pasé todo el día obsesionada con dos cosas. En primer lugar, aún me molestaba el comentario de Wes de la noche anterior. *En realidad, no hay nada aquí para mí.* ¿Por qué diría eso? ¿En serio se sentía así? Aún no sabía *mucho* sobre toda su gran vida, pero por alguna razón eso hirió mis sentimientos.

Tal vez era porque me había estado divirtiendo conociéndolo, y había pensado que él sentía lo mismo.

Pero cuando me obligué a dejar de pensar en eso, me emocioné mucho por la noche que se avecinaba. Mientras escuchaba al señor Cooney parloteando en trigonometría, decidí que me pondría la blusa verde que había comprado con Wes y me alisaría el cabello. Se lo había contado a Joss (bien, era una honestidad engañosa) así que pude pedirle su opinión sobre mi atuendo.

Mientras la señora Adams animaba a la clase a explorar los escritores que llevamos dentro, yo me puse los auriculares y exploré mi ensoñación interior. Puse «*Electric*» de Alina Baraz y Khalid en repetición, la canción perfecta para acompañar mis imaginaciones de la noche.

Más oscuro que el océano, más profundo que el mar

Tienes todo, tienes lo que necesito

Solo que, la canción me hizo seguir pensando en Wes en lugar de Michael, lo que me frustró muchísimo. Sin importar cuántas veces me pusiera a pensar en lo que me depararía la noche, mi cerebro le daba la vuelta y pensaba en la cena con Wes.

Porque nunca había cenado de verdad con él. Bueno, no desde que nuestras madres nos habían dado a los dos sándwiches de jamón en el picnic anual del vecindario de Parkview Heights, pero eso no contaba, como tampoco contaban nuestros s'mores de anoche.

¿Comía mucho? ¿Se pondría en plan cariñoso y sacaría las sillas para sus compañeras de cena?

No ayudó que Joss pensara que estaba emocionada por salir con Wes. Balbuceé durante todo el almuerzo sobre cómo me iba a maquillar, y su complicidad hizo que *pareciera* que estaba emocionada por salir con Wes.

Mi falta de sueño de la noche anterior me estaba confundiendo claramente.

En cuanto sonó el timbre final, casi corrí hacia el auto. Mi teléfono sonó a medida que caminaba por el estacionamiento.

Wes: *Está bien... una pregunta rara.*

Yo: *Todas tus preguntas son raras.*

Wes: *Voy a ignorar eso. En realidad, tengo dos preguntas. La primera: ¿anoche te hice enfadar?*

Más o menos, pero no quería que estropeará la velada que se avecinaba, así que respondí con: *No.*

Wes: *Mentirosa. Dime.*

Como si en realidad quisiera saberlo. Solo quería dejarlo todo atrás porque no había nada aquí para él. Puse los ojos en blanco y envié un mensaje:

Yo: *Sigue con tu pregunta, Bennett.*

Wes: *Bien. ¿Te gustan los bares de mala muerte con buena comida? Me parece que eres demasiado pomposa para las hamburguesas grasientas en servilletas.*

Quité el seguro de mi auto y abrí la puerta.

Yo: *Gracias por llamarme pomposa, pero en realidad soy una carnívora desvergonzada que vendería su alma por una buena hamburguesa.*

Wes: *Gracias a Dios. Tengo ganas de comer en Stella's y pensé que no te apetecería.*

Acababa de elevar la ya de por sí atractiva noche a maravillosamente apetecible.

Yo: *¡Me ENCANTA Stella's!*

Wes: *Te recogeré a las 6. Y para que lo sepas, lo de «pomposa» no era un cumplido.*

Sonreí y me subí al auto. Seguro que no lo era.

Cuando llegué a casa, me deshice de mi ropa de la escuela, un vestido súper bonito que estaba cubierto de amapolas rojas brillantes, y me di una segunda ducha. Después de espantar a Fitz de mi ropa, me sequé y pasé una eternidad alisando el cabello que no debía ser más que rizado. Incluso me tomé un tiempo extra para poner el delineado de mis ojos más puntiagudos.

Cuando Wes me envió un mensaje de texto diciendo que estaba a punto de llamar a mi timbre, sentí que me veía bastante bien de una forma parecida a todos los demás. Le envié un mensaje rápidamente:

Yo: *No llames. Saldré en un minuto.*

Wes: *Siento que te avergüenzas de mí.*

Yo: *Totalmente.*

Wes: *Pues si no estás fuera en treinta segundos, voy a empezar a tocar la bocina.*

Abrí de golpe la puerta de mi habitación y corrí por el pasillo, cerrando la cremallera de mi bolso cruzado mientras bajaba las escaleras.

—Ooh... alguien tiene prisa.

Me detuve al final de los escalones y miré a Helena, que estaba leyendo un libro en el sofá del salón y me sonreía como si estuviera entretenida. Las cosas habían sido súper incómodas desde la compra del vestido, pero ayer fue como si hubiera decidido olvidarlo. Había traído una pizza para cenar y actuó como si mi actitud idiota nunca hubiera ocurrido. Gracias a Dios, porque me sentí muy mal, pero no estaba segura de cómo disculparme sin provocar más discusiones.

—Ya le he dicho a papá que iré a casa de Michael con Wes. Veremos películas. Aún no estabas en casa cuando lo hablamos —le dije.

Le dio la vuelta al libro y lo colocó en la mesita auxiliar.

—Me lo dijo. Así que... ¿Wes sigue ayudándote a conseguir a Michael?

Podía leer en su cara que pensaba que algo estaba pasando, emocionalmente, con Wes.

—Síp.

Miró su reloj.

—Es muy temprano para una noche de películas, ¿no?

—Wes y yo iremos a Stella's antes de ir allí. —No sonreí, pero sentí que ella podía ver la verdad cambiante en mis ojos. Esperé un comentario.

—Bueno, ¿acaso eso no suena simplemente delicioso? —Sonrió, y en cierto modo, tuvimos toda una conversación con nuestras caras antes de que yo dijera...

—Lo que sea, tontita. —Me pasé una mano por el cabello liso y dije —: Solo estás celosa de que iré a Stella's y tú no.

—Dios, lamería el suelo por una de esas hamburguesas ahora mismo.

Me reí.

—Lo entiendo.

—En serio. Si alguien me dijera que puedo comer una hamburguesa de Stella's en este mismo momento si lamiera el suelo de la cocina, lo haría absolutamente.

Eso me hizo resoplar y pregunté:

—¿Quieres que te traiga una?

—¡Dios mío, sí, por favor! —Se levantó de un salto y corrió hacia su bolso en la encimera—. ¿Hablas en serio?

—Sí... —empecé a responder cuando oí el primer bocinazo. Oh, Dios mío, Wes estaba tocando la bocina—. Hablo en serio. Pero estará totalmente fría cuando lleguemos a casa.

Me sentí bien al hacer algo por ella después de la rareza del lunes, pero en cierto modo deseé que me pidiera directamente que le comprara una. ¿Sentía que no podía? Me sentí mal si ese era el caso, y hubo una gran parte de mí que deseó que fuéramos más cercanas.

Me sentía tan confundida.

Sacó un billete de veinte y lo empujó en mi dirección.

—No importa. Tráeme una hamburguesa doble con todo.

—Es imposible que te comas todo eso.

—Apuéstalo.

Sacudí la cabeza mientras tomaba su dinero.

—Estaré en casa a las once y media o doce, ¿de acuerdo?

—Pórtate bien, pequeña.

Wes tocó la bocina entonces, y Helena dijo:

—Lo está haciendo a propósito, ¿no?

La miré por encima del hombro, imaginando a Wes empujándome en el asiento que me aseguraba estar sentada junto a Michael en la minivan.

—Estoy bastante segura de que lo hace *todo* a propósito.

Salí corriendo por la puerta y me metí en el auto de Wes.

—No puedo creer que hayas tocado la bocina.

—¿No puedes? —Me sonrió y esperó mientras me abrochaba el cinturón de seguridad—. Es como si no me conocieras. Por cierto, bonita camiseta.

—Gracias. —Me abroché el cinturón y me acomodé el cabello detrás de las orejas—. Alguien me dijo que el verde es mi segundo mejor color.

—Eso tiene sentido, con tu cabello rojo y todo eso.

Volví a poner los ojos en blanco.

—Eso no es así.

—¿Cómo puedes no conocer las reglas? Quiero decir, Estilo 101.

—¿Y cómo lo sabrías tú, señor Jockshop³?

—Porque soy inteligente. —Su boca se deslizó en una sonrisa satisfecha a medida que ponía el auto en retroceso y salía del camino de entrada—. Obviamente.

—¿Y *por qué* haces esto? —preguntó Wes.

Sonreí mientras escribía mis iniciales con ketchup en la servilleta, rodeándolas con un gran corazón.

—Es una tradición. Cuando crecía, siempre que veníamos aquí, escribía cosas con ketchup en las servilletas mientras esperaba nuestra comida.

—Eso es raro.

—No, no lo es. —Rodeé el corazón grande con corazones más pequeños—. Tienes que probarlo y ver. Hay algo en la punta de ketchup chorreante que lo hace genial.

—Um, estoy bien, pero gracias.

—Dios mío, ¿eres demasiado genial para escribir con ketchup?

—Bueno, sí, seguro que lo soy. —Se estiró sobre la mesa y tomó el condimento de mi mano—. Pero en aras de ser un buen compañero de cena, probaré tu pasatiempo infantil.

—Bien. —Saqué algunas servilletas del dispensador y las puse en la mesa frente a él—. Y no tiene desperdicio, porque puedes mojar las patatas fritas en ella.

—No me gusta el ketchup en mis papas fritas.

—Wes, ni siquiera te entiendo.

Empezó a hacer algo en la servilleta, y me di cuenta de que la *Rueda de la Fortuna* estaba en la televisión detrás de la barra mientras la versión de Tom Jones de «Kiss» sonaba en el tocadiscos anticuado. Stella's era un bar grasiento que antes había sido una casa, y aunque servían las hamburguesas en servilletas y el local carecía por completo de ambiente, te considerabas afortunado si conseguías una mesa durante la hora del almuerzo.

Mi ciudad apreciaba una buena hamburguesa y unas papas fritas cortadas a mano.

Volví a mirar su servilleta y había dibujado un tipo caricaturesco. Era una cara en ketchup, mucho mejor que las letras infantiles que había hecho.

—Entonces, ¿qué tal el béisbol?

Siguió trabajando con el ketchup.

—¿Por qué me preguntas eso?

Observé su rostro a medida que se concentraba. La longitud de sus pestañas oscuras era totalmente injusta.

—Porque ahora sé que es importante. Como en, no solo un pasatiempo. Así que... ¿has bateado un jonrón? ¿O bateaste un dinger⁴?

Sus labios se volvieron hacia arriba.

—Basta.

—¿O eres lanzador? ¿Deslizaste una bola curva?

—Buxbaum, tienes que parar. —Me dedicó una buena sonrisa, y enrosqué los dedos de mis pies en mis botines marrones—. O aprendes sobre el juego, o no vuelves a hablar de él.

La camarera apareció con nuestra comida (y la de Helena en una caja para llevar), y nos parecimos en que toda nuestra atención se centró en las ofrendas grasientas. Se acabaron las charlas, y las bromas. Nuestros ojos solo fueron para la comida.

—OhporDiosesosestábuenísimo. —Tragué mi primer bocado de hamburguesa y alcancé mi refresco—. Dios te bendiga por traerme aquí.

—Quería venir egoístamente. Solo eres un daño colateral.

—Ni siquiera me importa. —Sumergí dos papas fritas en ketchup y las metí en mi boca—. Lo único que importa es que mi boca tiene estas delicias en su interior.

—Puaj.

Eso me hizo resoplar.

—¿Verdad?

—No resoples mientras comes. Si aspiras comida, podría darte una infección pulmonar y morir.

Tragué pesado.

—No tengo ni idea de cómo responder a esa afirmación.

—«Muchas gracias por cuidarme, Wessy». *Esa* es una respuesta perfecta —dijo.

Tomé otra papa frita.

—Muchas gracias por entretenerme con tu conversación absurda mientras comemos, Wessy. Esto definitivamente no es aburrido.

—Está bien, eso es bueno.

—Pero ¿no lo es?

Nos quedamos en silencio mientras comíamos, pero era un silencio cómodo. Me perdí en la comida hasta que dijo:

—No te lo tomes a mal, pero comes como un hombre.

—Un poco sexista, ¿eh?

—Permíteme decirlo de otra manera. —Se aclaró la garganta, se limpió las manos en la servilleta, levantó un dedo y continuó—: La sociedad... equivocadamente... espera que una chica bonita coma una ensalada y picotee la comida, pero tú engulles una hamburguesa como una persona que lleva semanas pasando hambre. Y probablemente criada por lobos.

Era ridículo que su uso de la palabra «bonita» me pusiera los nervios de punta. ¿Creía que era bonita?

—Me gusta la comida. Demándame.

Se recostó un poco en su silla y sonó los nudillos de su mano izquierda.

—Entonces, ¿cuál es tu plan para esta noche? ¿Cómo vas a ganarte a Mikey si te consigo un momento a solas?

Momento para recordar: a Wes le gustaba sonarse los nudillos, ¿no?

Sonarse los nudillos era una de esas cosas que no llamaría una manía mía, pero cada vez que oía ese sonido, me ponía inmediatamente en alerta como un perro, mirando alrededor para ver de dónde venía el sonido. *Normalmente* me ponía de los nervios.

—Bueno —dije, limpiándome la boca con una servilleta antes de tomar otra papa frita—. Voy a aplicar una combinación de golpes. Primero, empezaré por golpearlo por el lado sentimental, trayendo de vuelta el canto de las chicharras de su infancia con mis impactantes reminiscencias conmovedoras.

—No está mal —dijo, y crujió los nudillos de su mano derecha—. Siempre funciona conmover.

Miré su media sonrisa y me pregunté por qué su crujido de nudillos parecía tan *correcto*. Como si de alguna manera fuera con su cara o algo así.

—Sabes, creo que me guardaré el resto para mí.

—Oh, vamos. —Extendió una mano y tiró del mechón de cabello junto a mi cara que se negaba obstinadamente a alisarse—. Seré bueno.

¿Por qué su naturaleza física y la forma en que no tenía ningún problema con el contacto cercano (los revolcones de cabello, los tirones, los empujones) hacían que siempre se me revolviera el estómago? Le di un golpe en la mano y tomé una de sus papas fritas, diciendo un muy tranquilo:

—No, gracias.

Pero por dentro, estaba volviéndome absolutamente loca. En nombre de Dios, ¿*qué estaba pasando*? Estaba comprobado que sonarse los nudillos me producía esa sensación desagradable de esto-no-está-bien-para-mí; *siempre* lo hacía. Era un botón de expulsión directo de cualquier relación romántica potencial. Pero allí estaba yo, a escasos metros de Wes y sus nudillos, y casi me parecía que su hábito era... ¿entrañable? Como, en cierto modo parecía adorable cuando sonreía y sonaba sus nudillos.

Esto estaba muy, muy mal.

Porque (A) Wes era el chico equivocado, (B) mi madre me había advertido de que no me enamorara de chicos como él, y (C) no tenía ningún interés en mí, de ahí el comentario de la noche anterior de *No hay nada aquí para mí*. ¿Qué demonios estaba haciendo con mis emociones?

—Dios mío, me has ganado.

—¿Qué? —Miré alrededor, sin saber de qué estaba hablando.

Tragó pesado y tomó una servilleta.

—Ya te has terminado la comida.

Tenía razón. Miré desde mi plato (completamente limpio, salvo por algunos pequeños charcos de grasa, manchas de ketchup y pequeños granos de sal) al suyo, que aún contenía tres bocados de hamburguesa y un grupo pequeño de papas fritas.

—¿Y?

—Que, maldición, comes rápido.

—O maldición, *tú* comes como un octogenario.

Eso hizo que sus ojos se entrecerraran.

—¿Quieres el resto de mis papas fritas?

Miré las grasientas papas fritas cortadas a mano.

—¿No te las vas a comer?

Empujó el bol de plástico de papas fritas hacia mí.

—Este viejito está lleno.

Tomé cuatro papas fritas y las sumergí en su ketchup.

—Bueno, entonces, gracias, abuelo.

Mientras devoraba esas papas fritas, me resultó imposible ignorar el hecho de que no tenía ninguna prisa de que la cena terminara. Me había divertido con Wes. Había estado sonriendo todo el tiempo (cuando no estaba poniendo los ojos en blanco), e incluso sabiendo que Michael estaba esperando, no estaba lista para irme.

Pero solo era porque las cosas iban tan fluidas entre nosotros... y *eso* hacía que me confundiera. Nuestra amistad era tan cómoda que enturbiaba las aguas.

Bam.

Me hizo pensar en *When Harry Met Sally*. Menos la parte de terminar juntos.

—Bennett, ¿crees que los hombres y las mujeres pueden ser amigos?

Levantó su agua.

—Claro. Quiero decir, nosotros lo *somos*, ¿no?

—Supongo que lo somos. —No estaba siendo justa: él tenía ni idea de lo que su amistad durante la última semana significaba para mí. Para ser honesta, tampoco me había dado cuenta, pero el hecho de que hubiéramos

tenido algunas conversaciones seriamente increíbles que se centraron en mi madre lo hizo diferente de cualquier otra relación en mi vida.

—Es raro, ¿verdad? —Tomó un trago, sus ojos nunca apartándose de mí mientras tragaba—. Nunca pensaste que esa mierda pasaría, ¿verdad?

—De seguro que no. —Me tragué el bocado de papas fritas y tomé más—. Pero mucha gente dice que no funciona. Que...

—¿Es el asunto de Harry y Sally?

—¿Cómo es que *tú* sabes de eso?

—A mi madre le encanta esa película. La he visto unas cuantas veces.

—¿Unas *cuantas* veces? ¿Ves? ¡*Sabía* que te gustaban las comedias románticas!

—Oh, por Dios, no. —Sacudió la cabeza como si fuera ridícula—. Es que me gusta Billy Crystal. Si puede ser Mike Wazowski, puede ser cualquiera. Es una película divertida y ya está.

—¿Y no crees que tiene razón? El hecho de que se junten al final básicamente demuestra su teoría, ¿no?

—Tal vez. No lo sé. —Hizo un encogimiento de hombros breve que me hizo notar sus hombros. *Maldita seas, Helena*. Dijo—: Creo que tiene algunos puntos válidos, pero es irrelevante para nosotros.

—¿Lo es?

—Claro. —Se rascó la mejilla y dijo con mucha naturalidad—: Somos la excepción porque no soy tu amigo: soy tu hado padrino del amor.

—Eso suena asqueroso. —Hice la broma, pero no me gustó que dijera que no era mi amigo.

Ignoró la broma y dijo:

—Pero, es verdad. Por ahora, somos *como* amigos, pero el hado padrino se dedica a ayudarte a conseguir lo que quieres. Una vez que la magia empieza a suceder, no se queda para el final del cuento de hadas. Quiero decir, ¿qué tan espeluznante sería *eso*?

—¿*Muy* espeluznante? —Me reí falsamente, como si estuviéramos en la misma página. Pero ¿estaba diciendo que, si terminaba con Michael, ya no seríamos amigos? ¿Que ahora no éramos amigos en absoluto, sino que simplemente jugábamos a hacer realidad mi deseo?

Tenía sentido después de lo que había dicho anoche.

—Así es, Buxbaum. —Se estiró sobre la mesa y me tocó la punta de la nariz, diciendo *bup*, con el dedo—. Es jodidamente espeluznante.

Me estaba esforzando por seguirle el ritmo, por procesar lo que estaba diciendo y lo que significaba para nosotros, a la vez que analizaba en exceso el hecho de que incluso un *bup* con el dedo hacía que mi estómago se volviera loco, cuando su boca se alzó en una sonrisa y dijo:

—Ahora termina esas papas fritas para que podamos llevarte a tu Michael.

—Listo. —Me metí la última papa frita en la boca y empujé mi silla hacia atrás, necesitando salir a tomar aire fresco antes de que mi cerebro explotara—. Vamos, hado padrino.

11

«Si lo buscas, tengo la ligera sensación de que descubrirás que el amor en realidad está por todas partes».

Love Actually

—¡Oye, es la Señora Cara de Papa!

Seguí a Wes por la puerta de la cocina y sonreí cuando vi a Adam de pie en la isla central, cargando un plato lleno de Pizza Rolls. Le hice un gesto con la barbilla y le dije:

—Esa soy yo.

—Por cierto, tu rostro se ve muchísimo mejor. Ahora te ves muy poco papatosa.

—Vaya, gracias.

—Noah se sintió como una mierda por haberte lastimado, así que asegúrate de hacerlo sentir extra mal. —Recogió su plato y tomó una lata de Coca-Cola—. Se lo merece.

Wes y yo entramos en la sala de estar detrás de él, y estuvo claro que éramos los últimos en llegar. La sala estaba llena de la mayoría de las mismas personas del partido de baloncesto, más otras tres. Ashley, la chica que había vomitado sobre mí; Laney (uf); y Alex, la que le gustaba Wes.

Hablando de una trifecta de pesadilla de personas, ¿cierto?

—Liz, siento mucho lo de tu nariz. —Noah estaba sentado en el sofá entre Alex y Ashley, y señaló mi rostro—. Aunque ahora tiene buen aspecto.

Eso me hizo sonreír.

—Gracias. Y no te preocupes.

—Vamos, Cara de Papa, solo tenías un trabajo —dijo Adam.

—Lo sé, y lo siento.

—¡Oh, hola, Liz! —Laney, que estaba estirada en el sillón, nos sonrió—. No sabía que iban a venir.

Mi cerebro se burló de ella con una voz aguda, tipo Muppet Babies, antes de decir simplemente:

—Sí.

—Hola, chicos. Los aperitivos están en la cocina y la película está a punto de empezar. —Michael se levantó de donde estaba tumbado en el suelo y nos dio un saludo pequeño.

—Eso es bueno —dijo Wes desde detrás de mí—. Porque creo que a Liz le está entrando hambre.

—Ja, ja. —Me di la vuelta y su rostro volvió a hacer esa cosa en mi estómago, lo que me enojó porque ni siquiera me consideraba su amiga—. Como mucho; eres divertidísimo.

—Lo sé.

No había manera de que me alejara de Wes sin causar rarezas, así que nos sentamos juntos en el suelo, y todo el mundo se calló cuando empezó la película. Era un thriller muy intenso, y todo el mundo se quedó en silencio para no perderse nada importante. Pero no podía concentrarme en la película porque estaba intentando averiguar por qué Wes me estaba poniendo emocional irracionalmente.

Tampoco podía concentrarme porque mi muslo estaba tocando el de Wes.

Ambos teníamos las piernas estiradas delante de nosotros mientras nos apoyábamos en las palmas de las manos; nuestra posición no tenía nada de íntima. Pero es como si el punto en el que mi muslo externo derecho tocaba su muslo externo izquierdo estuviera inflamado y no pudiera ignorarlo. Cada molécula minúscula de mi existencia se concentraba en ese único punto.

¿Hacía calor en esta casa?

Mis ojos miraban cómo un hombre en la televisión era asesinado por un asesino en serie que le clavaba la cabeza en la hélice de un motor de barco, pero mi mente estaba en Wes. En Wes y en el hecho de que si él y yo estuviéramos un poco más reclinados, como, apoyados en nuestros codos, todo lo que tendría que hacer sería inclinar su cuerpo un poco en mi dirección, de modo que estuviera suspendido sobre mí, y estaríamos perfectamente alineados para que me besara.

Me miraría los labios con esos ojos oscuros perfectos y pasaría saliva visiblemente con esa prominente manzana de Adán que por alguna razón siempre me distraía, y entonces...

—Buxbaum.

—¿Qué? —Giré la cabeza hacia la derecha y lo miré, un poco jadeante y con la sensación de haberme despertado de un sueño. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Mi rostro estaba caliente cuando él se inclinó un poco más, hasta que su hombro rozó el mío. Me dedicó una sonrisa de ojos entornados y susurró:

—Me siento un poco incómodo por el nivel de atención que acabas de prestar a ese asesinato. No creo que hayas parpadeado.

Parpadeé entonces, mis mejillas calentándose aún más (si eso era posible) a medida que me susurraba en la oscuridad. Mi boca se curvó en una sonrisa que no pude controlar, y le susurré en respuesta:

—Deja de mirarme, perverso.

Y entonces el momento solo se detuvo.

Pausó.

Quedó suspendido.

Su sonrisilla desapareció y su rostro se volvió intenso. Su mandíbula se tensó y apenas pude respirar mientras le devolvía la mirada, mi corazón

latiendo con fuerza al dejarme ser obvia y mirar su boca durante el más breve de los segundos.

Su boca que estaba tan increíblemente cerca de la mía.

Cuando volví a mirar sus ojos, supe sin duda alguna que si estuviéramos en cualquier otro lugar, a solas, él me besaría. Tragó pesado, y mis ojos bajaron hasta su garganta antes de volver a subir lentamente por su barbilla fuerte, su nariz y sus ojos marrones oscuros como la noche.

Levantó una ceja, una pregunta tácita, y en ese momento comprendí que lo quería. Quería a Wes. Michael había sido mi objetivo, pero ya no podía preocuparme por eso.

No correría por una estación de tren por Michael. Pero lo haría por Wes.

Maldita sea.

Levanté mi hombro derecho en un encogimiento que rozó su hombro, un toque de mi algodón contra su franela.

—Muévete. —Noah se dejó caer a mi lado y dijo—: Me voy a quedar sordo sentado entre esas gritonas.

¡Nooo!

Me enderecé y me acerqué un poco más a Wes, cuidando no mirarlo a medida que me desplazaba. El momento se había roto, y una parte de mí estaba decepcionada porque nos habían interrumpido, mientras que la otra parte estaba avergonzada y no tenía ni remota idea si lo que creía que acababa de ocurrir había siquiera sucedido en realidad.

Me quedé con la mirada perdida en la televisión durante lo que me pareció una eternidad antes de oír a Wes susurrar:

—Voy por una bebida. ¿Quieres una?

Respiré profundamente, *por favor, no te estés burlando*, y me giré para mirarlo. Pero en lugar de la expresión sabelotodo que era predeterminada en Wes, me dedicó una devastadora sonrisa esperanzada mientras esperaba mi respuesta.

Tragué pesado y me sentí temblorosa cuando le devolví la sonrisa.

—Eso sería estupendo. Gracias.

—Coca-Cola light, ¿cierto?

Asentí y tuve que concentrarme en no sudar cuando se levantó y salió de la habitación.

¿Qué demonios?

Cuando volví del baño, Wes aún no había regresado a su lugar en el suelo. Eché un vistazo a la sala de estar oscura antes de darme cuenta de que estaba en la terraza. Al principio, no podía saber con quién estaba hablando, pero luego vi que era Alex.

Vaya jarra de agua fría.

Estaba allí con la chica bonita que sabía que le gustaba, mientras yo me sentía casi vomitiva por las cosas confusas que estaba pensando por mi vecino de al lado. Hablando de un abismo profundo.

Me mordí el labio y entrecerré los ojos, intentando verlos mejor. Había dicho que no estaba interesado en ella, y creía que lo decía en serio, pero eso no significaba que eso no pudiera cambiar, ¿cierto? ¿Y si, para empezar, había estado malinterpretando cada pequeña cosa entre Wes y yo? Puede que mi pequeño hado padrino solo estuviera interesado en encontrar el amor *para* mí, no conmigo, ¿cierto?

¿Había imaginado por completo el momento en el suelo?

Tomé mi lugar y vi el resto de la película, pero mi atención ahora estaba en las dos personas que podía ver en mi periferia. ¿De qué estaban hablando? ¿Por qué estaban allí? Perdí totalmente la concentración y me alegré cuando terminó la película y entraron de nuevo.

Necesitaba aclarar mi mente.

La gente que me rodeaba empezó a hablar entre sí, y me sentí incómoda y fuera de lugar. Y extrañé a Jocelyn. Nos escribíamos todos los días, como siempre, pero últimamente no había pasado tiempo de calidad

con ella. Estar con toda esa gente que era amiga íntima me hizo añorar a Jocelyn; tenía que ir a verla después de llegar a casa.

De hecho, probablemente era el momento de sincerarme con ella sobre todo el asunto.

—¿Sabías que el padre de Michael tiene un piano de cola? —Wes me miró desde donde se había apoyado en el respaldo del sofá y me tendió una mano para ayudarme a levantarme—. Está arriba, en una habitación con diseño acústico.

Tomé su mano y me puse de pie, y oh, Dios mío, me sentí como en el momento en que el señor Darcy dobla la mano en la mejor versión de *Orgullo y Perjuicio*. El mundo dejó de girar durante un segundo cuando su gran mano envolvió la mía.

Pero entonces, con la misma rapidez, el mundo volvió a girar y me encontré cara a cara con Wes y toda mi confusión. Miré su rostro (y luego a Michael, en quien no me había fijado hasta entonces) y me di cuenta de que estaban esperando una respuesta de mi parte.

¿A qué? ¿Qué dijo? ¿De qué hablan?

—Vaya. —*Papá. Piano. Habitación. Lo tengo*—. ¿En serio?

—Creo que está convencido de que podría haber sido un pianista clásico si hubiera tenido esa habitación a una edad más temprana. —Michael se cruzó de brazos y dijo—: Está obsesionado con eso.

—Nuestra Pequeña Liz toca el piano. —Wes me miró y le dijo a Michael—: Es muy buena.

—No, no soy... —dije sin dudarlo.

Justo cuando Michael me dijo:

—¿Quieres verla?

Parpadeé.

—Me *encantaría*.

—Bueno, entonces, sígueme, señorita Liz.

Michael se dirigió hacia las escaleras y yo lo seguí, pero casi me tropecé cuando miré detrás de mí y vi que Wes no venía con nosotros. Se estaba riendo de algo que decía Adam, así que respiré hondo y seguí subiendo, abrumada por mis pensamientos a medida que subía los escalones.

¿Esto era una especie de señal? Al entregarme literalmente a Michael, ¿era su forma figurada de entregarme y marcharse?

Dios, probablemente habría sido divertido si le hubiera pasado a otra persona. Aquí estaba mi hermoso Michael, invitándome (y no a Laney) a ver una sala de música de ensueño, y solo quería que se fuera para poder estar con Wes.

¿Eso estaba bien? Me estaba costando mantenerme en ritmo conmigo misma.

¿Cómo mi madre habría escrito esta parte? ¿Habría visto lo bueno en el «chico malo» y retorcido la trama?

Maldita sea.

Deja de pensar, Liz.

—¿Dónde están tus padres? —Aclaré mi garganta y apagué mis pensamientos internos—. No los he visto desde hace un millón de años.

—Se fueron al cine —dijo Michael mientras subía las escaleras de dos en dos—. Pero a mi mamá le hubiera encantado verte.

Cuando llegamos a la parte superior de las escaleras, me llevó hacia una puerta cerrada que parecía pertenecer a otro dormitorio. La empujó para abrirla, y...

—Oh, Dios mío.

La habitación tenía un suelo de madera brillante, y una alfombra gruesa debajo del piano de cola que estaba girado en diagonal a un lado del espacio. Empezó a hablarme de la reflexión, la difusión y la absorción, de cómo los adornos de la habitación estaban colocados estratégicamente para mejorar la calidad del sonido, pero no podía escucharlo.

Ese piano era tan hermoso. Me acerqué y me senté en el banco. Tenía muchas ganas de tocarlo, pero claramente esto era un gran asunto para su padre, y yo era una pianista muy torpe. A Wes le gustaba actuar como si era buena porque era la única persona de nuestra edad que aún tomaba lecciones una vez a la semana, pero en el mejor de los casos era decente.

Sin embargo, me encantaba el piano. Mucho. Estaba segura de que la obsesión de mi madre con el instrumento tenía algo que ver, pero no había nada como cerrar los ojos y perderme en una canción que había tocado cien veces antes, ajustando el tempo y la pasión y escuchando a ver si podía oír las diferencias diminutas que había intentado crear.

—Puedes tocarlo, Liz —dijo Michael, caminando hacia la puerta y cerrándola—. Mi papá hizo aislar la habitación para que nadie en la planta baja pueda oírte tocar si la puerta está cerrada.

—Es demasiado hermoso, no puedo. —El piano negro no tenía ni una mota de polvo. ¿Cómo era posible?—. Y es el instrumento de tu papá, nadie más debería tocarlo.

—Ha estado preparándose para tocarlo, pero no lo ha hecho desde que nos mudamos aquí, adelante.

Empujé hacia atrás la cubierta del teclado, me aclaré la garganta y dije:

—Prepárate para sentirte decepcionado.

Michael sonrió.

—Considérame preparado.

Sonreí y comencé a tocar el comienzo de «*Someone Like You*» de Adele, recordando que Wes me dijo que la agregara a nuestra banda sonora después de nuestra conversación telefónica la noche en que me rompieron la nariz.

La boca de Michael se convirtió en una sonrisa.

—¿Te la sabes de memoria?

—De hecho, es muy fácil. —Me sentí incómoda cuando mis dedos recorrieron las teclas—. Es principalmente un acorde de cuatro notas. Cualquiera podría tocarla.

—Estoy bastante seguro de que no podría.

Mis ojos subieron a los suyos mientras se apoyaba contra el piano, mirándome. Era tan apuesto, con la misma sonrisa con la que me había cautivado por primera vez en la escuela primaria, pero no podía dejar de preguntarme qué estaba haciendo Wes abajo. Apenas estaba comenzado la canción cuando la puerta se abrió y todos entraron... excepto Wes y Alex.

Mis manos saltaron a mi regazo, y me sentí como la idiota más grande del mundo. Los amigos de Wes me miraron, y estoy segura de que pensaron que era un bicho raro por tocar el piano cuando todos los demás solo estaban pasando el rato.

Y era obvio que todos se reunían a menudo, porque todo el grupo siguió donde lo habían dejado abajo, hablando y riendo como si fueran los mejores amigos.

Laney se acercó y se paró junto al piano, diciéndome:

—No puedo creer que puedas tocar así.

—Pensé que la habitación estaba insonorizada.

—Está aislada. —Michael nos dijo a mí y a Laney—. No puedes oírlo abajo, pero sí desde el pasillo.

—Ah. —Me sentí tonta, sentada en ese piano.

—Tu Adele fue increíble.

—Es una canción súper fácil. —*Como si necesitara tus cumplidos, Laney*—. Pero gracias.

—Igual fue genial y estoy celosa. —Sus ojos se movieron hacia Michael, donde estaba parado a mi derecha, y su rostro se volvió aún más bonito cuando le sonrió. Tal vez era porque mi noche se había descarrilado por completo, pero su expresión me hizo sentir un poco mal por ella. ¿Qué decía esa mirada en su rostro? Podía relacionarme.

—En serio, podría enseñártela en una hora. No es nada —le dije.

—¿En serio? —Se cruzó de brazos y me miró con los ojos muy abiertos—. ¿Podrías?

Wes finalmente apareció en la puerta, con Alex detrás de él, y dijo:

—Deberíamos pedir una pizza.

—Ooh, estoy dentro —dijo Alex, y sentí una opresión en el esternón cuando le sonrió a Wes. Él la miró y le devolvió la sonrisa. Y le estaba dando su mejor sonrisa, la que era divertida pero también cálida y feliz, y apreté los dientes cuando ella se agitó el cabello y preguntó—: ¿Pero de dónde?

Y entonces, Wes me miró.

Fue fugaz, apenas una mirada de reojo, pero su mirada se encontró con la mía por un segundo breve y la sentí en cada una de mis terminaciones nerviosas. ¿Qué estaba haciendo? Después de todo, ¿aún estaba intentando ser mi cómplice?

—De Zio —dijo Noah, y él y los demás comenzaron a seguir a Wes y Alex fuera de la habitación y escaleras abajo. Miré la puerta vacía, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera en Wes y esa mirada abrasadora y la desafortunada proximidad de Alex.

Acabas de comer, Wes, ¿qué estás haciendo?

Alex era encantadora, y *pensé* que sería una buena pareja cuando inicialmente escuché sobre sus sentimientos, pero ahora pensaba que era demasiado seria para él. Quiero decir seguro, parecía lo suficientemente divertida, pero en comparación con el total desprecio de Wes por cualquier cosa madura, era un poco estoica.

Además, Wes y yo habíamos tenido un momento abajo, maldita sea.

¿Cierto? ¿O me lo había imaginado?

—Dices la palabra «pizza» y la habitación se despeja.

Salté cuando Michael habló. Ni siquiera me había dado cuenta de que aún estaba allí.

Sonreí y me puse de pie casualmente.

—¿A quién no le gusta la pizza, verdad?

Hizo un gesto hacia el pasillo.

—¿Quieres participar en eso?

—Hum, no, gracias. —Negué con la cabeza, no queriendo seguir a Wes, especialmente si se besuqueaba con Alex—. Wes y yo fuimos a Stella's antes de llegar aquí y aún estoy satisfecha.

—Es cierto, me dijo que irían a cenar antes de venir.

—Sí.

—También me dijo que las cosas eran más amistosas entre ustedes dos y que está pensando en invitar a salir a Alex.

Intenté parecer que no me importaba. Sonreí por encima de la sensación de pesadez en mi estómago y dije:

—Sí, tiene razón. Debería hacerlo, ella parece genial.

—Sí. Aparentemente está harto de estar atrapado en la zona de amigos, así que está siguiendo adelante.

—Por fin. —Me froté los labios y me concentré en los ojos azules de Michael. *Esto es lo que querías. Empezar algo con Wes solo traería problemas. Ojos en el premio, chica*—. No quería que las cosas se pusieran raras, así que esto es realmente bueno.

—Probablemente.

—Hum, ¿cuándo te dijo eso? —*Por favor, que sea hace días*—. ¿Sobre Alex?

—Cuando estábamos en la cocina.

—Ah. —Miré las teclas del piano y tragué pesado, y sentí como si algo se me hubiera atascado en la garganta. Quiero decir, era exactamente lo que habíamos planeado que Wes dijera, así que no había razón para que me sintiera inquieta por esto, ¿verdad?

El teléfono de Michael hizo un ruido, sacándome de mi aturdimiento. Miró el mensaje, suspiró y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—Hum, ¿estás bien? —pregunté, porque su rostro ansioso se veía igual que en la escuela primaria cuando dejó caer su juego favorito de Boggle en la acera y todas las pequeñas letras rebotaron en los arbustos. Siempre había sido el tipo de persona que se estresa por cada pequeña cosa.

Excepto, querido Dios, que ahora no sabía nada del Michael de *ahora*. En absoluto. Sabía que hablaba con un acento sureño y tenía buen cabello, eso es todo. Claro, al Michael que conocí en la escuela primaria le gustaban los insectos, los libros y ser amable, pero ¿qué sabía hoy de él? Conocía a Wes mil veces mejor que a Michael, y estaba empezando a adorar a mi vecino de al lado.

Mierda.

¿Qué estaba haciendo en esta habitación con Michael?

Tocó las teclas afinadas, mirando el piano. Presionó con su dedo índice en la de DO central y dijo:

—Es todo esto con Laney y el baile de graduación.

La respuesta innata de mi cuerpo al nombre «Laney» fue saltar de alegría cuando se decía en un tono menos que positivo. Pero ahora no podía reunir la emoción. Pregunté:

—¿Van a ir juntos? No lo sabía. Quiero decir, escuché que estaban hablando. Pero, ya sabes...

Me detuve, no queriendo parecer que sabía todos los chismes.

—Bueno, no. Quiero decir, no, aún no vamos a ir juntos. —Suspiró una vez más—. Mira, *hemos* estado hablando, y Laney es maravillosa. Pero el día que la conocí, su novio acababa de romper con ella. Literalmente. La conocí porque estaba llorando afuera.

—Ah. —No tenía idea de con quién había salido, pero era un poco difícil de creer que Laney Morgan fue abandonada.

—Así que, no tengo idea de lo que está pasando en su cabeza. No quiero avanzar demasiado rápido si no está lista, y especialmente no quiero comenzar algo si aún está colgada de su ex.

Me sentí un poco mal por él porque podía empatizar totalmente. ¿Quieres algo, pero no estás seguro de poder tenerlo? ¿O si es seguro tenerlo? Sí, lo entiendo. Y ahora que sabía cómo me sentía de verdad, la nueva Liz, ilustrada y emocionalmente honesta, quería ayudar a Michael con Laney, darle algún tipo de consejo.

Pero al mismo tiempo, quería dejar esta conversación y bajar corriendo las escaleras para encontrar a Wes antes de que Alex comenzara a usarlo como una camisa.

—¿No puedes invitarla al baile de graduación como amiga y ver a dónde va? —le dije.

—Podría. —Jugó con las teclas un poco más—. Pero el baile de graduación debería *significar* algo. Tal vez sea la grandeza de Texas a la que estoy acostumbrado, pero para mí, se trata del baile de graduación, la cena, las flores y *más*. ¿Es tonto?

Solté una carcajada.

—Oh, Dios mío, no, piensa con quién estás hablando aquí.

Alzó la vista y sonrió.

—Así es. La Pequeña Liz —dije, y me señalé y puse los ojos en blanco—. Me siento de la misma manera. Se supone que debo ir con Joss, y estoy segura de que será divertido, pero pienso como tú. Así no es cómo siempre soñé que sería el baile de graduación.

Me imaginé la cara de Wes, y mis manos se sintieron calientes. Las sacudí y dije:

—Cuanto más lo pienso, más no quiero conformarme. Quiero la posibilidad de más, incluso si no funciona. Quiero aprovechar la oportunidad de una noche mágica, porque incluso si fracasa, al menos puedo tener una cita con la posibilidad en lugar de una amiga.

Inclinó un poco la cabeza y me sonrió.

—Puede que tengas un punto, Liz.

—Sé lo que hago. —Me estaba alterando la idea de ir al baile de graduación con Wes. Alguien necesitaba rociarme con agua fría, rápido. Porque de repente sentí que era todo lo que siempre había querido—. Créeme cuando te digo que a veces la persona con la mayor posibilidad de una noche mágica es la última persona que esperarías. A veces puede haber alguien a quien conoces desde siempre, pero nunca te diste cuenta.

Dios, desearía haberlo notado antes. Mi cerebro estaba arrojando pequeñas escenas de Wes y de mí: en el Área Secreta, en Stella's, de camino a casa después de la fiesta...

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—Creo que sé lo que quieres decir —dijo Michael, mirándome intensamente, y las campanas de alarma comenzaron a sonar en mi cabeza. No estaba segura de por qué me miraba así, pero ahora definitivamente no era el momento.

Adam asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Muchachos, los necesitamos. Estamos haciendo Cartas Contra la Humanidad en equipo.

—¡Sí! —grité mi respuesta, encantada de ser interrumpida.

Adam inclinó la cabeza y me dedicó una sonrisa de *¿Qué te pasa?*, y Michael siguió mirándome fijamente. Me aclaré la garganta y traté de recuperarme, diciendo con una mirada casual:

—Quiero decir, cuenta conmigo.

—Nunca he jugado eso en equipos —dijo Michael, dándome una mirada extraña.

—Yo tampoco —coincidí, ansiosa por encontrar a Wes.

—Solo estamos jugando en equipos porque Alex quiere emparejarse con Wes. —Adam me miró con conmisericordia, como si tuviéramos la misma opinión, y no estaba muy segura de qué hacer con eso—. Ella dice

que es más divertido de esa manera, pero estoy bastante seguro de que solo quiere compartir una silla con él.

—Bueno, hagámoslo. —Michael me dio una sonrisa linda, pero no me provocó nada. En absoluto. Simplemente me recordó que necesitaba comenzar con ese juego de cartas antes de que Alex terminara con mi final feliz.

12

«Él la había besado largo y bien. Ese día nos prohibieron la entrada a la piscina para siempre, pero cada vez que pasábamos después de eso, la salvavidas miraba hacia abajo desde su torre, directamente hacia Squints, y sonreía».

The Sandlot

—Gracias a Dios que habíamos estacionado cerca. —Wes arrancó el auto y encendió los limpiaparabrisas mientras la lluvia caía a cántaros—. Habríamos estado empapados si hubiéramos llegado un segundo después.

Me latía el corazón en el cuello. El interior del auto oscuro se sentía íntimo contra la tormenta rugiente, y estaba completamente inquieta. Desde el momento en que comprendí lo que realmente sentía por Wes, me había abrumado una especie de necesidad aterradora de decírselo. De asegurarme que lo supiera antes de que Alex se sintiera cómoda con él.

—Seguro.

—Lo siento por mis amigos inquietos.

—Nah, está bien. —Se refería al hecho de que sus amigos habían jugado Cartas Contra la Humanidad durante unos cinco minutos antes de decidir que *todos* querían ir cuando Noah fuese a buscar la pizza. Estoy bastante segura de que estaba sonriendo como una maníaca cuando Alex se subió a la minivan—. De todos modos, se suponía que debía irme a casa tan pronto como terminara la película.

—Sí, ¿qué pasa con eso? Estás a meses de irte a la universidad, pero tu papá aún está al tanto de tus movimientos. ¿Acaso es un poco sobreprotector?

Miró por encima del hombro antes de poner el auto en marcha y salir a la calle, y la nueva canción de Daphne Steinbeck, «*Dark Love*», estaba comenzando en la radio. Era lenta y pesada con ese ritmo sexy construyéndose, y consideré cambiar la estación porque me pareció demasiado.

Era demasiado perfecta.

Dije:

—Mucho. Aunque ha seguido adelante con su vida, nunca olvida el accidente de mi madre y el hecho de que, a veces, las cosas que parecen poco probables en la vida, en realidad, *suceden*.

—Vaya. —Me echó un vistazo—. Es bastante difícil discutir eso, ¿eh?

—Ni siquiera me molesto.

La lluvia se intensificó, y Wes encendió los limpiaparabrisas a máxima velocidad. Salió lentamente a Harbor Drive, la calle concurrida que discurría paralela al barrio de Michael, y las brillantes luces multicolores de los negocios bordeando la calle estaban completamente borrosas por el aguacero. Me incliné hacia adelante, encendí el desempañador, y dije tan casualmente como pude:

—Entonces, Alex, ¿eh? ¿Vas a invitarla a salir?

—¿Michael dijo eso? —Estiró el cuello más cerca del parabrisas, tomándose su tiempo mientras nos acercábamos a una intersección. El semáforo cambió a verde, y aceleró cuando todos los autos en la calle transversal se detuvieron. Todo despejado, recuperamos la velocidad, pero en la distancia vi un Jetta salir de una gasolinera y entrar en la carretera frente a la Suburban que estábamos siguiendo demasiado de cerca y...

—¡Auto! —Me preparé para el impacto cuando las luces de freno frente a nosotros brillaron con un rojo brillante a través de la ventana empañada y empañada. Los neumáticos de Wes intentaron detenerse en el pavimento mojado, pero los frenos se trabaron, e íbamos a estrellarnos contra esa Suburban.

Wes giró el auto hacia la derecha, arrojándonos por encima de lo que podría haber sido un bordillo, y luego nos dirigimos hacia algo muy verde. Parecía un bosque.

—Mierda, mierda, mierda —gruñó mientras intentaba controlar el auto. Su pie aplastó el freno, pero cuando los faros iluminaron la pendiente empinada y fangosa frente a nosotros, solo seguimos bajando esa colina y hacia los árboles. Íbamos a chocar con un árbol, no había forma de que no lo hiciéramos, y dije una oración lo más rápido que pude mientras mi corazón latía con fuerza.

Volvió a girar el volante y, tan pronto como lo hizo, sentí un gran bache, como si hubiéramos golpeado algo, y me preocupó que el auto volcara.

Pero se sacudió hasta detenerse en su lugar.

Miré a Wes, y su rostro estaba sonrojado como si acabara de regresar de una carrera. Ambos respirábamos con dificultad a medida que los truenos seguían resonando, la lluvia azotaba el techo de la camioneta, y la radio seguía pasando «*Dark Love*».

—¿Eso acaba de suceder?

—¿Estás bien? —Sus manos aún estaban fuertemente envueltas alrededor del volante, y parpadeó hacia mí, congelado, antes de soltar los dedos y poner el auto en neutro—. Mierda, Liz.

—Estoy bien. —Intenté mirar por el parabrisas, pero aún no podía ver nada—. Oh, Dios mío, ¿estamos bien...?

—Oh, Dios mío. —Apoyó la espalda en su asiento y dejó escapar el aliento—. Eso fue salvaje.

Salvaje. Desde el momento en que pisó los frenos hasta ahora, probablemente había pasado un minuto, como máximo. Pero ese minuto había sido como una hora. En el lapso de ese minuto me preocupó que íbamos a morir. Me preocupó cómo sobreviviría mi papá si algo me sucedía, me preocupó Joss, me preocupó la mamá de Wes y lamenté el hecho de que nunca tendría la oportunidad de ver si las cosas funcionaría con Wes.

Extraño, ¿verdad?

—No puedo creer que estemos bien —dije, recordando la forma en que Wes había girado el volante—. Estuviste increíble.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y no me miró.

—Querrás decir, increíblemente imprudente por conducir con este clima.

—No, quiero decir que tu forma de conducir no solo evitó que nos estrelláramos contra ese auto, sino que también evitó que nos estrelláramos contra un árbol. —También me desabroché el cinturón de seguridad y agregué—: Gracias.

—Aún no me agradezcas. Podría habernos atascado. —Extendió la mano frente a mí y abrió la guantera, rebuscó hasta que encontró una linterna—. Espera aquí, voy a comprobarlo.

Abrió su puerta y salió. Intenté mirar a través del parabrisas para ver por mí misma, pero las ventanas estaban tan empañadas que, no veía nada. Abrí la puerta y salí, siendo golpeada inmediatamente por la lluvia fuerte a medida que mi pie se hundía en el lodo húmedo.

—¡Mierda! —Bajé la cabeza y corrí alrededor de la parte delantera del auto hasta donde pude ver a Wes arrodillado junto a la llanta. Me detuve a su lado y me agaché. Grité—: ¿En serio? ¿Una roca?

Parecía que nuestro neumático se había estrellado contra una roca enorme y luego se había colgado de ella. El neumático delantero de Wes estaba literalmente lejos del suelo. Entrecerró los ojos, la lluvia cayendo sobre su rostro mientras parecía sorprendido de verme.

—Creí haberte dicho que esperaras en el auto.

—No eres mi jefe —grité a través de la lluvia, y su rostro pasó de una seriedad dura como una roca a una ternura divertida en un segundo. Le dije —: Además, si mueres, me quedaré aquí sola.

—Cierto —bramó, agarrándome la mano mojada con la suya y tirando de mí hacia arriba—. Voy a volver al auto, ¿a la dama le gustaría acompañarme?

—De hecho, le encantaría.

En lugar de venir a mi lado, abrió su puerta y me empujó suavemente al interior. Me reí y me subí, deslizándome hacia el centro del asiento largo, y cuando su gran cuerpo entró y la puerta se cerró de golpe, el interior de su auto pareció increíblemente aislado.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, cada uno de nosotros limpiándonos el agua del rostro y apartándonos el cabello empapado de los ojos. Luego sacó su teléfono y marcó un número.

—Voy a llamar a mi papá —dijo mientras se acercaba el teléfono a la oreja y miraba el volante—. Puede llegar rápido, y su amigo tiene una grúa.

—Genial. —Miré hacia abajo y susurré—: Oh, no, mis Chucks.

Estaban cubiertas de barro húmedo y pegajoso, y eso me molestó más de lo que debería. Después de todo, solo eran zapatillas deportivas, y solo era barro. Pero... quería que se mantuvieran tan perfectas como cuando Wes las había dejado sobre el mostrador de Devlish y había pagado por ellas.

Tal vez podría lavarlas con lejía cuando llegara a casa.

Bajé la visera y me miré en el espejo mientras él le contaba a su papá lo que había sucedido y dónde estábamos. Me sequé debajo de los ojos en un intento de erradicar el ojo de mapache, pero mis dedos temblorosos no servían.

Volví a subir la visera y respiré hondo. Estaba conmocionada por el accidente, pero esta oleada extraña de adrenalina que estaba sintiendo era algo más.

Porque se me había ocurrido, mientras el auto de Wes estaba detenido allí con una llanta en el aire, que la vida era impredecible. Sin importar cuánta planificación hubieras hecho, y sin importar qué tan seguro hubieras jugado, algún intangible siempre iba a asomar la cabeza y sacudir las cosas.

Lo que me hizo preguntarme.

Si mi madre aún estuviera viva, ¿habría cambiado de opinión sobre todo el asunto del chico malo a estas alturas? Me parecía que *debido* a cosas

como los accidentes automovilísticos y los amores perdidos, la vida y la muerte y los corazones rotos, deberíamos aprovechar cada momento y devorar absolutamente las partes buenas. ¿No querría eso? ¿Que improvisara mi vida en lugar de vivir según un guion escrito con Times New Roman tamaño doce?

—Estará aquí en diez minutos. —Wes dejó caer su teléfono en el portavasos y me miró—. Lo siento mucho, Lib.

Reprimí un escalofrío y me pregunté si había querido llamarme así. Por lo general, solo lo decía cuando bromeaba, pero esta vez había sido personal. Íntimo. Casi como si en realidad fuéramos algo. Mi voz no sonó bien cuando dije:

—No te preocupes, no me empujaste de cabeza contra un árbol, así que estamos bien.

Eso hizo que su rostro se suavizara.

—Bien.

Enrollé los labios hacia adentro y me sentí nerviosa, sobre todo porque de verdad, de verdad, de verdad quería decirle cómo me sentía y lo que quería. Respiré hondo y dije:

—Wes.

—Oye. Tus rizos están de vuelta. —Sus ojos marrones se entrecerraron un poco y sus labios se curvaron hacia arriba—. Creo que los he extrañado.

Empezó a levantar la mano, como si fuera a tocarme el cabello mojado, pero no lo hizo.

La decepción se disparó a través de mí a medida que respiraba alrededor de una risa.

—¿No fuiste tú quien exigió que me alisara el cabello?

—Lo fui. —Su piel también estaba mojada por la lluvia, obviamente, y una gota estaba a punto de caer de la punta de su nariz. Esos ojos marrones recorrieron todo mi rostro, sumergiéndose en mis ojos, mejillas y

boca antes de decir con voz ronca y profunda—: Y creo que me arrepiento de todo. Extraño tu ropa y tu cabello rizado. Te ves mejor cuando eres tú.

Te ves mejor cuando eres tú. Oh, Dios.

Estábamos tan cerca, los labios a solo unos centímetros de distancia mientras estábamos sentados cara a cara en su asiento delantero. Sentí que no había nadie más en el mundo, nada más que Wes y yo en la cabina de su auto con las ventanas empañadas a medida que la lluvia nos envolvía en chubascos. Quería que se inclinara y me besara, lo deseaba tanto, pero sabía que no lo haría.

¿Cómo lo sabía?

Porque había pasado toda mi vida asegurándome de que Wes Bennett supiera lo mucho que nunca jamás en la vida querría que me besara. Dije en un susurro:

—Caray, gracias, Bennett.

Su voz fue tranquila cuando dijo:

—Lo digo en serio.

Y entonces lo besé.

Yendo a por ello, le deslicé los brazos alrededor del cuello y presioné mis labios contra los suyos, girando la cabeza un poco y deslizando las caderas sobre el asiento. El olor de su colonia se mezclaba con el olor de la lluvia, y estaba a todo mi alrededor.

Wes se congeló por un segundo, inmóvil mientras mi boca descansaba contra la suya. La idea de que tal vez no quisiera besarme cruzó por mi mente demasiado tarde. ¿Podría retirarme y restarle importancia a esto? ¿Hacer un *Uy, estaba desequilibrada por el accidente y caí sobre tu boca con mi boca?*

Y entonces, como golpeado por un rayo, Wes inhaló y sus manos se apretaron a los lados de mi rostro. Me estaba devolviendo el beso. Estaba besando a Wes Bennett, y él me estaba besando a mí.

Pasó de una roce tímido a un calor hirviendo en un instante.

Inclinó la cabeza y me besó de la forma en que se suponía que Wes debía besar: salvaje, dulce y completamente confiado, todo al mismo tiempo. Sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando sus grandes manos se deslizaron en mi cabello, pero fue el estremecimiento de su respiración y el temblor ligero en su toque lo que me atrajo. El hecho de que él se sintiera tan fuera de control como yo me sentía.

Wes me deslizó aún más cerca de él en el asiento, así que estábamos presionados pecho con pecho. Por primera vez en mi vida, entendí cómo la gente podía simplemente olvidar dónde estaba y tener sexo salvaje e indiscriminado en el asiento delantero de un automóvil. Quería envolver mis piernas alrededor de su cintura, trepar sobre él y explorar todo lo que se pudiera hacer con dos cuerpos. Y aún era (más o menos) virgen.

No pude evitar que mis manos fueran a todas partes a medida que me perdía en el todo transcendental abarcando nuestro momento. Las deslicé debajo de su sudadera con capucha mientras sus dientes mordían mi labio inferior, y luego estaban en su rostro, sintiendo la solidez rígida de la línea de su mandíbula a medida que me besaba como si fuera su trabajo y quisiera un aumento. Hizo un sonido cuando enterré las manos en su cabello, como si le gustara, y quería que lloviera así para siempre y nunca parara.

No fue hasta que dijo mi nombre, lo susurró en mi boca, tres veces, que volví a la realidad.

—Liz.

—¿Mmmm? —abrí los ojos pero mi visión estaba algo desenfocada. Sonreí al ver su cara bonita tan cerca de la mía—. ¿Qué?

Sus ojos oscuros tenían los párpados pesados cuando dijo:

—Creo que mi padre está aquí.

—¿Qué? —Me sentí totalmente fuera de mí mientras parpadeaba y su mano se movía lentamente de un lado a otro en la parte baja de mi espalda. No creo que hubiera oído o notado si hubiera pasado una manada de perros salvajes.

Entonces, vi los faros junto a su auto.

—Ah. —Respiré hondo y me pasé una mano por el cabello, entrecerrando los ojos a medida que la luz demasiado brillante lo iluminaba todo. Susurré—: Mierda.

—Probablemente debería ir a hablar con él antes de que abra tu puerta. —Sus labios *casi* tocaron mi oreja cuando me habló en voz baja—. ¿De acuerdo?

Mis ojos apenas estaban abiertos cuando sentí su boca caliente susurrar sobre el lóbulo de mi oreja.

—¿Libby?

Sacudí la cabeza.

—No, no.

Eso me valió una risa profunda y obscena que me hizo enroscar los dedos de mis pies dentro de los zapatos. Su aliento me hizo cosquillas en las terminaciones nerviosas cuando dijo:

—Me parece bien quedarme si no te importa que mi padre nos vea así.

—Bien, vete —murmuré, y empujé su pecho, sintiéndome de alguna manera posesiva con Wes Bennett mientras me deleitaba con la sensación de su pecho bajo mis palmas. Sus ojos bajaron a mis manos durante el más breve de los segundos y su frente se arrugó, pero así como así volvió a ser normal.

Le eché una mirada y le dije:

—De todas formas, ya había terminado contigo.

—Como sea, Señorita *No, no*. —Su sonrisa me dijo que sabía exactamente lo mucho que me había afectado. Abrió su puerta y dijo—: Vuelvo enseguida, Elizabeth.

—Aquí estaré, Wessy —dije, lo que recibió una nueva carcajada obscena antes de que saliera y cerrara la puerta tras de sí.

Me ajusté la ropa mojada e intenté alisarme el cabello. *Dios mío, Dios mío, ¿en serio acaba de suceder eso?* Sentí que el padre de Wes sería capaz

de decir con solo mirarme que me había estado besando con su hijo, pero probablemente no había mucho que pudiera hacer al respecto.

—Hola. —La puerta del pasajero se abrió y Wes se asomó—. Va a necesitar la camioneta de Webb para sacar mi auto, así que solo nos llevará a casa y volverá.

Parpadeé y me pregunté por qué no me había pasado toda la vida asombrada por la visión de su rostro. Dejé que mis ojos se fijaran por todo él.

—De acuerdo.

Sus labios se convirtieron en una sonrisa sexy, y juro por Dios que, sabía lo que estaba pensando. Puso su boca junto a mi oreja y dijo:

—No estaba preparado para que ya estuviera aquí.

Sentí calor en todo el cuerpo cuando levantó la cabeza y nos sonreímos el uno al otro.

—Yo tampoco lo estaba —admití.

—Vamos, chicos, me estoy empapando aquí fuera —gritó el señor Bennett desde algún lugar detrás de Wes antes de entrar en su auto y cerrar la puerta.

Wes me tendió la mano y, cuando la tomé y salí del auto, no la soltó. En lugar de eso, entrelazó sus dedos largos entre los míos, sin mirarme, y me llevó hasta el auto de su padre bajo la lluvia torrencial.

Wes Bennett me tomaba de la mano.

Abrió la puerta trasera... y había una gran caja en el asiento.

—Al otro lado —dijo su padre, y Wes me soltó la mano y me abrió la puerta del pasajero delantero en su lugar. Entré, y me guiñó un ojo antes de cerrar la puerta.

Estaba en un gran problema porque ese guiño me dejó mareada.

—Gracias —dije mientras cerraba mi puerta, corría hacia el otro lado y se metía atrás. No solo fue incómodo, sentarse en la parte delantera con su

padre, sino que deseaba desesperadamente sentarme junto a Wes.

—Gracias por venir a buscarnos, señor Bennett.

—No hay problema, cariño —Se abrochó el cinturón de seguridad y puso el auto en marcha—. La última vez que te llevé a algún sitio, eras bastante pequeñita.

Sonreí y recordé la vez que nos llevó a todos los niños a la heladería cuando hubo un apagón masivo.

—A la heladería, ¿verdad? Eso tuvo que ser hace diez años.

Asintió.

—Así es.

Mientras giraba hacia Harbor Drive, deseé poder ver la cara de Wes y saber lo que estaba pensando. ¿Estaba enloqueciendo como yo, en el buen sentido? ¿Querría encontrar una manera de reunirnos más tarde y besarnos un poco más?

¿Estaba interesado en mí, *realmente* interesado?

Porque estaba fuera de mí por la emoción, estallando con el completo ¡ahhhhh! que solo podía seguir a nuestro pequeño juego de cinco minutos en el auto vaporoso.

Su padre empezó a hablar de la situación del auto, y él y Wes se perdieron en la charla automovilística durante todo el camino a casa mientras yo miraba por la ventana y repetía el beso en mi cabeza. Cuando el señor Bennett se detuvo en la entrada de mi casa, tomé la bolsa de Helena y mi bolso. No tenía ni idea de qué decir, así que solté:

—Gracias por traerme.

—Por supuesto. Me alegro de verte, cariño.

Salí, cerré la puerta y corrí bajo la lluvia hasta llegar a nuestro porche cubierto. Solo que... no podía no decirle nada más a Wes, ¿verdad? No podía dejar que las últimas palabras de la noche fueran de Stuart Bennett.

Observé cómo su auto salía de mi entrada y entraba en el suyo de al lado, y en cuanto vi a Wes salir al garaje, dejé las cosas en mi mano y salí a la carrera bajo la lluvia. Cuando llegué a la esquina de su patio, me detuve y grité:

—¡Wes!

La lluvia se abalanzaba sobre mí, pero volví a gritar su nombre mientras intentaba llamar su atención.

Miró por encima, pero llovía demasiado fuerte para que pudiera verle la cara. La lluvia me estaba aplastando el cabello empapado contra la cara, pero grité:

—¡Gracias por todo!

Volví corriendo al porche, me eché el cabello empapado hacia atrás y saqué la llave.

—¡Libby!

Sonreí y me di la vuelta, y allí estaba Wes, de pie bajo la lluvia torrencial en mi patio delantero. Ladeé la cabeza y dije:

—¿Qué?

—¡Dijiste «todo»! —Su ropa estaba totalmente empapada a medida gritaba—: ¿Eso significa que también me agradeces el beso?

Me reí y recogí la comida de Helena.

—¡Debí haber sabido que lo arruinarías!

—No, no, Buxbaum. —Se metió las manos en el cabello mojado y lo puso todo de punta mientras me sonreía a través de la tormenta—. Eso fue demasiado perfecto para que algo lo arruine. Buenas noches.

No, no. Suspiré y me sentí caliente por dentro, incluso cuando mi cuerpo mojado temblaba.

—Buenas noches, Bennett.

—Oh Dios mío, oh Dios mío, oh Dios mío. —Cerré la puerta tras de mí y apoyé mi frente empapada en el frío de la madera blanca. ¿Qué fue eso y qué significaba?—. *Santo cielo*.

—Así de bien, ¿eh?

Me di la vuelta, y Helena estaba sentada en la silla junto a la chimenea con el Señor Fitzpervert dormido en su regazo, con un libro aún en la mano y una sonrisita satisfecha en su rostro. Quería enfadarme o avergonzarme, pero no podía dejar de sonreír. Me empujé el cabello mojado y dije:

—No tienes ni idea.

—Ven a la cocina antes de que despertemos a tu padre. —Se levantó, haciendo que Fitz gruñera un *mrrf* malhumorado mientras saltaba al suelo. Helena dejó caer el libro y me hizo un gesto a medida que caminaba hacia la cocina. Una vez allí, tomó su comida antes de azotar una toalla hacia mí y decir—: Ahora empieza a hablar.

Me reí, no pude evitarlo, y me pasé la toalla por la cabeza.

—Mm, en realidad me lo he pasado muy bien con Wes esta noche.

—¿Sí...? —Abrió el recipiente para llevar y lo metió en el microondas—. ¿Y...?

—Y. —Seguí frotando mi cabello, reproduciendo su boca en la mía. El sonido de su respiración, el olor de su colonia, la sensación de sus manos sujetando mi cara...

—Oye, disculpa. ¿Puedes concentrarte un momento?

Eso me hizo reír de nuevo.

—No puedo, ¿de acuerdo? Lo siento, pero no puedo concentrarme en nada porque he tenido una noche increíble con Wes Bennett, de todas las personas. Una noche increíble que terminó con él besándome como un campeón mundial del beso. Estoy conmocionada, Helena.

—No estoy segura de cómo. Quiero decir que sí, lo has odiado desde siempre, pero sigo sintiendo que han estado conduciendo a esto.

—¿De verdad? —Dejé la toalla en la encimera—. ¿Lo hemos hecho? Dios, he sido tan inconsciente. —De alguna manera, durante mucho tiempo, me las había arreglado para ser totalmente inconsciente de que Wes era atractivo, divertido e inteligente, así como la única persona con la que era totalmente capaz de ser yo misma. Había estado tan cegada por la idea de Michael que ni siquiera me había dado cuenta de lo que estaba pasando entre nosotros.

—Pero esto es bueno, ¿no? —Helena se apoyó en la encimera y me sonrió—. Esto me parece que es muy, muy bueno.

Abrí la nevera y, sin dejar de sonreír, dije:

—Me da miedo decirlo, pero creo que puede ser.

Aunque... seguía preocupada por Alex. Sabía lo que había dicho de ella, pero a veces los sentimientos cambiaban. Que el otro día no fuera su «tipo» no significaba que con más tiempo juntos y más tiempo para contemplar su belleza, no cambiaría de opinión.

Dio una palmada.

—¿Y si te invita al baile?

Casi se me cae el zumo de naranja cuando lo dijo. Me enderecé un poco e imaginé su cara a medida que miraba la nevera, la forma en que sus ojos oscuros se habían vuelto casi negros después de que hubiéramos dejado de besarnos. Estábamos hablando de Wes Bennett, y sin embargo no lo era. Era Wes 5.0, la versión adulta, y sentí como si estuviera sobrepasada porque no tenía ni idea de cómo estaban las cosas entre nosotros. Me había besado por completo. Eso era lo único que sabía con certeza. ¿Aún pensaba que me estaba ayudando con Michael? No podía, ¿verdad?

Y no sabía si quería seguir algo *conmigo*, pero tenía la desesperada esperanza de que el fervor del beso significara que sí.

Todo el asunto de Michael me parecía ahora una tontería. Deseaba poder retroceder en el tiempo y jugar a ser el cupido personal de Michael y

Laney en lugar de hacer todas las piruetas que hice. Esperaba que mi conversación con Michael junto al piano le hubiera dado lo que necesitaba para invitar a Laney a salir.

—Estoy segura de que no lo hará. —Cerré la nevera y fui realista en cuanto al baile de graduación, aunque mi *pobre y confuso lado enamorado* chillaba ante la idea. Independientemente de mis pretensiones, le había dicho a Joss que iría con ella, y tenía que ceñirme a eso. Hasta el momento había tenido suerte y mi mierda como amiga no me había costado nada con ella, así que tenía que dar un paso adelante y mantener eso—. Además, tengo una cita.

—¿Crees que a Joss le importaría que vayas con él?

—Oh, sí, pero ¿tal vez podríamos ir todos juntos...? —¿Arreglarse con dos de mis personas favoritas? Sonaba mucho más increíble que lo que había imaginado anteriormente como el baile de graduación perfecto.

—Bueno, pase lo que pase —dijo Helena—, estaré encantada de financiar un día de salón y spa antes del baile.

Desenrosqué la tapa del zumo y dije:

—Eso suena muy divertido. Pero tienes que venir. —Y lo dije en serio. Quería que estuviera allí conmigo.

Levantó una ceja.

—¿En serio?

Me encogí de hombros y dije:

—Quiero decir, si me haces enojar, simplemente le diré a tu estilista que secretamente quieres un mini flequillo.

—¿Te imaginas cómo me quedaría en esta frente de pasarela?

—Se ven terribles en todo el mundo, y punto.

Después de eso, subí a mi habitación y le envié a Jocelyn un mensaje sobre Wes, lo que nos llevó a un ir y venir durante una hora.

Yo: *Creo que podría gustarme de verdad.*

Ella: *OBVIAMENTE.*

Yo: *Creo que podría GUSTARLE.*

Ella: *Cuéntame cada pequeña cosa que pasó.*

No mencioné que nos habíamos besado, lo cual era raro porque normalmente le contaba todo. Bueno, excepto últimamente. Pero había sido tan perfecto (tanto el beso como su comentario dulce sobre mi estilo) que no quería que la opinión de Joss estropearla la perfección de la velada.

Me quedé despierta hasta demasiado tarde haciendo una banda sonora de Wes y Liz y me fui a dormir pensando en su cara después de besarme. Porque la forma en que me había mirado (como si no pudiera creer lo que había sucedido y también como si quisiera volver a hacerlo) me hizo temblar las rodillas con solo recordarlo.

Sus ojos habían sido suaves y calientes al mismo tiempo, intensos y dulces, y deseé que hubiera una forma de archivar el recuerdo para que nunca se perdiera.

¿Cómo iba a poder dormir?

13

«—*Los chicos buenos no besan así.*

—*Oh, sí, maldita sea, lo hacen*».

Bridget Jones's Diary

—Oh, bendita seas. —Jocelyn tomó el café de mi mano y se lo llevó a la boca—. ¿Y por qué llevas *eso*?

Miré mi adorable vestido de búho antes de abrir mi casillero.

—¿Por qué no lo haría? Me encanta.

Hizo una mueca mientras tomaba un sorbo de su taza y se apoyaba contra el casillero junto al mío.

—Esperaba que te quedaras con la apariencia nueva.

Te ves mejor cuando eres tú. Mi cara se puso caliente cuando recordé a Wes, la lluvia y sus manos en mi cabello. Había estado en alerta máxima desde que llegué a la escuela esa mañana, buscándolo en cada esquina y en cada pasillo, con el estómago revuelto ante la idea de verlo.

De él devolviéndome también la mirada.

Señor.

No me había escrito desde el beso, pero ya era tarde cuando me dejó, y aún tenía que volver a buscar su auto. Agarré mi libro de historia del estante superior y dije:

—Aún me gustan mis vestidos. Demándame.

—No me malinterpretes —dijo, haciendo girar el café en su taza—. Eres adorable sin importar lo que te pongas, pero eras ultra adorable en ropa informal moderna.

—Gracias, aunque ese atuendo está totalmente arruinado ahora por mi nariz sangrante.

La boca de Jocelyn se torció a medida que miraba el agujero en su tapa.

—Aún no puedo creer que eso haya sucedido.

—¿Verdad? —Cerré mi casillero, y Jocelyn y yo fuimos al primer bloque. Estaba tan decepcionada de no encontrarme con Wes, especialmente porque su silencio de radio me llevó a obsesionarme toda la mañana y volverse paranoica de que el beso no fuera nada para él y absolutamente nada hubiera cambiado entre nosotros.

Casi chillé cuando mi teléfono vibró durante el almuerzo. Acababa de sentarme con mi ensalada de fresas y limonada cuando vi que era un mensaje de Wes.

Wes: *Me gusta tu vestido de pájaro.*

Miré alrededor, pero no lo vi en ninguna de las mesas ocupadas de la cafetería.

Yo: *Son búhos. ¿Dónde estás?*

Wes: *En la biblioteca, te vi pasar hace unos minutos. Por cierto, los búhos son pájaros.*

Yo: *Sí.*

Wes: *Buxbaum, deja de gritarme por los pájaros. Solo dije que te ves linda con tu vestido, eso es todo.*

Sonreí e inmediatamente miré a mi alrededor para asegurarme de que no estuviera cerca al acecho, observando mi reacción patética.

Yo: *En realidad no dijiste eso.*

Wes: *Claro que lo hice.*

Yo: *Hum...*

Wes: *Tengo que irme. ¿Hablamos luego?*

Puse mi teléfono en la mesa como si me estuviera quemando las manos. ¿Hablamos luego? Eso nunca era bueno, ¿verdad? ¿Qué tipo de sentimiento ominoso era ese? Abrí el paquete de vinagreta en mi bandeja y

lo rocié sobre la ensalada antes de levantar el teléfono y enviar un mensaje de texto:

Yo: *Sí.*

Si había estado obsesionada por la mañana, fue ridículo por la tarde. Porque necesitaba saber *más*, más que el hecho de que habíamos compartido un buen beso. ¿Le gustaba? ¿Quería tomarse de la mano y tal vez besarse más? ¿Quizás iba a ser mi novio en un futuro cercano, o el beso solo fue parte de nuestras salidas divertidas y en realidad no significó nada para él?

Y se me ocurrió, mientras caminaba por el pasillo con Joss después de la escuela, que no había tenido la oportunidad de decirle a Wes que ya no estaba interesada en Michael. Él lo sabía, ¿verdad? Quiero decir, el beso tenía que haber expresado ese sentimiento.

—¿Crees que Wes va a invitarte a una cita de verdad?

Mi estómago dio un vuelco cuando un destello del beso me golpeó.

—Eso espero.

—¿Quién lo habría pensado? —Joss empujó la puerta de salida, y la seguí hacia la luz del sol mientras decía—: El chico que te torturó en la escuela primaria ahora es el barco de tus sueños románticos. Extraño.

—¿Qué está pasando allá? —dije, distraída. Había una especie de multitud en la entrada principal—. Apuesto a que es una pelea.

—Probablemente Matt Bond y Jake Headley —dijo Joss.

Matt y Jake eran dos de *esos* chicos de nuestra escuela. Cuando se corrió la voz de que tenían problemas entre ellos, todo el alumnado se volvió loco ante la posibilidad de que algo sucediera.

Nos abrimos paso entre la multitud, sobre todo porque mi auto estaba en el estacionamiento que todos estaban bloqueando.

—*Escuché* que iban a llegar a las manos —dije.

—No acabas de decir eso, Vestido de Búho.

—Bueno, eso es *literalmente* lo que escuché. Palabra por palabra. —
Pasé junto a un par de personas y dije—: Disculpen.

—Oh. Dios. Mío.

Giré la cabeza para mirar a Jocelyn.

—¿Qué?

Estaba mirando por encima de mi hombro. Sin mirarme, se tapó la boca con una mano y señaló con la otra.

Giré la cabeza y seguí su dedo hasta un auto que estaba estacionado en medio de la explanada. Era un Grand Cherokee negro, y el hecho de que estuviera estacionado allí era inusual, pero eso no era lo que lo convertía en un punto focal.

No, lo que lo hacía inusual era que todo el lado del conductor del automóvil estaba cubierto con cajas blancas, cajas que tenían una letra negra en cada una, y había un gran cuadrado naranja que las enmarcaba.

El lateral del auto era un tablero de Boggle enorme.

Un tablero de Boggle que tenía letras diagonales en rojo que deletreaban la pregunta: «¿Baile?»

—¡Mierda, Liz, ve ahí! —Bailey Wetzel estaba de pie entre la multitud, me sonrió y me tendió un brazo—. ¡Ve!

Fui lenta para comprender lo que estaba pasando hasta que vi a Michael. Estaba parado junto al auto, sonriéndome y sosteniendo un cartel que decía: «LIZ, ¿QUIERES JUGAR BOGGLE CONMIGO?»

Era una propuesta.

Michael me estaba invitando al baile de graduación.

Me sentí confundida e inconexa mientras sonreía y todos los que estaban alrededor comenzaron a aplaudir. Michael me estaba invitando al baile de graduación, de una manera romántica y considerada, pero yo estaba en estado de shock. Era totalmente lo que quería hace una semana, pero ya no.

Caminé lentamente hacia él, mis piernas como de goma a medida que me acercaba.

—Liz, recházalo con sutileza —escuché decir a Joss.

Miré la cara sonriente de Michael. *¿Qué demonios?* No podía pensar en ninguna manera de hacer que esto tuviera sentido. Todos los encuentros que había tenido con Michael habían terminado básicamente en un desastre: vómito, sangrado de nariz, Laney hablando; entonces, ¿por qué estaba sucediendo esto?

La ironía, ¿verdad?

Tener tanta gente observándome me hacía sentir calor y picazón. Incómoda. Cuando llegué a su lado, no tenía ni idea de qué decir. Se veía apuesto, cálido y como todo lo que había soñado desde el jardín de infantes.

Y para nada como Wes.

Finalmente podía verlo a él, a nosotros, claramente, y ahora que podía, ya no quería que «el indicado» fuera Michael.

—Esto es increíble —dije, mirando el auto Boggle. Había cubierto cajas de zapatos con papel blanco y las había pegado a un lado para hacer el tablero, que era una tarea que habría llevado mucho tiempo—. No puedo creer que hayas hecho esto.

—Liz, te conozco lo suficiente para saber que necesitarías un gran gesto...

—¿Qué hay de Laney? —lo interrumpí. Estaba susurrando para que nadie más pudiera escucharme, con la esperanza de poder ahorrarnos a los dos una humillación pública.

Se encogió un poco de hombros y dijo con una sonrisa:

—De hecho, me tomé en serio lo que dijiste en el cuarto de música. Al igual que tú, quiero la posibilidad de algo más. Entonces... ¿por qué no tú? ¿Por qué no nosotros?

Sentí que mi boca se abrió, y la cerré de golpe rápidamente. Pero *vamos*, ¿en serio? ¿En serio alguien escuchó mis ideas terribles por una

vez? Podría patearme por divagar sobre Wes sin decir un nombre de verdad.

Es como si nunca hubiera visto una comedia romántica o algo así. Hablando de tu comedia de errores.

Miré a la multitud y, oh no, allí estaba Wes. Nos miramos a los ojos a medida que permanecía de pie junto al edificio, observándome con una expresión ilegible. Tragué pesado y miré su rostro fijamente, el rostro que había estado besando el mío la última vez que lo vi.

Rugué en silencio a esos ojos marrones que me dieran una respuesta.

O que me regalaran una sonrisa.

Dame algo, Bennett. Por favor.

Pero volvió la cabeza y apartó la mirada de mí.

Antes de que pudiera registrar ese puñetazo en el estómago, vi a Alex deslizarse a su lado. Ella sonrió y agarró su brazo, acercándolo más para poder hablarle al oído.

Apenas podía respirar mientras los veía a medida que todos en el patio me miraban. Mi silencio se estaba volviendo incómodo, y era muy consciente de ello. La gente comenzó a vitorear y aplaudir lentamente, pero solo podía escuchar los latidos de mi corazón en mis oídos. Mantuve mis ojos en Wes en medio de todo esto. Él levantó las manos, se llevó dos dedos a la boca, y silbó con fuerza. Y luego dejó caer su brazo derecho sobre los hombros de Alex y me dio un pulgar hacia arriba.

El rechazo, amargo y caliente, se apoderó de mí. La otra noche, el beso, todo... fue una irregularidad. Wes no sentía por mí lo que yo sentía por él. Así era como se suponía que terminaría.

—Esto se está poniendo vergonzoso, y tengo que irme en dos minutos. ¿Quizás quieras responder? —Michael parecía incómodo mientras esperaba.

Respiré hondo y simplemente acepté las flores que sostenía; no podía manejar las palabras cuando Wes se acurrucaba con Alex y me silbaba para decir que sí. Luego, Michael le dio la vuelta al póster, revelando una parte trasera que decía: «ELLA DIJO SÍ» en el mismo formato de Boggle.

La gente que estaba alrededor aplaudió y, gracias a Dios, comenzó a dispersarse, mientras yo estaba allí sintiéndome conmovida. Michael apretó mi mano y dijo:

—En realidad, ahora tengo que irme, pero esto se sintió correcto después de nuestra conversación de anoche en la habitación de mi papá. Podemos resolver los detalles mañana, ¿de acuerdo?

—Hum, suena bien.

—¿Su «conversación» de anoche? —Jocelyn se paró frente a mí tan pronto como Michael se dio la vuelta, con los ojos entrecerrados—. ¿Estuviste con Michael Young?

Sentí que la sangre se me iba de la cara cuando mis mentiras me alcanzaron. Busqué las palabras y dije:

—Te dije que estábamos viendo películas...

—Dijiste que estabas con Wes. —Ella negó con la cabeza y dijo en voz baja—: ¿Qué rayos te pasa? Estás tan jodida por las mierdas románticas que le mientes a tu mejor amiga, ¿y para qué? ¿Salir con un chico que ya está hablando con otra persona?

Tragué pesado, sintiendo la necesidad de defenderme, aunque sabía que estaba equivocada.

—Tal vez si no fueras tan crítica, podría haber sido honesta contigo. Pero a veces lo haces *tan* difícil.

Joss me miró como si fuera repugnante. Y tenía razón.

—¿Estás diciendo que es mi culpa que seas una mentirosa?

—Por supuesto que no. Dios, lo siento mucho. Simplemente...

Sus cejas se fruncieron a medida que me miraba con los ojos entrecerrados y dijo:

—Entonces, ¿cuál es el asunto con Wes? ¿Siquiera te gusta?

Suspiré. ¿Había alguna razón para *no* contárselo todo a Joss ahora?

—Bueno, esa parte es verdad, me gusta mucho.

Cruzó los brazos sobre su pecho.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo en la casa de Michael si te gusta Wes?

Ajusté mi bolso de mensajero y miré a Kate y Cassidy, a quienes ni siquiera había notado que estaban detrás de ella hasta ese momento.

—De hecho, fui allí con Wes.

—¿Fuiste allí con Wes y terminaste con Michael en la habitación de su papá? Estás bromeando, ¿verdad?

—Hum, en realidad era una sala de música.

Abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar dije:

—Pero sé que ese no es el punto. Wes estaba bien con todo el asunto, quería que fuera a hablar con Michael.

—Él quería. —Me lanzó una mirada que la hizo parecerse a su madre, como una abogada que tenía a un criminal mentiroso en el estrado y estaba a punto de hacerlo llorar.

—Sí. —Me aclaré la garganta y decidí sincerarme. Dije—: Mira, él me había estado ayudando...

—Oh, Dios mío, conspiraste con él para atrapar a Michael, ¿no? —Sus ojos se entrecerraron con repugnancia—. Sabía que perderías la jodida cabeza cuando apareció de nuevo. ¿Qué diablos te pasa?

—Nada. —Parpadeé y traté de justificarlo—. Él y Laney no eran oficiales, así que...

—Eso explica la ropa y el cabello alisado, ¿no? ¿Me estuviste mintiendo cuando ustedes también estuvieron de compras?

Solo la miré. Quiero decir, ¿qué podía decir?

—¿Y qué te gustara también fue una mierda total?

—Solo al principio...

—Liz, vete a la mierda. —Se subió el bolso al hombro y se alejó de mí. Kate me dio una media sonrisa con la boca cerrada, como si se sintiera mal por mí, pero aun así iba a ir con Joss, y Cassidy me miró como si fuera un poco horrible.

Hubo un tiempo en que esas dos no habrían tomado partido, pero como las había rechazado demasiadas veces en todos los eventos del último año, serían del Equipo Joss hasta el final.

—Espera. —Mi garganta estaba apretada y mi visión borrosa mientras la veía caminar de regreso a la escuela—. ¡Joss, espera! Lo siento, ¿de acuerdo? ¿No necesitas que te lleve a casa?

—No de ti. —Simplemente levantó un brazo en el aire y gritó—: Prefiero caminar.

—Hola tú. —Helena estaba sentada en un taburete en la cocina cuando llegué a casa, trabajando en su computadora portátil con pantalones de pijama salpicados de pintura y una sudadera con capucha—. ¿Qué tal tu día?

—Meh. —Dejé caer mi bolso al suelo, agotada de llorar todo el camino a casa, y fui a la nevera en busca de algo bueno.

—Oh, Dios mío, lo olvidé, ¿viste a Wes? —Levantó la vista de su pantalla, casi gritando esas palabras, y tuve que recordarme no poner los ojos en blanco. No era su culpa que la secuencia de la historia hubiera cambiado.

—Hum, sí. —No teníamos pudín de chocolate, y eso me hizo querer llorar. Otra vez.

—¿Qué es esa cara?

Me encogí de hombros y cerré la puerta.

—Michael me invitó al baile de graduación.

—¿Qué? —La boca de Helena se abrió de par en par—. Te estás *burlando* de mí.

—No. —Fui a la despensa y busqué galletas, preguntándome si la sensación en mi estómago que no desaparecía era una úlcera.

Ni siquiera sabía realmente lo que era una úlcera.

—¿Lo rechazaste?

—No. —Apreté los dientes—. De hecho, dije que sí.

—¿Dijiste que sí? —Lo dijo como si acabara de decir que sí a vender mis órganos en el mercado negro o algo así—. ¿Por qué harías eso? Dios mío, ¿Wes lo sabe? Oh, pobre Wes.

Cerré la puerta de la despensa bruscamente y agarré mi bolso. ¿*Pobre Wes*? El pobre Wes no tenía ningún interés real en la Pequeña Liz, pero no tenía la energía para decirle eso. O pensar en ello por otro segundo. Porque además de lo aplastantemente rechazada que me sentía por su aparente falta de sentimientos por mí, me sentía engañada.

Traicionada por mi propio corazón.

Porque sabía que era mejor no dejarme atraer por él; *siempre* lo supe. Sin embargo, había sucedido. Me había enamorado de los pantalones cortos de baloncesto, los cigarros asquerosos y los besos empapados de lluvia. ¿Cómo pudo pasar esto?

Más allá de eso, planeé, mentí y arruiné mi mejor amistad en el mundo. Y, oh, sí, también me había interpuesto en el camino de Laney y Michael, dos personas que en realidad parecían estar hechas el uno para el otro.

—Sí, él lo sabe, y créeme, está bien. Necesito ir a estudiar —dije.

—¿Liz?

Me quedé quieta, pero no me volví hacia ella.

—¿Qué?

—Sé que pensabas que querías a Michael, pero ¿en serio quieres seguir con estas ideas demasiado románticas cuando puedes tener algo *real* increíble?

Ideas demasiado románticas. Por más cercana como era a veces, Helena no lo entendía. Mi madre lo habría entendido. Mi madre me habría estado animando todo el tiempo para que fuera a por el objetivo.

Había ignorado su regla de oro y estaba sufriendo las consecuencias.

—¿Liz?

—Tengo que ir a estudiar.

—Espera, ¿estás enojada conmigo?

Levanté mi bolso y dejé escapar el aliento.

—No. En absoluto.

—Quieres...

—No. Dios. —Lo dije con los dientes apretados y salió mucho más brusco de lo que pretendía, pero no podía hacer esto. No con ella—. Solo quiero que me dejen en paz, ¿de acuerdo?

14

«—*No estoy huyendo.*

—*Mentira*».

How to Lose a Guy in 10 Days

—Voy a correr —dije a medida que bajaba las escaleras. Doblé la esquina del salón y encontré a mi padre en el sofá con los pies apoyados en la mesita, viendo las noticias. Estaba hecha un lío y no sabía qué pensar sobre nada, así que, en lugar de torturarme, iba a visitar el cementerio.

No es menos tortuoso, ¿verdad?

Miré hacia la cocina, pero el único movimiento que vi allí fue el del Señor Fitzpervert, revolcándose en la alfombra bajo la mesa y pateando su ratón de juguete con las patas traseras.

—¿Dónde está Helena?

—En cuanto entré, dijo que tenía que irse. Tenía un mandado o algo así. ¿Estás bien?

No tenía ningún interés en una conversación sincera, así que dije:

—Sí, solo estoy cansada. Creo que me estoy resfriando.

Asintió, me miró como si supiera algo, y dijo:

—Helena dijo lo mismo.

—Ah, ¿sí? —Me puse los auriculares—. Qué pena.

Suspiró.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

Después de encender mi Garmin, me fui por la calle, evitando intencionadamente poner los ojos en *su* auto. Quiero decir, de todas formas

¿qué había con eso? ¿Por qué sentía algo parecido a nostalgia cuando veía el viejo auto destartado de Wes que parecía haber sobrevivido a nuestro accidente sin ningún daño visible?

Nostalgia que me hizo querer golpear su auto con un bate como Beyoncé en el vídeo de «*Lemonade*» y *causar* algún daño visible. Había estado repitiendo todo en mi mente, cada segundo horrible de lo que había pasado, y el rechazo de Wes estaba empezando a cabrearme.

Porque no solo era que me hubiera rechazado. No, era el hecho de que sabía que mi objetivo final era Michael, y aun así había insistido en el encanto con su cita para cenar y sus bromas en el Área Secreta y su beso bajo la lluvia, sacado directamente de *The Notebook*.

Sabía que era susceptible al romanticismo, y lo había usado en mi contra.

¿Y para qué?

Estaba avanzando con Alex, así que ¿cuál había sido el objetivo?

Por si fuera poco, cada vez que pensaba en Jocelyn me dolía tanto el estómago que me daban ganas de vomitar. ¿Cómo iba a ganarme su perdón? Últimamente me había comportado como una rata mentirosa y, por mucho que lo justificara, no podía encontrar una defensa que lo explicara.

Giré hacia el cementerio y me alegré de que estuviera oscureciendo, porque no me apetecía ser cortés ni hablar con nadie que pudiera estar cerca. A veces había otras personas allí, haciendo lo mismo que yo, y a veces les gustaba charlar. Solo quería sentarme junto a mi madre, contarle los detalles de mi último debacle, y luego disfrutar de la sensación imaginaria de que no estaba sola.

Pero cuando me acerqué, pude ver una figura de pie justo donde yo quería estar. Y al igual que la vez que Wes apareció allí, me sentí instantáneamente (e ilógicamente) irritada. ¿Quién estaba en mi lugar?

La persona se dio la vuelta cuando me acerqué, y vi que era Helena. Su rostro era serio, y aún llevaba puestos esos pantalones manchados de pintura.

—Liz. ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo.

Levanté la mano hacia la lápida de mi madre.

—No te ofendas, pero ¿qué estás haciendo *tú* aquí?

Pareció sorprendida por mi aparición, casi como si hubiera interrumpido algo. Se pasó una mano por el cabello y dijo:

—Podría decirse que necesitaba hablar con tu madre.

—¿Por qué?

—¿Qué?

Inhalé por la nariz y traté de evitar que se me escapara esa rabia inesperada.

—No conociste a mi madre, así que no entiendo por qué necesitarías *hablar* con ella. Nunca hablaste con ella ni oíste su voz, ni siquiera viste una comedia romántica *tonta* con ella, así que llámame irracional, pero me parece muy raro que estés acampando donde está enterrada.

—Esperaba que supiera cómo puedo llegar a ti. —Parpadeó rápidamente y apretó los labios, cruzando los brazos sobre el pecho—. Escucha, Libby, sé...

—No me llames así.

—¿Qué?

—Libby. Es como ella me llamaba, pero eso no significa que tengas que hacerlo, ¿de acuerdo?

—¿Qué es esto? —Lo dijo con una voz cansada que tenía un ligero filo—. Siento que estás *intentando* pelear conmigo.

Parpadeé rápidamente.

—No, no es cierto. —Definitivamente lo estaba haciendo. Nadie con quien quisiera pelear me estaba hablando. Entonces, ¿por qué no Helena?

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Porque te acabas de enfadar porque te he llamado por el apodo que he oído que te llaman tu padre y el vecino de al lado. No veo que tengas problemas con *nadie más que conmigo* al decirlo.

—Bueno, en realidad *ellos* la conocieron.

Me miró, exudando decepción por la mocosa que sabía que estaba siendo.

—No puedo evitar que no lo hiciera.

—Lo sé. —No se trataba si conocía o no a mi madre; se trataba de la violación de los recuerdos de mi madre. Sus legados. Quiero decir, no era irracional intentar mantenerlos puros, ¿verdad?

Suspiró y dejó caer los brazos a los lados.

—Liz, *sabes* que la memoria de tu madre no desaparecerá si te acercas a mí.

—¿*Disculpa?* —Las palabras se sintieron como una bofetada física porque, Dios, acababa de dar voz a mi mayor temor. ¿Cómo *no* iba a desaparecer si Helena se acercaba? Porque sin importar lo que dijera, había desaparecido para mi padre. Ahora cuando hablaba de mi madre, era como si se refiriera a alguna figura histórica a la que le tenía un cariño increíble.

Su lugar en su corazón había desaparecido, y ahora solo vivía en su cabeza.

Helena inclinó la cabeza y dijo:

—No será así. Seguirás recordándola exactamente igual que ahora, aunque me dejes entrar un poco.

—¿Cómo sabes eso? —Parpadeé para contener las lágrimas y dije—: ¿Y *si* desaparece? Sé que eres maravillosa con mi padre y súper genial, y sé que estás aquí para quedarte. Sé todo eso, pero no cambia el hecho de que tú estás aquí y ella no y eso se siente como una mierda.

Su boca se cerró de golpe.

—Por supuesto que sí. Me habría perdido sin mi madre. Entiendo totalmente que se sienta mal. Pero alejarme no va a traerla de vuelta, Liz.

Resoplé y me limpié las lágrimas de las mejillas.

—Sí, Helena, creo que lo sé.

—Tal vez si nosotras...

—No. —Apreté los dientes y deseé que desapareciera para poder llorar y tumbarme en la hierba suave. Pero si no se iba, tendría que hacerlo yo. Me puse los auriculares, puse «*Enter Sandman*» de Metallica, y dije—: Tal vez si me dejas en paz y me permites vivir mi vida sin intentar llenar sus zapatos cada vez que me doy la vuelta, todos seremos más felices.

No esperé a que respondiera. Empecé a correr por donde había venido, solo que empujé mis piernas para avanzar lo más rápido posible. Me limpié las mejillas e intenté huir de la tristeza, pero me acompañó durante todo el camino a casa.

Estaba casi en mi casa cuando vi a Wes salir de su auto.

Dio un portazo y empezó a cruzar la calle, hacia donde estaba, antes de darse cuenta de mi presencia. Me hizo un gesto con la barbilla y dijo:

—Hola.

Hola. Como si no nos hubiéramos besado, o enviado mensajes de texto, o hablado por teléfono, o comido hamburguesas juntos. Solo *hola*. Vaya, sí que *era* un idiota, ¿no? Dejé de correr y me arranqué uno de mis auriculares.

—Hola. Por cierto, gracias por ayudarme a atrapar a Michael. —Las palabras salieron a borbotones. Fui consciente de mi propia brusquedad a medida que me devanaba los sesos en busca de algo que decir que le hiciera doler tanto como a mí, y no pude contenerme.

Sus ojos se movieron por mi cara antes de decir:

—Claro, aunque todavía tiene a esa molesta Laney cerca. Creo que tendrás que lidiar con eso antes de «conseguirlo» oficialmente.

—Nah. —Agité una mano y me tragué mis emociones con una sonrisa—. Me ha dicho que no va a hacer ningún movimiento.

—¿Lo hizo? —Se frotó la ceja y miró más allá de mí durante un minuto antes de que su mirada volviera a mi cara. Se me cortó la respiración al mirar los mismos ojos que habían estado calientes y salvajes por mí en el asiento delantero de su auto, y dijo—: Bueno, entonces, estás a punto de conseguir todo lo que siempre has querido, ¿no? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Hum, era difícil hablar cuando estábamos conduciendo por un acantilado y luego estabas comiendo mi cara. Inhalé por la nariz. Estaba tan cabreada con él, conmigo, tan jodidamente decepcionada, y quería hacerle sentir algo de eso.

—Como si realmente fuera a compartir todos mis secretos con la persona que solo me estaba haciendo un favor y sustituyendo al Señor Correcto.

Tragó pesado y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bien pensado.

—¿Verdad? —Expulsé una risa falsa y dije—: Quiero decir, sin ofender, pero no podrían ser más diferentes. Él es como un restaurante gourmet, y tú eres un bar deportivo superdivertido. Él es una limusina, y tú un Jeep Wrangler. Él es una película ganadora de un Oscar, y tú eres... una película de carreras de autos. Ambas son buenas, pero buenas para personas diferentes.

Esos ojos oscuros se estrecharon marginalmente.

—Buxbaum, ¿hay algún punto en esto?

—Nah. —Levanté la mano, me saqué la coleta, y me hundí los dedos en el cabello. Se sintió como una victoria, la forma en que estaba visiblemente irritado—. Solo te agradezco todo lo que hiciste por mí.

—En serio.

—Sí. —Hice lo mejor que pude para forzar mi boca en una enorme sonrisa feliz—. Por cierto, deberías invitar a Alex al baile de graduación.

—Sí, ya lo estaba planeando.

Sentí eso en mi corazón. Imaginarlo sonriendo a Alex hizo que la parte posterior de mis párpados ardiera. Dije a través de esa sonrisa falsa:

—Deberíamos ir todos en grupo; sería divertido.

Pareció enfadado cuando dijo:

—¿No crees que es una mala idea mezclar «restaurantes gourmet» con «bares deportivos superdivertidos»?

Me encogí de hombros.

—Alex es como un restaurante muy bonito, así que estoy segura de que, si siguen juntos, subirás de nivel hasta llegar a un sitio de sushi de moda.

Me miró como si fuera una escoria, y tenía razón. Movié las llaves entre sus dedos y dijo:

—Aun así, prefiero ir solo con Alex.

Entonces, sus ojos bajaron hasta mi camiseta y mis pantalones cortos de correr, y su cara adquirió una mirada de lástima, de «lo sé todo».

—Ah. Acabas de ver a tu madre.

Parpadeé.

—¿Qué tiene eso que ver?

Me miró como si debiera saber lo que quería decir.

—¿Qué?

—Vamos, ¿tan poca conciencia tienes de ti misma? Te aferras a esa idea de tu madre angelical y la comedia romántica como si su mayor deseo en la vida era que su hija se enamorara perdidamente en la *maldita secundaria*. Solo porque le gustaran esas películas no significa que la estás decepcionando si vives tu vida como una adolescente de verdad.

—¿De qué estás hablando? Solo porque...

—Vamos, Liz, al menos sé honesta contigo. Te vistes como ella, ves los programas que ella veía, y haces todo lo posible para comportarte como

si estuviera escribiendo el guion de tu vida y tú fueras su personaje.

Me dolió la garganta y parpadeé rápidamente cuando sus palabras me llegaron como golpes.

—Pero noticias de última hora: no eres un personaje de una película. A veces puedes llevar jeans y alisarte el cabello si te apetece y maldecir como un marinero y, sinceramente, hacer lo que quieras, y aun así ella pensaría que eres increíble porque lo *eres*. Te garantizo que le habrías parecido jodidamente encantadora cuando estabas fumando los cigarros de sabores en el Área Secreta; sé que a mí me lo pareció. Y cuando me atacaste en mi auto. Hablando de carácter. Fue...

—Oh, Dios mío, *no* te atacué. ¿Me estás tomando el pelo? —Era oficial: me estaba muriendo de mortificación. Porque mientras había estado tarareando canciones de amor desde la sesión de besos en su auto, él había estado considerando que fue algo terriblemente «fuera de lugar» para mí.

Me ignoró y dijo:

—Pero estás tan atrapada en esa idea de quién crees que tu madre quiere que seas, o Michael, o incluso yo. ¡Olvídate de mí! Sé quién quieres ser. Solo hazlo, y deja de jugar, porque estás haciendo daño a la gente.

—Wes, cállate. —Estaba llorando de nuevo, y en ese momento lo odié. Por no entender, pero también por tener razón. Había pensado, independientemente de la situación del baile, que era la única persona que había entendido lo de mi madre. Me limpié las mejillas con el dorso de los nudillos—. No sabes ni mierda de mi madre, ¿de acuerdo?

—Dios, Liz, no llores. —Tragó pesado y pareció asustado—. Es que no quiero que te pierdas las cosas buenas.

—Como, ¿qué? ¿Tú? —Apreté los dientes. Quería aullar y patear las cosas. En lugar de eso, dije—: ¿Eres lo bueno, Wes?

Su voz sonó tranquila cuando dijo:

—Nunca lo sabrás.

—Sí, lo sé. *No* eres... eres lo contrario de todo lo que quiero. Eres la misma persona que eras cuando arruinaste mi Pequeña Biblioteca Gratuita,

y eres la misma persona que mi madre pensó que era demasiado salvaje para que yo jugara con ella. —Respiré entrecortadamente y dije—: Puedes quedarte con el Lugar para Siempre y simplemente olvidemos todo esto.

Me di la vuelta y me alejé de él, y justo estaba abriendo la puerta principal cuando le oí decir:

—Por mí, bien.

Me dormí antes de las ocho de la noche, escuchando «*Death with Dignity*» de Sufjan Stevens en repetición. Dormí toda la noche con los auriculares puestos, y esa canción suave rondó mis oídos hasta la mañana.

Madre, puedo oírte

Y anhelo estar cerca de ti

Soñé con ella. Ya no lo hacía casi nunca, pero esa noche, perseguí a mi madre en mis sueños.

Estaba recortando rosas en el jardín delantero y podía oír su risa, pero no podía ver su cara. Estaba demasiado lejos. Lo único que podía distinguir eran sus guantes de jardinería y su elegante vestido negro con cuello de volantes. Y por mucho que caminara, o por mucho que corriera, no estaba lo suficientemente cerca como para ver su cara sin borrones.

Corrí y corrí, pero nunca se acercó.

No me desperté con un grito ahogado como en las películas, aunque eso me habría hecho sentir mejor. En cambio, desperté con una resignación triste mientras la canción continuaba su suave bucle solemne.

15

«Te amo. Te he amado durante nueve años; he sido demasiado arrogante y cobarde para darme cuenta, y... bueno, ahora estoy asustada. Me doy cuenta de que esto llega en un momento muy inoportuno, pero realmente tengo este enorme favor que pedirte. Elígeme. Cástate conmigo. Déjame hacerte feliz. Ah, eso suena como tres favores, ¿no?»

My Best Friend's Wedding

Los días previos al baile de graduación se prolongaron, principalmente porque era la mayor solitaria del mundo. Jocelyn no me hablaba, Wes ahora solo era un vecino, y Helena me evitaba por completo.

Trabajé todas las noches y tomé horas extra, así que al menos gané dinero en mi solitaria vida patética. Y vi mis películas favoritas cuando no estaba trabajando, así que tenía mis DVD de apoyo emocional para evitar pensar en todas las cosas en las que no quería pensar.

Michael se reunió conmigo en mi casillero el día después de la invitación al baile de graduación, y fue tan minucioso y eficiente como siempre. Hablamos de a qué hora me recogería, qué colores llevaríamos y dónde íbamos a comer.

Él era perfecto.

Por lo que, mientras me peinaba el día del baile, intenté convencerme de que tal vez todo había sucedido por una razón. Quiero decir, lo de Joss seguía siendo una gran pesadilla que *tenía* que arreglar, y se sentía extrañamente vacío de que Helena estuviera fuera el día en que me estaba preparando para el baile de graduación, pero tal vez estaba *destinada* a ir momentáneamente al lado oscuro con Wes para poder apreciar realmente la increíble sutileza de Michael.

¿Tal vez, un cuento con moraleja? Encendí la lista de reproducción de Michael a medida que me alisaba el cabello y trataba de emocionarme por la noche. La conclusión era que, iría al baile de graduación con Michael Young, el chico que había amado desde que tuve la edad suficiente para crear recuerdos.

En realidad estaba sucediendo.

El problema con la lista de reproducción era que todas las canciones ahora tenían recuerdos de Wes adjuntos.

La canción de Van Morrison de mi reencuentro de película con Michael ahora me hacía pensar en Wes chocando con nosotros en el pasillo y luego dándome una mirada sabelotodo sobre mi parabrisas cubierto con cinta adhesiva. Y la canción de Ed Sheeran de la fiesta ahora me recordaba a Wes dándome sus pantalones, y levantándolos por mí, después de que me vomitaron.

—Maldita sea, Bennett, sal de mi cabeza. —Terminé mi peinado y pasé al maquillaje, aplicando un glamur casual para lucir mejor que de costumbre, pero no demasiado maquillada. Cuando finalmente terminé, revisé mi teléfono y, por supuesto, no había mensajes.

Me puse el vestido (por cierto, era tan bonito que, quería que me enterraran con él), pero se sintió un poco mal. Jocelyn debería haber estado allí, poniéndose también su vestido, y Helena debería haber estado dando vueltas, haciendo bromas y tomando fotografías.

Callé la voz que agregó a Laney a esa lista, incluyéndola como alguien que debería haber estado preparándose para tener el baile de graduación de sus sueños con Michael, pero no podía porque había decidido sacarla de la ecuación.

Justo cuando estaba a punto de bajar, escuché un portazo y miré por la ventana. Wes salió por la puerta principal con un esmoquin negro, y llevaba una caja de ramilletes. Bajó los escalones a saltos con su habitual andar relajado, y sus lentes de sol oscuros que lo hacían lucir rebelde además de sexy.

Casi perfecto, y me dolieron los ojos al mirarlo.

Presioné una mano en mi estómago mientras caminaba hacia su auto, que por una vez estaba estacionado en el camino de entrada. Parecía que lo había lavado, porque todo el barro que había salpicado en el costado desde que tenía memoria finalmente se había ido. Se metió dentro, lo puso en marcha y sentí algo pincharme en el pecho cuando se alejó.

Bajé las escaleras y me estaba poniendo los zapatos cuando sonó el timbre. Si bien sentí un par de mariposas a medias en el estómago, la anticipación fue mínima.

Pero, tenía esperanzas con esto, si realmente me esforzaba, tal vez aún existía la posibilidad de una noche agradable con una cita dulce. Me puse de pie y pasé las manos por la parte delantera de mi vestido, me acerqué a la puerta principal, y la abrí.

Guau.

Michael estaba en mi puerta, su esmoquin acentuando perfectamente su cabello rubio y su piel bronceada. Parecía de Hollywood, como alguien nacido para usar esmóquines. Me sonrió y todo fue calidez y buenos sentimientos cuando dijo:

—Guau. Te ves genial, Liz.

—Gracias.

—¡Deténganse! —Mi papá entró en la habitación con una media sonrisa en el rostro, pantalones cortos cargo y un mensaje de ¿TIENEN LECHE? en la camiseta—. Necesito tomar fotos, ustedes dos. Helena tenía cosas que hacer —dijo, y sus ojos se posaron en mí—. Pero me mataría si no tomara fotos.

Mordí el interior de mi mejilla a medida que la culpa se cuajaba en mi estómago. Porque a pesar de que había querido decir lo que le había dicho a Helena, me sentía como una escoria por hacerla sentir mal.

—Por supuesto. —Michael le dedicó a mi papá una sonrisa encantadora y dijo—: Encantado de verlo de nuevo, señor Buxbaum.

—Igualmente, Michael. ¿Cómo están tus padres? —Mientras decía esto, mi papá nos hizo un gesto para que nos paráramos frente al piano—.

Escuché que tu papá es ahora coronel.

—Sí, así es. —Caminamos hacia el piano y miramos a la cámara—. Obtuvo el cambio de título oficial el año pasado.

—¿Ahora tenemos que usar un título contigo? —Mi padre pensaba que era gracioso—. ¿Como el coronel junior Michael?

—Vamos, papá, no es el hijo del chico de las gallinas. —Puse los ojos en blanco, y Michael se rio—. Solo toma la foto.

Papá nos indicó que nos paráramos en una pose súper incómoda, con el brazo de Michael alrededor de mi cintura, y simplemente cerré la boca y sonreí para terminar de una vez. Afortunadamente fue rápido, y después de unas cuatro tomas más nos dejó irnos.

—Diviértanse, niños.

—Me disculpo por él —murmuré a Michael mientras caminábamos hacia su auto—. Es tan tonto como siempre lo fue.

—Tu papá siempre fue genial —dijo, sonriendo a medida que me abría la puerta del pasajero.

—Sí, supongo. —Agarré un puñado del vestido largo y entré, y miré por la ventana después de que cerró la puerta y caminó hacia el otro lado. Miré a papá en el porche, sonriendo y saludando solo, y se me ocurrió que podría haber sido así todo el tiempo si nunca hubiera conocido a Helena.

Solo.

Estaba mal que ella no estuviera allí.

—Entonces, ¿estás bien con Sebastian's? —Salió del camino de entrada, y noté que su auto estaba impecable. Limpio, aspirado, sin una mota de polvo de ventilación: el interior estaba perfecto. Desde algún lugar en medio de mi cerebro, me pregunté si el interior del auto de Wes también se vería así. Quiero decir, claramente había lavado el exterior del Bronco. ¿Fue para impresionar a Alex?—. ¿Liz?

—¿Qué? ¿Mm? —Parpadeé y volví del retraso—. Sí. Sebastian's suena genial.

Cuando llegamos al restaurante, la anfitriona nos llevó a una mesa impresionante con manteles blancos, un jarrón lleno de lirios y velas blancas, ya encendidas. Me senté en una de las sillas y dije:

—Guau.

Michael se sentó frente a mí e inmediatamente puso la servilleta en su regazo.

—Supuse que la romántica Pequeña Liz querría flores antes de su baile de graduación.

—Espera, ¿qué? ¿Las conseguiste para mí?

Él sonrió y suspiró.

—Era lo menos que podía hacer. Te pillé con la guardia baja, al último minuto, con todo el asunto.

Me levanté lo suficiente de mi asiento para inclinarme hacia adelante y oler las flores preciosas. ¿Cómo podía ser tan considerado? Fue un gesto tan *perfecto*.

—Sí, no voy a mentir, me sorprendió cuando preguntaste.

—Después de lo que dijiste en la sala de música, decidí qué diablos.

¿Qué había dicho exactamente? Me devané los sesos, pero no tenía ni idea. Había estado tan concentrada en Wes y Alex que en realidad no le había prestado atención a Michael. *Mala jugada, Liz.*

—¿Qué hay de Laney?

Una sombra pasó sobre su rostro antes de desaparecer rápidamente.

—Irás al baile de graduación con sus amigos —respondió.

—Ah. ¿Y estás bien con eso?

—El asunto es que, no tengo ni idea de lo que quiere, y no quiero desperdiciar el baile de graduación intentando averiguarlo. Preferiría...

Apareció el mesero, interrumpiéndolo con menús, ofertas especiales y bebidas, y me di cuenta de que Michael estaba aliviado. Estaba claro para

mí que quería a Laney, pero tenía demasiado miedo de exponerse. Preferiría fingir que yo era su cita mágica, la Pequeña Liz segura, pero tal vez algo más, que arriesgarse a intentarlo y ser rechazado.

Eso debería haberme hecho sentir como basura, pero en realidad, no sentí *nada* al respecto. De hecho, sentía lo mismo sobre su amor no-ardiente-por-mí que lo que sentiría sobre su opinión sobre toda la guerra de condimentos de ketchup versus mostaza.

Nada.

Totalmente insensible.

Santa mierda, no me importaba.

Me sentí más relajada con solo admitírmelo. Porque, en realidad, ¿por qué lo estaba forzando? Michael no era el indicado, ¿verdad? Y tal vez no iba a encontrar el indicado. Eso también estaba bien, ¿verdad? ¿Por qué estaba desperdiciando mi vida intentando estar a la altura de las expectativas ridículas que me estaba fijando?

Cambié de tema señalando un grabado art déco de los años veinte en la pared, y cuando llegó la comida, estábamos en medio de una conversación sobre *El Gran Gatsby*.

—Escucho lo que dices, Liz, lo hago. Pero el único propósito de Daisy en la historia es ser el sueño inalcanzable de Gatsby. *Es* la luz verde. Así que, no puede ser una antagonista monstruosa.

Puse los ojos en blanco y llevé un trozo de bistec a mi boca.

—Te equivocas. Su recuerdo de ella es la luz verde. Recuerda: «Su recuento de objetos encantados había disminuido en uno». Una vez que vuelve a conectar con ella en persona, ya no es la luz verde.

Él asintió y untó mantequilla en su panecillo.

—Eso es verdad.

Dije:

—Daisy en persona *es* una antagonista monstruosa. Juega con su afecto, engaña a su esposo y deja que Jay la cubra cuando atropella a la

amante de su esposo. Entonces, cuando él es asesinado y abandonado a su suerte, ella abandona la ciudad sin mirar atrás.

—Bueno —dijo, extendiendo la mano y agarrando su vaso de agua—, esos son todos puntos válidos. Aun así, no creo que sea la villana aquí, pero has logrado rebajarla un poco para mí.

—Ajá, la victoria es mía. —Sumergí mi tenedor en la cremosa patata al horno y saqué un bocado—. A este ritmo, seré responsable de poner a cientos de lectores en contra de Daisy Buchanan antes de morir.

—Supongo que, una vida bien vivida.

Acabábamos de terminar la cena cuando apareció el postre, se había tomado la libertad de pedirme un pastel de queso con anticipación, y casi me desmayo de gratitud.

Metí el tenedor en la tarta de queso y pregunté:

—¿Cómo supiste que me encanta la tarta de queso?

Inclinó la cara hacia adelante y dijo:

—No lo hice, solo lo quería.

Sonreí y sentí el pastel de queso deslizarse contra el paladar de mi boca.

—Bueno, aun así, fue considerado.

—Hola, chicos —dijo una voz detrás de mí.

Levanté mi agua y tomé un sorbo.

—Hola, Lane —dijo Michael.

El agua se fue por el tubo equivocado y comencé a toser. Un chorrito pequeño salió disparado de mi boca, pero me recuperé rápidamente, atrapando el rocío con mi servilleta, aunque me tomó diez segundos para dejar de toser. Podía sentir los ojos de todos en el restaurante sobre mí cuando Michael preguntó:

—¿Estás bien?

Parpadeé para quitarme las lágrimas y asentí, un par de ataques de tos más se abrieron paso antes de que pudiera decir:

—Estoy b-bien.

Otra tos.

Intenté una sonrisa tranquila mientras respiraba hondo e intentaba recuperar la compostura.

—Odio cuando eso ocurre. —Michael intentó hacerme sentir menos avergonzada al sonreír y decir—: Te juro que me pasa una vez al mes.

—Igual —dijo Laney, rodeando la mesa como para asegurarse de que pudiera ver lo bonita que se veía mientras yo intentaba ser una fuente humana—. Beber es difícil, ¿verdad?

Michael se rio y ella le sonrió, y me sentí como si les estuviera echando agua a los dos. No porque me importara que parecieran adorablemente perfectos, sino porque me hizo extrañar a Wes. Laney debe haberse dado cuenta de que solo estaba parada y mirando a mí cita fijamente porque parpadeó y dijo:

—Ah. Bueno, debería volver a mi mesa. Diviértanse esta noche, chicos.

—Tú también, *Lane* —murmuré, e hice un gesto pequeño con mi tenedor. Sí, algunas actitudes eran difíciles de cambiar.

Michael pareció un poco perdido por un segundo después de que ella se alejó, pero se recuperó y le dio un mordisco a su tarta de queso.

—Guau, esto está realmente bueno.

Asentí y clavé mi tarta de queso con mi tenedor, restregando el relleno por todo el plato elegante.

—Sí.

No sé en qué estaba pensando, pero pregunté:

—¿La conociste cuando viviste aquí la primera vez? Me refiero a, Laney.

Su boca se torció un poco y sonrió.

—Ah, sí. Era toda una mocosa en ese entonces y solía delatarme *todo el tiempo* en el recreo cuando no la dejaba jugar kickball con nosotros. Odiaba a esa pequeña mocosa.

Está bien, eso me hizo sonreír.

—También la odiaba.

—Honestamente, esperaba que se convirtiera en una bruja total.

¿No lo es?

—Pero de alguna manera, no lo hizo. ¿Sabías que es voluntaria todos los fines de semana en el refugio de animales?

—Guau. —¿En serio? Aunque de repente empecé a sentir empatía por la difícil situación de amantes desafortunados de Michael y Laney, eso no significaba que quería saber de primera mano que Laney Morgan era un ser humano mejor que yo—. Um, no, *no* sabía eso.

—Y está ahorrando para poder ir a un viaje misionero este verano.

Quise voltear la mesa y gritar algo como: «¿Me estás jodiendo?»

En lugar de eso, asentí y dije:

—No tenía ni idea.

—Pero hablemos de ti, Liz. —Apoyó la barbilla en su mano—. Wes me dijo que eres «literalmente» la persona más genial que ha conocido, así que también has cambiado mucho. Quiero decir, la última vez que te vi antes de que nos mudáramos, llevabas un kimono y un lápiz labial rojo brillante para una comida al aire libre en el vecindario. Te comiste tu perrito caliente con cubiertos.

Me reí sin poder evitarlo mientras él decía:

—Eso sí que es subir de nivel.

Me aclaré la garganta y dije:

—Wes estaba exagerando. Puede que ya no coma perritos calientes con cuchillo y tenedor, pero no he cambiado tanto.

—No seas modesta. —Sacó su teléfono y comenzó a desplazarse, claramente buscando algo. Después de unos treinta segundos, murmuró—: Bam. —Y me tendió el teléfono para que lo mirara—. ¿Ves?

Tomé su teléfono y miré la pantalla. Era un hilo de mensajes entre Michael y Wes, fechado justo en el momento en que Wes accedió a ayudarme.

Wes: *Definitivamente es linda, pero también jodidamente genial.*

Michael: *¿Lo es? Siempre pensé que era bastante inquieta.*

Wes: *Liz es... diferente. Es el tipo de chica que lleva un vestido cuando todos los demás llevan jeans. Escucha música en lugar de ver la televisión. Bebe café negro, tiene un tatuaje secreto, corre cinco kilómetros todos los días llueva o haga sol, y aún practica el piano.*

Michael: *Ya sueñas esposado jajaja.*

Wes: *Lo que sea. ¿A qué hora vas a llegar?*

Mis ojos se sintieron arenosos a medida que mi corazón vacilaba en mi pecho. Puse los ojos en blanco exageradamente y le devolví el teléfono.

—Eso no es real.

—¿Qué?

Suspiré, y se me ocurrió que era un buen momento para confesar. Tal vez si confesaba mis pecados, él podría seguir su corazón y encontrar la felicidad con Laney. Porque, ¿por qué iban a sufrir solo porque yo era una mierda? Lo miré y le dije:

—Estaba intentando ayudarme. Le pedí a Wes que te hablara bien de mí, así que, por eso dijo todo eso. Me estaba haciendo un favor.

Sus cejas se fruncieron.

—¿Hablas en serio?

No quería que las cosas se pusieran raras entre él y Wes, así que me limité a pasar por alto lo planificado que había sido todo y me limité a decir que Wes me hizo ese pequeñito favor.

Se rio un poco.

—Entonces, en realidad no has cambiado mucho, ¿cierto?

Eso me hizo reír.

—No, lamentablemente no.

Continué contándole cómo mi uniforme de camarera había sido en realidad mi vestido favorito y cómo me había inventado totalmente *La Cafetería*, y los dos nos reímos hasta tener lágrimas en los ojos.

Me excusé y fui al baño mientras él pagaba la cuenta, y una vez que la puerta se cerró detrás de mí, fue una lucha para mantener las lágrimas a raya.

Porque... el mensaje de Wes. Dios. Sí, lo había enviado para ayudarme, pero ¿todas esas cosas que había dicho? Quería tanto que me viera así. Había ido más allá de lo que le había pedido cuando envió ese mensaje, y ahora nunca sería la misma.

—Oh. Hola, Liz. —Laney salió de una cabina del baño y comenzó a lavarse las manos.

—Hola, Laney. —Abrí el grifo aunque ni siquiera había usado el baño y comencé a lavarme las manos.

—Me encanta tu vestido, es precioso. —Me sonrió en el espejo.

—Gracias. Igual, solo que más —murmuré y señalé hacia el largo vestido rosa que llevaba.

—¿Estás bien?

La miré de reojo en el espejo.

—Sí, ¿por qué?

Se encogió de hombros y miró sus manos.

—Estás aquí con Michael Young, y te trajo flores y tarta de queso y no puede dejar de mirarte, pero pareces triste.

No te metas, VillaLane.

—¿Es por tu madre?

—¿Qué? —Me sorprendieron tanto sus palabras que dejé de enjabonarme las manos. El único sonido en el baño era el del grifo que seguía corriendo.

—Oh, lo siento mucho. —La sonrisa de Laney desapareció—. No tengo tacto. Siento mucho haber dicho algo. Solo pienso todo el tiempo, cuando te veo, en lo difícil que sería no tener a tu madre cerca, especialmente durante tu último año cuando todo el mundo está compartiendo todos estos hitos con sus padres. Siento mucho haber sacado el tema.

Me quedé mirando mis manos espumosas y no tuve palabras. Laney Morgan había visto algo que nadie más había visto, y me sentía totalmente extraña al ser comprendida por ella.

—No, está bien. No sabía lo que querías decir.

Cerró el grifo y buscó una toalla de mano.

—Aun así. A veces no puedo evitar meter la pata. Lo siento mucho.

Levanté los ojos hacia el espejo a medida que me enjuagaba el jabón.

—Pero, tienes razón. Es una mierda. Ese no es mi problema en este momento, pero eso siempre está ahí.

—No puedo imaginarlo. Mi madre sigue hablando de ti todo el tiempo.

—¿Qué? —Cerré el grifo y me enderecé—. ¿Tu madre se acuerda de mí?

Laney asintió.

—Solía ir a la escuela a la hora del almuerzo; ¿recuerdas que los padres hacían eso a veces en la escuela primaria?

Asentí y tomé una toalla, recordando lo sonriente que había sido su madre cuando había entrado en la clase.

—Fue el año en que tu madre murió, y dijo que tenías los ojos más grandes y tristes que hubiera visto nunca y quería llevarte a casa con ella. Siempre llevaba una ración extra de papas fritas en caso de que quisieras, pero siempre sacudiste la cabeza en negación.

Entonces parpadeé con fuerza, pero no pude evitar que se me escapara una lágrima.

—No recuerdo eso, pero sí recuerdo lo perfecta que parecía tu madre.

—Ay no, Liz, no quise hacerte llorar. —Laney tomó un pañuelo de papel y me lo dio—. Tu maquillaje está perfecto, así que déjalo pasar.

Eso me hizo sonreír, y me limpié los ojos.

—Lo siento.

Se inclinó hacia el espejo y se revisó los dientes antes de enderezarse.

—Probablemente debería volver. Y Michael probablemente se esté preguntando adónde fue su cita.

Tenía la misma decepción en cámara lenta que Michael mostró cuando dijo eso. Inspiré por la nariz antes de decir:

—Sabes que Michael solo me lo pidió como amigo, ¿cierto? —Era prácticamente cierto, así que no lo añadí a mi cuenta de mentiras que se habían ido acumulando últimamente.

Juro por Dios que Laney Morgan lució nerviosa e incómoda.

—¡De ningún modo! Vi la propuesta para el baile. Eso no puede ser cierto —dijo.

—Lo es. Y Michael me dijo que ustedes han estado hablando, pero también pensó que quizás no habías superado a tu ex. Por eso, probablemente, para empezar me invitó a mí al baile en lugar de a ti.

Parecía que no sabía qué responder, pero algo que lució un poco como esperanza brilló en sus ojos.

Me miré en el espejo y me pasé una mano por el cabello.

—Si sientes algo por él, tendrás que decírselo. Parece que es tímido a la hora de exponerse, por cierto, por eso nunca podría ser el protagonista de una comedia romántica, así que si te gusta Mike, tendrás que ser valiente.

Su boca cerrada se convirtió en una sonrisa diminuta y los ojos de princesa de la chica resplandecieron.

—Sabes, Liz, eres bastante genial.

Era la antítesis de lo genial, pero fue agradable escucharlo.

—¿Eso significa que él te gusta?

Asintió y sus ojos se agrandaron aún más.

—No tienes ni idea. *Nunca* había sentido esto por nadie.

Puse los ojos en blanco y arrojé el papel.

—Bueno, entonces no le des más vueltas.

Volví a la mesa, donde Michael parecía listo para irse.

—¿Estás lista? —Puso la servilleta en su plato y me miró expectante.

—Vamos a divertirnos.

Él se rio y nos fuimos, y mientras conducíamos hacia el centro de convenciones donde se celebraba el baile, deseé poder irme a casa. Me alegraba que Michael y Laney estuvieran destinados a tener su noche mágica, pero aparte de eso, nada bueno podría salir del baile.

Joss. Wes. Alex.

Todos los que me importaban, que iban a ir al baile, no querían verme.

—Por cierto, ya terminé el libro.

—¿Qué libro? —Miré por la ventana a medida que pasábamos por el McDonald's.

Se aclaró la garganta y cuando giré la cabeza, me miró fijamente.

—*Ese libro.*

Eso me hizo sonreír.

—Por supuesto. Como si fuera una porquería dentro de una bolsa marrón. *Ese libro.*

Empezó a hablar del libro de los Bridgerton, y me olvidé de todo lo demás en el mundo mientras se ponía poético sobre lo genial que era un barco pirata. Él y yo discutimos hasta que apagó el auto en el estacionamiento.

—Probablemente deberíamos entrar, ¿cierto? —Eché un vistazo al centro de eventos a través del parabrisas y me puse nerviosa por primera vez desde que había estado esperando a que Michael me recogiera.

—Así es cómo funcionan estas cosas. —Sacó las llaves y dijo—: ¿Vamos a hacer esto?

Me pasé el brillo por los labios y abrí la puerta.

—Hagámoslo.

Cuando entramos, Michael le entregó al encargado de seguridad nuestros boletos, y el tipo grande y calvo me miró con ojos aburridos.

—¿Bolso?

Sacudí la cabeza y señalé la parte delantera de mi vestido.

—Bolsillos.

Sus cejas se alzaron.

—Estupendo. Que tengan una buena noche, chicos.

—Igualmente.

Nos dirigimos al Salón C, y al momento en que atravesamos las puertas, fue como entrar en un mundo diferente. No, no fue mágico. Era un mundo de recepción de bodas de colores brillantes y demasiado ruidoso. El tema era Mardi Gras, lo que básicamente significaba que todo era de color púrpura, amarillo o verde.

—Oye, ahí está Wesley. Junto al bebé de papel maché.

Seguí la mirada de Michael y sí, había un enorme bebé de papel maché sentado encima de un pastel de papel maché aún más grande. Mis ojos buscaron a Joss entre la multitud, pero no la vi por ningún lado. El estómago se me revolvió un poco cuando Michael me guio hacia Wes.

Basta, Liz.

Respiré hondo, metí las manos en mis bolsillos encantadores, y atravesé el salón, concentrándome en no tropezar con mis tacones. Estaba sonando «*We Are Young*» de Fun, y seguía sintiéndose como siempre lo hacía: como si la banda intentara convencernos de algo.

—Es un bebé *enorme* —dije, sonriendo mientras nos acercábamos.

—¿Verdad? Bizarro. —Michael sonrió abiertamente, y lo estaba mirando cuando una voz gritó:

—¡Señora Cara de Papa!

Miré más allá del bebé y allí estaba Adam. En realidad, me *gustaban* los amigos de Wes.

—Hola —saludé.

—No la llames más así; su rostro es normal otra vez.

Puse los ojos en blanco hacia Noah, que estaba de pie detrás de él.

—Vaya, gracias.

—Podría haber dicho *casi* normal; deberías estar agradecida.

Eso me hizo sonreír.

—Y lo estoy. Gracias por la amabilidad.

—De nada.

—¿Una corbata Louisville? —Puse los ojos en blanco ante su ridícula corbata deportiva cubierta de grandes cardenales rojos y *L* odiosas y dije—: Eso es, mmm... poco convencional.

—Pero increíble, ¿cierto? —Pasó una mano por encima y dijo: Cardinal-chic.

—Esa corbata es horrible —dijo Laney. Acababa de salir de la pista de baile con Ashley—. Es como si hubieras perdido una apuesta o algo así.

—A Liz le gusta.

—No, no le gusta —dijo Adam, mirándome con una pregunta en la cara—. ¿O sí?

Me limité a sonreír y a encogerme de hombros mientras sonaba «*New Year's Day*» de Taylor Swift.

—Ves, es demasiado amable para decirte que la odia.

—O es demasiado amable para decirte que le encanta y no tienes sentido de la moda.

—Bennett está por allá —gritó Noah por encima de la música, y señaló la pista de baile—. Con Alex.

Miré en la dirección que señaló con su dedo y mi estómago se hundió cuando los vi. Estaban bailando, con los brazos de Wes alrededor de la cintura de Alex y los de ella alrededor de su cuello. Ella llevaba un vestido rojo que la hacía destacar entre la multitud, y no se me ocurrieron nada más que cumplidos para ella. *Todo un acierto*. Él se inclinó para poder escuchar lo que ella decía, y ambos sonrieron.

Me sentí mareada.

¿Siempre había sido tan increíblemente atractivo? ¿Y siempre había sonreído con tanta calidez? Podía sentir su cariño por ella desde el otro lado de la habitación con solo mirar su boca tan bonita.

La boca que había estado en mi boca.

Cuando lo ataqué. Puf.

Tomé aire.

De hecho, me *había* enamorado de él, ¿verdad? Los miré fijamente, la pareja perfecta, mientras Taylor Swift me hacía doler el alma.

Por favor, no te conviertas nunca en un extraño

Cuya risa podría reconocer en cualquier lugar...

—¿Quieres bailar? —Michael me miró, y me di cuenta de que probablemente había malinterpretado mi mirada de anhelo como una mirada de ganas de bailar.

—Um, aún no —dije, fijando una sonrisa en mis labios a pesar de que mis mejillas estaban calientes y me sentía enferma de repente—. ¿A menos que tú quieras?

—No, estoy bien. —Dio una sacudida de cabeza que fue todo un alivio—. ¿Quieres algo de beber?

Lo que quería era que dejara de intentar que tuviéramos algo. Los dos sabíamos que lo nuestro no existía, pero Michael parecía empeñado en pasar por todos los movimientos románticos; había empezado la noche culpable de lo mismo, pero comprendí rápidamente que no podía forzarlo.

Debí haber dicho algo cuando vimos a Laney en el restaurante, porque si algo había aprendido últimamente era que la honestidad era la mejor política.

Así que le dije:

—Me encantaría una Coca-Cola Light, pero no aceptes la derrota hasta que encuentres a Laney y hables con ella.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Cómo dices?

Lo dijo con una sonrisa y una ración extra de Texas por encima, pero aun así no me hizo sentir nada. Estaba totalmente recuperada, llena de anticuerpos contra Michael, así que miré su rostro que había sido parte de tantos recuerdos de mi infancia y dije:

—No está obsesionada con su ex; está enamorada de ti. Ve a buscarla.

Se quedó mirándome por un segundo, como si no supiera qué decir.

Le sonreí y asentí, solo para demostrar que no me importaba.

—¿Estás segura? —Pareció preocupado, mirándome exactamente de la misma manera que lo había hecho tantas veces cuando había estado llorando dramáticamente por las travesuras del barrio, y me dolió un poco el corazón. Lo estaba dejando ir, el sueño de él, y la Pequeña Liz nunca se había permitido imaginar que eso sucedería.

—Sí, estoy segura. —Me reí y señalé hacia la masa de estudiantes vestidos exageradamente—. ¡Ahora ve a buscarla!

—Ven aquí. —Me abrazó, y fue extraño lo emocionada que me sentí. Se acercó a la parte posterior de mi cabeza y dijo—: Gracias, Lizzie.

Puse los ojos en blanco y empujé sus hombros.

—¿Quieres irte, por favor?

Sonrió y me dio un saludo militar, lo que debería haber sido una tontería, pero fue un poco adorable.

—¡Aquí voy!

Lo vi alejarse en busca de su final feliz, y luego saqué mi teléfono del bolsillo. Sin mensajes. Lo apagué y lo volví a guardar, dejando que mis manos se acomodaran en los bolsillos. Miré al Bebé Gigante, hacia la falta de detalles en su rostro de papel maché, e intenté contar cuántos pequeños trozos de papel se habrían necesitado para crear esa cosa. Porque necesitaba pensar en algo, cualquier cosa, que no fuera Wes.

Miré a ese bebé durante cinco segundos antes de que mi mirada volviera a la pista de baile.

Y, Dios mío, Wes me estaba mirando. Estaba bailando con Alex, pero nuestros ojos se encontraron por encima de su cabeza. El corazón me latió con fuerza en el pecho y la respiración se me congeló cuando esos ojos oscuros bajaron por encima de mi vestido, y luego subieron hasta mi cabello, antes de volver a posarse en mi cara.

Levanté una ceja como si dijera: «¿Y?»

Lo hice con la intención de ser juguetona, como un intento diluido de recuperar nuestras bromas, pero lo único que conseguí fue que su cara se

tensara. Frunció el ceño antes de que él y Alex se movieran un poco y ya no estuviera frente a mí.

—Ahora vuelvo —murmuré, sin que nadie me escuchara, y me dirigí a la puerta del fondo del salón de baile. En realidad, no sabía a dónde iba en el enorme centro de convenciones, pero necesitaba alejarme. No podía soportar ni un minuto más del baile, y definitivamente no podía soportar que Wes me mirara como si me odiara.

Recorrí todo el camino hasta el final del pasillo largo, y entonces vi una escalera, que era el lugar perfecto para esconderme un rato. Miré por encima del hombro para asegurarme de que nadie me observaba, y luego abrí una de las pesadas puertas de metal y me agaché dentro.

—¡Oh, Dios mío!

—¡Ah! —Me puse la mano en el pecho y miré a Jocelyn, que estaba sentada sola en los escalones con sus tacones de aguja naranjas en el suelo delante de ella. Era casi como si tuviera que ser una alucinación, porque ¿qué probabilidades había de que estuviéramos escondidas en el mismo hueco de la escalera?—. Caray. Lo siento. Me has dado un susto de muerte.

—Igual. —Ladeó la cabeza y pareció molesta al verme—. ¿Charlie te envió a buscarme?

—No. —Había oído que cuando Kate había conseguido una cita real, Cassidy y Joss habían decidido seguir su ejemplo para que no fueran solo ellos dos, pero aún no podía creer que Joss hubiera aceptado ir con Charlie Hawk—. No lo he visto.

Odiaba no tener ni idea de qué decir a mi mejor amiga. La echaba de menos y deseaba tanto poder retroceder en el tiempo y no ocultarle las cosas.

—Solo me estoy escondiendo.

—¿Problemas en el paraíso? —Me miró como si no le agradara. En absoluto.

—No, solo estoy aburrida. —Sabía que probablemente no debería admitir mi estupidez ante alguien que ya pensaba que era una tonta, pero no

pude contenerme—. Resulta que, en realidad no me gusta Michael de esa manera. Y él y Laney están súper interesados el uno en el otro, pero son pésimos comunicándose.

Se estudió las uñas mientras decía:

—Es cierto.

—Sí. —Me aclaré la garganta y apoyé el trasero en la puerta—. También resulta que en realidad *me gusta* Wes, pero ahora a él *le gusta* Alex. Así que.

—Umm...

—Y —dije, tragando—. Y resulta que lo siento mucho, muchísimo. Te echo de menos.

Joss tosió con una risita disimulada, pero no sonrió.

—¿Crees que el hecho de que todo te haya explotado en la cara va a hacer que te perdone?

—Por supuesto que no. —Metí las manos más profundamente en los bolsillos de mi vestido, en mi cara aparecieron al instante gotas de sudor al darme cuenta de que mi lugar seguro en el hueco de la escalera estaba a punto de convertirse en todo un enfrentamiento—. Pero al menos puedes consolarte con el hecho de que estoy sufriendo.

—No quiero que sufras.

—Escucha. —Suspiré. La echaba mucho de menos—. Sé que no quieres oír esto, pero siento *mucho* haberte mentado. Sabía que intentarías persuadirme por intentar conseguir a Michael, y en lugar de pensarlo bien, solo seguí adelante y te lo oculté para no tener que lidiar con ello.

Rodeó sus rodillas con los brazos.

—Un movimiento tan cobarde.

—¿Verdad? Y tampoco debí haberte dejado pensar que me gustaba Wes. Quiero decir, terminó siendo una profecía autocumplida, pero fue bastante despreciable.

—Sí, lo fue.

—Sí. —Inhalé y dije—: Ahora voy a volver para que...

—Siéntate. —Señaló su cabeza hacia el escalón de al lado y dijo—: También te extraño. Estoy a punto de perdonarte por todo el debacle del baile. Pero.

Me senté y esperé.

—Siento que algo anda *mal* entre nosotras últimamente. Como si te persiguiera constantemente. —El rostro bonito de Joss estaba triste, y odié que fuera por mi culpa.

Dijo:

—Es nuestro último año. Nos imaginé haciendo todo juntas, y aprovechando cada segundo que tenemos porque en unos meses vamos a vivir en lugares diferentes.

Levantó la mano y se quitó los pasadores de su peinado.

—El baile de regreso a casa, el baile de graduación, las fotos del último año, las bromas del último año... pensé que haríamos todas esas cosas totalmente épicas. Pero solo seguiste desapareciendo de las cosas importantes.

—Lo sé. —Nunca lo había pensado desde su perspectiva—. Lo siento.

—Estás ahí para todo lo demás, cada pequeña cosa que no importa. Pero, como... ¿vas a aparecer para la graduación? ¿Voy a tener que caminar sola? No sé cuál es tu problema.

—Es complicado. —Parecía que esas dos palabras lo explicaban todo sobre mí. Tragué pesado y traté de hacerla entender—. Sé que no éramos amigas cuando murió mi madre, pero fue una mierda. Como en, por supuesto perder a un progenitor es un asco, pero fue un auténtico *asco*. *Todo* se sentía solitario y triste, cada una de las cosas. Podrías haberme dado montones de helado en Disney World con Tom Hanks repartiendo paseos en poni, y aun así habría llorado cada noche porque ella no estaba allí.

Me quité los zapatos, apoyé la cabeza en la pared de bloques de cemento y cerré los ojos.

—Pero empezó a mejorar con el tiempo. No fue tan terrible. Aprendí que si lograba pasar el día sin llorar, podía ir a casa y ver sus películas, que siempre la hacían sentir cerca.

—Liz, lo siento. —Apoyó su cabeza en mi hombro y rodeó mi bíceps derecho con sus brazos.

—Todo se volvió normal y bien, pero últimamente es... diferente.

—¿Diferente cómo?

Abrí los ojos y me centré en la pegatina de ABRIR LA PUERTA DESPACIO en la salida de la escalera.

—Estoy en el último año. Todo está etiquetado con «última vez» y secretamente todo envuelto en la familia. Último baile de bienvenida: «Padres, reúnanse para las fotos de sus bebés». Las visitas a la universidad: «Oh, Dios mío, mi madre fue tan vergonzosa cuando visitamos las residencias». Son *mis* cosas, pero cada hito se siente vacío sin ella, así que ni siquiera tengo ganas de hacerlo.

Levantó la cabeza y me miró.

—¿Comprar los vestidos?

Respiré entrecortadamente.

—Bingo.

—¿Por qué simplemente no me lo dijiste? —Pareció realmente dolida—. Sé que puedo ser rápida para juzgar, pero soy tu mejor amiga. Puedes contarme cualquier cosa.

—Lo siento mucho.

—Necesito que me escuches. Lo sabes, ¿verdad? ¿Que siempre puedes hablar conmigo?

Asentí y me incliné hacia ella, suspirando y contándole todo. Cómo me sentí cuando pareció que desestimaba la ausencia de mi madre, lo que

Wes había dicho sobre mi madre y cómo vivía mi vida como si estuviera en uno de sus guiones.

—Odio decirlo, pero creo que puede tener razón —dije finalmente.

—¿Crees? —Sacudió la cabeza y dijo—: Bennett te tiene calada.

—¿Verdad? —Me limpié las mejillas y me pregunté cuándo me había vuelto tan llorona—. Lamento mucho haber sido tan idiota.

—Bueno, también lamento haber sido una idiota, y sigamos adelante. Ambas lo haremos mejor. —Se apoyó en el escalón y dijo—: Entonces, ¿qué está pasando en el salón de baile?

Quise abrazarla y hablar efusivamente, pero también era bueno seguir adelante.

—Escuché a Jessica Roberts describir tus zapatos antes.

—No me sorprende, son increíblemente sexis.

Bajé otro escalón y me puse de lado para poder apoyarme en la pared.

—Entonces, ¿te estás divirtiendo?

Frunció los labios.

—Estoy sentada en una escalera desierta, por elección propia. Saca tus conclusiones.

—Siento haberte abandonado.

—No te preocupes, esto será un mejor recuerdo. Quiero decir, mi imaginación nunca podría haber llegado tan lejos como para considerar una situación en la que iría a Chili's con un vestido de graduación con un tipo que lleva un esmoquin de mezclilla.

Me reí. Charlie caía bien a todo el mundo porque era muy bueno en el fútbol, pero era súper raro. Durante el segundo año, llevó trajes a la escuela todos los días porque pensó que se vería sofisticado.

—¿Te llevó a Chili's?

—En un hijo de puta esmoquin vaquero, Liz, te falta la parte más importante.

—¿Estaba siendo irónico?

—Chica, lo compró en Amazon porque el modelo que lo llevaba se veía *genial*. —Sonrió y negó con la cabeza—. No conoce la palabra «irónico».

Me mordí el labio para no carcajear.

—Al menos es simpático.

Joss me miró de reojo y dijo:

—Intentó tocarme el trasero, con ambas manos, la primera vez que bailamos.

—¿Está bien? ¿O metiste su cuerpo en el armario del conserje?

—Puf, por favor, como si fuera a cumplir condena por un tipo con un traje de Levi's. —Se encogió de hombros y dijo—: Aunque, voy a dejar su culo aquí. Conduje hasta aquí ya que no tiene carnet para conducir, y mi objetivo es seguir desaparecida hasta que sea demasiado tarde para que encuentre otro transporte. Hacer que el tonto llame a su madre para que lo lleve.

Entonces, ambas perdimos el control. Estábamos riendo tan fuerte que las dos estábamos llorando cuando las puertas de la escalera se abrieron de golpe. Jadeamos al unísono cuando Noah, el amigo de Wes, entró en nuestro espacio.

Pareció tan confundido por nuestra presencia como nosotras por la suya. Dije:

—¿Noah? —al mismo tiempo que él decía—: Maldita sea, me han asustado.

Jocelyn se apoyó en los codos, y yo señalé el escalón de abajo y dije:

—¿Qué haces aquí? Creía que los chicos geniales seguían en el salón de baile.

Se sentó y dijo:

—No podía aguantar más. El baile de graduación es doloroso. Puedes bien estar de pie con tus amigos y hablar mientras llevan esmóquines incómodos, o puedes bailar con música de mierda mientras tus amigos hablan de *ti* y se creen graciosos. Y se invierte tanto dinero y planificación en esta sola noche, pero no hay manera de que la alegría derivada sea igual al esfuerzo. En absoluto.

¿Era raro que aún pensara que era posible que la alegría fuera igual al esfuerzo? Aunque no me había funcionado, mi corazón seguía pensando que la magia del baile era algo chispeante. Tal vez ese solo era mi optimismo odioso jugando con mi cabeza.

—Entonces, ¿por qué viniste? —Jocelyn tenía una sonrisita en la cara, pero parecía interesada en cómo respondería—. Por cierto, estoy totalmente de acuerdo, pero ¿por qué viniste si te sientes así?

—Por la misma razón que tú.

—¿Y eso es...?

Levantó una ceja.

—¿No sabes por qué estás aquí?

Puso los ojos en blanco.

—Sé por qué estoy aquí, pero tú no, así que es imposible que sepas que compartimos una razón.

Me crucé de brazos y los observé. Lo poco que sabía de Noah era que era el rey de las discusiones; parecía disfrutar del proceso de debate. Joss, en cambio, no tenía paciencia con la gente que discutía con ella.

La mayoría no lo hacía porque sabía que era mejor no hacerlo.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Solo lo miró fijamente.

—Creía que ambos habíamos venido a ver qué aspecto tiene un payaso con esmoquin de mezclilla —dijo con una sonrisa de sabelotodo.

Eso la hizo reír.

—¿También has venido por Charlie?

—Oh, sí. —Su cara pasó a su estado sarcástico natural mientras sonreía y decía—: Ese traje azul realmente hace que sus ojos resalten.

—¿En qué podía estar pensando? —Jocelyn empezó a reírse de nuevo y la sonrisa de Noah se convirtió en una sonrisa entera. Sentí que debía escabullirme, pero sabía que eso arruinaría el momento. Además, no estaba dispuesta a poner espacio entre Joss y yo.

Él estiró las piernas y se apoyó también en los codos, la versión masculina de la inclinación de Jocelyn.

—Ese tipo estaba pensando con su ego. Sabía que se vería bien en mezclilla, tanto que quiso enfundarse de la cabeza a los pies en esa tela rasposa, rígida y sin estirar que resalta totalmente su culo increíble.

—Oh Dios mío —dijo Jocelyn—. *Tienes* que callarte. Tienes que hacerlo.

Pasamos la siguiente hora en el hueco de la escalera, simplemente hablando. Habría sido divertido si mi cerebro no hubiera estado tan atascado en recordar lo de Wes y Alex. Lo había dejado ir antes de darme cuenta de que lo quería, y ahora Alex estaba haciendo que olvidara que me había besado.

Después de reírnos hasta las lágrimas de la imitación que hizo Jocelyn del profesor de educación física, decidimos que habíamos terminado con el baile. Cada uno de nosotros envió un mensaje de texto a sus respectivas citas con excusas, y Michael pareció estar de acuerdo. Incluso envió un mensaje de agradecimiento, lo cual me dio la esperanza de que él y Laney fueran oficiales antes de la mañana.

Contaba los minutos que faltaban para poder estar calentita en mi cama, dándole vueltas a mis errores mientras Fitz me atacaba los pies bajo la manta. Sin embargo, Jocelyn y Noah decidieron a medida que nos acercábamos a mi casa que querían ir a la fiesta posterior al baile en el gimnasio de la escuela. Ambos habían planeado no ir, pero ahora que Noah

estaba convencido de que podía hacer más tiros libres que Jocelyn, mi súper competitiva mejor amiga simplemente *tenía* que ir.

Y le ganaría claramente.

—¿Estás segura de que no quieres unirme? —Jocelyn se detuvo en mi entrada y puso su auto en neutro—. Te prometo que lo pasaremos bien.

—No, gracias. —Salí y cerré la puerta, luego me acerqué a su ventana y le di un medio abrazo—. Pero llámame cuando llegues a casa. Cuando sea.

—Bennett no estará allí. —Noah me dirigió una mirada de lástima y dijo—: Me ha dicho esta mañana que la postfiesta es una pérdida de tiempo y que necesita un buen fin de semana de sueño antes del gran partido del lunes, así que volverá a casa a medianoche como toda una abuelita.

Agradecí su intento de animarme. Fue algo dulce.

—Tengo una cita con una película y un helado. Nada supera eso, pero gracias —le dije.

—Déjame adivinar. —Joss puso los ojos en blanco—. ¿*Bridget Jones*?

Me encogí de hombros.

—Creo que esta noche me siento un poco más Joe Fox y Kathleen Kelly, pero cualquiera de las dos servirá.

Se despidieron y se alejaron, pero en lugar de entrar me senté en el columpio del porche y me quedé mirando la casa de Wes. La luz estaba encendida en el salón, lo que me hizo pensar en nuestras llamadas telefónicas nocturnas y en cómo lo buscaba por la ventana.

Lo echaba mucho de menos.

Me había pasado la mayor parte de mi vida deseando que no estuviera siempre *allí*, molestándome con su Wes-sidad, pero ahora todo se sentía vacío cuando él estaba ausente. Busqué en mi bolsillo y saqué mi teléfono. Entré en nuestros mensajes y escribí: *Hola, tú...* pero lo borré rápidamente porque, por supuesto, Wes aún no estaba en casa. La gente normal se

quedaba hasta el final del baile. La gente normal no estaba en casa a las, miré el reloj de mi teléfono, nueve y media.

Probablemente Wes Bennett estaba siendo coronado como rey del baile en ese mismo instante. Probablemente estaba a punto de bailar con su cita preciosa, y una vez que terminara de mirarla fijamente a los ojos, se olvidaría de las responsabilidades del béisbol y la arrastraría a una noche fantástica de fuegos artificiales y besos que te enroscaban los dedos de los pies.

Incluso cuando cerré los ojos con fuerza, aún podía imaginarlos besándose.

—Al diablo con esto. —Abrí los ojos, me puse de pie y saqué la llave del bolsillo.

Era hora de entrar y sacarme los ojos.

16

«Cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, quieres que el resto de tu vida comience lo antes posible».

When Harry Met Sally

Me acostaba en el sofá como un bulto, aún con mi vestido de graduación, pero envuelta en una manta. Acababa de dejarme caer en el sofá cuando entré en la casa y estaba mirando inconscientemente *You've Got Mail* en la oscuridad mientras intentaba no pensar en lo que estaba pasando con Wes y Alex.

Kathleen Kelly estaba hablando de «*River*» de Joni Mitchell, y yo estaba sintiendo cada nota melancólica de esa obra maestra.

Soy egoísta y estoy triste,

Ahora me he ido y perdido al mejor...

—¿Liz? —Helena se detuvo antes de entrar en la sala de estar desde la cocina cuando me vio, y se llevó la mano al pecho—. Caray, me asustaste muchísimo.

—Lo siento.

Se colocó el cabello detrás de las orejas, con un tubo de Pringles debajo del brazo.

—No hay problema. ¿Por qué estás sentada en la oscuridad?

Me encogí de hombros.

—Demasiado perezosa para encender la luz.

—Ya veo. —Se aclaró la garganta y metió las manos en el bolsillo de su sudadera, donde pude ver dos latas de refresco—. ¿Y el baile de graduación?

Agité una mano.

—Estuvo bien.

Pareció que quería preguntar al respecto, pero luego dijo:

—Bueno, está bien, entonces. Te dejo con tu película. Buenas noches.

Por lo general, me sentía a la defensiva cuando me preguntaba sobre cosas de mi vida, pero me sentí vacía al *no* escucharla preguntar. Estaba avergonzada por la forma en que me había comportado en el cementerio, y si era honesta conmigo, la había extrañado hoy.

No la merecía, pero quería que se quedara conmigo. Tenía un poco de miedo de preguntar, miedo de un rechazo que merecía de todo corazón, pero cuando ella estaba casi en las escaleras, solté:

—¿Quieres verla conmigo?

Escuché que sus pasos se detuvieron antes de que regresara a la habitación.

—Oh, Dios mío, sí. Amo esta película. Alabado sea Jesús por los salvadores que son Meg Ryan y Tom Hanks.

—Pensé que odiabas las comedias románticas.

—Odio las películas románticas cursis y poco realistas. Pero ¿ramos de lápices recién afilados? —Se dejó caer a mi lado y se sentó con las piernas entrecruzadas, quitando la tapa de las Pringles—. Es definitivamente mi favorita. —La observamos unos minutos más antes de que ella dijera—: Entonces, el baile de graduación.

—Ah, el baile de graduación. —Subí mis pies sobre la mesita de café y enganché una papa—. El baile de graduación fue como tener tu mayor error vestido con ropa bonita y desfilando frente a ti con otra persona.

—En mi idioma, por favor. No entiendo cómo ese palabrerío se relaciona con el bonito señor Michael.

Suspiré.

—No es así. Es... no sé, solo olvídalo. No quiero pensar más en eso.

—Hecho. —Mordió una papa y dijo, señalando la televisión—: Este es el *mejor* triángulo amoroso.

—Um, es más un cuadrado de amor, si es que es una forma de amor. —Mastiqué una Pringle y dije—: Solo son un grupo de cuatro personas que se desmoronan solas. Ninguno de ellos tiene que elegir entre los demás.

—No estoy hablando de las dos parejas. —Helena sacó los refrescos de su bolsillo, me dio uno y abrió el suyo. Sorbió el borde de la lata y dijo —: Estoy hablando del triángulo entre Kathleen, su idea de quién es NY152 en línea, y Joe Fox.

—Espera... ¿qué?

—Piénsalo. Encuentra encantadora su personalidad en línea. Le gusta que él sepa sobre «ir a la guerra». Envidia su habilidad para atacar verbalmente. —Se inclinó hacia delante y dejó la lata sobre la mesa—. La idea de este hombre es hermosa, pero en la práctica piensa que los ataques verbales de Joe Fox son crueles, y cuando él va a la guerra y la deja sin trabajo, ella lo odia.

Parpadeé y abrí mi refresco.

—Santa mierda, tienes razón.

—Lo sé. —Sonrió e hizo una reverencia pequeña—. A veces estamos tan atados a nuestra idea de lo que creemos que queremos que nos perdemos la maravilla de lo que realmente podríamos tener.

Estaba hablando de la película, pero me sentí vista. Wes había tenido razón en una cosa cuando habló sobre los problemas de mi madre. No fue intencional, pero *había* estado viviendo mi vida como si fuera uno de sus personajes, como si estuviera intentando representar los papeles que pensé que ella habría escrito para mí.

Lo aparté y fui por el «chico bueno», cuando en realidad no solo había personas sólidas y confiables, y jugadores con intenciones cuestionables en el mundo. Habían Weses por ahí, tipos que rompieron el molde y volaron ambos estereotipos.

Era mucho más que un Mark Darcy o un Daniel Cleaver.

Y luego estaban las Helenas, mujeres inteligentes e irreverentes que no tenían idea de cómo tocar el piano o cuidar un jardín de rosas, pero siempre estaban allí, esperando que te dieras cuenta de que las necesitabas.

—Quiero decir —dijo Helena—, casi deja escapar *152 marcas de viruela*, ¿te imaginas?

—Helena. —Parpadeé rápido pero fue imposible despejar mis ojos. Mi voz sonó constreñida cuando dije—: Lamento mucho lo que te dije antes. Por todo. No quiero perderme lo que podríamos tener. No quise decir eso cuando te dije que te fueras.

—Ah. —Sus ojos se abrieron un poco e inclinó la cabeza—. Está totalmente bien.

—No lo está.

Me dio un abrazo y sollozó.

—Solo sé que no quiero tomar el lugar de tu mamá. Solo quiero estar aquí para ti.

Cerré los ojos y sentí *algo* cuando dejé que su abrazo me rodeara.

Me sentí amada.

Y supe en ese momento que mi madre querría esto. Seriamente. Querría que fuera amada por encima de todo.

—También quiero eso, Helena —dije.

Las dos estábamos sollozando, lo que nos hizo reír. El momento se derritió y volvimos a nuestros lugares, una al lado de la otra en el sofá. Decidí mientras devoraba papas fritas y se llenaba de migas su sudadera manchada que me alegraba de que fuera tan diferente de mi madre. Era *bueno* que las líneas entre ellas nunca pudieran borrarse.

Me aclaré la garganta.

—¿Crees que estaría bien que ahora te llame madrastra?

—Mientras no agregues «malvada» como prefijo.

—Pero, ¿por qué más querría decirlo? Tienes que admitir que es un título poderoso.

—Supongo que lo es. Y amo el poder.

—¿Ves? Lo sabía. —Miré hacia la puerta corrediza de vidrio junto a la cocina, y mi mente fue al Área Secreta. Me volví hacia Helena en el sofá y dije—: Entonces, el baile de graduación. Básicamente, la conclusión es que fui con el chico equivocado.

—¿Vienes con mi refresco? —Oí a mi padre bajar corriendo las escaleras antes de entrar en la sala vistiendo pantalones de pijama de Peanuts y una camiseta, sonriendo. Luego pareció preocupado y dijo—: Hola, cariño, no sabía que ya estabas en casa.

—Sí, acabo de regresar.

Helena señaló a papá y me miró antes de decirle:

—Shh, estaba a punto de hablarme sobre el baile de graduación.

—Pretendan que no estoy aquí. —Papá se dejó caer en el espacio pequeño entre Helena y el reposabrazos del sofá, y tomó un sorbo de su refresco.

Puse los ojos en blanco y les conté sobre Laney y que comprendí que no tenía ningún interés en el chico que pensé que el destino me había enviado. Entonces tuve que decirles lo idiota que había sido con Wes después de nuestro beso (excepto que dije «cita» para que papá no se asustara), solo para que entendieran lo mucho que lo había arruinado todo. Me imaginé la cara de Wes en el baile de graduación, mirándome, y dije:

—Así que, ahora es demasiado tarde. Está con una chica que lo adora y no lo trata como una mierda. ¿Por qué querría mirar hacia atrás después de eso?

Lo escucharon todo antes de que papá me sonriera como si fuera increíblemente torpe.

—Liz, porque eres *tú*.

—No sé qué...

—Ah, no lo sabes, ¿verdad? —Helena se sacudió la parte delantera de la camisa y dijo—: Ese chico ha estado interesado en ti desde que eran niños pequeños.

—No, no es cierto. —Sus palabras provocaron un zumbido de esperanza en mis oídos y en las yemas de mis dedos, aunque sabía que estaba equivocada—. Ha estado *metiéndose* conmigo desde que éramos niños pequeños.

—Oh, estás tan equivocada. Díselo, cariño. —Helena le dio un codazo a mi papá—. Háblale del piano.

Mi papá rodeó a Helena con el brazo y apoyó los pies en la mesa de café.

—Liz, ¿alguna vez supiste que Wes solía sentarse en el porche trasero para escucharte practicar el piano? Fingimos no verlo, pero él siempre estaba ahí. Y estamos hablando de la *época* en que él era un pequeño dolor en el trasero y tú eras horrible con el piano.

—No puede ser. —Luché por recordar cuántos años teníamos cuando el piano estaba en la parte de atrás—. ¿En serio?

—En serio. ¿Y de verdad crees que le importaba ese lugar de estacionamiento por el que se pelearon el año pasado?

—Definitivamente le importaba. Aún lo hace. Eso fue lo que hizo que accediera a ayudarme.

Pensé en el día lluvioso en su sala de estar cuando sugerí el plan por primera vez. Parecía un extraño ese día, cuando tuve que rogarle que me dejara entrar. Las galletas y la leche, las volteretas de Wes, parecía que había pasado toda una vida.

—Liz. —La sonrisa de Helena fue escandalosamente grande—. Su mamá lo deja estacionar detrás de su auto. Siempre se detenía en la entrada de su casa, pero luego, de la nada, justo cuando tuviste tu auto, comenzó a estacionarse en la calle.

Mi boca se abrió.

—¿Qué estás diciendo?

Me golpeó el brazo y dijo:

—No estoy diciendo nada más que creo que él estaba detrás de ese lugar porque quería una razón para hablar contigo. Haz con eso lo que quieras.

¿Era posible? En cierto modo, era imposible de creer porque él estaba totalmente fuera de mi alcance. Era popular, atlético y ridículamente sexy. ¿Se suponía que debía creer que *él* había estado interesado en *mí* incluso antes de que me diera cuenta de quién era en realidad? ¿Que había estado interesado en mí durante mucho tiempo? Clavé mis dedos en mi cabello y tiré un poco.

—No tengo ni idea de qué hacer.

Papá subió después de eso, pero Helena y yo vimos el resto de la película antes de acostarnos. Acababa de cerrar la puerta cuando Helena llamó.

—¿Liz?

La abrí.

—¿Sí?

Me estaba sonriendo en el pasillo oscuro.

—Sé lo suficientemente valiente como para ir a lo grande, ¿de acuerdo?

—¿Qué significa eso?

Se encogió de hombros.

—No sé. Solo... si vas a hacerlo, no escatimes, supongo.

Sé lo suficientemente valiente como para ir a lo grande.

Seguí repitiendo sus palabras mientras yacía en la cama. Intenté dormir, pero entre escuchar el auto de Wes e imaginarme todas las cosas que él y Alex podrían estar haciendo, todo lo que hace fue quedarme ahí siendo infeliz.

Hasta que me golpeó.

Sé lo suficientemente valiente como para ir a lo grande.

17

«Aquí está el trato. Te quiero. Sé que lo hago. Porque nunca he estado tan asustado en toda mi vida. Y una vez compartí un ascensor con Saddam Hussein. Solo Saddam y yo. Y esto es mucho más aterrador. Te quiero».

Long Shot

—Me equivoqué en todo. Estoy tan increíblemente contenta de que Michael haya regresado, pero solo porque me permitió conocer a tu verdadero yo. Todo este tiempo estuviste aquí, en la puerta de al lado, y no tenía idea de lo increíble que eres —susurré para mí. Estaba temblando, estremeciéndome de frío cuando escuché el auto de Wes detenerse en el camino de entrada—. Hora de la función.

Sacudí mis dedos fríos y dejé de practicar mi discurso. Inhalé lentamente por la nariz, cuando lo escuché apagar el motor, y un segundo después escuché que la puerta de su auto se cerró de golpe.

Acomodé mi cabello detrás de mis orejas y me puse en una pose súper linda, pero muy casual, en una de las sillas y esperé a que encontrara mi nota.

Después de la épica cita de película que Helena me dijo sobre ir a lo grande, decidí que tenía razón y me ocupé de inmediato. Primero, encendí mi computadora de música y busqué en los cajones del escritorio hasta que encontré un CD en blanco. Había algo en sostener el producto tangible de una cuidadosa curaduría musical que aún amaba; a la mierda la tecnología.

Tomé la banda sonora de Wes y Liz que había hecho después del beso y la grabé en el CD. Tenía todas las canciones que habíamos discutido, y toda la música que habíamos experimentado juntos. Hice rápidamente la portada del álbum (nuestras iniciales dentro de un corazón hecho de

kétchup) y la imprimí, luego la corté con cuidado para que encajara perfectamente en el estuche.

Tan pronto como terminé, me puse jeans y la sudadera enorme con capucha de Wes, que de alguna manera había terminado en mi bolsa de ropa para vómitos (y con la que había estado durmiendo todas las noches). Mi cabello y maquillaje aún estaban bastante intactos, así que me puse mis Chucks recién decolorados y perfectamente blancos otra vez, garabateé las palabras NOS VEMOS EN EL ÁREA SECRETA con un marcador en un pedazo de papel de impresora, y llené un maletero con el material necesario.

Corrí a su porche para dejar la nota antes de apresurarme al Área Secreta, donde instalé el reproductor de CD portátil, encendí un fuego, organicé las cosas de los s'mores y puse todo en su lugar.

Luego me acurruqué en una manta y esperé.

Y esperé, y esperé, y esperé.

Y me quedé dormida un par de veces.

Pero ahora finalmente estaba en casa. Oh, caramba. Oh Dios, estaba tan nerviosa. Y luego, *espera, ¿qué?* Oí el segundo portazo de un auto.

Chupé mis labios. *Mierda, mierda, mierda.* Tal vez simplemente agarró algo de su auto. Tal vez *no había* nadie con él.

—¡Wes!

Escuché el gritito de risa, y bien podría haber sido la risa de un payaso malvado por lo que le hizo a mi pulso. Intenté mirar alrededor de los arbustos, pero no pude ver nada. Las voces se estaban acercando, así que me subí a mi silla para ver si podía ver mejor desde un punto de vista más alto.

Santas bolas. Pude ver a la luz de la luna llena que Wes y Alex estaban caminando por su patio trasero hacia donde yo estaba instalada con mi orgullo completamente expuesto y un saco lleno de golosinas vergonzosas.

—¡Mierda! —Tenía que borrar toda la evidencia. Pateé la caja de suministros de s'mores, con la intención de arrojarla a un arbusto y perderla de vista. El pánico estalló dentro de mí cuando la caja salió volando y envió las galletas y los malvaviscos derramándose en el agua, por lo que quedaron flotando sobre la fuente.

Mierda-mierda-mierda-mierda.

Agarré el reproductor de CD y me arrodillé, desesperada por ocultarme en la oscuridad. Pero la máquina antigua se me escapó de las manos y aterrizó en el suelo, lo que provocó la expulsión de ocho baterías tipo D.

A la mierda. Me deshice del desorden y me deslicé hacia el gran arbusto, arrastrándome sobre mis manos y rodillas hacia el otro lado. Si me arrastraba hasta el otro extremo del Área Secreta, tal vez podría atravesar...

—¿Liz?

Cerré los ojos por un segundo antes de enderezarme lentamente y ponerme de pie. Puse una sonrisa en mi rostro cuando Wes y Alex me miraron.

—Hola, chicos. ¿Qué tal? Divertido baile de graduación, ¿cierto?

—¿Cierto? Oh, Dios mío. —Alex, bendita sea, actuó como si no fuera raro que estuviera arrastrándome en la oscuridad detrás de la casa de Wes—. Pensé que iba a tener un ataque al corazón cuando Ash fue coronada.

—Lo sé —susurré, sonriendo como si supiera de qué estaba hablando mientras observaba la expresión estoica y seria en el rostro de Wes—. Un momento de infarto total. Como, ¿quééé? ¿Ash fue coronada?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Wes, mirándome con una expresión ilegible que hizo que las puntas de mis orejas ardieran. Probablemente estaba enojado porque estaba en el camino de una seducción potencial.

¿La había llevado allí por eso? ¿Estaban esperando a que me fuera para poder llegar a ello? Por alguna razón, la idea de ellos juntos fue cien veces peor cuando se trataba del Área Secreta.

—Yo, um, seguí a mi gato hasta aquí y... —Señalé hacia mi casa mientras las palabras no tenían ni sentido para mí—. Se me cayó algo y pensé que podría haber rodado debajo de este arbusto.

Y señalé el bosque de Wes como una niña pequeña angustiada.

—Tu gato no sale a la calle.

Hice una mueca y dije:

—Sí, lo hace. En realidad, no, tienes razón. Huyó.

—¿En serio? ¿Y qué se te cayó? —No parecía en absoluto divertido.

—Um, era dinero. Un centavo. —Me aclaré la garganta y dije—: Se me cayó un centavo y se fue rodando. Así que, sí. Estaba aquí afuera, buscando mi centavo. Era de la suerte.

—Tu...

—Centavo. Sí. Pero no importa No lo necesito. —Me aclaré la garganta nuevamente, pero la tensión simplemente no desaparecería—. El centavo, ¿sabes? Quiero decir, quién necesita un centavo, ¿verdad? Mi madrastra los tira, por Dios.

Ambos se quedaron mirándome, y las líneas duras del rostro de Wes me hicieron sentir nostalgia por nuestro *antes*, por sus ojos risueños antes de que lo arruinara todo.

—Es extraño cómo a veces puede haber un centavo que siempre está ahí, y crees que no lo necesitas y ni siquiera te gusta, ¿verdad?

Alex inclinó la cabeza y arrugó las cejas, pero ni una sola cosa en el rostro de Wes cambió a medida que divagaba.

—Entonces, te despiertas un día y tus ojos se abren a los increíbles que son los centavos. ¿Cómo no te habías dado cuenta antes, verdad? Quiero decir, son como *las mejores monedas de la historia*. Como en, mejor que todas las otras monedas combinadas. Pero no tuviste cuidado y perdiste tu centavo y solo deseas hacerle entender a tu centavo lo mucho que lamentas no haberlo apreciado, pero es demasiado tarde porque lo perdiste. ¿Sabes?

—Liz, ¿necesitas pedir prestado algo de dinero? —Alex me miró, y estaba un poco cerca de llorar otra vez.

Negué con la cabeza y dije:

—Um, no, gracias, tengo que irme, aunque no tengo un centavo, ja, ja, ja, así que diviértanse. —Di un paso atrás y les di un saludo diminuto—. No hagan nada que yo no haría.

¡Deja de hablar, tarada!

Sentí, sin mirar, que aún me observaban mientras saltaba la cerca de Wes y corría por mi patio trasero.

18

«¡Pero, ya sabes, lo que pasa con el romance es que, las personas solo se juntan justo al final».

Love Actually

—Gracias. —Tomé la bolsa del empleado de McDonald's, la arrojé en el asiento del pasajero, y me alejé. Era medianoche, y había pasado la última hora dando vueltas, escuchando a Adele y cantando/sollozando, e intentando permanecer fuera el tiempo suficiente para que Alex se fuera y Wes entrara. Preferiría haber hecho casi cualquier cosa en el mundo que ver a cualquiera de ellos, así que le envié un mensaje de texto a Helena y simplemente recorrí la ciudad.

Y papá fue la persona más genial del planeta por no enviarme un mensaje de texto con una sola palabra de advertencia cuando sabía que estaba conduciendo sin rumbo después de la medianoche. Tenía que estar matándolo.

Había considerado comprarme un helado de camino a casa, pero no había tenido ganas de tener que *bajarme* de verdad del auto, así que me decidí por los arcos dorados. Solo quería ir a casa y comer mi tristeza, ver una película y tratar de olvidar lo mucho que me había humillado.

Un centavo. ¿En serio? Probablemente se habían reído de mí hasta que se abrazaron y tuvieron sexo perfecto.

—Maldita sea. —Tomé un puñado de papas fritas y me las metí en la boca antes de entrar en El Lugar. Ya no era mío, siempre fue de Wes, pero por el momento no me importaba. Su auto estaba en la entrada de su casa, así que, qué se joda.

Sin embargo, en lugar de salir después de estacionar en paralelo, solo me quedé ahí sentada, devorando mi comida y escuchando la radio. Salir del auto y cruzar la calle parecía mucho trabajo en ese momento cansado, y también estaba aterrorizada de encontrarme con la feliz pareja. Sería

simplemente mi suerte pasar en el momento exacto en que decidieran ponerse calientes en su camino de entrada, o algo igualmente de pesadilla.

Terminé mi comida y estaba bebiendo mi batido de chocolate con el asiento medio reclinado cuando alguien llamó a mi ventana.

—¡Mierda! —Salté, y mi pajilla salpicó el batido en la sudadera con capucha de Wes. Miré a través de la ventana empañada, y pude ver un cuerpo alto con una chaqueta deportiva.

Por favor, que alguien me mate.

Me limpié la boca con los dedos, volví a subir el asiento, y bajé la ventanilla. Le di una sonrisa tranquila.

—¿Sí?

Wes me miró fijamente enojado.

—¿Qué estás haciendo?

—Um... estacionando.

—Te vi estacionar hace diez minutos. Intenta otra vez.

—Guau. Un poco espeluznante, ¿no?

—Quería hablar contigo, así que sí, estaba esperando. Pero ahora creo que tal vez nunca vas a salir de ese auto.

Puse los ojos en blanco y dejé mi batido. Aparentemente iba a tener que enfrentarlo a él y a mi total humillación dos veces en una noche. Qué asombroso. Salí del auto y cerré la puerta. Me crucé de brazos y miré su rostro.

—¿Qué necesitas?

—Bueno, para empezar, necesito que me expliques lo que sucedió antes.

Me dolió el corazón cuando lo miré. Su cabello estaba despeinado, como si hubiera pasado su mano por él cien veces, y estaba usando su camisa de vestir desabrochada y pantalones de esmoquin debajo de su chaqueta. Era un absoluto desastre, y mis dedos ansiaron tocarlo.

Entrecerré los ojos y actué confundida.

—¿Estás hablando de cuando perdí mi...?

—No. —Me dio una mirada de advertencia y dijo—: No digas «centavo».

—Lo siento. —Miré mis zapatos y murmuré—: Moneda de la suerte.

—¿En serio? ¿Te vas a apegar a eso?

Solo me encogí de hombros y miré mis Chucks, sin saber qué decir. Todo lo que había planeado decirle durante toda mi fase de *ser valiente* se sentía demasiado difícil de decir después de verlo con Alex. Especialmente cuando pareció tan infeliz de verme en el Área Secreta.

Aún no podía creer que la hubiera llevado allí.

Sus fosas nasales se ensancharon y dijo:

—Ah, bueno, eso lo explica todo.

—¿Por qué parece enojado conmigo? —Levanté mis ojos a su rostro y esperé una respuesta. Yo era la que quería entrar en combustión espontánea. ¿Por qué *él* estaba siendo tan caustico?

Flexionó la mandíbula antes de decir:

—Porque odio los juegos.

—¿Qué juegos?

—¿Qué juegos? —Sus ojos lucían calientes, y sí, estaba enojado—. Ganaste a tu precioso Michael, pero tan pronto como miré dos veces a Alex, me estás quemando este CD increíble y divagando sobre centavos de la suerte de una manera que me hace pensar que soy el centavo en ese escenario en particular. Mientras usas mi sudadera con capucha de béisbol. ¿Qué me estás haciendo?

—¿Viste el CD? —Mordí el interior de mi mejilla y me pregunté cuánta humillación podría soportar una persona antes de que la matara literalmente. Porque mientras me imaginaba las iniciales de ketchup que

puse en la portada del CD, sentí que estaba a punto de entrar en combustión y flotar suavemente hacia el suelo como ceniza.

Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Liz, no soy tan despistado. También vi la nota, los suministros de s'mores empapados y el reproductor de CD roto.

—Ah. —Tomé una respiración temblorosa cuando sus ojos oscuros se clavaron penetrantes en mí. Luego solté—: Entonces ¿te gusta Alex?

Sus cejas se fruncieron como si no esperara la pregunta, lo cual era justo, porque no esperaba hacerla.

Pero necesitaba saber.

Tragó pesado y pensé que no iba a responder, pero luego dijo:

—Alex es genial.

—Ah. —Esperaba que mi rostro no mostrara lo cerca que estaba de llorar, cómo esa sola sílaba fue como un puñetazo en el estómago—. Bueno, hurra. Tengo que irme.

Di un paso alrededor de él, pero me agarró del brazo y me detuvo.

—¿Eso es todo? ¿No vas a explicar qué fue todo eso?

—Ya no importa.

—Podría hacerlo.

—No lo hace, ¿de acuerdo? —Intenté sonar ligera y tranquila, como si estuviera bien con todo mientras él dejaba caer su mano—. Hice el CD y armé una escena vergonzosa porque me di cuenta de que Michael no es la persona en la que no puedo dejar de pensar, y quería decírtelo. Quiero decir, él es genial, pero estar con él no es como comer hamburguesas contigo, o escabullirse al Área Secreta para hacer s'mores y mirar las estrellas, o pelear contigo por un puesto de estacionamiento. Pero me tomó mucho tiempo darme cuenta de eso, y ahora tienes a Alex.

Abrió la boca, pero negué con la cabeza.

—No. Está bien, lo entiendo. Es perfecta y dulce, y por mucho que odie decirlo, te mereces a alguien como ella. —Tomé una gran respiración temblorosa cuando esos ojos oscuros me hicieron lamentar tanto por todo lo que había hecho para traernos aquí—. Porque estaba equivocada, Wes. *Eres* lo bueno.

Se rascó la barbilla y miró más allá de mí, calle abajo. Luego posó sus ojos en mi rostro y dijo:

—Eso no es lo único en lo que te equivocas.

—¿Qué? —Solo él puede patearme cuando ya estoy en el suelo—. ¿De qué estás hablando?

—Estás equivocada en cuanto a Alex. No es perfecta.

—Bennett, vamos, nadie es totalmente perfecto. —No podía creer su descaro—. Pero, está bastante cerca.

—Supongo.

—¿*Supones*? ¿Qué diablos podría estar faltándole? ¿Quieres pechos más grandes o algo así? ¿No es...?

—No eres tú.

—¿Qué?

—No. Eres. Tú.

Cerré la boca y lo miré, asustada de creer que estaba diciendo lo que parecía que estaba diciendo.

—Es bonita, pero su rostro no se transforma en alegría pura cuando habla de música. —Hizo esa cosa de apretar la mandíbula y dijo—: Es divertida, pero no tan graciosa como para escupir tu bebida con asombro.

Sentí que mi corazón iba a explotar cuando sus ojos se movieron hacia mis labios bajo el brillo de la farola de la calle. Acercó su cara un poco más a la mía, me miró a los ojos y retumbó:

—Y cuando la veo, no siento que *tengo* hablar con ella, desordenar su cabello o hacer algo, cualquier cosa, para conseguir que me dirija esa

mirada.

Me temblaban las manos cuando me puse el cabello detrás de las orejas y susurré:

—No me has desordenado el cabello en mucho tiempo.

—Y me ha estado matando. —Dio un paso más cerca, lo que me presionó contra el costado de mi auto—. Me enamoré de burlarme de ti en segundo grado, cuando descubrí por primera vez que podía poner tus mejillas rosadas con solo una palabra. Después, me enamoré de ti.

Estaba bastante segura de que mi corazón estaba desarrollando una arritmia con cada palabra que decía.

—Entonces, Alex y tú no están...

—No. —Se estiró y envolvió los cordones de mi sudadera con capucha, su sudadera, alrededor de sus manos—. Solo somos amigos.

—Ah. —Mi cerebro estaba intentando seguir el ritmo, pero su rostro apuesto lo estaba haciendo difícil. Eso y su presencia repentina en mi espacio personal, sin mencionar el tirón suave de sus manos atrayéndome más cerca. Estaba confundida—. Bueno, ¿por qué actuaste como si quisieras que aceptara la propuesta de Michael?

—Lo has amado desde el jardín de infantes. —Sus ojos fueron todo lo que pude ver cuando dijo en voz baja—: No quería que nuestro beso se interpusiera en eso si en realidad era lo que querías.

¿Cómo había pensado alguna vez que Wes no era algo más que increíble? Ni siquiera intenté evitar que la sonrisa enamorada se apoderara de mi rostro cuando puse mis manos sobre su pecho y dije:

—Lo que realmente quería era ir contigo.

—Bueno, podrías haberme dicho eso, Buxbaum. —Su voz solo fue un suspiro entre nosotros cuando dijo—: Porque solo verte con ese vestido me dio ganas de golpear a nuestro muy buen amigo Michael.

—¿*En serio?*

Tiró del cordón.

—Eso no se supone que te haga feliz.

—Lo sé. —Estaba delatando todas mis emociones a medida que le sonreía radiante, pero no podía evitarlo. No podía contenerme y estar tranquila incluso si lo intentaba. Porque la idea de que Wes estuviera enojado con Michael, y celoso, por mí, era demasiado maravilloso—. Pero lo hace. Es propio de un desmayo.

—Olvídate del desmayo. —Soltó los cordones y deslizó sus manos por ambos lados de mi cara hasta que la sostuvo en sus palmas grandes. Tomé aire mientras su boca bajaba, y mi cerebro identificaba la canción perfecta para este final. O mejor dicho, este comienzo.

Llevo mucho tiempo buscando,

A alguien exactamente como tú...

Nuestro beso fue sin aliento y salvaje, y Wes se alejó demasiado pronto. Envolvió sus brazos alrededor de mí, me levantó y me llevó al maletero de mi auto.

Sonrió después de dejarme caer y dijo:

—¿Te das cuenta de que podríamos haber estado haciendo esto durante años si no fueras un dolor en el trasero?

—Nah, no me gustabas hasta hace poco.

—De enemigos a amantes: ese es nuestro tropo, Buxbaum.

—Tú, pobre y confundido enamorado. —Una risita me estremeció antes de poner mis manos en su rostro y decir mientras lo atraía hacia mí—: Solo cállate y bésame.

Y suena Bazzi.

Epílogo

«Una chica nunca olvidará al primer chico que le gusta».

He's Just Not That into You

«Pero tampoco olvidará nunca al primer chico al que odia».

Liz Buxbaum

Dejé caer el crisantemo amarillo brillante en el agujero y cubrí las raíces con tierra. El sol a principios de septiembre me calentaba la cara mientras plantaba las flores, pero tenía la sensación borrosa de un día en transición, como si su calor fuera todo un espectáculo y careciera por completo del poder que alguna vez tuvo.

—Dado que tienes margaritas en el verano, pensamos que sería bueno para ti tener crisantemos en otoño. —Miré la lápida de mamá y me pregunté cómo iba a hacer frente a la distancia. Me faltaba una hora para irme a California, y aunque lógicamente sabía que era una tontería, una parte pequeña de mí estaba preocupada de que me sentiría perdida sin nuestras charlas diarias.

—Todo fue idea de Helena. —Wes tomó un sorbo de agua antes de recoger la bolsa de tierra para macetas y decirle a la lápida de mi madre—: No dejes que tu hija se lleve todo el mérito.

Había sido idea de Helena. Ella y yo habíamos tenido un montón de buenas conversaciones después del baile de graduación, y había sido muy comprensiva con mi duelo. En lugar de intentar convencerme de que debía seguir adelante o buscar un cierre, compró un banco pequeño para la tumba, con un hermoso cojín floral, de modo que no tuviera que sentarme en el suelo.

También me había comprado una chaqueta hecha de pelo de alpaca porque había leído que los fantasmas saben de forma inherente que el portador de ese material no es una amenaza. Me la hacía usar cada vez que iba al cementerio después del anochecer, porque no quería que me poseyera el diablo o uno de sus lacayos.

En realidad, estaba empezando a amar a mi madrastra tonta.

—Él tiene razón —dije, sacándole la lengua a Wes—. Pero me encanta la idea. De esta manera, aunque no esté aquí, mis flores florecerán a tu lado.

—A menos que mueran porque Liz es una jardinera horrible.

Sonreí y lancé la paleta en su dirección.

—Eso de hecho podría suceder. Tus habilidades de jardinería, y francamente, tu deseo de incluso tener algo así, claramente se está saltando una generación.

Wes atrapó la paleta como si esperara el lanzamiento y llevó los suministros a su auto. Quitó el polvo de mis manos en mis jeans y me senté sobre mis talones. Era un poco difícil de creer que Wes y yo nos íbamos a California después de haber terminado, pero se sentía bien. Siempre había estado allí, el chico molesto de al lado, y ahora iba a ser el chico molesto del dormitorio de al lado.

Al final resultó que, Wes era un estupendo lanzador estrella y recibió ofertas de universidades de todo el país. Al final eligió UCLA, pero se aseguró de que supiera que no tenía nada que ver conmigo. Creo que sus palabras exactas habían sido: *Así somos totalmente libres de dejarnos en Cali sin ninguna culpa extraña. Solo es una coincidencia rara que vayamos a la misma universidad, no una mierda de amor.*

Y luego me dio una sonrisa infantil y un beso que me hizo olvidar mi nombre.

Desde hace unos meses, Wes había estado yendo conmigo a la tumba de mi madre un par de veces a la semana. Por lo general, se alejaba para que yo pudiera hablar con ella, lloviera o hiciera sol, pero luego siempre

regresaba a tiempo para despedirse de mi madre y contarle algo sarcástico de mí.

Era cursi, y lo adoraba por eso.

—Bueno —dije—, probablemente deberíamos irnos porque se supone que nos encontraremos con papá, Helena y Joss en diez minutos.

Nos reunimos en un café para desayunar, y luego mi papá y Helena conducirían el U-Haul a California mientras Wes y yo los seguiríamos en su auto.

Me puse de pie y lo miré a medida que cerraba el maletero. Llevaba la camiseta que le había comprado como regalo de graduación; decía HERMANO FEMINISTA EDUCADO. La había comprado para ser graciosa, pero él la usaba todo el tiempo.

Iba bien con su sonrisa de sabelotodo.

Lo vi caminar alrededor del auto y abrir la puerta trasera, donde el Señor Fitzpervert estaba sentado en su transportador con mi pequeña bufanda a cuadros favorita, con las orejas en alto y escuchando cada ruido exterior que el cementerio tuviera para ofrecer. Wes lo llamaba el Señor Peludito con Ropas Tontas y actuaba como si no le gustaran los gatos, pero también siempre lo rascaba en el lugar *exacto* que a Fitz le gustaba detrás de la oreja. Y mientras estaba allí, viéndolo hablar con mi gato, me di cuenta de la verdad.

Wes *era* el chico bueno de la película. Sí, era divertido y el alma de la fiesta, pero también era confiable, comprensivo y leal. Aunque después del baile de graduación comprendí que no necesitaba que lo fuera, *era* un Mark Darcy.

Solo que, mejor.

Estaba a punto de decírselo en voz alta a mi mamá cuando Wes me miró con esa sonrisa que amaba.

—Buxbaum, ¿estás lista? El Señor Peludito tiene hambre y yo también.

Fue idea de Wes elegir un lugar con asientos al aire libre para que Fitz pudiera disfrutar del aire libre desde su transportador antes del viaje largo en automóvil.

¿Cómo podía *no* amarlo?

—Sí. —Le entrecerré los ojos, pero arruiné el efecto al sonreír—. Pero es «Señor Fitzpervert», tontuelo.

Empecé a caminar hacia él, pero cuando volví a mirar la lápida de mi madre, casi me tropiezo. Porque un cardenal había aterrizado en la rama de cerezo silvestre que colgaba a su lado. Era rojo brillante y hermoso, simplemente sentado en la rama y mirando en mi dirección.

Parpadeé rápido y entrecerré los ojos cuando abrió su pico y cantó la melodía más dulce.

Me volví hacia Wes, y él estaba mirando por encima de mi hombro.

—Tú también lo ves, ¿verdad? —pregunté.

Él asintió.

—Put a mierda.

Ambos nos quedamos allí, mirando al pájaro. Después de otro momento, se fue volando, pero mi corazón se sintió más ligero, como si mi madre hubiera querido asegurarse de que yo supiera que estaba feliz de que me fuera. Me aclaré la garganta y lo miré.

—¿Estás listo?

—¿Estás bien? —Dio dos pasos y estaba allí, envolviendo su gran cuerpo alrededor del mío. Pasó su mano por mi espalda y dijo en mi cabello —: Porque podemos quedarnos todo el tiempo que quieras, Liz.

—De hecho, estoy genial. —Me eché hacia atrás y me permití mirar su rostro apuesto, la persona que siempre había estado ahí para mí, incluso cuando no quería que lo estuviera—. Vamos a comer.



BANDA SONORA DE WES Y LIZ

1. Someone Like You | Van Morrison
2. Paper Rings | Taylor Swift
3. Lovers | Anna of the North
4. Ocean Eyes | Billie Eilish
5. Bad Liar | Selena Gomez
6. Public Service Announcement (Interlude) | Jay-Z
7. Up All Night | Mac Miller
8. How Would You Feel (Paean) | Ed Sheeran
9. Hello Operator | The White Stripes
10. Paradise | Bazzi
11. Sabotage | Beastie Boys
12. Feelin' Alright | Joe Cocker
13. Someone Like You | Adele
14. Monkey Wrench | Foo Fighters
15. Bella Luna | Jason Mraz
16. Forrest Gump | Frank Ocean
17. Electric (feat. Khalid) | Alina Baraz
18. Kiss | Tom Jones
19. Enter Sandman | Metallica
20. Death with Dignity | Sufjan Stevens
21. We Are Young | Fun. feat. Janelle Monáe
22. New Year's Day | Taylor Swift

23. River | Joni Mitchell

24. Paradise | Bazzi

Sobre la autora



Lynn Painter vive en Omaha, Nebraska, con su esposo y una manada de niños salvajes. Contribuye cada dos semanas a la sección de crianza del Omaha World-Herald, a pesar de que es el polo opuesto de una madre de Pinterest. Cuando no está persiguiendo niños, se la puede encontrar leyendo, escribiendo y disparando latas de Rockstar.

Visítanos en simonandschuster.com/teen

www.SimonandSchuster.com/Authors/Lynn-Painter

LynnPainter.com

Créditos

Moderación

LizC

Traducción

âmenoire

Ashtoash

CaRiTo

Isa 229

LizC

Lyla

Mari NC

Pole

Tori

Ximena Vergara

Corrección

Disv

Imma Marques

Michy

Steefyyh

Vickyra

Recopilación y revisión final

LizC

Diagramación

marapubs



Notas

[[← 1](#)]

Michaeldad: palabra inventada por Liz usando «Michael» y «hermandad» o «fraternidad».

[[← 2](#)]

Supercool: comedia Adolescente del 2007 protagonizado por Michael Cera y Jonah Hill.

[← 3]

Jockshop: persona entusiasta de la ropa masculina deportiva; sea ropa interior, trajes de baño, ropa casual y de fiesta.

[← 4]

Dinger: otra forma más coloquial en el béisbol para nombrar un jonrón.